



Fernando de Rojas

La Celestina

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Fernando de Rojas

La Celestina

El autor a vn su amigo

Suelen los que de sus tierras absentes se hallan, considerar: de qué cosa aquel lugar donde parten mayor inopia o falta padezca, para con la tal servir a los conterráneos, de quien en algún tiempo beneficio recibido tienen; e viendo que legítima obligación a inuestigar lo semejante me compelia para pagar las muchas mercedes de vuestra libre liberalidad recibidas, assaz vezes retraýdo en mi cámara, acostado sobre mi propia mano, echando mis sentidos por ventores e mi juyzio a bolar, me venía a la memoria, no sólo la necesidad que nuestra común patria tiene de la presente obra, por la muchedumbre de galanes e enamorados mancebos que posee, pero avn en particular vuestra mesma persona, cuya juventud de amor ser presa se me representa auer visto y dél cruelmente lastimada, a causa de le faltar defensiuas armas para resistir sus fuegos, las quales hallé esculpidas en estos papeles; no fabricadas en las grandes herrerías de Milán, mas en los claros ingenios de doctos varones castellanos formadas. E como mirasse su primor, sutil artificio, su fuerte e claro metal, su modo e manera de lauor, su estilo elegante, jamás en nuestra castellana lengua visto ni oýdo, leýlo tres o quatro vezes, e tantas quantas más lo leýa, tanta más necesidad me ponía de releerlo, e tanto más me agradaua, y en su processo nuevas sentencias sentía. Vi no sólo ser dulce en su principal hystoria, o fición toda junta; pero avn de algunas sus particularidades salían deleytables fontezas de filosofía, de otros agradables donayres, de otros auisos e consejos contra lisonjeros y malos siruientes, e falsas mugeres hechiceras. Vi que no tenía su firma del auctor, el qual, según algunos dizen, fue Juan de Mena, e según otros, Rodrigo Cota, pero quien quier que fuesse, es digno de recordable memoria por la sutil inuención, por la gran copia de sentencias entrexeridas, que so color de donayres tiene. ¡Gran filósofo era! E pues él con temor de detractores e nocibles lenguas, más aparejadas a reprehender que a saber inuentar, quiso celar e encubrir su nombre, no me culpéys, si en el fin baxo que lo pongo, no espressare el mío: mayormente que siendo jurista yo, avnque obra discreta, es agena de mi facultad; e quien lo supiesse diría, que no por recreación de mi principal estudio, del qual yo más me precio, como es la verdad, lo hiziesse, antes distraýdo de los derechos, en esta nueva labor me entremetiesse. Pero avnque no acierten, sería pago de mi osadía. Assimesmo pensarían que no quinze días de vnas vacaciones, mientras mis socios en sus tierras, en acabarlo me detuuiesse, como es lo cierto; pero avn más tiempo e menos acepto. Para desculpa de lo qual todo, no sólo a vos, pero a quantos lo leyeren, offrezco los siguientes metros. E por que conoscáys donde

comiençan mis mal doladas razones [y acaban las de antiguo auctor], acordé que todo lo del antiguo auctor fuesse sin diuisión en vn aucto o cena incluso, hasta el segundo aucto, donde dize: «Hermanos míos, etc.». Uale.

El auctor

escusándose de su yerro en esta obra que escriuió, contra sí arguye e compara

El silencio escuda e suele encubrir

La falta de ingenio e torpeza de lenguas:
Blasón que es contrario, publica sus menguas
A quien mucho habla sin mucho sentir.
Como hormiga que dexa de yr
Holgando por tierra, con la prouisión,
Jactose con alas de su perdición;
Lleuáronla en alto, no sabe dónde yr.

Prosigue.

El ayre gozando ageno y estraño,
Rapina es ya hecha de aues que buelan;
Fuertes más que ella, por ceuo la llieuan;
En las nueuas alas estaua su daño.
Razón es que aplique a mi pluma este engaño,
No despreciando a los que me arguyen,
Assí, que a mí mismo mis alas destruyen,
Nublosas y flacas, nascidas de ogaño.

Prosigue.

Donde ésta gozar pensaua bolando,
O yo de screuir cobrar más honor:
Del vno y del otro nasció disfavor:
Ella es comida e a mí están cortando
Reproches, reuistas e tachas. Callando
Obstará, e los daños de inuidia e murmulos
Insisto remando, e los puertos seguros
Atrás quedan todos ya quanto más ando.

Prosigue.

Si bien queréys ver mi limpio motiuo,
A cuál se endereça de aquestos extremos,
Con cuál participa, quién rige sus remos,

Apolo, Diana o Cupido altiuo,
Buscad bien el fin de aquesto que escriuo,
O del principio leed su argumento:
Leedlo, veréys que, aunque dulce cuento,
Amantes, que os muestra salir de catiuo.

Comparación.

Como el doliente que píldora amarga
O la recela, o no puede tragar,
Métenla dentro del dulce manjar;
Engañaſe el gusto, la salud se alarga:
Desta manera mi pluma se embarga,
Imponiendo dichos lasciuos, rientes,
Atrae los oýdos de penadas gentes:
De grado escarmientan, e arrojan su carga.

Buelve a su propósito.

Estando cercado de dubdas e antojos,
Compuse tal fin que principio desata;
Acordé de dorar con oro de lata
Lo más fino tibar que vi con mis ojos;
Y encima de rosas sembrar mill abrojos.
Suplico, pues, suplan discretos mi falta:
Teman grosseros; y en obra tan alta,
O vean, e callen, o no den enojos.

Prosigue dando razones por que se mouió a acabar esta obra.

Yo vi en Salamanca la obra presente:
Mouíme acabarla por estas razones:
Es la primera, que está en vacaciones,
La otra inuentarla persona prudente;
Y es la final, ver la más gente
Buelta e mezclada en vicios de amor.
Estos amantes les pornán temor
A fiar de alcahueta, ni falso siruiente.

Y así que esta obra en el proceder
Fue tanto breue, quanto muy sutil.
Vi que portaua sentencias dos mill;
En forro de gracias, labor de plazer.
No hizo Dédalo cierto a mi ver
Alguna más prima entretalladura,
Si fin diera en esta su propia escriptura
Cota o Mena con su gran saber.

Jamás yo no vide en lengua romana,
Después que me acuerdo, ni nadie la vido,
Obra de estilo tan alto e sobido
En tusca, ni griega, ni en castellana.
No trae sentencia, de donde no mana
Loable a su autor y eterna memoria,
Al qual Jesucristo resciba en su gloria
Por su pasión santa, que a todos nos sana.

Amonesta a los que aman que siruan a Dios y dexen las malas cogitacion(e)s e vicios de amor.

Uos, los que amáys, tomad este enxemplo,
Este fino arnés con que os defendáys;
Bolved ya las riendas, por que no os perdáys;
Load siempre a Dios visitando su templo.
Andad sobre auiso; no seáys dexemplo
De muertos e biuos y propios culpados;
Estando en el mundo yazéys sepultados.
Muy gran dolor siento quando esto contemplo.

Fin.

O damas, matronas, mancebos, casados,
Notad bien la vida que aquéstos hizieron;
Tened por espejo su fin qual ouvieron;
A otro que amores dad vuestros cuidados.
Limpiad ya los ojos los ciegos errados,
Virtudes sembrando con casto biuir;
A todo correr deuéys de huyr,
No os lance Cupido sus tiros dorados.

Prólogo

Todas las cosas ser criadas a manera de contienda o batalla, dize aquel gran sabio Eráclito en este modo: *Omnia secundum litem fiunt*. Sentencia a mi ver digna de perpetua y recordable memoria; e como sea cierto que toda palabra del hombre sciente esté preñada, desta se puede dezir, que de muy hinchada y llena quiere rebentar, echando de sí tan crescidos ramos y hojas, que del menor pimpollo se sacaría harto fruto entre personas discretas. Pero como mi pobre saber no baste a más de roer sus secas cortezas de los dichos de aquellos que por claror de sus ingenios merecieron ser aprouados, con lo poco que de allí alcançare, satisfaré al propósito deste perbreue prólogo. Hallé esta sentencia corroborada por aquel gran orador e poeta laureado, Francisco Petrarca, diziendo: *Sine lite atque offensione nihil genuit natura parens*: Sin lid e offención ninguna cosa engendró la natura, madre de todo. Dize más adelante: *Sic est enim, et sic propemodum universa*

testantur: rapido stellæ obuiant firmamento; contraria inuicem elementa conflagunt; terræ tremunt; maria fluctuant; aer quatitur; crepant flammæ; bellum immortale venti gerunt; tempora temporibus concertant; secum singula nobiscum omnia. Que quiere decir: «En verdad assí es, e assí todas las cosas desto dan testimonio; las estrellas se encuentran en el arrebatado firmamento del cielo; los aduersos elementos vnos con otros rompen pelea; tremen las tierras; ondean los mares; el ayre se sacude; suenan las llamas; los vientos entre sí traen perpetua guerra; los tiempos con tiempos contienden e litigan entre sí, vno a vno e todos contra nosotros.» El verano vemos que nos aquexa con calor demasiado; el invierno con frío y aspereza: assí que esto nos parece reuolución temporal, esto con que nos sostenemos, esto con que nos criamos e biuimos, si comiença a ensoberuecerse más de lo acostumbrado, no es sino guerra. E quanto se ha de temer, manifiéstase por los grandes terremotos e toruellinos, por los naufragios y encendios, assí celestiales como terrenales; por la fuerça de los aguaduchos; por aquel bramar de truenos; por aquel temeroso ímpetu de rayos; aquellos cursos e recursos de las nuues, de cuyos abiertos mouimientos, para saber la secreta causa de que proceden, no es menor la dissención de los filósofos en las escuelas, que de las ondas en la mar.

Pues entre los animales ningún género carece de guerra: pesces, fieras, aues, serpientes; de lo qual todo, vna especie a otra persigue. El león al lobo, el lobo la cabra, el perro la liebre; e si no pareciesse conseja de tras el fuego, yo llegaría más al cabo esta cuenta. El elefante, animal tan poderoso e fuerte, se espanta e huye de la vista de vn suziuelo ratón, e avn de sólo oýrle toma gran temor. Entre las serpientes el vajarisco crió la natura tan ponçoñoso e conquistador de todas las otras, que con su siluo las asombra, e con su venida las ahuyenta e disparze, con su vista las mata. La búora, reptilia o serpiente enconada, al tiempo del concebir, por la boca de la hembra metida la cabeça del macho, y ella con el gran dulçor apriétale tanto que le mata; e quedando preñada, el primer hijo rompe las yjares de la madre, por do todos salen y ella muerta queda; y él quasi como vengador de la paterna muerte. ¿Qué mayor lid, qué mayor conquista ni guerra que engendrar en su cuerpo quien coma sus entrañas?

Pues no menos dissensiones naturales creemos auer en los pescados, pues es cosa cierta gozar la mar de tantas formas de pesces, quantas la tierra y el ayre cría de aves y animalias, e muchas más. Aristótilis e Plinio cuentan marauillas de vn pequeño pece llamado Echeneis, quanto sea apta su propiedad para diuersos géneros de lides. Especialmente tiene vna que si allega a vna nao o carraca, la detiene, que no se puede menear, avnque vaya muy rezio por las aguas; de lo qual haze Lucano mención, diziendo:

Non pupim retinens, Euro tendente rudentes,
In mediis Echeneis aquis.

«No falta allí el pece dicho Echeneis, que detiene las fustas, quando el viento Euro estiende las cuerdas en medio de la mar». ¡O natural contienda, digna de admiración; poder más vn pequeño pece que vn gran nauío con toda su fuerça de los vientos!

Pues si discurremos por las aues e por sus menudas enemistades, bien affirmaremos ser todas las cosas criadas a manera de contienda. Las más bien de rapina, como halcones e águilas e gauilanes; hasta los grosseros milanos insultan dentro en nuestras moradas los

domésticos pollos, e debaxo las alas de sus madres los vienen a caçar. De vna ave llamada rocho, que nace en el índico mar de oriente, se dize ser de grandeza jamás oýda, e que lleva sobre su pico fasta las nuues, no sólo vn hombre o diez, pero vn nauío cargado de todas sus xarcías e gente; e como los míseros navegantes estén assí suspensos en el ayre, con el meneo de su buelo caen e reciben crueles muertes.

¿Pues qué diremos entre los hombres e a quien todo lo sobredicho es sujeto? ¿Quién explanará sus guerras, sus enemistades, sus embidias, sus aceleramientos e mouimientos, e descontentamientos? ¿Aquel mudar de trajes, aquel derribar e renouar edificios, e otros muchos affectos diuersos u variedades que desta nuestra flaca humanidad nos prouienen?

E pues es antigua querella e uisitada de largos tiempos, no quiero marauillarme, si esta presente obra ha seydo instrumento de lid o contienda a sus lectores para ponerlos en diferencias, dando cada vno sentencia sobre ella a sabor de su voluntad. Vnos dezían que era prolixa, otros breue, otros agradable, otros escura; de manera que cortarla a medida de tantas e tan diferentes condiciones a solo Dios pertenesce. Mayormente pues ella con toda las otras cosas que al mundo son, van debaxo de la vndera desta notable sentencia: que aun la mesma vida de los hombres, si bien lo miramos, desde la primera edad hasta que blanquean las canas, es batalla. Los niños con los juegos, los moços con las letras, los mancebos con los deleytes, los viejos con mill especies de enfermedades pelean; y estos papeles con todas las edades. La primera los borra e rompe; la segunda no los sabe bien leer; la tercera, que es la alegre juventud y mancebía, discorda. Vnos les roen los huessos que no tienen virtud, que es la hystoria toda junta, no aprouechándose de las particularidades, haziéndola cuento de camino; otros pican los donayres y refranes comunes, loándolos con toda atención, dexando passar por alto lo que haze más al caso e vtilidad suya. Pero aquellos para cuyo verdadero plazer es todo, desechan el cuento de la hystoria para contar, coligen la suma para su prouecho, ríen lo donoso, las sentencias e dichos de philósophos guardan en su memoria para trasponer en lugares conuenibles a sus autos e propósitos. Assí que quando diez personas se juntaren a oýr esta comedia en quien quepa esta diferencia de condiciones, como suele acaescer, ¿quién negará que aya contienda en cosa que de tantas maneras se entienda? Que aun los impressores han dado sus punturas, poniendo rúbricas o sumarios al principio de cada aucto, narrando en breue lo que dentro contenía: vna cosa bien escusada según lo que los antiguos escriptores vsaron. Otros han litigado sobre el nombre, diziendo que no se auía de llamar comedia, pues acabaua en tristeza, sino que se llamase tragedia. El primer auctor quiso darle denominación del principio, que fue plazer, e llamóla comedia. Yo viendo estas discordias, entre estos extremos partí agora por medio la porfía, e llaméla tragicomedia. Assí que viendo estas contiendas, estos díssonos e varios juyzios, miré a donde la mayor parte acostaua, e hallé que querían que alargasse en el processo de su deleyte destes amantes sobre lo qual fuy muy importunado; de manera que acordé, avnque contra mi voluntad, meter segunda vez la pluma en tan estraña lavor e tan agena de mi facultad, hurtando algunos ratos a mi principal estudio, con otras horas destinadas para recreación, puesto que no han de faltar nuevos detractores a la nueva adición.

Síguese

la Comedia o Tragicomedia de Calisto y Melibea, compuesta en reprehensión de los locos enamorados que, vencidos en su desordenado apetito, a sus amigas llaman e dizen ser su dios. Assimismo hecho en auiso de los engaños de las alcahuetas e lisonjeros siruientes.

Argumento de toda la obra

Calisto fue de noble linaje, de claro ingenio, de gentil disposición, de linda criança dotado de muchas gracias, de estado mediano. Fue preso en el amor de Melibea, muger moça, muy generosa, de alta y sereníssima sangre, sublimada en próspero estado, vna sola heredera a su padre Pleberio, y de su madre Alisa muy amada. Por solicitud de pungido Calisto, vencido el casto propósito della (entreueniendo Celestina, mala y astuta mujer, con dos seruientes del vencido Calisto, engañados e por ésta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleyte), vinieron los amantes e los que les ministraron, en amargo y desastrado fin. Para comienço de lo qual dispuso el aduersa Fortuna lugar oportuno donde a la presencia de Calisto se presentó la deseada Melibea.

Introdúcense en esta tragicomedia las personas siguientes:

CALISTO Mancebo enamorado.

MELIBEA Hija de Pleberio.

PLEBERIO Padre de Melibea.

ALISA Madre de Melibea.

CELESTINA Alcahueta.

PÁRMENO Criado de Calisto.

SEMPRONIO Criado de Calisto.

TRISTÁN Criado de Calisto.

SOSIA Criada de Calisto.

CRITO Putañoero.

LUCRECIA Criada de Pleberio.

ELICIA Ramera.

AREÚSA Ramera.

CENTURIO Rofián.

Aucto primero

Argumento del primer aucto desta comedia

Entrando Calisto vna huerta empós de vn falcón suyo, halló ay a Melibea, de cuyo amor preso, començole de hablar. De la qual rigorosamente despedido, fue para su casa muy sangustiado. Habló con vn criado suyo llamado Sempronio, el qual, después de muchas razones, le endereçó a vna vieja llamada Celestina, en cuya casa tenía el mesmo criado vna enamorada llamada Elicia. La qual, viniendo Sempronio a casa de Celestina con el negocio de su amo, tenía a otro consigo, llamado Crito, al qual escondieron. Entretanto que Sempronio está negociando con Celestina, Calisto está razonando con otro criado suyo, por nombre Pármeno; el qual razonamiento dura hasta que llega Sempronio y Celestina a casa de Calisto. Pármeno fue conocido de Celestina, la qual mucho le dize de los hechos e conocimiento de su madre, induziéndole a amor y concordia e Sempronio.

PÁRMENO, CALISTO, MELIBEA, SEMPRONIO, CELESTINA, ELICIA, CRITO.

CALISTO. En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA. ¿En qué, Calisto?

CALISTO. En dar poder a natura que de tan perfecta hermosura te dotasse, e fazer a mi inmérito, tanta merced que verte alcançasse, y en tan conueniente lugar, que mi secreto dolor manifestarte pudiesse. Sin dubda, incomparablemente es mayor tal galardón que el seruicio, sacrificio, deuoción e obras pías que por este lugar alcançar yo tengo a Dios offrescido. ¿Quién vido en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre como agora el mío? Por cierto, los gloriosos santos que se deleytan en la visión diuina, no gozan más que yo agora en el acatamiento tuyo. Mas, ¡o triste!, que en esto deferimos, que ellos puramente se glorifican sin temor de caer de tal bienauenturança, e yo misto me alegro con recelo del esquiuo tormento que tu ausencia me ha de causar.

MELIBEA. ¿Por gran premio tienes éste, Calisto?

CALISTO. Téngolo por tanto, en verdad, que si Dios me diesse en el cielo la silla sobre sus santos, no lo ternía por tanta felicidad.

MELIBEA. Pues, avn más ygual galardón te daré yo, si perseueras.

CALISTO. ¡O bienaventuradas orejas mías, que indignamente tan gran palabra auéys oýdo!

MELIBEA. Más desuenteradas de que me acabes de oýr, porque la paga será tan fiera qual meresce tu loco atreuimiento, e el intento de tus palabras ha seydo: ¿cómo de ingenio

de tal hombre como tú, auer de salir para se perder en la virtud de tal mujer como yo? Uete, uete de ay, torpe, que no puede mi paciencia tolerar que aya subido en corazón humano conmigo en ilícito amor comunicar su deleyte.

CALISTO. Yré como aquel contra quien solamente la aduersa Fortuna pone su estudio con odio cruel.

.....

CALISTO. ¡Sempronio, Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está este maldito?

SEMPRONIO. Aquí soy, señor, curando destos cauallos.

CALISTO. Pues, ¿cómo sales de la sala?

SEMPRONIO. Abatiose el jirifalte e vénele a endereçar en el alcándara.

CALISTO. Assí los diablos te ganen; assí por infortunio arrebatado perezcas, o perpetuo intollerable tormento consigas, el qual en grado incomparablemente a la penosa e desastrada muerte que espero, traspasse. Anda, anda, maluado, abre la cámara e endereça la cama.

SEMPRONIO. Señor, luego hecho es.

CALISTO. Cierra la ventana y dexa la tiniebla acompañar al triste, e al desdichado la ceguedad. Mis pensamientos tristes no son dignos de luz. ¡O bienaventurada muerte aquella que desseada a los afligidos viene! ¡O si viniéssedes agora, Crato e Galieno, médicos, ¿sentiríades mi mal? ¡O piedad de Celeuco, inspira en el plebérico corazón, porque sin esperança de salud no embíe el espíritu perdido con el desastrado Píramo e de la desdichada Tisbe!

SEMPRONIO. ¿Qué cosa es?

CALISTO. Vete de ay, no me hables, si no quiçá (ante del tiempo, de mi rauiosa muerte) mis manos causarán tu arrebatado fin.

SEMPRONIO. Yré, pues solo quieres padecer tu mal.

CALISTO. Ve con el diablo.

SEMPRONIO. No creo, según pienso, yr conmigo el que contigo queda.

(Aparte) ¡O desventura! ¡O súbito mal! ¿Quál fue tan contrario acontecimiento que assí tan presto robó el alegría deste hombre; e lo que peor es, junto con ella el seso? ¿Dexarle he solo o entraré allá? Si le dexo matarse ha; si entro allá, matarme ha; quédese, no me curo. Más vale que muera aquél a quien es enojosa la vida, que no yo que huelgo con ella; avnque por al no desseasse biuir sino por ver mi Elicia, me deuería guardar de peligros.

Pero si se mata sin otro testigo, yo quedo obligado a dar cuenta de su vida; quiero entrar. Mas puesto que entre, no quiere consolación ni consejo; assaz es señal mortal no querer sanar. Con todo quiérole dexar vn poco desbraue, madure, que oýdo he dezir que es peligro abrir o apremiar las postemas duras, porque más se enconan. Esté vn poco, dexemos llorar al que dolor tiene, que las lágrimas e sospiros mucho desenconan el corazón dolorido. Y avn si delante me tiene, más conmigo se encenderá; que el sol más arde donde puede reuerberar. La vista a quien objecto no se antepone cansa; y quando aquél es cerca, agúzase. Por esso quiérome soffrir vn poco; si entretanto se matare, muera. Quiçá con algo me quedaré que otro no sabe, con que mude el pelo malo. Avnque malo es esperar salud en muerte ajena. E quiçá me engaña el diablo; y si muere, matarme han, e yrán alla la sogá y el calderón. Por otra parte, dizen los sabios que es grande descanso a los affligidos tener con quien puedan sus cuytas llorar, y que la llaga interior más empesce. Pues en estos extremos en que estoy perplexo, lo más sano es entrar y soffrirle y consolarle, porque si possible es sanar sin arte ni aparejo, más ligero es guarescer por arte y procura.

CALISTO. Sempronio.

SEMPRONIO. Señor.

CALISTO. Dame acá el laúd.

SEMPRONIO. Señor, vesle aquí.

CALISTO. ¿Cuál dolor puede ser tal,
que se yguale con mi mal?

SEMPRONIO. Destemplado está esse laúd.

CALISTO. ¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá el armonía aquel que consigo está tan discorde, aquel en quien la voluntad a la razón no obedece? ¿Quién tiene dentro del pecho agujones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, pecados, sospechas, todo a vna causa? Pero tañe y canta la más triste canción que sepas.

SEMPRONIO. Mira Nero de Tarpeya
a Roma como se ardía;
gritos dan niños e viejos
y él de nada se dolía.

CALISTO. Mayor es mi fuego, y menor la piedad de quien yo agora digo.

SEMPRONIO. (Aparte) No me engaño yo que loco está este mi amo.

CALISTO. ¿Qué estás murmurando, Sempronio?

SEMPRONIO. No digo nada.

CALISTO. Di lo que dizes; no temas.

SEMPRONIO. Digo que ¿cómo puede ser mayor el fuego que atormenta vn biuo, que el que quemó tal ciudad y tanta multitud de gente?

CALISTO. ¿Cómo? Yo te lo diré: mayor es la llama que dura ochenta años, que la que en vn día passa, y mayor la que mata vn ánima, que la que quemó cient mil cuerpos. Como de la apariencia a la existencia, como de lo biuo a lo pintado; como de la sombra a lo real, tanta diferencia ay del fuego que dizes al que me quema. Por cierto si el de purgatorio es tal, más querría que mi espíritu fuesse con los de los brutos animales, que por medio de aquél yr a la gloria de los santos.

SEMPRONIO. (Aparte) Algo es lo que digo; a más ha de yr este hecho. No basta loco, sino hereje.

CALISTO. ¿No te digo que fables alto quando hablares? ¿Qué dizes?

SEMPRONIO. Digo que nunca Dios quiera tal; que es especie de heregía lo que agora dixiste.

CALISTO. ¿Por qué?

SEMPRONIO. Porque lo que dizes contradize la cristiana religión.

CALISTO. ¿Qué a mí?

SEMPRONIO. ¿Tú no eres christiano?

CALISTO. ¿Yo? Melibeo só, y a Melibea adoro, y en Melibea creo, e a Melibea amo.

SEMPRONIO. Tú te lo dirás. Como Melibea es grande, no cabe en el corazón de mi amo, que por la boca le sale a borbollones. No es más menester; bien sé de qué pie coxqueas; yo te sanaré.

CALISTO. Increíble cosa prometes.

SEMPRONIO. Antes fácil. Que el comienzo de la salud es conoscer hombre la dolencia del enfermo.

CALISTO. ¿Cuál consejo puede regir lo que en sí no tiene orden ni consejo?

SEMPRONIO. (Aparte) Ha, ha, ha. ¿Éste es el fuego de Calisto? ¿Éstas son sus congoxas? ¡Como si solamente el amor contra él assestara sus tiros! ¡O soberano Dios, cuán altos son tus misterios! ¡Quánta premia pusiste en el amor, que es necessaria turbación en el amante! Su límite pusiste por marauilla. Paresce al amante que atrás queda; todos passan, todos rompen pungidos y esgarrochados como ligeros toros, sin freno saltan por las barreras. Mandaste al hombre por la mujer dexar el padre e la madre. Agora no sólo

aquello, mas a ti e a tu ley desamparan, como agora Calisto: del qual no me marauillo, pues los sabios, los santos, los profetas por ellas te oluidaron.

CALISTO. Sempronio.

SEMPRONIO. Señor.

CALISTO. No me dexes.

SEMPRONIO. (Aparte) De otra temple está esta gayta.

CALISTO. ¿Qué te parece de mi mal?

SEMPRONIO. Que amas a Melibea.

CALISTO. ¿E no otra cosa?

SEMPRONIO. Harto mal es tener la voluntad en vn solo lugar cativa.

CALISTO. Poco sabes de firmeza.

SEMPRONIO. La perseuerancia en el mal no es constancia; mas dureza o pertinacia la llaman en mi tierra. Vosotros los filósofos de Cupido llamalda como quisiéredes.

CALISTO. Torpe cosa es mentir el que enseña a otro, pues que tú te precias de loar a tu amiga Elicia.

SEMPRONIO. Haz tú lo que bien digo, e no lo que mal fago.

CALISTO. ¿Qué me reprueuas?

SEMPRONIO. Que sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la flaca muger.

CALISTO. ¿Muger? ¡O grossero! Dios, Dios.

SEMPRONIO. ¿E assí lo crees, o burlas?

CALISTO. ¿Que burlo? Por dios la creo; por Dios la confieso, e no creo que ay otro soberano en el cielo; avnque entre nosotros mora.

SEMPRONIO. (Aparte) Ha, ha, ha. ¿Oýstes qué blasfemia? ¿Vistes qué ceguedad?

CALISTO. ¿De qué te ríes?

SEMPRONIO. Ríome, que no pensaua que auía peor inuención de peccado que en Sodoma.

CALISTO. ¿Cómo?

SEMPRONIO. Porque aquéllos procuraron abominable uso con los ángeles no conocidos, e tú con el que confiesas ser Dios.

CALISTO. Maldito seas, que hecho me has reýr, lo que no pensé hogaño.

SEMPRONIO. ¿Pues qué? ¿Toda tu vida auías de llorar?

CALISTO. Sí.

SEMPRONIO. ¿Por qué?

CALISTO. Porque amo a aquélla ante quien tan indigno me hallo, que no la espero alcançar.

SEMPRONIO. (Aparte) ¡O pusilánimo! ¡O fideputa! ¡Qué Nembrot, qué magno Alexandre; los cuales no sólo del señorío del mundo, mas del cielo se juzgaron ser dignos!

CALISTO. No te oyó bien esso que dixiste. Torna, dilo, no procedas.

SEMPRONIO. Dixe que tú, que tienes más coraçón que Nembrot ni Alexandre, desesperas de alcançar vna mujer, muchas de las cuales en grandes estados constituýdas se sometieron a los pechos y resollos de viles azemileros, e otras a brutos animales. ¿No has leydo de Pasifae con el toro, de Minerua con el can?

CALISTO. No lo creo; hablillas son.

SEMPRONIO. Lo de tu abuela con el ximio, ¿hablilla fue? Testigo es el cuchillo de tu abuelo.

CALISTO. Maldito sea este necio; ¡e qué porradas dize!

SEMPRONIO. ¿Escozióte? Lee los historiales, estudia los filósofos, mira los poetas; llenos están los libros de sus viles y malos exemplos e de las caydas que leuaron los que en algo, como tú, las reputaron. Oye a Salomón do dize que las mugeres y el vino hazen a los hombres renegar. Conséjate con Séneca y verás en qué las tiene. Escucha al Aristóteles, mira a Bernardo. Gentiles, judíos, cristianos e moros, todos en esta concordia están. Pero lo dicho e lo que dellas dixiere no te contezca error de tomarlo en común; que muchas ouo e ay santas, virtuosas e notables cuya resplandesciente corona quita el general vituperio. Pero destas otras, ¿quién te contaría sus mentiras, sus tráfgos, sus cambios, su liuiandad, sus lagrimillas, sus alteraciones, sus osadías? Que todo lo que piensan, osan sin deliberar. ¿Sus disimulaciones, su lengua, su engaño, su oluido, su desamor, su ingratitud, su inconstancia, su testimoniar, su negar, su reboluer, su presunción, su vanagloria, su abatimiento, su locura, su desdén, su soberuía, su subjeción, su parlería, su golosina, su luxuria y suziedad, su miedo, su atreimiento, sus hechizerías, sus enbaymientos, sus escarnios, su deslenguamiento, su desvergüença, su alcahuetería? Considera, ¡qué sesito está debaxo de

aquellas grandes e delgadas tocas: qué pensamientos so aquellas gorgueras, so aquel fausto, so aquellas largas e autorizantes ropas! ¡qué imperfección, qué aluañares debaxo de templos pintados! Por ellas es dicho, arma del diablo, cabeça de pecado, destruyción de paraíso. ¿No has rezado en la festividad de Sant Juan, do dize: Ésta es la mujer, antigua malicia que a Adán echó de los deleytes de paraíso; ésta el linaje humano metió en el infierno; a ésta menospreció Helías profeta, &c.?

CALISTO. Di pues, esse Adán, esse Salomón, esse Daudid, esse Aristóteles, esse Virgilio, esos que dizes, ¿cómo se sometieron a ellas? ¿Soy más que ellos?

SEMPRONIO. A los que las vencieron querría que remedasses, que no a los que dellas fueron vencidos. Huye de sus engaños. Sabes que hazen cosas que es difícil entenderlas; no tienen modo, no razón, no intención; por rigor encomiençan el ofrecimiento que de sí quieren hazer. A los que meten por los agujeros, denuestan en la calle; conbidan, despiden, llaman, niegan, señalan amor, pronuncian enemiga, ensáñanse presto, apazíguanse luego; quieren que adeuinen lo que quieren. ¡O qué plaga, o qué enojo, o qué fastío es conferir con ellas, más de aquel breue tiempo, que aparejadas son a deleyte!

CALISTO. ¿Vees? Mientras más me dizes e más inconuenientes me pones, más las quiero. No sé qué se es.

SEMPRONIO. No es este juyzio para moços, según veo, que no se saben a razón someter; no se saben administrar. Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fue discípulo.

CALISTO. ¿E tú qué sabes? ¿Quién te mostró esto?

SEMPRONIO. ¿Quién? Ellas: que desde se descubren, assí pierden la vergüença, que todo esto e avn más a los hombres manifiestan. Ponte pues en la medida de honrra; piensa ser más digno de lo que te reputas; que cierto peor extremo es dexarse hombre caer de su merescimiento, que ponerse en más alto lugar que deue.

CALISTO. Pues ¿quién yo para esso?

SEMPRONIO. ¿Quién? Lo primero eres hombre e de claro ingenio; e más, a quien la natura dotó de los mejores bienes que tuvo, conuiene a saber: de hermosura, gracia, grandeza de miembros, fuerça, ligereza; e allende desto, fortuna medianamente partió contigo lo suyo en tal cantidad, que los bienes que tienes de dentro con los de fuera resplandescen. Porque sin los bienes de fuera, de los quales la fortuna es señora, a ninguno acaesce en esta vida ser bienauenturado; e más, a constellación de todos eres amado.

CALISTO. Pero no de Melibea, y en todo lo que me has gloriado, Sempronio, sin proporción ni comparación se auentaja Melibea. Mira la nobleza e antigüedad de su linaje, el grandíssimo patrimonio, el excelentíssimo ingenio, las resplandescientes virtudes, la altitud e ineffable gracia, la soberana hermosura, de la qual te ruego me dexes hablar vn poco, porque aya algún refrigerio. E lo que te dixere será de lo descubierto, que si de lo

occulto yo hablarte sopiera, no nos fuera necesario altercar tan miserablemente estas razones.

SEMPRONIO. (Aparte) Qué mentiras e qué locuras dirá agora este catiuo de mi amo.

CALISTO. ¿Cómo es eso?

SEMPRONIO. Dixe que digas, que muy gran plazer auré de lo oýr. Assí te medre Dios, como me será agradable esse sermón.

CALISTO. ¿Qué?

SEMPRONIO. Que assí me medre Dios, como me será gracioso de oýr.

CALISTO. Pues porque ayas plazer, yo lo figuraré por partes mucho por estenso.

SEMPRONIO. (Aparte) Duelos tenemos; esto es tras lo que yo andaua. De passarse aurá ya esta importunidad.

CALISTO. Comienço por los cabellos. ¿Vees tú las madexas del oro delgado que hilan en Arauia? Más lindas son y no replandesçen menos; su longura hasta el postrero assiento de sus pies; después crinados e atados con la delgada cuerda, como ella se los pone, no ha más menester para conuertir los hombres en piedras.

SEMPRONIO. (Aparte) Mas en asnos.

CALISTO. ¿Qué dizes?

SEMPRONIO. Dixe que esos tales no serían cerdas de asno.

CALISTO. ¡Ueed qué torpe e qué comparación!

SEMPRONIO. (Aparte) ¿Tú cuerdo?

CALISTO. Los ojos verdes, rasgados, las pestañas luengas; las cejas delgadas e alçadas; la nariz mediana; la boca pequeña; los dientes menudos e blancos; los labrios colorados e grosseuelos; el torno del rostro poco más luengo que redondo; el pecho alto; la redondez e forma de las pequeñas tetas, ¿quién te la podría figurar? Que se despereza el hombre quando las mira; la tez lisa, lustrosa; el cuero suyo escureçe la nieue; la color mezclada, qual ella la escogió para sí.

SEMPRONIO. (Aparte) En sus treze está este necio.

CALISTO. Las manos pequeñas en mediana manera, de dulce carne acompañadas; los dedos luengos; lasvuñas en ellos largas e coloradas, que paresçen rubíes entre perlas. Aquella proporción que veer yo no pude, no sin dubda por el bulto de fuera juzgo incomparablemente ser mejor que la que Paris juzgó entre las tres Deesas.

SEMPRONIO. ¿Has dicho?

CALISTO. Quan breuemente pude.

SEMPRONIO. Puesto que sea todo esso verdad, por ser tú hombre, eres más digno.

CALISTO. ¿En qué?

SEMPRONIO. En que ella es imperfecta, por el qual defeto dessea e apetece a ti e a otro menor que tú. ¿No as leýdo el filósofo do dize: Assí como la materia apetece a la forma, assí la mujer al varón?

CALISTO. ¡O triste, e cuándo veré yo esso entre mí e Melibea?

SEMPRONIO. Possible es; e avn que la aborrezcas quanto agora la amas, podrá ser alcançándola, e viéndola con otros ojos, libres del engaño en que agora estás.

CALISTO. ¿Con qué ojos?

SEMPRONIO. Con ojos claros.

CALISTO. E agora, ¿con qué la veo?

SEMPRONIO. Con ojos de alinde, con que lo poco paresçe mucho y lo pequeño grande. Y por que no te desesperes, yo quiero tomar esta empresa de cumplir tu desseo.

CALISTO. ¡O! ¡Dios te dé lo que desseas! ¡Qué glorioso me es oýrte, avnque no espero que lo has de hazer!

SEMPRONIO. Antes lo haré cierto.

CALISTO. Dios te consuele; el jubón de brocado que ayer vestí, Sempronio, vítetelo tú.

SEMPRONIO. Prospérete Dios por éste... (Ap.) e por muchos más que me darás. De la burla yo me lleuo lo mejor. Con todo, si destos aguijones me da, traérgela he hasta la cama. ¡Bueno ando! házelo esto que me dio mi amo, que sin merced, imposible es obrarse bien ninguna cosa.

CALISTO. No seas agora negligente.

SEMPRONIO. No lo seas tú, que imposible es hazer sieruo diligente el amo perezoso.

CALISTO. ¿Cómo has pensado de hazer esta piedad?

SEMPRONIO. Yo te lo diré. Días ha grandes que conosco en fin desta vezindad vna vieja barbuda que se dize Celestina, hechicera, astuta, sagaz en quantas maldades ay; entiendo que passan de cinco mil virgos los que se han hecho y deshecho por su autoridad en esta cibdad. A las duras peñas promeuerá y prouocará a luxuria, si quiere.

CALISTO. ¿Podrías yo hablar?

SEMPRONIO. Yo te la traeré hasta acá; por esso, aparéjate, seyle gracioso; seyle franco; estudia, mientras voy yo, a le dezir tu pena, tan bien como ella te dará el remedio.

CALISTO. ¿Y tardas?

SEMPRONIO. Ya voy; quede Dios contigo.

CALISTO. Y contigo vaya. ¡O todopoderoso, perdurable Dios! tú que guías los perdidos, e los reyes orientales por el estrella precedente a Belén truxiste y en su patria los reduxiste, humilmente te ruego que guíes a mi Sempronio, en manera que conuierta mi pena e tristeza en gozo, e yo indigno meresca venir en el desseado fin.

.....

CELESTINA. Albricias, albricias, Elicia; Sempronio, Sempronio.

ELICIA. (Aparte.) Ce, ce, ce.

CELESTINA. (Aparte.) ¿Por qué?

ELICIA. (Aparte.) Porque está aquí Crito.

CELESTINA. (Aparte.) Mételo en la camarilla de las escobas, presto; dile que viene tu primo y mi familiar.

ELICIA. (Aparte.) Crito, retránete ay: mi primo viene, perdida soy.

CRITO. (Aparte.) Plázeme; no te congoxes.

.....

SEMPRONIO. Madre bendita, ¡qué desseo traygo!; Gracias a Dios que te me dexó ver.

CELESTINA. Hijo mío, rey mío, turbado me as; no te puedo hablar; torna y dame otro abraço; ¿Y tres días podiste estar sin vernos? ¡Elicia, Elicia, cátales aquí!

ELICIA. ¿A quién, madre?

CELESTINA. A Sempronio.

ELICIA. ¡Ay, triste, qué saltos me da el corazón! ¿Y qué es dél?

CELESTINA. Vesle aquí, vesle; yo me le abraçaré, que no tú.

ELICIA. ¡Ay!, maldito seas, traydor; postema e landre te mate, e a manos de tus enemigos mueras, e crímenes dignos de cruel muerte, en poder de rigurosa justicia te veas; ¡ay, ay!

SEMPRONIO. Hy, hy, hy; ¿Qué es mi Elicia? ¿De qué te congoxas?

ELICIA. Tres días ha que no me ves. Nunca Dios te vea; nunca Dios te consuele ni visite. ¡Guay de la triste que en ti tiene su esperanza y el fin de todo su bien!

SEMPRONIO. Calla, señora mía; ¿tú piensas que la distancia del lugar es poderosa de apartar el entrañable amor, el fuego que está en mi corazón? Do yo vo, conmigo vas, conmigo estás; no te aflijas, ni me atormentes más de lo que yo he padescido. Mas di, ¿qué passos suenan arriba?

ELICIA. ¿Quién? Vn mi enamorado.

SEMPRONIO. Pues créolo.

ELICIA. A la he, verdad es; sube allá e verlo has.

SEMPRONIO. Voy.

CELESTINA. Anda acá; dexa essa loca, que es liuiana, e turbada de tu ausencia, sácasla agora de seso. Dirá mill locuras. Ven e hablemos; no dexemos passar el tiempo en balde.

SEMPRONIO. Pues, ¿quién está arriba?

CELESTINA. ¿Quiéreslo saber?

SEMPRONIO. Quiero.

CELESTINA. Vna moça que me encomendó vn frayle.

SEMPRONIO. ¿Qué frayle?

CELESTINA. No lo procures.

SEMPRONIO. Por mi vida, madre, ¿qué frayle?

CELESTINA. ¿Porfías? El ministro; el gordo.

SEMPRONIO. ¡O desventurada, y qué carga espera!

CELESTINA. Todo lo lleuamos. Pocas mataduras has tú visto en la barriga.

SEMPRONIO. Mataduras no, mas petreras, sí.

CELESTINA. ¡Ay, burlador!

SEMPRONIO. Dexa si soy burlador; muéstramela.

ELICIA. ¡Ah, don malvado! ¿Verla quieres? Los ojos se te salten; que no basta a ti vna ni otra! Anda, véela, e dexa a mí para siempre.

SEMPRONIO. Calla, Dios mío; ¿y enójaste? Que no la quiero ver a ella ni a muger nascida. A mi madre quiero hablar, e quédate adiós.

ELICIA. Anda, anda, vete, desconocido, e está otros tres años que no me bueluas a ver.

SEMPRONIO. Madre mía, bien ternás confiança y creerás que no te burlo. Toma el manto e vamos, que por el camino sabrás lo que si aquí me tardasse en dezir, eimpidiría tu prouecho y el mío.

CELESTINA. Vamos. Elicia, quédate, adiós; cierra la puerta. Adiós, paredes.

.....

SEMPRONIO. ¡O madre mía! Todas cosas dexadas aparte, solamente sey atenta e ymagina en lo que te dixere, e no derrames tu pensamiento en muchas partes, que quien junto en diuersos lugares le pone, en ninguno lo tiene, sino por caso determina lo cierto. Quiero que sepas de mí lo que no has oýdo, y es que jamás pude, después que mi fe contigo puse, dessear bien de que no te cupiesse parte.

CELESTINA. Parta Dios, hijo, del suyo contigo, que no sin causa lo hará, siquiera porque has piedad desta pecadora de vieja. Pero di, no te detengas, que la amistad que entre ti e mí se affirma no ha menester preámbulos, ni correlarios, ni aparejos para ganar voluntad. Abreuia y ven al hecho, que vanamente se dize por muchas palabras lo que por pocas se puede entender.

SEMPRONIO. Assí es. Calisto arde en amores de Melibea; de ti e de mí tiene necesidad. Pues juntos nos ha menester, juntos nos aprouechemos, que conoscer el tiempo y usar el hombre de la oportunidad, hace los hombres prósperos.

CELESTINA. Bien has dicho; al cabo estoy; basta para mí mecer el ojo. Digo que me alegre destas nuevas, como los cirurjanos de los descablados; y como aquéllos dañan en los principios las llagas, y encarecen el prometimiento de la salud, ansí entiendo yo hazer a

Calisto. Alargarle he la certinidad del remedio, porque como dizen, el esperança luenga aflige el corazón, e quanto él la perdiere, tanto gela promete. Bien me entiendes.

SEMPRONIO. Callemos, que a la puerta estamos, e como dizen, las paredes han oídos.

.....

CELESTINA. Llama.

SEMPRONIO. Tha, tha, tha.

CALISTO. Pármeno.

PÁRMENO. Señor.

CALISTO. ¿No oyes, maldito sordo?

PÁRMENO. ¿Qué es, señor?

CALISTO. A la puerta llaman; corre.

PÁRMENO. ¿Quién es?

SEMPRONIO. Abre a mí y a esta dueña.

.....

PÁRMENO. Señor, Sempronio y vna puta vieja alcoholada davan aquellas portadas.

CALISTO. Calla, calla, maluado, que es mi tía; corre, corre, abre. Siempre lo vi que por fuyr hombre de vn peligro, cae en otro mayor. Por encubrir yo este hecho de Pármeno (a quien amor o fidelidad o temor pusieran freno), cayó en indignación ésta que no tiene menor poderío en mi vida que Dios.

PÁRMENO. ¿Por qué, señor, te matas? ¿Por qué, señor, te congoxas? ¿E tú piensas que es vituperio en las orejas ésta el nombre que la llamé? No lo creas; que assí se glorifica en le oír, como tú quando dizen: Diestro caullero es Calisto. Y demás, desto es nombrada, e por tal título conocida. Si entre cient mugeres va, y alguno dize: puta vieja; sin ningún empacho luego buelue la cabeça y responde con alegre cara. En los conbites, en las fiestas, en las bodas, en las confradías, en los mortuorios, en todos los ayuntamientos de gentes, con ella passan tiempo. Si passa por los perros, aquello suena su ladrido; si está cerca las aues, otra cosa no cantan; si cerca los ganados, balando lo pregonan; si cerca las bestias, rebuznando dizen: puta vieja; las ranas de los charcos otra cosa no suelen mentar; si va entre los herreros, aquello dizen sus martillos; carpinteros e armeros, herradores, caldereros, arcadores, todo officio de instrumento forma en el ayre su nombre; cántanla los

carpinteros, péynanla los peynadores, texedores; labradores en las huertas, en las aradas, en las viñas, en las segadas, con ella passan el afán cotidiano; al perder en los tableros, luego suenan sus loores. Todas cosas que son hazen, a doquiera que ella está, el tal nombre representan. ¡O qué comedor de huevos assados era su marido! ¿Qué quieres más, sino que, si vna piedra topa con otra, luego suena puta vieja?

CALISTO. Y tú, ¿cómo lo sabes e la conoces?

PÁRMENO. Saberlo has. Días grandes son passados que mi madre, muger pobre, moraua en su vezindad, la qual rogada por esta Celestina, me dio a ella por siruiente, avnque ella no me conosce, por lo poco que la seruí, e por la mudança que la edad ha hecho.

CALISTO. ¿De qué la siruías?

PÁRMENO. Señor, yua a la plaça, e traýale de comer e acompañáuala; suplía en aquellos menesteres que mi tierna fuera bastaua. Pero de aquel poco tiempo que la seruí, recogía la nueva memoria lo que la vieja no ha podido quitar. Tiene esta buena dueña al cabo de la ciudad, allá cerca de las tenerías, en la cuesta del río, vna casa apartada, medio caýda, poco compuesta y menos abastada. Ella tenía seys officios, conuiene saber: labranderá, perfumera, maestra de hazer afeytes y de hazer virgos, alcahueta, e vn poquito hechizera. Era el primero officio cobertura de los otros, so color del qual muchas moças destas sirvientes entrauan en su casa a labrarse e a labrar camisas e gorgueras e otras muchas cosas. Ninguna venía sin torresno, trigo, harina, o jarro de vino y de las otras prouisiones que podían a sus amas hurtar; e avn otros hurtillos de más qualidad allí se encubrían. Assaz era amiga de estudiantes y despenseros e moços de abades; a éstos vendía ella aquella sangre inocente de las cuytadillas, la qual ligeramente auenturauan en esfuerço de la restitución que ella les prometía. Subió su hecho a más: que por medio de aquéllas comunicaua con las más encerradas, hasta traer a execución su propósito. E aquestas en tiempo honesto, como estaciones, processiones de noche, missas del gallo, missas del alua, e otras secretas deuociones. Muchas encubiertas vi entrar en su casa: tras ellas hombres descalços, contritos, y reboçados, desatacados, que entrauan allí a llorar sus pecados. ¡Qué tráfgos, si piensas, traýa! Hazíase física de niños; tomaua estambre de vnas casas; dáualo a hilar en otras por achaque de entrar en todas. Las unas, madre acá; las otras, madre acullá; cata la vieja; ya viene el ama, de todas muy conocida. Con todos estos afanes, nunca passaua sin missa, ni bísperas, ni dexaua monasterios de frayles ni de monjas; esto porque allí hazía ella sus alleluyas e conciertos; y en su casa hazía perfumes, falsaua estoraques, menjuý, ánimes, ámbar, algalia, poluillos, almizcles, mosquetes. Tenía vna cámara llena de alambiques, de redomillas, de barrilejos de barro, de vidrio, de arambre, de estaño, hechos de mil faciones; hazía solimán, afeyte cosido, argentadas, bujelladas, cerillas, llanillas, vnturillas, lustres, lucentores, clarimientes, alualines; e otras aguas de rostro, de rassuras, de gamones, de cortezca, de spantalobos, de teraguntia, de hieles, de agraz, de mosto destillados e açucarados. Adalgazaua los cueros con çumos de limones, con turuino, con tuétano de corço e de garça, e otras confaciones. Sacaua agua para oler, de rosas, de azahar, de jazmín, de trébol, de madreselua e clauellinas, mosquatadas e almizcladas, poluorizadas con vino; hacía lexías para enruuiar, de sarmientos, de carrasca, de centeno, de marruuios, con salitre, con alumbre e millifolia, e otras diversas cosas. E los

vntes e mantecas que tenía, es hastío de dezir: de vaca, de osso, de cauallos e de camellos, de culebra e de conejo, de vallena, de garça, y de alcarauán e de gamo, e de gato montés, e de texón, de harda, de herizo, de nutria. Aparejos para baños, esto es vna maravilla; de las yervas e raíztes que tenía en el techo de su casa colgadas; mançanilla e romero, maluauiscos, culantrillo, coronillas, flor de saúco y de mostaza, spliego e laurel blanco, tortarosa e gramonilla, flor saluaje e higuera, pico de oro e hoja tinta. Los azeytes que sacaua para el rostro no es cosa de creer: de storaque e de jazmín, de limón, de pepitas, de violetas, de benjuy, de alfócigos, de piñones, de granillo, de açofeyfos, de neguilla, de altramuces, de aruejas, y de carillas, e de yerua paxarera; e vn poquillo de bálsamo tenía ella en vna redomilla que guardaua para aquel rascaño que tiene por las narizes. Esto de los virgos, vnos hazía de bexiga y otros curaua de punto. Tenía en vn tabladillo, en vna caxuela pintada, vnas agujas delgadas de pellegeros, e hilos de seda encerados, e colgados allí raíztes de hojaplasma e fuste sanguino, cebolla albarrana e cepacuallo. Hazía con esto maravillas; que, quando vino por aquí el embaxador francés, tres vezes vendió por virgen vna criada que tenía.

CALISTO. Assí, pudiera ciento.

PÁRMENO. Sí, santo Dios, y remediaua por caridad muchas huérfanas e erradas que se encomendauan a ella; y en otro apartado tenía para remediar amores, e para se querer bien. Tenía huessos de corçón de cieruo, lengua de búora, cabeças de codornizes, sesos de asno, tela de cauallo, mantillo de niño, haua morisca, guiya marina, sogas de ahorcado, flor de yedra, spina de erizo, pie de texón, granos de helecho; la piedra del nido del águila, e otras mill cosas. Venían a ella muchos hombres e mugeres; e a vnos demandaua el pan do mordían; a otros, de su ropa; a otros, de sus cabellos, a otros, pintaua en la palma letras con açafrán; a otros, con bermellón; a otros, daua vnos coraçones de cera, llenos de agujas quebradas, e a otras cosas en barro e en plomo fechas, muy espantables a ver. Pintaua figuras, dezía palabras en tierra. ¿Quién te podrá dezir lo que esta vieja hazía? E todo era burla e mentira.

CALISTO. Bien está, Pármeno; déxalo para más oportunidad; assaz soy de ti auisado; téngotelo en gracia; no nos detengamos, que la necessidad desecha la tardança. Oye, aquélla viene rogada, espera más que deue. Vamos, no se indigne. Yo temo e el temor reduce la memoria e a la prouidencia despierta. ¡Sus! vamos, proueamos; pero ruégote, Pármeno, la embidia de Sempronio, que en esto me sirue e complace; no ponga impedimiento en el remedio de mi vida; que si para él ouo jubón, para ti no faltará sayo; ni pienses que tengo en menos tu consejo e auiso, que su trabajo e obra, como lo espiritual sepa yo que precede a lo corporal; e puesto que las bestias corporalmente trabajen más que los hombres, por esso son pensadas e curadas, pero no amigas de ellos. En tal diferencia serás conmigo en respecto de Sempronio, e so secreto sello, postpuesto el dominio, por tal amigo a ti me concedo.

PÁRMENO. Quéxome, señor, de la dubda de mi fidelidad e seruicio, por los prometimientos e amonestaciones tuyas. ¿Quándo me viste, señor, embidiar, o por ningún interesse ni resabio tu provecho estorcer?

CALISTO. No te escandalizes, que sin dubda tus costumbres e gentil criança, en mis ojos ante todos los que me siruen están. Mas como en caso tan arduo, do todo mi bien e vida pende, es necessario prouer, proueo a los contescimientos; comoquiera que creo que tus buenas costumbres sobre buen natural florescen, como el buen natural sea principio del artificio. E no más; sino vamos a ver la salud.

.....

CELESTINA. (Aparte.) Passos oygo; acá descenden; haz, Sempronio, que no lo oyes. Escucha y déxame hablar lo que a ti e a mí me conuiene.

SEMPRONIO. (Aparte.) Habla.

CELESTINA. No me congoxes, ni me importunes, que sobrecargar el cuydado es aguijar al animal congoxoso. Assí sientes la pena de tu amo Calisto, que parece que tú eres él y él tú, e que los tormentos son en vn mismo subjecto. Pues cree que yo no vine acá por dexar este pleyto indeciso, o morir en la demanda.

.....

CALISTO. Pármeno, detente; ce; escucha qué hablan éstos; veamos en qué biuimos. ¡O notable muger! ¡O bienes mundanos indignos de ser posseýdos de tan alto coraçón! ¡O fiel y verdadero Sempronio! ¿Has visto, mi Pármeno? ¿Oýste? ¿Tengo razón? ¿Qué me dizes, rincón de mi secreto e consejo e alma mía?

PÁRMENO. Protestando mi inocencia en la primera sospecha e cumpliendo con la fidelidad, porque te me concediste, hablaré; óyeme, e el affeto no te ensorde, ni la esperança del deleyte ciegue. Tiéplate, e no te apressures; que muchos con cobdicia de dar en el fiel, yerran el blanco. Avnque soy moço, cosas he visto assaz, e el seso y la vista de las muchas cosas demuestran la experiencia; de verte o de oýrte descender por la escalera, parlan lo que éstos fingidamente han dicho, en cuyas falsas palabras pones el fin de tu desseo.

.....

SEMPRONIO. (Aparte.) Celestina, ruynmente suena lo que Pármeno dize.

CELESTINA. (Aparte.) Calla, que para la mi santiguada: do vino el asno verná el albarda; déxame tú a Pármeno, que yo te le haré vno de nos, y de lo que ouiéremos, démosle parte; que los bienes, si no son comunicados, no son bienes; ganemos todos, partamos todos, holguemos todos; yo te le traeré manso e benigno a picar el pan en el puño, e seremos dos a dos, e como dizen, tres al mohíno.

.....

CALISTO. Sempronio.

SEMPRONIO. Señor.

CALISTO. ¿Qué hazes, llave de mi vida? Abre. ¡O Pármene!, ya la veo, sano soy, biuo soy; miras qué reuerenda persona, qué acatamiento; por la mayor parte, por la filosomía es conocida la virtud interior. ¡O vejez virtuosa! ¡o virtud envejecida! ¡o gloriosa esperanza de mi desseado fin! ¡o fin de mi deleytosa esperanza! ¡o salud de mi pasión! ¡reparadora de mi tormento, regeneración mía, biuificación de mi vida, resurrección de mi muerte! Desseo llegar a ti; cobdicio besar esas manos llenas de remedio; la indignidad de mi persona lo embarga; dende aquí adoro la tierra que huellas, e en reuerencia tuya la beso.

CELESTINA. (Aparte.) Sempronio, de aquéllas biuo yo; los huessos que yo roý, piensa este necio de tu amo de darme a comer; pues ál le sueño; al freýr lo verá; dile que cierre la boca e comence abrir la bolsa; que de las obras dubdo, quanto más de las palabras; xo que te estriego, asna coxa; más auías de madrugar.

PÁRMENO. (Aparte.) Guay de orejas que tal oyen; perdido es quien tras perdido anda. O Calisto desuenterado, abatido, ciego y en tierra está adorando a la más antigua puta tierra, que fregaron sus espaldas en todos los burdeles. Deshecho es, vencido es, caýdo es, no es capaz de ninguna redención ni consejo ni esfuerço.

CALISTO. ¿Qué dezía la madre? Parésceme que pensaua que le offrescía palabras por excusar gualardón.

SEMPRONIO. Assí lo sentí.

CALISTO. Pues ven conmigo; trae las llaves, que yo sanaré su dubda.

SEMPRONIO. Bien harás; e luego vamos; que no se deue dexar crescer la yerua entre los panes, ni la sospecha en los coraçones de los amigos, sino limpiarla luego con el escardilla de las buenas obras.

CALISTO. Astuto hablas; vamos e no tardemos.

CELESTINA. Plázeme, Pármene, que auemos auido oportunidad para que conozcas el amor mío contigo e la parte que en mi inmérito tienes. E digo inmérito por lo que te he oýdo dezir, de que no hago caso; porque virtud nos amonesta sufrir las tentaciones e no dar mal por mal; e especialmente quando somos tentados por moços, e no bien instrutos en lo mundano, en que con necia lealdad pierdan a sí e a sus amos, como agora tú a Calisto. Bien te oý, e no pienses que el oýr con los otros exteriores sesos mi vejez aya perdido; que no sólo lo que veo, oyo e cognozco, mas avn lo intrínscico con los intelectuales ojos penetro. Has de saber Pármene, que Calisto anda de amor quexoso; e no lo juzgues por esso por flaco, que el amor imperuio todas las cosas vence; e sabe, si no sabes, que dos conclusiones son verdaderas. La primera, que es forçoso el hombre amar a la mujer, e la mujer al

hombre. La segunda, que el que verdaderamente ama es necesario que se turbe con la dulçura del soberano deleyte que por el hazedor de las cosas fue puesto, porque el linaje de los hombres se perpetuasse sin lo qual perescería. E no sólo en la humana especie; mas en los pesces, en las bestias, en las aues, en las reptilias, y en lo vegetatiuo, algunas plantas han este respecto, si sin interposición de otra cosa en poca distancia de tierra están puestas, en que ay determinación de heruolarios e agricultores, ser machos y hembras. ¿Qué dirás a esto, Pármeno? Neciuelo, loquito, angelico, perlica, simplezico; ¿lobitos en tal gestic? Llégate acá, putico, que no sabes nada del mundo, ni de sus deleytes. ¡Mas rauia mala me mate, si te llego a mí, avnque vieja; que la boz tienes ronca, las baruas te apuntan; mal sosegadilla deues tener la punta de la barriga.

PÁRMENO. Como cola de alacrán.

CELESTINA. E avn peor; que la otra muerde sin hinchar, e la tuya hincha por nueue meses.

PÁRMENO. Hy, hy, hy.

CELESTINA. ¿Ríeste, landrezilla, fijo?

PÁRMENO. Calla, madre, no me culpes, ni me tengas, avnque moço, por insipiente. Amo a Calisto porque le deuo fidelidad por criança, por beneficios, por ser dél honrrado e bien tractado, que es la mayor cadena que el amor del seruidor al seruicio del señor prende, quanto lo contrario aparta. Véole perdido, e no ay cosa peor que yr tras desseo sin esperança de buen fin; y especial, pensando remediar su hecho tan arduo e difícil con vanos consejos e necias razones de aquel bruto Sempronio, que es pensar sacar aradores a pala de açadón. No lo puedo soffrir; dígolo, e lloro.

CELESTINA. Pármeno, ¿tú no vees que es necedad o simpleza llorar por lo que con llorar no se puede remediar?

PÁRMENO. Por esso lloro; que si con llorar fuesse possible traer a mi amo el remedio, tan grande sería el plazer de la tal esperança, que de gozo no podría llorar. Pero assí, perdida ya toda la esperança, pierdo el alegría, e lloro.

CELESTINA. Lloras sin prouecho, por lo que llorando estoruar no podrás, ni sanar lo presumas. ¿A otros no ha acontecido esto, Pármeno?

PÁRMENO. Sí, pero a mi amo no le querría doliente.

CELESTINA. No lo es, mas avnque fuesse doliente, podría sanar.

PÁRMENO. No curo de lo que dizes, porque en los bienes mejor es el acto que la potencia; y en los males mejor la potencia que el acto. Assí que mejor es ser sano que poderlo ser, e mejor es poder ser doliente que ser enfermo por acto; e por tanto, es mejor tener la potencia en el mal que el acto.

CELESTINA. ¡O maluado, como que no se te entiende! ¿Tú no sientes su enfermedad? ¿Qué has dicho hasta agora? ¿De qué te quejas? Pues burla o di por verdad lo falso, e cree lo que quisieres, que él es enfermo por acto, y el poder ser sano, es en mano desta flaca vieja.

PÁRMENO. Mas desta flaca puta vieja.

CELESTINA. Putos días biuas, vellaquillo, e ¿cómo te atreues?

PÁRMENO. Como te conozco...

CELESTINA. ¿Quién eres tú?

PÁRMENO. ¿Quién? Pármeno, hijo de Alberto tu compadre; que estuue contigo vn poco tiempo que te me dio mi madre quando moravas a la cuesta del río, cerca de las tenerías.

CELESTINA. ¡Jesú, Jesú, Jesú! ¿E tú eres Pármeno, hijo de la Claudina?

PÁRMENO. A la he, yo.

CELESTINA. Pues fuego malo te queme, que tan puta vieja era tu madre como yo: ¿Por qué me persigues, Parmeno? Él, es, él es, por los santos de Dios; allégate a mí, ven acá, que mill açotes e puñadas te di en este mundo e otros tantos besos. ¿Acuérdate quando dormías a mis pies, loquito?

PÁRMENO. Sí, en buena fe; e algunas vezes, avnque era niño, me subías a la cabecera, e me apretauas contigo, e porque olías a vieja, me huýa de ti.

CELESTINA. Mala landre te mate; e como lo dize el desuergüençado. Dexadas burlas e passatiempos, oye agora, mi hijo, y escucha: que avnque a vn fin soy llamada, a otro soy venida; e magüera que contigo me haya hecho de nuevas, tú eres la causa. Hijo, bien sabes cómo tu madre, que Dios haya, te me dio, biuiendo tu padre, el qual, como de mí te fuiste, con otra ansia no murió, sino con la incertedumbre de tu vida e persona, por la cual ausencia algunos años de su vejez suffrió angustiosa e cuydada vida; e al tiempo que della passó, embió por mí, y en su secreto te me encargó, e me dixo sin otro testigo, sino Aquél que es testigo de todas las obras e pensamientos, e los coraçones y entreñas escudriña, al qual puso entre él e mí, que te buscasse e llegasse, e abrigasse, e quando de complida edad fuesses, tal que en tu biuir supieses tener manera e forma, te descubriessse adónde dexó encerrada tal copia de oro e plata, que basta más que la renta de tu amo Calisto. E porque gelo prometí, e con mi promessa leuó descanso, e la fe es de guardar, más que a los biuos, a los muertos, que no pueden hazer por sí, en pesquisa y siguimiento tuyo yo he gastado assaz tiempo e quantías, hasta agora que ha plazido a Aquél, que todos los cuytados tiene, e remedia las justas peticiones e las piadosas obras endereça, que te hallasse aquí, donde solos ha tres días que sé que moras. Sin dubda dolor he sentido, porque has por tantas partes vagado e peregrinado, que ni has auido provecho, ni ganado debdo, ni amistad; que como Séneca dize, los peregrinos tienen muchas posadas e pocas amistades,

porque en breue tiempo con ninguno pueden firmar amistad; y el que está en muchos cabos está en ninguno, ni puede aprouechar el manjar a los cuerpos, que en comiendo se lança; ni hay cosa que más la sanidad impida, que la diuersidad e mudança e variación de los manjares. E nunca la llaga viene a cicatrizar en la qual muchas melezinas se tientan, ni conualesce la planta que muchas vezes es traspuesta; e y no ay cosa tan prouechosa, que en llegando aproueche. Por tanto, mi hijo, dexa los ímpetus de la juuentud, e tórnate con la dotrina de tus mayores a la razón; reposa en alguna parte. ¿E dónde mejor que en mi voluntad, en mi ánimo, en mi consejo, a quien tus padres te remetieron? E yo assí como verdadera madre tuya te digo, so las malediciones que tus padres te pusieron si me fueses inobediente, que por el presente suffras e siruas a éste tu amo que procuraste, hasta en ello auer otro consejo mío; pero no con necia lealdad, proponiendo firmeza sobre lo mouible, como son estos señores deste tiempo. E tú gana amigos, que es cosa durable; ten con ellos constancia; no biuas en flores; dexa los vanos prometimientos de los señores, los quales deshecha la sustancia de sus siruientes con huecos e vanos prometimientos. Como la sanguijuela saca la sangre, desagradescen, injurian, olvidan seruicios, niegan galardón.

Guay de quien en palacio enuejece, como se escriue de la probática piscina, que de ciento que entrauan sanaua vno. Estos señores deste tiempo más aman a sí que a los suyos, e no yerran los suyos, ygualmente lo deuen fazer. Perdidas son las mercedes, las manificencias, los actos nobles. Cada vno destos catiua e mezquinamente procura su interesse con los suyos; pues aquéllos no deuen menos hazer, como sean en facultades menores, sino biuir a su ley. Dígolo, hijo Pármeno, porque éste tu amo, como dizen, me parece rompe necios. De todos se quiere servir sin merced. Mira bien, créeme. En su casa cobra amigos, que es el mayor precio mundano; que con él no pienses tener amistad, como por la diferencia de los estados o condiciones pocas vezes contezca. Caso es offrescido, como sabes, en que todos medremos, e tú por el presente te remedies; que lo al que te he dicho, guardado te está a su tiempo. E mucho te aprouecharás siendo amigo de Sempronio.

PÁRMENO. Celestina, todo tremo en oírte; no sé qué haga; perplexo estó. Por vna parte, téngote por madre; por otra a Calisto por amo. Riqueza desseo; pero quien torpemente sube a lo alto, más aýna cae que subió. No querría bienes mal ganados.

CELESTINA. Yo sí. A tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo.

PÁRMENO. Pues yo con ellos no biuiría contento, e tengo por honesta cosa la pobreza alegre; e avn más te digo, que no los que poco tienen son pobres, mas los que mucho desean. E por esto, avnque más digas, no te creo en esta parte. Querría passar la vida sin embidia; los yermos e aspereza sin temor; el sueño sin sobresaltos; las injurias con respuesta; las fuerças sin denuesto; las premias con resistencia.

CELESTINA. ¡O hijo! Bien dizen que la prudencia no puede ser sino en los viejos, e tú mucho moço eres.

PÁRMENO. Mucho segura es la mansa pobreza.

CELESTINA. ¿Mas di, como mayor?, que la fortuna ayuda a los osados; e demás desto, ¿quién es que tenga bienes en la república, que escoja biuir sin amigos? Pues loado Dios,

bienes tienes; e no sabes que has menester amigos para los conseruar, e no pienses que tu priuança con este señor te haze seguro, que quanto mayor es la fortuna, tanto es menos segura. E, por tanto, en los infortunios el remedio es a los amigos. ¿E a dónde puedes ganar mejor este deudo? ¿qué donde las tres maneras de amistad concurren? ¿Conuiene a saber, por bien e prouecho e deleyte? Por bien: mira la voluntad de Sempronio conforme a la tuya, e la gran similitud que tú y él en la virtud tenéys. Por prouecho, en la mano está, si soys concordés; por deleyte, semejable es, como seáys en edad dispuestos para todo linaje de plazer, en que más los moços que los viejos se juntan; assí como para jugar, para vestir, para burlar, para comer e beuer, para negociar amores, juntos de compañía. ¡O, si quisieses, Pármeno, qué vida gozaríamos! Sempronio ama a Elicia, prima de Areúsa.

PÁRMENO. ¿De Areúsa?

CELESTINA. De Areúsa.

PÁRMENO. ¿De Areúsa, hija de Eliso?

CELESTINA. De Areúsa, hija de Eliso.

PÁRMENO. ¿Cierto?

CELESTINA. Cierto.

PÁRMENO. Marauillosa cosa es.

CELESTINA. ¿Pero bien te paresce?

PÁRMENO. No cosa mejor.

CELESTINA. Pues tu buena dicha quiere; aquí está quien te la dará.

PÁRMENO. Mi fe, madre, no creo a nadie.

CELESTINA. Estremo es creer a todos; e yerro no creer a ninguno.

PÁRMENO. Digo que te creo, pero no me atreuo; déxame.

CELESTINA. ¡O mezquino! De enfermo corazón es no poder sufrir el bien. Da Dios hauas a quien no tiene quixadas. ¡O simple!, dirás que a donde ay mayor entendimiento ay menor fortuna, e donde más discreción, allí es menor la fortuna; dichas son.

PÁRMENO. ¡O Celestina! Oýdo he a mis mayores que vn enxemplo de luxuria o auaricia mucho mal haze; e que con aquellos deue hombre conuersar, que le hagan mejor; e aquellos dexar, a quien él mejores piensa hazer. E Sempronio, en su enxemplo, no me hará mejor, ni yo a él sanaré su vicio. E puesto que yo a lo que dizes me incline, sólo yo querría saberlo; porque a lo menos por el enxemplo fuesse oculto el pecado. E si hombre vencido del deleyte va contra la virtud, no se atreua a la honestad.

CELESTINA. Sin prudencia hablas, que de ninguna cosa es alegre possession sin compañía; no te retrayes ni amargues, que la natura huye lo triste, e apetece lo delectable. El deleyte es con los amigos en las cosas sensuales; e especial, en recontar las cosas de amores e comunicarlas. Esto hize; esto otro me dixo; tal donayre passamos; de tal manera la tomé; assí la besé; assí me mordió; assí la abracé; assí se allegó. ¡O qué habla, qué gracia! ¡o qué juegos, o qué besos! Vamos allá; boluamos acá; ande la música; pintemos los motes; cantemos canciones, inuenciones, e justemos. ¿Qué cimera sacaremos o qué letra? Ya va a la missa; mañana saldrá; rondemos su calle; mira su carta; vamos de noche; tenme el escala; aguarda a la puerta. ¿Cómo te fue? Cata el cornudo; sola la dexa; dale otra buelta; tornemos allá. E para esto Pármeno ¿ay deleyte sin compañía? Alahé, alahé, la que las sabe las tañe; éste es el deleyte; que lo al mejor lo hazen los asnos en el prado.

PÁRMENO. No querría, madre, me conbidasses a consejo con amonestación de deleyte, como hizieron los que careciendo de razonable fundamento, opinando hizieron sectas embueltas en dulce veneno para captar e tomar las voluntades de los flacos, e con poluos de sabroso affecto cegaron los ojos de la razón.

CELESTINA. ¿Qué es razón, loco? ¿Qué es affecto, asnillo? La discreción, que no tienes, lo determina; e de la discreción, mayor es la prudencia; e la prudencia no puede ser sin experimento; e la experiencia no puede ser más que en los viejos; e los ancianos somos llamados padres; e los buenos padres bien aconsejan a sus fijos; y especial yo a ti, cuya vida e honrra más que la mía desseo. ¿E cuándo me pagarás tú esto? Nunca; pues a los padres e a los maestros no puede ser hecho seruicio ygualmente.

PÁRMENO. Todo me recelo, madre, de recibir dudoso consejo.

CELESTINA. ¿No quieres? Pues dezirte he lo que dize el sabio: Al varón que con dura ceruiz al que le castiga menosprecia, arrebatado quebrantamiento le verná, y sanidad ninguna le conseguirá. Y assí, Pármeno, me despido de ti, e deste negocio.

PÁRMENO. (Ap.: Ensañada está mi madre; dubda tengo en su consejo; yerro es no creer y culpa creerlo todo. Más humano es confiar, mayormente en esta que interesse promete, a do prouecho no pueda allende de amor conseguir. Oýdo he que deue hombre a sus mayores creer. Ésta, ¿qué me aconseja? Paz con Sempronio. La paz no se deue negar, que bienaventurados son los pacíficos, que hijos de Dios serán llamados. Amor no se deue rehuir, caridad a los hermanos; interesse pocos le apartan; pues quiérola complazer e oýr).

Madre, no se deue ensañar el maestro de la ignorancia del discípulo, sino raras vezes; por la esciencia, que es de su natural comunicable y en pocos lugares se podría infundir. Por esso perdóname, háblame; que no sólo quiero oýrte e creerte, mas en singular merced recibir tu consejo; e no me lo agradescas, pues el loor y las gracias de la ación más al dante que no al recibiente se deuen dar. Por esso, manda, que a tu mandado mi consentimiento se humilla.

CELESTINA. De los hombres es errar, e bestial es la porfía; por ende, gózome, Pármeno, que ayas limpiado las turbias telas de tus ojos e respondido al reconocimiento,

discreción e ingenio sutil de tu padre, cuya persona agora representada en mi memoria enternezce los ojos piadosos, por do tan abundantes lágrimas vees derramar. Algunas vezes duros propósitos, como tú, defendía; pero luego tornaua a lo cierto. En Dios y en mi ánima, que en veer agora lo que as porfiado, e como a la verdad eres reduzido, no parece sino que biuo le tengo delante. ¡O qué persona! ¡o qué hartura! ¡o qué cara tan venerable! Pero callemos, que se acerca Calisto e tu nuevo amigo Sempronio, con quien tu conformidad para más oportunidad dexo, que dos en vn corazón biuiendo son más poderosos de hazer e de entender.

.....

CALISTO. Dubda traygo, madre, según mis infortunios, de hallarte biua. Pero más es marauilla, según el deseo, de cómo llego biuo. Recibe la dádiua pobre de aquel que con ella la vida te ofrece.

CELESTINA. Como en el oro muy fino labrado por la mano del sutil artífice la obra sobrepuja a la material, assí se auentaja a tu magnífico dar la gracia e forma de tu dulce liberalidad; e sin dubda la presta dádiua su effeto ha doblado, porque la que tarda el prometimiento muestra negar e arrepentirse del don prometido.

PÁRMENO. (Aparte.) ¿Qué le dio, Sempronio?

SEMPRONIO. (Aparte.) Cient monedas en oro.

PÁRMENO. (Aparte.) Hy, hy, hy.

SEMPRONIO. (Aparte.) ¿Fabló contigo la madre?

PÁRMENO. (Aparte.) Calla, que sí.

SEMPRONIO. (Aparte.) Pues, ¿cómo estamos?

PÁRMENO. (Aparte.) Como quisieres, avnque estoy espantado.

SEMPRONIO. (Aparte.) Pues calla, que yo te haré espantar dos tanto.

PÁRMENO. (Aparte.) ¡O Dios, no ay pestilencia más efficaz que el enemigo de casa para empecer.

.....

CALISTO. Ve agora, madre e consuela tu casa, e después ven, consuela la mía: e luego...

CELESTINA. Quede Dios contigo.

CALISTO. Y él te me guarde.

El segundo aucto

Argumento del segundo aucto

Partida Celestina de Calisto para su casa, queda Calisto hablando con Sempronio, criado suyo; al qual, como quien en alguna esperença puesto está, todo aguijar le parece tardança. Embía de sí a Sempronio a solicitar a Celestina para el concebido negocio; quedan entretanto Calisto y Pármene juntos razonando.

CALISTO, PÁRMENE, SEMPRONIO

CALISTO. Hermanos míos, cient monedas di a la madre; ¿hize bien?

SEMPRONIO. ¡Ay! Si hizieste bien; allende de remediar tu vida, ganaste muy gran honrra. ¿E para qué es la fortuna fauorable e próspera, sino para seruir a la honrra, que es el mayor de los mundanos bienes? Que esto es premioey galardón de la virtud. E por esso la damos a Dios, porque no tenemos mayor cosa que le dar; la mayor parte de la qual consiste en la liberalidad e franqueza. A ésta los duros tesoros comunicables la escurecen e pierden, e la magnificencia e liberalidad la ganan e subliman. ¿Qué aprouecha tener lo que se niega aprouechar? Sin dubda te digo, que es mejor el vso de las riquezas que la possession dellas. ¡O qué glorioso es el dar! ¡O qué miserable es el recibir! Quanto es mejor el acto que la possession, tanto es más noble el dante que el recipiente. Entre los elementos, el fuego, por ser más actiuo es más noble, y en las speras puesto en más noble lugar. E dizen algunos que la nobleza es vna alabança que prouiene de los merescimientos e antigüedad de los padres; yo digo, que la agena luz nunca te hará claro, si la propria no tienes. E, por tanto, no te estimes en la claridad de tu padre, que tan magnífico fue, sino en la tuya. E assí se gana la honrra, que es el mayor bien de los que son fuera de hombre. De lo qual no el malo, mas el bueno, como tú, es digno que tenga perfecta virtud. Y avn te digo que la virtud perfecta no pone que sea hecho con digno honor. Por ende goza de auer seydo assí magnífico e liberal; e de mi consejo tórnate a la cámara e reposa, pues que tu negocio en tales manos está depositado. De donde ten por cierto, pues el comienço lleuo bueno, el fin será muy mejor. E vamos luego, porque sobre este negocio quiero hablar contigo más largo.

CALISTO. Sempronio, no me parece buen consejo quedar yo acompañado, e que vaya sola aquella que busca el remedio de mi mal; mejor será que vayas con ella e la aquexes; pues sabes que de su diligencia pende mi salud, de su tardança mi pena, de su oluido mi desesperança. Sabido eres, fiel te siento, por buen criado te tengo; haz de manera, que en sólo verte ella a ti, juzgue la pena que a mí queda, e fuego que me atormenta. Cuyo ardor

me causó no poder mostrarle la tercia parte desta mi secreta enfermedad, según tiene mi lengua e sentido ocupados e consumidos. Tú, como hombre libre de tal pasión, hablarla has a rienda suelta.

SEMPRONIO. Señor, querría yr por cumplir tu mandado; querría quedar por aliuiar tu cuytado; tu temor me aquexa, tu soledad me detiene; quiero tomar consejo con la obediencia, que es yr e dar priessa a la vieja. ¿Mas cómo yré?, que en viéndote solo, dizes desuaríos de hombre sin seso, sospirando, gimiendo, maltrobando, holgando con lo oscuro, desseando soledad, buscando nuevos modos de pensatiuvo tormento, donde, si perseueras, o de muerto o loco no podrás escapar; si siempre no te acompaña quien te allegue plazer, diga donayres, tenga canciones alegres, cante romances, cuente hystorias, pinte motes, finja cuentos, juegue a naypes, arme mates; finalmente, que sepa buscar todo género de dulce passatiempo para no dexar trasponer tu pensamiento en aquellos crueles desvíos que recibiste de aquella señora en el primer trance de tus amores.

CALISTO. ¿Cómo, simple? ¿no sabes que aliuia la pena llorar la causa? ¿quánto es dulce a los tristes quejar su pasión? ¿Quánto descanso traen consigo los quebrantados sospiros? ¿quánto relieuan e disminuyen los lagrimosos gemidos el dolor? Quantos escriuieron consuelos, no dizen otra cosa.

SEMPRONIO. Lee más adelante; buelue la hoja; hallarás que dizen: que fiar en lo temporal e buscar materia de tristeza, que es ygual género de locura. E aquel Macías, ýdolo de los amantes, del oluido, porque le olvidaua se quexa. En el contemplar ésta es la pena de amor; en el oluidar el descanso. Huye de tirar coces al aguijón; finge alegría e consuelo, e serlo ha; que muchas veces la opinión trae las cosas donde quiere, no para que mude la verdad; pero para moderar nuestro sentido e regir nuestro juyzio.

CALISTO. Sempronio, amigo, pues tanto sientes mi soledad, llama a Pármeno e quedará conmigo, e daquí adelante sey como sueles leal; que en el seruicio del criado está el galardón del señor.

PÁRMENO. Aquí estoy, señor.

CALISTO. Yo no, pues no te veýa. No te partas della, Sempronio, ni me oluides a mí, e ve con Dios.

.....

CALISTO. Tú, Pármeno, ¿qué te parece de lo que oy ha passado? Mi pena es grande, Melibea alta, Celestina sabia e buena maestra de estos negocios; no podemos errar. Tú me la as aprouado con toda tu enemistad; yo te creo, que tanta es la fuerça de la verdad que las lenguas de los enemigos trae a su mandar; assí que, pues ella es tal, más quiero dar a ésta cient monedas que a otra cinco.

PÁRMENO. (Aparte.) Ya lloras; duelos tenemos. En casa se avrán de ayunar estas franquezas.

CALISTO. Pues pido tu parecer, seyme agradable, Pármeno; no abaxes la cabeça al responder. Mas como la embidia es triste, la tristeza sin lengua, puede más contigo su voluntad que mi temor. ¿Qué dixiste, enojoso?

PÁRMENO. Digo, señor, que yrían mejor empleadas tus franquezas en presentes e servicios a Melibea, que no dar dineros a aquella que yo conozco; e lo que peor es, hazerte su catiuo.

CALISTO. ¿Cómo, loco, su catiuo?

PÁRMENO. Porque a quien dizes el secreto, das tu libertad.

CALISTO. Algo dize el necio; pero quiero que sepas que quando hay mucha distancia del que ruega al rogado, o por grauedad de obediencia, o por señorío de estado, o esquiuidad de género, como entre esta mi señora e mí, es necessario intercessor o medianero que suba de mano en mano mi mensaje hasta los oýdos de aquella a quien yo segunda vez hablar tengo por impossible; e pues que assí es, dime si lo hecho aprueuas.

PÁRMENO. (Aparte) Apruéuelo el diablo.

CALISTO. ¿Qué dizes?

PÁRMENO. Digo, señor, que nunca yerro vino desacompañado, e que vn inconveniente es causa e puerta de muchos.

CALISTO. El dicho yo le aprueuo; el propósito no entiendo.

PÁRMENO. Señor, porque perderse el otro día el neblí, fue causa de tu entrada en la huerta de Melibea a le buscar; la entrada causa de la ver y hablar; la habla engendró amor; el amor parió tu pena; la pena causará perder tu cuerpo, y el alma e hazienda. E lo que más dello siento es venir a manos de aquella trotaconuentos, después de tres vezes emplumada.

CALISTO. Assí, Pármeno, di más desso, que me agrada, pues mejor me parece, quanto más la desalauas; cumpla conmigo e emplúmenla la quarta; dessentido eres, sin pena hablas; no te duele donde a mí, Pármeno.

PÁRMENO. Señor, más quiero que ayrado me reprehendas, porque te do enojo, que arrepentido me condenes, porque no te di consejo, pues perdiste el nombre de libre quando catiuaste la voluntad.

CALISTO. Palos querrá este vellaco; di, mal criado, ¿por qué dizes mal de lo que yo adoro? ¿e tú qué sabes de honrra? Dime, ¿qué es amor? ¿en qué consiste buena criança? ¿qué te me vendes por discreto?, ¿no sabes que el primer escalón de locura es creerse ser esciente? Si tú sintiesses mi dolor, con otra agua rociarías aquella ardiente llaga que la cruel frecha de Cupido me ha causado. Quanto remedio Sempronio acarrea con sus pies, tanto apartas tú con tu lengua; con tus vanas palabras, fingiéndote fiel, eres vn terrón de lisonja,

bote de malicias, el mismo mesón e aposentamiento de la embidia, que por disfamar la vieja, a tuerto o a derecho, pones en mis amores desconfianza; sabiendo que esta mi pena e flutuoso dolor no se rige por razón, no quiere auisos, carece de consejo; e si alguno se le diere, tal que no aparte ni desgozne lo que sin las entrañas no podrá despegarse. Sempronio temió su yda y tu quedada; yo quísolo todo, e assí me padezco el trabajo de su ausencia e tu presencia; valiera más solo, que mal acompañado.

PÁRMENO. Señor, flaca es la fidelidad que temor de pena la conuierte en lisonja, mayormente con señor, a quien dolor e afición priua e tiene ajeno de su natural juyzio; quitarse ha el velo de la ceguedad; passarán estos momentáneos fuegos; conozcerás mis agras palabras ser mejores para matar este fuerte cánçer, que las blandas de Sempronio que lo ceuan, atizan tu fuego, abiuán tu amor, encienden tu llama, añaden astillas que tenga que gastar, hasta ponerte en la sepultura.

CALISTO. Calla, calla, perdido; estó yo penando e tú filosofando; no te espero más. Saquen vn caualló; límpíenle mucho; aprieten bien la cincha, por que si passare por casa de mi señora e mi Dios.

.....

PÁRMENO. ¡Moços! ¿No ay moço en casa? Yo me lo auré de hazer, que a peor vernemos desta vez que ser moços despuelas; andar, passe, mal me quieren mis comadres, porque digo verdades, etc. ¿Relincháys, don caualló? ¿No basta vn celoso en casa, o baruntas a Melibea?

.....

CALISTO. ¿Viene esse caualló? ¿qué hazes, Pármeno?

PÁRMENO. Señor, vesle aquí, que no está Sosia en casa.

CALISTO. Pues ten esse estribo; abre más essa puerta; e si viniere Sempronio con aquella señora, di que esperen, que presto será mi buelta.

.....

PÁRMENO. Mas nunca sea; allá yrás con el diablo. A estos locos dezildes lo que les cumple; no os podrán ver. Por mi ánima, que si agora le diessen vna lançada en el calcañar, que saliessen más sesos que de la cabeça; pues anda, que a mi cargo, que Celestina e Sempronio te espulguen. ¡O desdichado de mí!, por ser leal padezco mal. Otros se ganan por malos, yo me pierdo por bueno. El mundo es tal; quiero yrme al hilo de la gente, pues a los traydores llaman discretos, a los fieles necios. Si creyera a Celestina con sus seys dozenas de años acuestas, no me maltratara Calisto. Mas esto me porná escarmiento daqui adelante con él; que si dixiere, comamos, yo también; si quisiere derrocar la casa,

aprouarlo; si quemar su hazienda, yr por fuego. Destruya, rompa, quiebre, dañe; dé a alcahuetas lo suyo, que mi parte me cabrá; pues dizen: a río buelto ganancia de pescadores; nunca más perro a molino.

El tercer aucto

Argumento del tercer aucto

Sempronio vase a casa de Celestina, a la qual reprehende por la tardança: pónense a buscar qué manera tomen en el negocio de Calisto con Melibea. En fin sobreuiene Elicia. Vase Celestina a casa de Pleberio; queda Sempronio e Elicia en casa.

SEMPRONIO, CELESTINA, ELICIA

SEMPRONIO. ¡Qué spacio lleua la barbuda! Menos sosiego traýan sus pies a la venida; a dineros pagados, braços quebrados. Ce, señora Celestina; poco as aguijado.

CELESTINA. ¿A qué vienes, hijo?

SEMPRONIO. Este nuestro enfermo no sabe qué pedir; de sus manos no se contenta: no se le cueze el pan. Teme tu negligencia; maldize su auaricia e cortedad porque te dio tan poco dinero.

CELESTINA. No es cosa más propia del que ama que la impaciencia; toda tardança les es tormento; ninguna dilación les agrada. En vn momento querrían poner en effecto sus cogitaciones; antes las querrían ver concluýdas que empeçadas. Mayormente estos nouicios amantes, que contra qualquiera señuelo buelan sin deliberación, sin pensar el daño quel ceuo de su desseo trae mezclado en su exercicio e negociación, para sus personas e siruientes.

SEMPRONIO. ¿Qué dizes de siruientes? ¿Paresce por tu razón que nos puede venir a nosotros daño deste negocio, e quemarnos con las centellas que resultan deste fuego de Calisto? Avn al diablo daría yo sus amores; al primer desconcierto que vea en este negocio no como más su pan; más vale perder lo seruido, que la vida por cobrallo; el tiempo me dirá qué haga; que primero que cayga del todo, dará señal, como casa que se acuesta. Si te parece, madre, guardemos nuestras personas de peligro. Hágase lo que se hiziere. Si la ouiere, ogaño, si no a otro año, si no, nunca; que no ay cosa tan difícil de suffrir en sus principios que el tiempo no la ablande e haga comortable. Ninguna llaga tanto se sintió que por luengo tiempo no afloxasse su tormento; ni plazer tan alegre fue, que no le amengüe su antigüedad. El mal e el bien, la prosperidad e adversidad, la gloria e pena, todo pierde con el tiempo la fuerça de su acelerado principio; pues los casos de admiración e

venidos con gran desseo, tan presto como passados, olvidados. Cada día vemos nouedades, e las oýmos, e las passamos, e dexamos atrás; diminúyelas el tiempo, házelas contingibles. Qué tanto te marauillarías si dixiessen: la tierra tembló, o otra semejante cosa que no olvidasses luego; assí como, helado está el río, el ciego vee ya, muerto es tu padre, vn rayo cayó, ganada es Granada, el rey entra hoy, el turco es vencido, eclipse ay mañana, la puente es llevada, aquél es ya obispo, a Pedro robaron, Inés se ahorcó. ¿Qué me dirás, sino que a tres días passados o a la segunda vista, no ay quien dello se marauille? Todo es assí, todo passa desta manera, todo se oluida, todo queda atrás. Pues assí será este amor de mi amo; quanto más fuere andando, tanto más diminuyendo, que la costumbre luenga amansa los dolores, afloxa e deshaze los deleytes, desmengua las marauillas. Procuremos provecho mientras pendiere la contienda; e si a pie enxuto le pudiéremos remediar; lo mejor, mejor es; e si no, poco a poco le soldaremos el reproche o menosprecio de Melibea contra él. Donde no, más vale que pene el amo, que no que peligre el moço.

CELESTINA. Bien has dicho; contigo estoy, y agradado me has; no podemos errar; pero todavía hijo, es necessario que el buen procurador ponga de su casa algún trabajo, algunas fingidas razones, algunos soffisticos actos; yr e venir a juyzio, avnque reciba malas palabras del juez. Siquiera por los presentes que lo vieren no digan que se gana holgando el salario; e assí verná cada vno a él con pleyto, e a Celestina con sus amores.

SEMPRONIO. Haz a tu voluntad, que no será éste el primero negocio que has tomado a cargo.

CELESTINA. ¿El primero, hijo? Pocas vírgenes, a Dios gracias, has tu visto en esta ciudad que hayan abierto tienda a vender, de quien yo no haya sido corredora de su primer hilado. En nasciendo la mochacha, la hago scriuir en mi registro; e esto para que yo sepa cuántas se me salen de la red. ¿Qué pensauas, Sempronio? ¿Hauíame de mantener del viento? ¿Heredé otra herencia? ¿Tengo otra casa o viña? ¿Conósceme otra hazienda, más deste officio de que como e beuo?, ¿de qué visto y calço? En esta ciudad nascida, en ella criada, manteniendo honrra, como todo el mundo sabe, ¿conoçida, pues, no soy? Quien no supiere mi nombre y mi casa, tenle por extranjero.

SEMPRONIO. Dime, madre ¿qué passaste con mi compañero Pármeno quando subí con Calisto por el dinero?

CELESTINA. Díxele el sueño y la soltura, e cómo ganaría más con nuestra compañía que con las lisonjas que dize a su amo; cómo biuiría siempre pobre e baldonado si no mudaua el consejo; que no se hiziesse sancto a tal perra vieja como yo. Acordele quién era su madre, por que no menospreciasse mi officio; porque queriendo de mí dezir mal, tropeçasse primero en ella.

SEMPRONIO. ¿Tantos días ha que le conoces, madre?

CELESTINA. Aquí está Celestina que le vido nascer e le ayudó a criar. Su madre e yo, uña e carne. Della aprendí todo lo mejor que sé de mi officio. Juntas comíamos, juntas durmíamos, juntas auíamos nuestros solazes, nuestros plazeres, nuestros consejos e conciertos. En casa e fuera, como dos hermanas. Nunca blanca gané en que no touiesse su

mitad. Pero no biuía yo engañada, si mi fortuna quisiera que ella me durara. ¡O muerte, muerte! ¡A cuántos priuas de agradable compañía! ¡A cuántos desconsuela tu enojosa visitación! Por vno que comes con tiempo, cortas mill en agraz. Que seyendo ella biua, no fueran estos mis passos desacompañados. Buen siglo aya, que leal amiga e buena compañera me fue; que jamás me dexó hazer cosa en mi cabo, estando ella presente. Si yo traía el pan, ella la carne. Si yo ponía la mesa, ella los manteles. No loca, no fantástica, ni presumptuosa como las de agora

En mi ánima, descubierta se yva hasta el cabo de la ciudad con su jarro en la mano, que en todo el camino no oyé peor de: Señora Claudina; e aosadas que otra conocía peor el vino, e qualquier mercadería; quando pensaua que no era llegada, era de buelta. Allá la conbidauan, según el amor todos la tenían, que jamás volvía sin ocho o diez gostaduras, vn açumbre en el jarro e otro en el cuerpo. Ansí la fiauan dos o tres arrobas en vezes, como sobre vna taça de plata. Su palabra era prenda de oro en quantos bodegones auía. Si ývamos por la calle, dondequiera que ouíssemos sed, entráuamos en la primera tauerna. Luego mandaua echar medio açumbre para mojar la boca. Mas a mi cargo que no le quitaron la toca por ello, sino quanto la rayauan en su taja, e andar adelante. Si tal fuesse agora su hijo, a mi cargo que tu amo quedasse sin pluma, e nosotros sin quexa. Pero yo le haré de mi hierro, si biuo; yo le contaré en el número de los míos.

SEMPRONIO. ¿Cómo has pensado hacerlo, que es vn traydor?

CELESTINA. A esse tal dos aleuosos. Harele auer a Areúsa; será de los nuestros. Darnos ha lugar a tender las redes sin enbaraço por aquellas doblas de Calisto.

SEMPRONIO. ¿Pues crees que podrás alcançar algo de Melibea? ¿Ay algún buen ramo?

CELESTINA. No ay çurujano que a la primera cura juzgue la herida. Lo que yo al presente veo te diré. Melibea es hermosa, Calisto loco e franco; ni a él penará gastar, ni a mí andar. Bulla moneda e dure el pleyto, lo que durare; todo lo puede el dinero: las peñas quebranta, los ríos passa en seco; no ay lugar tan alto que vn asno cargado de oro no le suba. Su desatino e ardor bastar perder a sí e ganar a nosotros. Esto he sentido; esto he calado; esto sé dél y della; esto es lo que nos ha de aprouechar. A casa voy de Pleberio; quédate, adiós, que avnque esté braua Melibea, no es ésta, si a Dios ha plazido, la primera a quien yo he hecho perder el cacarrear; coxquillosicas son todas, mas después que vna vez consienten la silla en el enués del lomo, nunca querrían holgar; por ellas queda el campo; muertas sí, cansadas, no. Si de noche caminan, nunca querrían que amanesciesse; maldizen los gallos porque anuncian el día, e el reloj porque da tan apriessa. Requieren las cabrillas e el norte, haziéndose estrelleras; ya quando veen salir el luzero del alua, quiéreseles salir el alma. Su claridad les escurece el coraçón. Camino es, hijo, que nunca me harté de andar; nunca me vi cansada:: e avn assí vieja como soy, sabe Dios mi buen desseo; cuánto más éstas que hieruen sin fuego, catíuanse del primer abraço, ruegan a quien rogó, penan por el penado, házense sieruas de quien eran señoras, dexan el mando e son mandadas, rompen paredes, abren ventanas, fingen enfermedades, a los chirriadores quiçios de las puertas hazen con azeytes usar su officio sin ruido. No te sabré dezir lo mucho que obra en ellas aquel dulçor que les queda de los primeros besos de quien aman. Son enemigas del medio; contino están posadas en los extremos.

SEMPRONIO. No te entiendo esos términos, madre.

CELESTINA. Digo que la muger, o ama mucho a aquel de quien es requerida, o le tiene grande odio. Assí que si al querer despiden, no pueden tener las riendas al desamor. E con esto que sé cierto, voy más consolada a casa de Melibea que si en la mano la touiesse, porque sé que, avnque al presente la ruege, al fin me ha de rogar; avnque al principio me amenaze, al cabo me ha de halagar. Aquí lleuo vn poco de hilado en esta mi faltriquera, con otros aparejos que conmigo siempre traygo para tener causa de entrar, donde mucho no so conoscida la primera vez; assí como gorgueras, garuines, franjas, rodeos, tenazuelas, alcohol, aluayalde e solimán, agujas e alfileres; que tal ay, que tal quiere; por que donde me tomare la boz me halle apercebida para les echar ceuo, o requerir de la primera vista.

SEMPRONIO. Madre, mira bien lo que hazes, porque quando el principio se yerra, no puede seguirse buen fin. Piensa en su padre; que es noble y esforçado, su madre celosa e braua, tú la misma sospecha. Melibea es vnica a ellos; faltádoles ella, fáltales todo el bien; en pensallo tiemblo; no vayas por lana e vengas sin pluma.

CELESTINA. ¿Sin pluma, hijo?

SEMPRONIO. O emplumada, madre; que es peor.

CELESTINA. A la hé, en mal hora; a ti he yo menester para compañero; avn si quisieses auisar a Celestina en su officio; pues quando tú naçiste ya comía yo pan con corteza; para adalid eres tú bueno, cargado de agüeros y recelo.

SEMPRONIO. No te marauilles, madre, de mi temor; pues es común condición humana que lo que mucho se dessea jamás se piensa ver concluýdo, mayormente que en este caso temo tu pena e mía. Deseo prouecho; querría que este negocio ouiesse buen fin, no por que saliesse mi amo de pena, mas por salir yo de lazería. E assí miro más inconvenientes con mi poca esperiencia que no tú como maestra vieja.

.....

ELICIA. Santiguarme quiero, Sempronio; quiero hazer vna raya en el agua; ¿qué novedad es ésta, venir oy acá dos vezes?

CELESTINA. Calla, boua, déxale, que otro pensamiento traemos en que más nos va. Dime, ¿está desocupada la casa? ¿Fuesse la moça que esperaua al ministro?

ELICIA. E avn después vino otra, e se fue.

CELESTINA. ¿Sí, que no embalde?

ELICIA. No, en buena fe, ni Dios lo quiera; que avnque vino tarde, más vale a quien Dios ayuda, que quien mucho madruga.

CELESTINA. Pues sube presto al sobrado alto de la solana, e baxa acá el bote del azeite serpentino, que hallarás colgado del pedaço de la sogá que traxe del campo la otra noche, quando llouía e hazía escuro; e abre el arca de los lizos, e hazia la mano derecha hallarás vn papel escrito con sangre de murciélago, debaxo de aquel ala de drago a que sacamos ayer las vñas. Mira no derrames el agua de mayo, que me traxieron a confacionar.

ELICIA. Madre, no está donde dizes; jamás te acordas de cosa que guardes.

CELESTINA. No me castigues, por Dios, a mi vejez; no me maltrates, Elicia. No enfinjas porque stá aquí Sempronio, ni te soberuezcas; que más me quiere a mí por consejera que a ti por amiga, avnque tú le ames mucho. Entra en la cámara de los vngüentos, e en la pelleja del gato negro donde te mandé meter los ojos de la loba, le hallarás; e baxa la sangre del cabrón, e vnas poquitas de las baruas que tú le cortaste.

ELICIA. Toma, madre, veslo aquí. Yo me subo, e Sempronio, arriba.

.....

CELESTINA. Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberuio de los condenados ángeles, señor de los sulfureos fuegos que los hiruyentes étnicos montes manan, gouernador e veedor de los tormentos, e atormentadores de las pecadoras ánimas, regidor de las tres furias, Tesífone, Megera e Aleto, administrador de todas las cosas negras del reyno de Stigie e Dite, con todas sus lagunas e sombras infernales, e litigioso caos, mantenedor de las bolantes harpías, con toda la otra compañía de espantables e pauorosas ydras. Yo, Celestina, tu más conocida cliéntula, te conjuro por la virtud e fuerça destas bermejas letras, por la sangre de aquella noturna aue con que están escritas, por la grauedad de aquestos nombres e signos que en este papel se contienen, por la áspera ponçoña de las bíuoras de que este azeite fue hecho, con el qual vnto este hilado; vengas sin tardança a obedecer mi voluntad y en ello te embueluas, y con ello estés sin vn momento te partir, hasta que Melibea con aparejada oportunidad que haya lo compre; y con ello de tal manera quede enredada que quanto más lo mirare, tanto más su coraçón se ablande a conceder mi petición. E se le abras e lastimes del crudo e fuerte amor de Calisto, tanto que despedida toda honestidad, se descubra a mí e me galardone mis passos e mensaje; y esto hecho pide e demanda de mí a tu voluntad. Si no lo hazes con presto mouimiento, ternásme por capital enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre: e otra, e otra vez te conjuro; assí confiando en mi mucho poder, me parto para allá con mi hilado, donde creo te lleuo ya embuelto.

El aucto quarto

Argumento del quarto aucto

Celestina, andando por el camino, habla consigo misma fasta llegar a la puerta de Pleberio, onde halló a Lucrecia, criada de Pleberio. Pónese con ella en razones. Sentidas por Alisa, madre de Melibea, y sabido que es Celestina, fázela entrar en casa. Viene vn mensajero a llamar a Alisa. Vase. Queda Celestina en casa con Melibea y le descubre la causa de su venida.

LUCRECIA, CELESTINA, ALISA, MELIBEA

CELESTINA. Agora que voy sola, quiero mirar bien lo que Sempronio ha temido deste mi camino, porque aquellas cosas que bien no son pensadas (avnque algunas veces hayan buen fin), comúnmente crían desuariados efectos. Assí que la mucha speculación nunca carece de buen fruto; que, avnque yo he dissimulado con él, podría ser que si me sintiessen en estos passos de parte de Melibea, que no pagasse con pena que menor fuesse que la vida; o muy amenguada quedasse, quando matar no me quisiessen, manteándome o açotándome cruelmente. Pues amargas cient monedas serían éstas. ¡Ay, cuytada de mí, en qué lazo me he metido! ¡que por me mostrar solícita y esforçada pongo mi persona al tablero! ¿Qué haré, cuytada, mezquina de mí, que ni el salir afuera es prouechoso, ni la perseuerancia careçe de peligro? ¿Pues yré, o tornarme he? ¡O dubdosa e dura perplexidad, no sé quál escoja por más sano! En el osar, manifiesto peligro, en la couardía denostada, perdida. ¿Adónde yrá el buey que no are? Cada camino descubre sus dañosos e hondos barrancos. Si con el hurto soy tomada, nunca de muerta o encoroçada falto, a bien librar. Si no voy, ¿qué dirá Sempronio? ¿Que todas éstas eran mis fuerças, a saber y esfuerço, ardid e ofrescimiento, astucia e solitud? E su amo Calisto, ¿qué dirá? ¿qué hará? ¿qué pensará, sino que ay nueuo engaño en mis pisadas? ¿E que yo he descubierto la celada por auer más prouecho desta otra parte, como sofística preuaricadora? O si no se le ofrece pensamiento tan odioso, dará bozes como loco, diráme en mi cara denuestos rauiosos; proporná mill inconvenientes que mi deliberación presta le puso, diziendo: Tú, puta vieja, ¿por qué acrescentaste mis passiones con tus promesas? Alcahueta falsa, para todo el mundo tienes pies, para mí lengua; para todos obra, para mí palabras; para todos remedio, para mí pena; para todos esfuerço, para mí te faltó; para todos luz, para mí tiniebla. Pues, vieja traydora, ¿por qué te me ofreciste? que tu ofrecimiento me puso esperança; la esperança dilató mi muerte; sostuuo mi biuir; púsome título de hombre alegre; pues no auiendo efecto, ni tú careçerás de pena, ni yo de triste desesperación. ¡Pues triste yo!, mal acá, mal acullá; pena en ambas partes. Quando a los extremos falta el medio, arrimarse el hombre al más sano es discreción. Más quiero offender a Pleberio que enojar a Calisto. Yr quiero, que mayor es la vergüença de quedar por couarde que la pena cumpliendo como osada lo que prometí. Pues jamás al esfuerço desayuda la fortuna. Ya veo su puerta; en mayores afrentas me he visto. ¡Esfuerça, esfuerça, Celestina!; no desmayes, que nunca faltan rogadores para mitigar las penas. Todos los agüeros se adereçan fauorables, o yo no sé nada desta arte: quatro hombres que he topado, a los tres llaman Juanes, e los dos son cornudos. La primera palabra que oý por la calle fue de achaque de amores; nunca he tropeçado como otras vezes. Las piedras parece que se apartan e me fazen lugar que passe; ni me estoruan las haldas, ni siento cansación en andar; todos me saludan; ni perro me ha ladrado, ni aue negra

he visto, tordo, ni cueruo, ni otras noturnas. E lo mejor de todo es que veo a Lucrecia a la puerta de Melibea. Prima es de Elicia; no me será contraria.

.....

LUCRECIA. ¿Quién es esta vieja que viene haldeando?

CELESTINA. Paz sea en esta casa.

LUCRECIA. Celestina, madre, seas bien venida: ¿quál Dios te traxo por estos barrios no acostumbrados?

CELESTINA. Hija, mi amor: desseo de todos vosotros traerte encomiendas de Elicia, e avn ver a tus señoras, vieja e moça. Que después que me mudé al otro barrio, no han sido de mí visitadas.

LUCRECIA. ¿A esso sólo saliste de tu casa? Marauíllome de ti, que no es éssa tu costumbre, ni sueles dar passo sin prouecho.

CELESTINA. ¿Más prouecho quieres, boua, que complir hombre sus desseos? E también, como a las viejas nunca nos fallecen necessidades, mayormente a mí, que tengo de mantener hijas ajenas, ando a vender vn poco de hilado.

LUCRECIA. Algo es lo que yo digo; en mi seso estoy, que nunca metes aguja sin sacar reja. Pero mi señora la vieja vrdió vna tela; tiene necessidad dello e tú de venderlo. Entra y espera aquí, que no os desauenireya.

.....

ALISA. ¿Con quién fablas, Lucrecia?

LUCRECIA. Señora, con aquella vieja de la cuchillada que solía biuir aquí en las tenerías, a la cuesta del río.

ALISA. Agora lo conozco menos. Si tú me das a entender lo incógnito por lo menos conocido, es coger agua en cesto.

LUCRECIA. ¡Jesú, señora! Más conocida es esta vieja que la ruda. No sé cómo no tienes memoria de la que empicotaron por hechizera, que vendía las moças a los abades, e descasaua mill casados.

ALISA. ¿Qué officio tiene? Quiçá por aquí la conoceré mejor.

LUCRECIA. Señora, perfuma tocas, haze solimán, e otros treynta officios; conosce mucho en yervas, cura niños, e avn algunos la llaman la vieja lapidaria.

ALISA. Todo esso dicho no me la da a conocer. Dime su nombre si le sabes.

LUCRECIA. ¿Si lo sé, señora? No ay niño ni viejo en toda la ciudad que no le sepa; ¿hauíale yo de ignorar?

ALISA. Pues, ¿por qué no le dizes?

LUCRECIA. He vergüença.

ALISA. Anda, boua, dile, no me indignes con tu tardança.

LUCRECIA. Celestina, hablando con reuerencia, es su nombre.

ALISA. Hy, hy, hy. Mala landre te mate si de risa puedo estar, viendo el desamor que deues de tener a essa vieja que su nombre has vergüença nombrar; ya me voy recordando della; vna buena pieça; no me digas más; algo me verná a pedir; di que suba.

.....

CELESTINA. Señora buena, la gracia de Dios sea contigo e con la noble hija. Mis passiones y enfermedades han impedido mi visitar tu casa, como era razón; mas Dios conoce mis limpias entrañas, mi verdadero amor, que la distancia de las moradas no despega el querer de los coraçones; assí que lo que mucho desseé la necessidad me lo ha hecho complir. Con mis fortunas aduersas otras, me sobreuino mengua de dinero; no supe mejor remedio que vender vn poco de hilado que para vn as de toquillas tenía allegado; supe de tu criada que tenías dello necessidad. Avnque pobre, e no de la merced de Dios; veslo aquí, si dello e de mí te quieres seruir.

ALISA. Vezina honrrada, tu razón e ofrecimiento me mueuen a compassión, e tanto que quisiera cierto más hallarme en tiempo de poder complir tu falta, que menguar tu tela. Lo dicho te agradezco; si el hilado es tal, serte ha bien pagado.

CELESTINA. ¿Tal, señora? Tal sea mi vida e mi vejez e la de quien parte quisiere de mi jura; delgado como el pelo de la cabeça; ygual rezo como cuerdas de vihuela; blanco como el copo de la nieue; hilado todo por estos pulgares; aspado e adereçado, veslo aquí en madexitas; tres monedas me dauan ayer por la onça, assí goze desta alma peccadora.

ALISA. Hija Melibea, quédese esta muger honrrada contigo, que ya me parece que es tarde para yr a visitar a mi hermana, su muger de Cremes, que desde ayer no la he visto; y también que viene su paje a llamarme, que se le arzeió desde vn rato acá el mal.

CELESTINA. (Aparte) Por aquí anda el diablo aparejando oportunidad, arzeiando el mal a la otra. Ea, buen amigo, tener rezo; agora es mi tiempo o nunca; no la dexes; lléuamela de aquí a quien digo.

ALISA. ¿Qué dizes, amiga?

CELESTINA. Señora, que maldito sea el diablo e mi pecado porque en tal tiempo ouo de crescer el mal de tu hermana que no aurá para nuestro negocio oportunidad. ¿E qué mal es el suyo?

ALISA. Dolor de costado, e tal que, según del moço supe que quedaua, temo no sea mortal. Ruega tú, vezina, por amor mío, en tus deuociones por su salud a Dios.

CELESTINA. Yo te prometo, señora, en yendo de aquí me vaya por estos monesterios donde tengo frayles deuotos míos, e les dé el mismo cargo que tú me das. E demás desto, ante que me desayune, dé quatro bueltas a mis cuentas.

ALISA. Pues Melibea, contenta a la vezina en todo lo que razón fuere darle por el hilado. E tú, madre, perdóname, que otro día se verná en que más nos veamos.

CELESTINA. Señora, el perdón sobraría donde el yerro falta; de Dios seas perdonada, que buena compañía me queda. Dios la dexee gozar su noble juuentud e florida moçedad, que es tiempo en que más plazer e mayores deleytes se alcançará. Que a la mi fe, la vejez no es sino mesón de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de renzillas, congoxa continua, llaga incurable, manzilla de lo passado, pena de lo presente, cuydado triste de lo porvenir, vezina de la muerte, choça sin rama que se llueve por cada parte, cayado de mimbre que con poca carga se doblega.

.....

MELIBEA. ¿Por qué dizes, madre, tanto mal de lo que todo el mundo con tanta efficacia gozar y ver dessea?

CELESTINA. Dessean harto mal para sí, dessean harto trabajo, dessean llegar allá, porque llegando biuan, e el biuir es dulce, e biuiendo enuejecen. Assí que el niño dessea ser moço, e el moço viejo, e el viejo más, avnque con dolor; todo por biuir, porque, como dizen: biua la gallina con su pepita. Pero quién te podrá contar, señora, sus daños, sus inconuenientes, sus fatigas, sus cuydados, sus enfermedades, su frío, su calor, su descontentamiento, su rinzilla, su pesadumbre; aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos su primera e fresca color, aquel poco oír, aquel debilitado ver, puestos los ojos a la sombra, aquel hondimiento de boca, aquel caer de dientes, aquel carecer de fuerça, aquel flaco andar, aquel spacioso comer. Pues, ¡ay, ay, señora!, si lo dicho viene acompañado de pobreza, allí verás callar todos los otros trabajos quando sobra la gana e falta la prouisión, que jamás sentí peor ahito que de hambre.

MELIBEA. Bien conozco que hablas de la feria según te va en ella; assí que otra canción dirán los ricos.

CELESTINA. Señora hija, a cada cabo ay tres leguas de mal quebranto; a los ricos se les va la gloria e descanso por otros albañales de assechanças que no se parecen, ladrillados por

encima con lisonjas. Aquel es rico que está bien con Dios; más segura cosa es ser menospreciado que temido. Mejor sueño duerme el pobre que no el que tiene de guardar con solicitud lo que con trabajo ganó y con dolor ha de dexar. Mi amigo no será simulado, e el del rico sí; yo soy querida por mi persona, el rico por su hazienda; nunca oye verdad, todos le hablan lisonjas a sabor de su paladar, todos le han embidía. Apenas hallarás vn rico que no confiese que le sería mejor estar en mediano estado o en honesta pobreza. Las riquezas no hazen rico, mas ocupado; no hazen señor, mas mayordomo. Más son los posseýdos de las riquezas que no los que las poseen; a muchos traxo la muerte, a todos quitaron el plazer, e a las buenas costumbres ninguna cosa es más contraria. ¿No oýste dezir: Dormieron su sueño los varones de las riquezas, e ninguna cosa hallaron en sus manos? Cada rico tiene vna dozena de hijos e nietos que no rezan otra oración, no otra petición, sino rogar a Dios que le saque de medio dellos; no veen la hora que tener a él so la tierra e lo suyo entre sus manos, e darle a poca costa su morada para siempre.

MELIBEA. Madre, gran pena ternás por la edad que perdiste. ¿Querrías boluer a la primera?

CELESTINA. Loco es, señora, el caminante que, enojado del trabajo del día, quisiesse boluer de comienço la jornada para tornar otra vez aquel lugar; que todas aquellas cosas cuya possessión no es agradable, más vale posseellas que esperallas, porque más cerca está el fin de ellas quanto más andador del comienço. No ay cosa más dulce ni graciosa al muy cansado quel mesón. Assí que, avnque la moçedad sea alegre, el verdadero viejo no la dessea, porque el que de razón e seso carece, quasi otra cosa no ama sino lo que perdió.

MELIBEA. Siquiera por biuir más, es bueno dessear lo que digo.

CELESTINA. Tan presto, señora, se va el cordero como el carnero; ninguno es tan viejo que no pueda biuir vn año, ni tan moço que hoy no pudiesse morir. Assí que en esto poco ventaja nos leuáys.

MELIBEA. Espantada me tienes con lo que has fablado; indicio me dan tus razones que te haya visto otro tiempo. Dime, madre, ¿eres tú Celestina, la que solía morar a las tenerías, cabe el río?

CELESTINA. Hasta que Dios quiera.

MELIBEA. Vieja te has parado; bien dizen que los días no se van embalde. Assí goze de mí, no te conociera sino por esta señaleja de la cara; figúraseme que eras hermosa; otra pareces, muy mudada estás.

LUCRECIA. (Aparte) Hy, hy, hy. Mudada está el diablo, fermosa era con aquel su Dios os salue que trauiesse la media cara.

MELIBEA. ¿Qué fablas, loca? ¿Qué es lo que dizes? ¿De qué te ríes?

LUCRECIA. De cómo no conocías a la madre.

MELIBEA. No es tan poco tiempo dos años, y más que la tiene arrugada.]

CELESTINA. Señora, ten tú el tiempo que no ande, terné yo mi forma que no se mude. ¿No has leýdo que dizen: Verná el día que en el espejo no te conozcas? Pero también yo encanecí temprano, e parezco de doblada edad. Que ansí goze desta alma pecadora e tú desse cuerpo gracioso, que de quatro hijas que parió mi madre yo fuy la menor. Mira cómo no soy vieja como me juzgan.

MELIBEA. Celestina, amiga, yo he folgado mucho en verte e conocerte; también hasme dado plazer con tus razones. Toma tu dinero e vete con Dios, que me parece que no deues auer comido.

CELESTINA. ¡O angélica ymagen! ¡O perla preciosa, e cómo te lo dizes! Gozo me toma en verte hablar, ¿y no sabes que por la diuina boca fue dicho contra aquel infernal tentador, que no de sólo pan biuriemos? Pues assí es, que no el sólo comer mantiene. Mayormente a mí, que me suelo estar vno e dos días negociando encomiendas ajenas ayuna, saluo hazer por los buenos, morir por ellos; esto tuue siempre, querer más trabajar siruiendo a otros, que holgar contentando a mí. Pues si tú me das licencia, direte la necessitada causa de mi venida, que es otra que la que hasta agora has oýdo, e tal que todos perderíamos en me tornar en balde sin que la sepas.

MELIBEA. Di, madre, todas tus necessidades, que si yo las pudiere remediar, de muy buen grado lo haré por el passado conoscimiento e vezindad, que pone obligación a los buenos.

CELESTINA. ¿Mías, señora? Antes ajenas, como tengo dicho; que las mías de mi puerta adentro, me las passo, sin que las sienta la tierra, comiendo quando puedo, beuiendo quando lo tengo, que con mi pobreza jamás me faltó, a Dios gracias, vna blanca para pan e quatro para vino, después que embiudé, que antes no tenía yo cuydado de lo buscar, que sobrado estaua en vn cuero en mi casa, e vno lleno e otro vazío. Jamás me acosté sin comer vna tostada en vino e dos dozenas de soruos, por amor de la madre, tras cada sopa. Agora, como todo cuelga de mí, en vn jarrillo ¡mal pecado! me lo traen, que no cabe dos açumbres. Seys vezes al día tengo de salir, por mi pecado, con mis canas a cuestas, a le henchir a la tauerna. Mas no muera yo de muerte hasta que me vea con vn cuero o tinagica de mis puertas adentro, que en mi ánima no ay otra prouisión, que como dicen: pan e vino anda camino que no moço garrido. Assí que donde no ay varón, todo bien fallestce: con mal está el huso quando la barua no anda de suso. Ha venido esto, señora, por lo que dezía de las ajenas necessidades y no mías.

MELIBEA. Pide lo que querrás, sea para quien fuere.

CELESTINA. Donzella graciosa e de alto linaje, tu suaue habla e alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad que muestras con esta pobre vieja, me dan osadía a te lo decir. Yo dexo vn enfermo a la muerte, que con sola vna palabra de tu noble boca salida, que lleue metida en mi seno, tiene por fe que sanará, según la mucha deuoción tiene en tu gentileza.

MELIBEA. Vieja honrrada, no te entiendo, si más no declaras tu demanda. Por vna parte me alteras e prouocas a enojo; por otra me mueues a compassión. No te sabría boluer respuesta conueniente, según lo poco que he sentido de tu habla. Que yo soy dichosa, si de mi palabra ay necessidad para salud de algún cristiano. Porque hazer beneficio es semejar a Dios, e más, que el que haze beneficio le recisbe cuando es a persona que le merece; y el que puede sanar al que padece, no lo haziendo le mata; assí que no cesses tu petición por empacho ni temor.

CELESTINA. El temor perdí mirando, señora, tu beldad, que no puedo creer que embalde pintasse Dios vnos gestos más perfectos que otros, más dotados de gracias, más hermosas faciones, sino que hazerlos almazén de virtudes, de misericordia, de compassión, ministros de sus mercedes e dádiuas, como a ti. Pues como todos seamos humanos, nascidos para morir, e sea cierto que no se puede dezir nascido el que para sí solo nació; porque sería semejante a los brutos animales, en los quales avn ay algunos piadosos, como se dize del vnicornio, que se humilla a qualquiera donzella. El perro con todo su ímpetu e braveza, quando viene a morder, si se le echan en el suelo no haze mal; esto de piedad. ¿Pues las aues?, ninguna cosa el gallo come que no participe e llame las gallinas a comer dello; el pelícano rompe el pecho por dar a sus hijos a comer de sus entrañas; las cigüeñas mantienen otro tanto tiempo a sus padres viejos en el nido, quanto ellos le dieron ceuo siendo pollitos. Pues tal conoscimiento dio la natura a los animales e aues, ¿por qué los hombres hauemos de ser más crueles? ¿por qué no daremos parte de nuestras gracias e personas a los próximos? Mayormente quando están embueltos en secretas enfermedades, e tales que, donde está la melezina, salió la causa de la enfermedad.

MELIBEA. Por Dios, sin más dilatar, me digas quién es esse doliente, que de mal tan perplexo se siente que su passión e remedio salen de vna misma fuente.

CELESTINA. Bien ternás, señora, noticia en esta cibdad de vn cauallero mancebo, gentil hombre de clara sangre, que llaman Calisto.

MELIBEA. Ya, ya, ya, buena vieja, no me digas más, no passes adelante. ¿Esse es el doliente por quién has hecho tantas premissas en tu demanda?, ¿por quién has venido a buscar la muerte para ti?, ¿por quién has dado tan dañosos passos, desvergonçada barbuda?, ¿qué siente esse perdido que con tanta passión vienes? De locura será su mal. ¿Qué te parece? ¿Si me hallaras sin sospecha desse loco, con qué palabras me entruas? No se dize en vano que el más empecible miembro del mal hombre o muger es la lengua. Quemada seas, alcahueta falsa, hechizera, enemiga de honestad, causadora de secretos yerros. ¡Jesú, Jesús, quítamela, Lucrecia, de delante, que me fino, que no me ha dexado gota de sangre en el cuerpo! Bien se lo merece esto e más quien a estas tales da oýdos. Por cierto, si no mirasse a mi honestidad, e por no publicar su osadía desse atrevido, yo te fiziera, maluada, que tu razón e vida acabaran en vn tiempo.

CELESTINA. (Aparte) En hora mala acá vine si me falta mi conjuro; ea, pues bien sé a quien digo; ce, hermano, que se va todo a perder.

MELIBEA. ¿Aún hablas entre dientes delante mí para acrescentar mi enojo e doblar tu pena? ¿Querriás condenar mi honestidad por dar vida a vn loco?, ¿dexar a mí triste por

alegrar a él, e llevar tú el prouecho de mi perdición, el galardón de mi yerro? ¿perder e destruir la casa e honrra de mi padre por ganar la de vna vieja maldita como tú? ¿piensas que no tengo sentidas tus pisadas, y entendido tu dañado mensaje? Pues yo te certifico que las albricias que de aquí saques, no sean sino estoruarte de más ofender a Dios, dando fin a tus días. Respóndeme, traydora, ¿cómo osaste tanto hazer?

CELESTINA. Tu temor, señora, tiene ocupada mi disculpa. Mi inocencia me da osadía, tu presencia me turba en verla yrada, e lo que más siento e me pena es rescebir enojo sin razón ninguna. Por Dios, señora, que me dexes concluir mi dicho, que ni él quedará culpado, ni yo condenada; e verás cómo es todo más seruicio de Dios, que passos deshonestos, más para dar salud al enfermo que para dañar la fama al médico. Si pensara, señora, que tan de ligero auías de conjeturar de lo passado nocibles sospechas, no bastara tu licencia para me dar osadía a hablar en cosa que a Calisto ni a otro hombre tocasse.

MELIBEA. Jesú, no oyga yo mentar más esse loco, salta-paredes, fantasma de noche, luengo como cigüeña, figura de paramiento mal pintado, sino aquí me caeré muerta. Este es el quel otro día me vido, e començó a desvariar conmigo en razones, haziendo mucho del galán. Dirásle, buena vieja, que si pensó que ya era todo suyo e quedaua por él el campo, porque holgué más de consentir sus necedades que castigar su yerro, quise más dexarle por loco que publicar su atreuimiento. Pues avísale que se aparte deste propósito e serle ha sano, si no, podrá ser que no aya comprado tan cara habla en su vida. Pues sabe, que no es vencido sino el que se cree serlo, e yo quedé bien segura y él vfano. De los locos es estimar a todos los otros de su calidad, y tú tórnate con su mesma razón, que respuesta de mí otra no aurás, ni la esperes; que por demás es ruego a quien no puede auer misericordia; e da gracias a Dios, pues tan libre vas desta feria. Bien me auían dicho quien tú eras, e auisado de tus propiedades, avnque agora no te conocía.

CELESTINA. (Aparte) Más fuerte estaua Troya; e avn otras más brauas he yo amansado; ninguna tempestad mucho dura.

MELIBEA. ¿Qué dizes, enemiga? Habla que te pueda oír. ¿Tienes disculpa alguna para satisfazer mi enojo y escusar tu yerro e osadía?

CELESTINA. Mientra biuiere tu yra más dañará mi descargo, que estás muy rigurosa e no me marauillo; que la sangre nueva poco calor ha menester para heruir.

MELIBEA. ¿Poca calor? Poca la puedes llamar, pues quedaste tú biua, e yo quexosa sobre tan gran atreuimiento. ¿Qué palabra podías tú querer para esse tal hombre que a mí bien me estuuiesse? Responde, pues dizes que no has concluído, e quizá pagarás lo passado.

CELESTINA. Vna oración, señora, que le dixeron que sabías de sancta Polonia para el dolor de las muelas. Assimesmo tu cordón, que es fama que ha tocado las reliquias que ay en Roma e Hierusalem. Aquel cauallero que dixen, pena e muere dellas; ésta fue mi venida. Pero pues en mi dicha estaua tu ayrada respuesta, padézcase él su dolor, en pago de buscar tan desdichada mensajera; que pues en tu mucha virtud me faltó piedad, también me faltará

agua, si a la mar me embiara. Pero ya sabes que el deleyte de la vengança dura vn momento; el de la misericordia para siempre.

MELIBEA. Si esso querías, ¿por qué luego no me lo expresaste? ¿por qué me lo dixiste por tales palabras?

CELESTINA. Señora, porque mi limpio motiuo me hizo creer que, avnque en otras qualesquier lo propusiera, no se auía de sospechar mal; que si faltó el deuido preámbulo, fue porque la verdad no es necessario abundar de muchas colores. Compassión de su dolor, confiança de tu magnificencia, ahogaron en mi boca al principio la expresión de la causa. E pues conoces, señora, que el dolor turba, la turbación desmanda e altera la lengua, la qual auía de star siempre atada con el seso, por Dios que no me culpes. E si él otro yerro ha hecho, no redunde en mi daño, pues no tengo otra culpa sino ser mensajera del culpado; no quiebre la soga por lo más delgado; no semejes la telaraña que no muestra su fuerça sino contra los flacos animales; no paguen justos por pecadores. Imita la divina justicia que dixo: El ánima que peccare, aquella misma muera; a la humana, que jamás condena al padre por el delicto del hijo, ni al hijo por el del padre. Ni es, señora, razón que su atreuimiento acarree mi perdición, avnque según su merecimiento no ternía en mucho que fuesse él el delinquente e yo la condenada; que no es otro mi officio sino seruir a los semejantes. Desto biuo e desto me arreo. Nunca fue mi voluntad enojar a vnos por agradar a otros, avnque ayan dicho a tu merced en mi ausencia otra cosa. Al fin, señora, a la firme verdad el viento del vulgo no la empeçe; vna sola soy en este limpio trato; en toda la ciudad, pocos tengo descontentos; con todos cumplo, los que algo me mandan como si touiesse veynte pies e otras tantas manos.

MELIBEA. No me marauillo, que vn solo maestro de vicios dizen que basta para corromper vn gran pueblo. Por cierto, tantos e tales loores me han dicho de tus falsas mañas, que no sé si crea que pedías oración.

CELESTINA. Nunca yo la reze, e si la rezare no sea oýda, si otra cosa de mí se saque, avnque mill tormentos me diessen.

MELIBEA. Mi passada alteración me impide a reýr de tu desculpa, que bien sé que ni juramento ni tormento te hará dezir verdad, que no es en tu mano.

CELESTINA. Eres mi señora, téngote de callar; hete yo de seruir; hasme tú de mandar; tu mala palabra será bíspera de vna saya.

MELIBEA. Bien la has merescido.

CELESTINA. Si no la he ganado con la lengua, no la he perdido con la intención.

MELIBEA. Tanto afirmas tu ignorancia que me hazes creer lo que puede ser. Quiero, pues, en tu dubdosa desculpa tener la sentencia en peso, e no disponer de tu demanda al sabor de la ligera interpretación. No tengas en mucho ni te marauilles de mi passado sentimiento, porque concurrieron dos cosas en tu habla, que qualquiera dellas era bastante para me sacar de seso: nombrarme esse tu cauallero, que conmigo se atreuió a hablar, e

también pedirme palabra sin más causa que no se podía sospechar sino daño para mi honrra. Pero pues todo viene de buena parte, de lo passado aya perdón; que en alguna manera es aliuiado mi coraçón, viendo que es obra pía e santa sanar los apassionados e enfermos.

CELESTINA. ¡E tal enfermo, señora! Por Dios, si bien le conociesses, no le juzgasses por el que has dicho e mostrado con tu yra. En Dios e en mi alma, no tiene hiel; gracias, dos mill; en franqueza, Alexandre; en el esfuerço, Héctor; gesto, de vn rey; gracioso, alegre; jamás reyna en él tristeza. De noble sangre, como sabes; gran justador. Pues verle armado, vn sant Jorge. Fuerça y esfuerço, no tuuo Hércules tanta; la presencia e faciones, disposición, desemboltura, otra lengua auía menester para las contar; todo junto semeja ángel del cielo. Por fe tengo que no era tan hermoso aquel gentil Narciso que se enamoró de su propria figura quando se vido en las aguas de la fuente. Agora, señora, tiénele derribado vna sola muela, que jamás cessa quejar.

MELIBEA. ¿E qué tanto tiempo ha?

CELESTINA. Podrá ser, señora, de veynte y tres años, que aquí está Celestina que le vido nascer e le tomó a los pies de su madre.

MELIBEA. Ni te pregunto esso ni tengo necessidad de saber su edad, sino qué tanto ha que tiene el mal.

CELESTINA. Señora, ocho días, que pareçe que ha vn año en su flaqueza; e el mayor remedio que tiene es tomar vna vihuela; e tañe tantas canciones e tan lastimeras, que no creo que fueron otras las que compuso aquel Emperador e gran músico Adriano, de la partida del ánima, por sufrir sin desmayo la ya vezina muerte. Que, avnque yo sé poco de música, parece que haze aquella vihuela hablar, pues si acaso, canta, de mejor gana se paran las aues a le oír, que no aquel antico, de quien se dize que mouía los árboles e piedras con su canto. Siendo éste nascido no alabaran a Orfeo. Mira, señora, si vna pobre vieja como yo, si se hallara dichosa en dar la vida a quien tales gracias tiene. Ninguna muger le ve, que no alabe a Dios, que assí le pintó; pues si le habla acaso, no es más señora de sí de lo que él ordena. E pues tanta razón tengo, juzga, señora, por bueno mi propósito, mis passos saludables e vazíos de sospecha.

MELIBEA. ¡O cuánto me pesa con la falta de mi paciencia!, porque siendo él ignorante e tú inocente, auéys padescido las alteraciones de mi ayrada lengua. Pero la mucha razón me relieua de culpa, la qual tu habla sospechosa causó. En pago de tu buen sufrimiento quiero complir tu demanda e darte luego mi cordón. E porque para escreuir la oración no aurá tiempo sin que venga mi madre, si esto no bastare, ven mañana por ella muy secretamente.

LUCRECIA. (Aparte) Ya, ya, perdida es mi ama. Secretamente quiere que venga Celestina; fraude ay; más le querrá dar que lo dicho.

MELIBEA. ¿Qué dizes, Lucrecia?

LUCRECIA. Señora, que baste lo dicho, que es tarde.

MELIBEA. Pues, madre, no le des parte de lo que passó a esse cauallero, porque no me tenga por cruel o arrebatada o deshonesta.

LUCRECIA. (Aparte) No miento yo, que mal va este hecho.

CELESTINA. Mucho me maravillo, señora Melibea, de la dubda que tienes de mi secreto; no temas, que todo lo sé sufrir y encubrir. Que bien veo que tu mucha sospecha echó, como suele, mis razones a la más triste parte. Yo voy con tu cordón tan alegre que se me figura que está diziéndole allá su corazón de merced que nos heziste e que le tengo de hallar aliuiado.

MELIBEA. Más haré por tu doliente, si menester fuere, en pago de lo suffrido.

CELESTINA. (Aparte) Más será menester e más harás, e avnque no se te agradezca.

MELIBEA. ¿Qué dizes, madre, de agradecer?

CELESTINA. Digo, señora, que todos lo agradescemos e seruiremos, e todos quedamos obligados; que la paga más cierta es, quando más la tienen de cumplir.

LUCRECIA. (Aparte.) Trastócame essas palabras.

CELESTINA. Hija Lucrecia, ce: yrás a casa e darte he vna lexía con que pares esos cabellos más que el oro; no lo digas a tu señora; e avn darte he vnos polvos para quitarte esse olor de la boca que te huele vn poco. Que en el reyno no lo sabe hazer otro sino yo, e no ay cosa que peor en la muger parezca.

LUCRECIA. (Aparte.) ¡O! Dios te dé buena vejez, que más necessidad tenía de todo esse que de comer.

CELESTINA. (Aparte.) ¿Pues por qué murmuras contra mí, loquilla? Calla, que no sabes si me aurás menester en cosa de más importancia; no provoques a yra a tu señora, más de lo que ella ha estado; déxame yr en paz.

MELIBEA. ¿Qué le dizes, madre?

CELESTINA. Señora, acá nos entendemos.

MELIBEA. Dímelo, que me enoja quando, yo presente, se habla cosa de que no aya parte.

CELESTINA. Señora, que te acuerde la oración para que la mandes escreuir, e que aprenda de mí a tener mesura en el tiempo de tu yra, en la qual yo vsé lo que se dize: que del ayrado es de apartar por poco tiempo, del enemigo por mucho. Pues tú, señora, tenías yra con lo que sospechaste de mis palabras, no enemistad. Porque avnque fueran las que tú

pensauas, en sí no eran malas, que cada día ay hombres penados por mugeres, e mugeres por hombres; e esto obra la natura, e la natura ordenóla Dios, e Dios no hizo cosa mala. Eassí quedaua mi demanda, comoquiera que fuesse en sí loable, pues de tal tronco procede, e yo libre de pena. Más razones destas te diría sino porque la prolixidad es enojosa al que oye, e dañosa al que habla.

MELIBEA. En todo as tenido buen tiento, assí en el poco hablar en mi enojo como con el mucho sufrir.

CELESTINA. Señora, sufrite con temor porque te ayraste con razón, porque con la yra morando poder, no es sino rayo. E por esto passé tu rigurosa habla hasta que su almacén ouiesse gastado.

MELIBEA. En cargo te es esse cauallero.

CELESTINA. Señora, más meresce; e si algo con mi ruego para él he alcançado, con la tardança lo he dañado. Yo me parto para él, si licencia me das.

MELIBEA. Mientra más aýna la ouieras pedido, más de grado la ouieras recaudado; vé con Dios, que ni tu mensaje me ha traído prouecho, ni de tu yda me puede venir daño.

El aucto quinto

Argumento del quinto aucto

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle hablando consigo misma entre dientes. Llegada a su casa halló a Sempronio, que le aguardaua. Ambos van hablando hasta llegar a casa de Calisto, e vistos por Pármeno, cuéntalo a Calisto su amo, el qual le mandó abrir la puerta.

CALISTO, PÁRMENO, SEMPRONIO, CELESTINA

CELESTINA. ¡O rigurosos trances! ¡O cuerda osadía! ¡O gran sufrimiento! ¡E qué tan cercana estuue de la muerte, si mi mucha astucia no rigera con el tiempo las velas de la petición! ¡O amenazas de donzella braua! ¡O ayrada donzella! ¡O diablo a quien yo conjuré! ¡Cómo cumpliste tu palabra en todo lo que te pedí! En cargo te soy; assí amansaste la cruel hembra con tu poder, e diste tan oportuno lugar a mi habla quanto quise, con la ausencia de su madre. ¡O vieja Celestina! ¿Vas alegre? Sábeta que la meytad está hecha quando tienen buen principio las cosas. ¡O serpentino azeyte! ¡O blanco hilado! ¡Cómo os aparejastes todos en mi fauor! ¡O yo rompiera todos mis atamientos hechos e por hazer, ni creyera en yeruas, ni piedras ni en palabras! Pues alégrate, vieja, que más sacarás deste

pleyto que de quinze virgos que renouaras. ¡O malditas haldas, prolixas e largas, cómo me estoruáys de allegar adonde han de reposar mis nueuas! ¡O buena fortuna, cómo ayudas a los osados e a los tímidos eres contraria! Nunca huyendo huye la muerte al couarde. ¡O cuántas erraran en lo que yo he acertado! ¿Qué hizieran en tan fuerte estrecho estas nuevas maestras de mi officio sino responder algo a Melibea, por donde se perdiera quanto yo con buen callar he ganado? Por esto dicen: quien las sabe las tañe; y que es más cierto médico el experimentado que el letrado, e la experiencia y escarmiento haze los hombres arteros; e la vieja, como yo, que alce sus haldas al passar del vado, como maestra. ¡Ay cordón, cordón! Yo te haré traer por fuerça, si biuo, a la que no quiso darme su buena habla de grado.

.....

SEMPRONIO. O yo no veo bien, o aquélla es Celestina. Válala el diablo, haldear que trahe; parlando viene entre dientes.

CELESTINA. ¿De qué te santiguas, Sempronio? Creo que en verme.

SEMPRONIO. Yo te lo diré; la raleza de las cosas es madre de la admiración; la admiración concebida en los ojos descende al ánimo por ellos; el ánimo es forçado descubrillo por estas exteriores señales. ¿Quién jamás te vido por la calle, abaxada la cabeça, puestos los ojos en el suelo, e no mirar a ninguno como agora? ¿Quién te vido hablar entre dientes por las calles, e venir agujando, como quien va a ganar beneficio? Cata que todo esto novedad es para se marauillar quien te conoce. Pero esto dexado, dime, por Dios, con qué vienes; dime si tenemos hijo o hija; que desde que dio la una, te espero aquí, e no he sentido mejor señal que tu tardança.

CELESTINA. Hijo, essa regla de bouos no es siempre cierta, que otra hora me pudiera más tardar e dexar allá las narizes e otras dos, narizes e lengua. E assí que, mientras más tardasse, más caro me costasse.

SEMPRONIO. Por amor mío, madre, no passes de aquí sin me lo contar.

CELESTINA. Sempronio, amigo, ni yo me podría parar; ni el lugar es aparejado. Vente conmigo; delante Calisto oyrás marauillas; que será deflorar mi embaxada comunicándola con muchos. De mi boca quiero que sepa lo que se ha hecho; que avnque ayas de auer alguna partezilla del prouecho, quiero yo todas las gracias del trabajo.

SEMPRONIO. ¿Partezilla, Celestina? Mal me parece esso que dizes.

CELESTINA. Calla, loquillo, que parte o partezilla, quanto tú quisieres te daré. Todo lo mío es tuyo; gozémonos e aprouechémonos, que sobre el partir nunca reñiremos. E también sabes tú, quanta más necessidad tienen los viejos que los moços, mayormente tú que vas a mesa puesta.

SEMPRONIO. Otras cosas he menester más de comer.

CELESTINA. ¿Qué, hijo? Vna dozena de agujetas, e vn torce para el bonete, e vn arco para andarte de casa en casa tirando a páxaros e arojando páxaras a las ventanas. Mochachas, digo, bouo, de las que no saben bolar, que bien me entiendes; que no ay mejor alcahute para ellas que vn arco, que se puede entrar cada vno hecho moxtrenco como dizen: en achaque de trama ¿está acá nuestra ama? ¡Más, ay, Sempronio, de quien tiene de mantener honrra e se va haziendo vieja como yo!

SEMPRONIO. (Aparte) ¡O lisonjera vieja, o vieja llena de mal, o cobdiciosa e auarienta garganta! También quiere a mí engañar como a mi amo por ser rica. Pues mala medra tiene, no le arriendo la ganancia; que quien con modo torpe sube en alto, más presto cae que sube. ¡O qué mala cosa es de conocer el hombre! ¡bien dizen, que ninguna mercaduría ni animal es tan difícil! Mala vieja, falsa, es ésta; el diablo me metió con ella. Más seguro me fuera huyr desta venenosa búora que tomalla; mía fue la culpa. Pero gané harto, que por bien o mal no negará la promessa.

CELESTINA. ¿Qué dizes, Sempronio? ¿Con quién hablas? ¿Viénesme royendo las haldas? ¿Por qué no agujas?

SEMPRONIO. Lo que vengo diziendo, madre Celestina, es que no me marauillo que seas mudable, que sigas el camino de las muchas. Dicho me auías que differirías este negocio. Agora vas sin seso por dezir a Calisto quanto passa. ¿No sabes que aquello es en algo tenido que es por tiempo desseado, e que cada día que él penasse era doblarnos el prouecho?

CELESTINA. El propósito muda el sabio; el necio perseuera. A nueuo negocio nueuo consejo se requiere. No pensé yo, hijo Sempronio, que assí me respondiera mi buena fortuna; de los discretos mensajeros es hazer lo que el tiempo quiere, assí que la calidad de lo hecho no puede encubrir tiempo dissimulado. Y más, que yo sé que tu amo, según lo que dél sentí, es liberal e algo antojadizo; más dará en vn día de buenas nueuas que en ciento que ande penado, e yo yendo e viniendo; que los acelerados e súpitos plazerres crían alteración; la mucha alteración estorua el deliberar. Pues ¿en qué podrá parar el bien sino en bien, y el alto linaje sino en luengas albricias? Calla, bouo, dexa hazer a tu vieja.

SEMPRONIO. Pues dime lo que passó con aquella gentil donzella; dime alguna palabra de su boca; que, por Dios, assí peno por sabella como a mi amo penaría.

CELESTINA. Calla, loco, altérasete la complexión. Yo lo veo en ti que querrías más estar al sabor que al olor deste negocio. Andemos presto, que estará loco tu amo con mi mucha tardança.

SEMPRONIO. Y avn sin ella se lo está.

.....

PÁRMENO. Señor, señor.

CALISTO. ¿Qué quieres, loco?

PÁRMENO. A Sempronio e a Celestina veo venir cerca de casa, haziendo paradillas de rato en rato; e quando están quedos, hazen rayas en el suelo con el espada. No sé qué sea.

CALISTO. ¡O desuariado, negligente! Veslos venir, ¿no puedes baxar corriendo a abrir la puerta? ¡O alto Dios; o soberana deydad! ¿Con qué vienen? ¿Qué nueuas traen? Que tan grande ha sido su tardança que ya más esperaua su venida, que el fin de mi remedio. ¡O tristes oýdos! Aparéjaos a lo que os viniere, que en su boca de Celestina está agora aposentado el aliuio o pena de mi coraçón! ¡O si en sueños se passasse este poco tiempo, hasta ver el principio e fin de su habla! Agora tengo por cierto que es más penoso al delinquente esperar la cruda e capital sentencia, que el acto de la ya sabida muerte. ¡O espacioso Pármeno, manos de muerto! Quita ya essa enojosa aldaua; entrará essa honrrada dueña, en cuya lengua está mi vida.

.....

CELESTINA. ¿Oyes, Sempronio? De otro temple anda nuestro amo; bien diffieren estas razones a las que oýmos a Pármeno y a él la primera venida; de mal en bien me parece que va. No ay palabra de las que dize que no vale a la vieja Celestina más que vna saya.

SEMPRONIO. Pues mira que entrando hazas que no ves a Calisto, e hables algo bueno.

CELESTINA. Calla, Sempronio, que avnque aya auenturado mi vida, más merece Calisto, su ruego e tuyo, e más mercedes espero yo dél.

El aucto sexto

Argumento del sexto aucto

Entrada Celestina en casa de Calisto con grande affición e desseo, Calisto le pregunta de lo que le ha acontecido con Melibea. Mientras ellos están hablando, Pármeno, oyendo fablar a Celestina de su parte contra Sempronio, a cada razón le pone vn mote, reprehendiéndolo Sempronio. En fin, la vieja Celestina le descubre todo lo negociado e vn cordón de Melibea. E despedida de Calisto, vase para su casa, e con ella Pármeno.

CALISTO, CELESTINA, PÁRMENO, SEMPRONIO

CALISTO. ¿Qué dizes, señora e madre mía?

CELESTINA. ¡O mi señor Calisto!, ¿e aquí estás? ¡O mi nuevo amador de la muy hermosa Melibea, e con mucha razón! ¿Con qué pagarás a la vieja que hoy ha puesto su vida al tablero por tu seruicio? ¿Cuál muger jamás se vido en tan estrecha afrenta como yo, que en tornallo a pensar se menguan e vazían todas las venas de mi cuerpo de sangre? Mi vida diera por menor precio que agora daría este manto raydo e viejo.

PÁRMENO. (Aparte.) Tú dirás lo tuyo: entre col e col lechuga; sobido has vn escalón; más adelante te espero a la saya. Todo para ti, e no nada de que puedas dar parte. Pelechar quiere la vieja; tú me sacarás a mí verdadero, e a mi amo loco. No le pierdas palabra, Sempronio, y verás como no quiere pedir dinero, porque es diuisible.

SEMPRONIO. (Aparte.) Calla, hombre desesperado, que te matará Calisto si te oye.

CALISTO. Madre mía, o abreuia tu razón, o toma esta spada e márame.

PÁRMENO. (Aparte) Temblando está el diablo como azogado; no se puede tener en sus pies; su lengua le querría prestar para que hablasse presto. No es mucha su vida; luto auremos de medrar destos amores.

CELESTINA. ¿Espada, señor, o qué? Espada mala mate a tus enemigos e a quien mal te quiere, que yo la vida te quiero dar con buena speranza que traygo de aquella que tú más amas.

CALISTO. ¿Buena speranza, señora?

CELESTINA. Buena se puede dezir, pues queda abierta puerta para mi tornada; e antes me recibirá a mí con esta saya rota que a otra con seda e brocado.

PÁRMENO. (Aparte.) Sempronio, cóseme esta boca, que no lo puedo sufrir; encaxado ha la saya.

SEMPRONIO. (Aparte.) ¿Callarás, por Dios, o te echaré dende con el diablo? Que si anda rodeando su vestido haze bien, pues tiene dello necesidad, que el abad de do canta, de allí viste.

PÁRMENO. (Aparte.) Y avn viste como canta. Y esta puta vieja querría en vn día por tres passos desechar todo el pelo malo quanto en cinquenta años no ha podido medrar.

SEMPRONIO. (Aparte.) ¿Y todo esso es lo que te castigó y el conocimiento que os teníades, e lo que te crió?

PÁRMENO. (Aparte.) Bien sufriré yo más que pida y pele, pero no todo para su prouecho.

SEMPRONIO. (Aparte.) No tiene otra tacha sino ser cobdiciosa; pero déxala barde sus paredes, que después bardará las nuestras, o en mal punto nos conoció.

CALISTO. Dime, por Dios, señora, ¿qué hazía? ¿Cómo entraste? ¿Qué tenía vestido? ¿A qué parte de casa estaua? ¿Qué cara te mostró al principio?

CELESTINA. Aquella cara, señor, que suelen los brauos toros mostrar contra los que lançan las agudas frechas en el cosso, la que los monteses puercos contra los sabuesos que mucho los aquexan.

CALISTO. ¿Y a éstas llamas señales de salud? Pues ¿quáles serían mortales? No por cierto la misma muerte, que aquella aluvio sería en tal caso deste mi tormento, que es mayor e duele más.

SEMPRONIO. (Aparte.) ¿Éstos son los fuegos passados de mi amo? ¿Qué es esto? ¿No ternía este hombre soffrimiento para oír lo que siempre ha desseado?

PÁRMENO. (Aparte.) ¡E que calle yo, Sempronio! Pues si nuestro amo te oye, tan bien te castigará a ti como a mí.

SEMPRONIO. (Aparte.) ¡O mal fuego te abrase!, que tú hablas en daño de todos e yo a ninguno offendo. ¡O intolerable pestilencia e mortal te consuma, rixoso, imbidioso, maldito! ¿Toda esta es la amistad que con Celestina e conmigo auías concertado? Vete de aquí a la mala ventura.

CALISTO. Si no quieres, reyna y señora mía, que desespere e vaya mi ánima condenada a perpetua pena, oyendo estas cosas, certifícame breuemente si no ouo buen fin tu demanda gloriosa, e la cruda e rigurosa muestra de aquel gesto angélico e matador, pues todo esso más es señal de odio que de amor.

CELESTINA. La mayor gloria que al secreto officio del abeja se da, a la qual los discretos deuen imitar, es que todas las cosas por ella tocadas conuierte en mejor de lo que son. Desta manera me he auido con las çahareñas razones y esquivas de Melibea. Todo su rigor traygo convertido en miel, su yra en mansedumbre, su aceleramiento en sossiego. Pues ¿a qué piensas que yva allá la vieja Celestina, a quien tú demás de tu merecimiento, magníficamente galardonaste, sino ablandar su saña, a sufrir su accidente, a ser escudo de tu ausencia, a recibir en mi manto los golpes, los desuíos, los menosprecios, desdenes, que muestran aquéllas en los principios de sus requerimientos de amor, para que sea después en más tenida su dádiua? Que a quien más quieren, peor hablan; e si assí no fuesse, ninguna diferencia auría entre las públicas, que aman, a las escondidas donzellas, si todas dixiessen sí a la entrada de su primer requerimiento, en viendo que de alguno eran amadas; las quales, avnque están abrasadas y encendidas de biuos fuegos de amor, por su honestidad muestran vn frío exterior, vn sossegado vulto, vn aplazible desuío, vn constante ánimo y casto propósito, vnas palabras agras que la propia lengua se marauilla del gran soffrimiento suyo, que la hazen forçosamente confessar el contrario de lo que sienten. Assí que para que tú descanses y tengas reposo, mientras te contare por estenso el proceso de mi habla y la causa que tuue para entrar, sabe que el fin de su razón fue muy bueno.

CALISTO. Agora, señora, que me as dado seguro para que ose esperar todos los rigores de la respuesta, di quanto mandares y como quisieres, que yo estaré atento. Ya me reposa el corazón, ya descansa mi pensamiento, ya reciben las venas y recobran su perdida sangre, ya he perdido temor, ya tengo alegría. Subamos, si mandas, arriba. En mi cámara me dirás por estenso lo que aquí he sabido en suma.

CELESTINA. Subamos, señor.

PÁRMENO. (Aparte) ¡O sancta María! ¡ y qué rodeos busca este loco por huyr de nosotros para poder llorar a su plazer con Celestina de gozo, y por descubrirle mil secretos de su liuiano e desuariado apetito; por preguntar y responder seys vezes cada cosa sin que esté presente quien le pueda dezir que es prolixo! Pues mándote yo, desatinado, que tras ti vamos.

CALISTO. Mira, señora, qué fablar trae Pármeno; cómo se viene santiguando de oír lo que has hecho de tu gran diligencia; espantado está, por mi fe, señora Celestina; otra vez se santigua. Sube, sube, sube, y assiéntate, señora, que de rodillas quiero escuchar tu suave respuesta. E dime luego, la causa de tu entrada, ¿qué fue?

CELESTINA. Vender vn poco de hilado, con que tengo caçadas más de treynta de su estado, si a Dios ha plazido, en este mundo, e algunas mayores.

CALISTO. Eso será de cuerpo, madre; pero no de gentileza, no de estado, no de gracia e discreción, no de linaje, no de presunción con merescimiento, no en virtud, no en habla.

PÁRMENO. (Aparte) Ya escurre eslauones el perdido; ya se desconciertan sus badajadas. Nunca da menos de doze; siempre está hecho relox de mediodía. Cuenta, cuenta, Sempronio, que estás desbauado oyéndole a él locuras, e a ella mentiras.

SEMPRONIO. (Aparte.) ¡O maldiziente venenoso!, ¿por qué cierras las orejas a lo que todos los del mundo las aguzan, hecho serpiente que huye la boz del encantador? Que sólo por ser de amores estas razones, avnque mentiras, las auías de escuchar con gana.

CELESTINA. Oye, señor Calisto, y verás tu dicha y mi solicitud qué obraron, que en comenzando yo a vender e poner en precio mi hilado, fue su madre de Melibea llamada para que fuesse a visitar vna hermana suya enferma; y como le fue necessario absentarse, dexó en su lugar a Melibea.

CALISTO. ¡O gozo sin par, o singular oportunidad, o oportuno tiempo! ¡O quién estuviera allí debaxo de tu manto, escuchando qué hablaría sola aquélla en quien Dios tan estremadas gracias puso!

CELESTINA. ¿Debaxo de mi manto, dizes? ¡Ay, mesquina!, que fueras visto por treynta agujeros que tiene, si Dios no le mejora.

PÁRMENO. (Aparte) Sálgome fuera, Sempronio, ya no digo nada; escúchatelo tú todo. Si este perdido de mi amo no midiesse con el pensamiento cuántos passos ay de aquí a casa

de Melibea e contemplasse en su gesto e considerasse cómo estaría aviniendo el hilado, todo el sentido puesto e ocupado en ella, él vería que mis consejos le eran más saludables que estos engaños de Celestina.)

CALISTO. ¿Qué es esto, moços? Estó yo escuchando atento, que me va la vida; vosotros susuráys como soléys, por hazerme mala obra y enojo. Por mi amor que calléys; morirés de plazer con esta señora, según su buena diligencia. Di, señora, ¿qué heziste quando te viste sola?

CELESTINA. Recebí, señor, tanta alteración de plazer que qualquiera que me viera me lo conociera en el rostro.

CALISTO. Agora la recibo yo, quanto más quien ante sí contemplaua tal ymagen. Enmudescerías con la nouedad incogitada.

CELESTINA. Antes me dio más osadía a hablar lo que quise, verme sola con ella. Abrí mis entrañas, díxele mi embaxada, cómo penauas tanto por vna palabra de su boca salida en fauor tuyo para sanar vn tan gran dolor. E como ella estuuiesse suspensa, mirándome, espantada del nuevo mensaje, escuchando hasta ver quién podía ser el que assí por necesidad de su palabra penaua o a quién pudiesse sanar su lengua; en nombrando tu nombre, atajó mis palabras; diose en la frente vna gran palmada como quien cosa de grande espanto ouiesse oýdo, diziendo que cessasse mi habla e me quitasse delante, si no quería hazer a sus seruidores verdugos de mi postremería; agrauando mi osadía, llamándome hechizera, alcahueta, vieja falsa, barvuda, malhechora e otros muchos inomniosos nombres, con cuyos títulos asombran a los niños de cuna. E empós desto amortescimientos e desmayos, mill milagros e espantos, turbado el sentido, bulliendo fuertemente los miembros todos a vna parte e a otra, herida de aquella dorada frecha que del sonido de tu nombre le tocó; retorciendo el cuerpo, las manos enclauijadas como quien se despereza, que parecía que las despedaçaua, mirando con los ojos a todas partes, acoceando con los pies el suelo duro. E yo a todo esto arrinconada, encogida, callando, muy gozosa con su ferocidad; mientras más vasqueaua, más yo me alegraua, porque más cerca estaua el rendirse e su cayda. Pero entretanto que gastaua aquel espumajoso almazén su yra, yo no dexaua mis pensamientos estar vagos ni ociosos, de manera que toue tiempo para saluar lo dicho.

CALISTO. Esso me di, señora madre; que yo he rebuelto en mi juyzio mientras te escucho e no he hallado desculpa que buena fuesse, ni conueniente con que lo dicho se cubriesse ni colorasse sin quedar terrible sospecha de tu demanda; porque conozca tu mucho saber, que en todo me pareces más que muger, que como su respuesta tú pronosticaste, proueyste con tiempo tu réplica. ¿Qué más hazía aquella tusca Adeleta, cuya fama, siendo tú biua, se perdiera? La qual tres días ante su fin prenunció la muerte de su viejo marido e de dos hijos que tenía. Ya creo lo que se dize, que el género flaco de las hembras es más apto para las prestas cautelas que el de los varones.

CELESTINA. ¿Qué, señor? Dixe que tu pena era mal de muelas, e que la palabra que della querría era vna oración que ella sabía, muy deuota, para ellas.

CALISTO. ¡O maravillosa astucia!, ¡o singular muger en su officio, o cautelosa hembra, o melezina presta, o discreta en mensajes! ¿Cuál humano seso bastara a pensar tan alta manera de remedio? De cierto creo, si nuestra edad alcançara aquellos passados Eneas e Dido, no trabajara tanto Venus para atraer a su hijo el amor de Eliza, haziendo tomar a Cupido Ascánica forma, para la engañar; antes por euitar prolixidad, pusiera a ti por medianera. Agora doy por bienempleada mi muerte, puesta en tales manos, e creeré que si mi desseo no ouiere effecto qual querría, que no se pudo obrar más, según natura, en mi salud. ¿Qué os parece, moços? ¿Qué más se pudiera pensar? ¿Ay tal muger nascida en el mundo?

CELESTINA. Señor, no atajes mis razones; déxame dezir, que se va haziendo noche; ya sabes quien malhaze aborrece claridad; e yendo a mi casa, podrá hauer algún mal encuentro.

CALISTO. ¿Qué, qué? Sí, que hachas e pajes ay que te acompañen.

PÁRMENO. (Aparte) Sí, sí, por que no fuercen a la niña. Tú yrás con ella, Sempronio, que ha temor de los grillos que cantan con lo escuro.

CALISTO. ¿Dizes algo, hijo Pármeno?

PÁRMENO. Señor, que yo e Sempronio será bueno que la acompañemos hasta su casa, que haze mucho escuro.

CALISTO. Bien dicho es; después será. Procede en tu habla e dime qué más passaste. ¿Qué te respondió a la demanda de la oración?

CELESTINA. Que la daría de su grado.

CALISTO. ¿De su grado? ¡Dios mío, qué alto don!

CELESTINA. Pues más le pedí.

CALISTO. ¿Qué, mi vieja honrrada?

CELESTINA. Vn cordón que ella trae contino ceñido, diziendo que era prouechoso para tu mal porque auía tocado muchas reliquias.

CALISTO. Pues ¿qué dixo?

CELESTINA. Dame albricias; dizértelo he.

CALISTO. ¡O por Dios! Toma toda esta casa e quanto en ella ay, e dímelo, o pide lo que querrás.

CELESTINA. Por vn manto que tú des a la vieja, te dará en tus manos el mesmo que en su cuerpo ella traía.

CALISTO. ¿Qué dizes de manto? Manto e saya, e quanto yo tengo.

CELESTINA. Manto he menester y éste terné yo en harto; no te alargues más. No pongas sospechosa dubda en mi pedir, que dizen que ofrecer mucho al que poco pide es especie de negar.

CALISTO. Corre, Pármeno, llama a mi sastre, córtele luego vn manto e vna saya de aquel contray que se sacó para frisado.

PÁRMENO. (Aparte) Assí, assí, a la vieja todo porque venga cargada de mentiras como abeja, e a mí que me arrastren. Tras esto anda ella oy todo el día con sus rodeos.

CALISTO. ¡De qué gana va el diablo! No ay cierto tan mal seruido hombre como yo, manteniendo moços adeuinos, reçonadores, enemigos de mi bien. ¿Qué vas, vellaco, rezando? Embidioso, ¿qué dizes? Que no te entiendo. Ve donde te mando presto e no me enojas, que harto basta mi pena para me acabar, que también aurá para ti sayo en aquella pieça.

PÁRMENO. No digo, señor, otra cosa sino que es tarde para que venga el sastre.

CALISTO. ¿No digo yo que adeuinas? Pues quédese para mañana. E tú, señora, por amor mío te suffras, que no se pierde lo que se dilata, e mándame mostrar aquel santo cordón que tales miembros fue digno de ceñir. Gozarán mis ojos con todos los otros sentidos, pues juntos han sydo apasionados. Gozará mi lastimado corazón, aquel que nunca recibió momento de plazer después que aquella señora conoció. Todos los sentidos le llagaron; todos acorrieron a él con sus esportillas de trabajo; cada vno le lastimó quanto más pudo; los ojos en vella, los oýdos en oýlla, las manos en tocalla.

CELESTINA. ¿Qué la has tocado, dizes? Mucho me espantas.

CALISTO. Entre sueños, digo.

CELESTINA. ¿En sueños?

CALISTO. En sueños la veo tantas noches que temo no me acontezca como a Alcibiades, que soñó que se veía embuelto en el manto de su amiga, e otro día matáronlo, e no ouo quien le alçasse de la calle ni cubriese sino ella con su manto; pero en vida o en muerte, alegre me sería vestir su vestidura.

CELESTINA. Assaz tienes pena, pues quando los otros reposan en sus camas, preparas tú el trabajo para sufrir otro día. Esfuérçate, señor, que no hizo Dios a quien desamparasse. Da espacio a tu desseo; toma este cordón, que, si yo no me muero, yo te daré a su ama.

CALISTO. ¡O nuevo huésped!; ¡o bienaventurado cordón, que tanto poder y merecimiento touiste de ceñir aquel cuerpo que yo no soy digno de servir! ¡O nudos de mi pasión, vosotros enlazastes mis desseos! Dezime si os fallastes presentes en la

desconsolada respuesta de aquella a quien vosotros servís e yo adoro, e por más que trabajo noches e días, no me vale ni aprouecha.

CELESTINA. Refrán viejo es: quien menos procura, alcança más bien. Pero yo te haré procurando conseguir lo que siendo negligente no aurías. Consuélate, señor, que en vna hora no se ganó Çamora. Pero no por esso desconfiaron los combatientes.

CALISTO. ¡O desdichado!, que las ciudades están con piedras cercadas e a piedras, piedras las vencen! Pero esta mi señora tiene el corazón de azero; no ay metal que con él pueda; no ay tiro que le melle. Pues poned escalas en su muro; vnos ojos tiene con que echa saetas, vna lengua llena de reproches e desuíos. El assiento tiene en parte que media legua no le pueden poner cerco.

CELESTINA. Calla, señor, que el buen atreuimiento de vn solo hombre ganó a Troya; no desconfíes, que vna mujer puede ganar otra. Poco as tratado mi casa; no sabes bien lo que yo puedo.

CALISTO. Quanto dixeres, señora, te quiero creer, pues tal joya como ésta me truxiste. ¡O mi gloria e ceñidero de aquella angélica cintura!, ¡yo te veo e no lo creo! ¡O cordón, cordón!, ¿fuéste me tú enemigo? Dilo cierto. Si lo fuese, yo te perdono, que de los buenos es propio las culpas perdonar. No lo creo; que si fueras contrario, no vinieras tan pronto a mi poder, saluo si vienes a desculpate. Conjúrote me respondas por la virtud del gran poder que aquella señora sobre mí tiene.

CELESTINA. Cessa ya, señor, esse deuanear, que me tienes cansada, de escucharte, e al cordón roto de tratarlo.

CALISTO. ¡O mezquino de mí!, que assaz bien me fuera del cielo otorgado que de mis braços fueras hecho e tejido, e no de seda como eres, porque ellos gozaran cada día de rodear e ceñir con deuida reuerencia aquellos miembros que tú, sin sentir ni gozar de la gloria, siempre tienes abraçados. ¡O qué secretos aurás visto de aquella excelente ymagen!

CELESTINA. Más verás tú y con más sentido, si no lo pierdes fablando lo que hablas.

CALISTO. Calla, señora, que él e yo nos entendemos. ¡O mis ojos! Acordaos cómo fuisteis causa e puerta, por donde fue mi corazón llagado, e que aquél es visto hazer el daño que da la causa. Acordaos que soys debdores de la salud; remirad la melezina que os viene hasta casa.

SEMPRONIO. Señor, por holgar con el cordón, no querrás gozar de Melibea.

CALISTO. ¡Qué, loco, desuriado, ataja solazes! ¿Ccómo es esto?

SEMPRONIO. Que mucho hablando matas a ti e a los que te oyen. E assí que perderás la vida o el seso; qualquier que falte basta para quedarte a oscuras. Abreuia tus razones; darás lugar a las de Celestina.

CALISTO. ¿Enójote, madre, con mi lengua razón, o está borracho este moço?

CELESTINA. Avnque no lo esté, deues, señor, cessar tu razón, dar fin a tus lenguas querellas, tratar al cordón como cordón por que sepas fazer differencia de fabla quando con Melibea te veas; no haga tu lengua yguales la persona y el vestido.

CALISTO. ¡O mi señora, mi madre, mi consoladora! Déjame gozar con este mensajero de mi gloria. ¡O lengua mía! ¿por qué te impides en otras razones, dexando de adorar presente la excellencia de quien por ventura jamás verás en tu poder? ¡O mis manos!, ¡con qué atreuimiento, con quán poco acatamiento tenéys e tratáys la triaca de mi llaga!. Ya no podrán empecer las yeruas que aquel crudo caxquillo traía embueltas en su aguda punta. Seguro soy, pues quien dio la herida, la cura. ¡O tú, señora, alegría de las viejas mugeres, gozo de las moças, descanso de los fatigados como yo! No me hagas más penado con tu temor que me haze mi vergüença; suelta la rienda a mi contemplación; déxame salir por las calles con esta joya, por que los que me vieren sepan que no ay más bien andante hombre que yo.

SEMPRONIO. No afístoles tu llaga cargándola de más desseo; no es, señor, el solo cordón del que pende tu remedio.

CALISTO. Bien lo conozco, pero no tengo sofrimiento para me abstener de adorar tan alta empresa.

CELESTINA. ¿Empresa? Aquella es empresa que de grado es dada; pero ya sabes lo que hizo por amor de Dios, para guareçer tus muelas, no por el tuyo, para cerrar tus llagas. Pero si yo biuo, ella boluerá la hoja.

CALISTO. ¿E la oración?

CELESTINA. No se me dijo por agora.

CALISTO. ¿Qué fue la causa?

CELESTINA. La breuedad del tiempo; pero quedó que si tu pena no afloxasse, que tornasse mañana por ella.

CALISTO. ¿Afloxar? entonce afloxará mi pena quando su crueldad.

CELESTINA. Assaz, señor, basta lo dicho y hecho; obligada queda según lo que mostró a todo lo que para esta enfermedad yo quisiera pedir según su poder. Mira, señor, si esto basta para la primera vista. Yo me voy; cumple, señor, que si salieres mañana, lleues reboçado vn paño porque si della fueres visto, no acuse de falsa mi petición.

CALISTO. E aun quatro por su servicio. Pero dime, par Dios, ¿passó más? Que muero por oír palabras de aquella dulce boca. ¿Cómo fueste tan osada que, sin la conoser, te mostraste tan familiar en tu entrada e demanda?

CELESTINA. ¿Sin la conocer? Quatro años fueron mis vezinas; tractaua con ellas, hablaua e reía de día e de noche. Mejor me conoce su madre que a sus mismas manos, avnque Melibea se ha hecho grande, muger discreta, gentil.

PÁRMENO. Ea, mira Sempronio, qué te digo al oýdo.

SEMPRONIO. Dime ¿qué dizes?

PÁRMENO. Aquel atento escuchar de Celestina da materia de alargar en su razón a nuestro amo. Llégate a ella, dale del pie; fagámosle de señas que no espere más, sino que se vaya. Que no hay tan loco hombre nascido que solo, mucho hable.

CALISTO. ¿Gentil dizes, señora, que es Melibea? Paresce que lo dizes burlando. ¿Ay nascida su par en el mundo? ¿Crió Dios otro mejor cuerpo? ¿Puédense pintar tales faciones, dechado de hermosura? Si hoy fuera biua Helena, por que tanta muerte ouo de griegos e troyanos, o la hermosa Policena, todas obedescerían a esta señora por quien yo peno. Si ella se hallara presente en aquel debate de la mançana con las tres diosas, nunca sobrenombre de discordia le pusieran, porque sin contrariar ninguna todas concedieran e vinieran conformes en que la lleuara Melibea. Assí que se llamara mançana de concordia. Pues quantas hoy son nascidas que della tengan noticia, se maldizen, querellan a Dios, porque no se acordó dellas quando a esta mi señora hizo. Consumen sus vidas, comen sus carnes con embidia, danles siempre crudos martirios, pensando con artificio ygualar con la perfección que sin trabajo dotó a ella natura. Dellas, pelan sus cejas con tenazicas e pegones e a cordeijos; dellas, buscan las doradas yeruas, rayzes, ramas e flores para hazer lexías con que sus cabellos semejassen a los della. Las caras martillando, enuistiéndolas en diuersos matizes, con vngüentos e vnturas, aguas fuertes, posturas blancas e coloradas, que por evitar prolixidad no las cuento. Pues la que todo esto halló hecho, mira si merece de vn triste hombre como yo ser seruida.

CELESTINA. (Aparte) Bien te entiendo, Sempronio; déjalo, que él caerá de su asno e acabará.

CALISTO. En la que toda la natura se remiró por la hazer perfecta, que las gracias que en todas repartió, las juntó en ella; allí hizieron alarde quanto más acabadas pudieron allegarse, por que conociessen los que la viessen cuánta era la grandeza de su pintor. Sólo vn poco de agua clara con vn ebúrneo peyne basta para exceder a las nascidas en gentileza. Éstas son sus armas; con éstas mata e vence; con éstas me catiuó; con éstas me tiene ligado e puesto en dura cadena.

CELESTINA. Calla, e no te fatigues, que más aguda es la lima que yo tengo que fuerte essa cadena que te atormenta; yo la cortaré con ella por que tú quedes suelto. Por ende dame licencia, que es muy tarde, e déxame lleuar el cordón, porque como sabes, tengo dél necesidad.

CALISTO. ¡O desconsolado de mí! La fortuna aduersa me sigue junta; que contigo o con el cordón o con entrambos quisiera yo estar acompañado esta noche luenga e oscura. Pero pues no ay bien cumplido en esta penosa uida, venga entera la soledad. Moços, moços.

PÁRMENO. Señor.

CALISTO. Acompaña a esta señora hasta su casa, e vaya con ella tanto plazer e alegría quanta conmigo queda tristeza e soledad.

CELESTINA. Quede, señor, Dios contigo; mañana será mi buelta, donde mi manto e la respuesta vernán a vn punto, pues oy no ouo tiempo. E súffrete, señor, e piensa en otras cosas.

CALISTO. Esso no, que es heregía olvidar aquella por quien la vida me aplaze.

El sétimo aucto

Argumento del sétimo aucto

Celestina habla con Pármeno, induziéndole a concordia e amistad de Sempronio. Tráele Pármeno a memoria la promessa que le hiziera, de le hazer hauer a Areúsa, que él mucho amaua. Vanse a la casa de Areúsa; queda ay la noche Pármeno; Celestina va para su casa; llama a la puerta. Elicia le viene abrir increpándole su tardança.

CELESTINA, PÁRMENO, AREÚSA, ELICIA

CELESTINA. Pármeno, hijo, después de las passadas razones no he auido oportuno tiempo para te dezir e mostrar el mucho amor que te tengo, e assimismo cómo de mi boca todo el mundo ha oýdo hasta agora en ausencia bien de ti. La razón no es menester repetirla, porque yo te tenía por hijo a lo menos cassi adotiuo. E e assí que tú imitauas al natural; e tú dasme el pago en mi presencia, paresciéndote mal quanto digo, susurrando e murmurando contra mí en presencia de Calisto. Bien pensaua yo que, después que concediste en mi buen consejo, que no auías de tornarte atrás. Todavía me parece que te quedan reliquias vanas, hablando por antojo más que por razón; desechas el prouecho por contentar la lengua. Óyeme, si no me has oýdo, e mira que soy vieja e el buen consejo mora en los viejos, e de los mançebos es proprio el deleyte. Bien creo que de tu yerro sola la edad tiene culpa; espero en Dios que serás mejor para mí de aquí adelante, e mudarás el ruyñ propósito con la tierna edad, que como dizen, múdanse las costumbres con la mudança del cabello e variación; digo, hijo, creciendo e viendo cosas nuevas cada día, porque la mocedad en sólo lo presente se impide e ocupa a mirar; mas la madura edad no dexa presente, ni passado, ni poruenir. Si tú touieras memoria, hijo Pármeno, del passado amor que te tuue, la primera posada que tomaste venido nueuamente a esta ciudad, hauía de ser la mía. Pero los moços curáys poco de los viejos; regís vos a sabor de paladar; nunca pensáys que tenéys ni auéys de tener necessidad dellos; nunca pensáys en enfermedades; nunca

pensáys que os puede esta florezilla de juventud faltar. Pues mira, amigo, que para tales necesidades como éstas, buen acorro es vna vieja conocida, amiga, madre e más que madre, buen mesón para descansar sano, buen hospital para sanar enfermo, buena bolsa para necesidad, buena arca para guardar dinero en prosperidad, buen fuego de invierno rodeado de asadores; buena sombra de verano; buena tauerna para comer e beber. ¿Qué dirás, loquillo, a todo esto? Bien sé que estás confuso por lo que hoy has hablado. Pues no quiero más de ti, que Dios no pide más del pecador, de arrepentirse y emendarse. Mira a Sempronio, yo lo hize hombre de Dios en ayuso; querría que fuéssedes como hermanos, porque estando bien con él, con tu amo e con todo el mundo lo estarías. Mira que es bienquisto, diligente, palanciano, buen seruidor, gracioso; quiere tu amistad; crecería vuestro prouecho dándoos el vno al otro la mano «ni aun auría más privados con vuestro amo que vosotros». E pues sabe que es menester que ames, si quieres ser amado; que no se toman truchas a bragas enjutas. Ni te lo deue Sempronio de fuero. Simpleza es no querer amar e esperar de ser amado; locura es pagar el amistad con odio.

PÁRMENO. Madre, mi segundo yerro te confieso, e con perdón de lo passado, quiero que ordenes lo poruenir. Pero con Sempronio me parece que es imposible sostenerse mi amistad; él es desuariado, yo mal sufrido; concértame esos amigos.

CELESTINA. Pues no era éssa tu condición.

PÁRMENO. A la mi fe, mientras más fue creciendo, más la primera paciencia me olvidaua; no soy el que solía, y assimismo Sempronio no ay, ni tiene, en qué me aproueche.

CELESTINA. El cierto amigo en la cosa incierta se conoce; en las aduersidades se prueua; entonces se allega e con más desseo visita la casa que la fortuna próspera desamparó. ¿Qué te diré, hijo, de las virtudes del buen amigo? No hay cosa más amada, ni más rara; ninguna carga rehúsa. Vosotros soys yguales; la paridad de las costumbres e la semejança de los coraçones es la que más la sostiene. Cata, hijo mío, que si algo tienes guardado se te está. Sabe tú ganar más, que aquello ganado lo hallaste; buen siglo haya aquel padre que lo trabajó. No se te puede dar hasta que biuas más reposado e vengas en edad complida.

PÁRMENO. ¿A qué llamas reposado, tía?

CELESTINA. Hijo, a biuir por ti, a no andar por casas ajenas; lo qual siempre andarás mientras no te supieres aprouechar de tu seruicio; que de lástima que ouo de verte roto, pedí hoy manto, como viste, a Calisto; no por mi manto, pero por que, estando el sastre en casa e tú delante sin sayo, te le diesse. Assí que no por mi prouecho, como yo sentí que dixiste, mas por el tuyo, que si esperas al ordinario galardón destes galanes, es tal que lo que en diez años sacarás, atarás en la manga. Goza tu moçedad, el buen día, la buena noche, el buen comer e beber quando pudieres auerlo; no lo dexes; piérdase lo que se perdiere; no llores tú la hazienda que tu amo heredó, que esto te llevarás deste mundo, pues no le tenemos más de por nuestra vida. ¡O hijo mío, Pármeno!, que bien te puedo dezir hijo, pues tanto tiempo te crié. Toma mi consejo, pues sale con limpio desseo de verte en alguna honrra. ¡O quán dichosa me hallaría en que tú y Sempronio estuuiéssedes muy conformes,

muy amigos, hermanos en todo, viéndoos venir a mi pobre casa a holgar, a uerme, e avn a desenojaros con sendas mochachas!

PÁRMENO. ¿Mochachas, madre mía?

CELESTINA. A la he, mochachas digo, que viejas, harto me só yo, qual se la tiene Sempronio, e avn sin auer tanta razón, ni tenerle tanta afición como a ti; que de las entrañas me sale quanto te digo.

PÁRMENO. Señora, no biuas engañada.

CELESTINA. E avnque lo biua, no me pena mucho; que también lo hago por amor de Dios, e por verte solo en tierra agena; e más por aquellos huessos de quien te me encomendó, que tú serás hombre e vernás en conoscimiento verdadero, y dirás: La vieja Celestina bien me aconsejaua.

PÁRMENO. E avn agora lo siento, avnque soy moço, que avnque hoy vías que aquello dezía, no era porque me pareciesse mal lo que tú fazías. Pero porque vía que le aconsejaua yo lo cierto e me daua malas gracias; pero de aquí adelante demos tras él; haz de las tuyas, que yo callaré. Que ya tropecé en no te creer cerca deste negocio con él.

CELESTINA. Cerca deste e de otros tropearás e caerás mientras no tomares mis consejos que son de amiga verdadera.

PÁRMENO. Agora doy por bien empleado el tiempo que siendo niño te seruí, pues tanto fruto trae para la mayor edad; e rogaré a Dios por el alma de mi padre que tal tutriz me dexó, e de mi madre que a tal mujer me encomendó.

CELESTINA. No me la nombres, hijo, por Dios, que se me hinchen los ojos de agua. ¿E tuue yo en este mundo otra tal amiga?, ¿otra tal compañera?, ¿tal aliuiadora de mis trabajos e fatigas? ¿quién suplía mis faltas? ¿quién sabía mis secretos? ¿a quién descubría mi corazón? ¿quién era todo mi bien e descanso, sino tu madre, más que mi hermana e comadre? ¡O qué graciosa era!, ¡o qué desembuelta, limpia, varonil! Tan sin pena ni temor se andaua a media noche de cimiterio en cimiterio, buscando aparejos para nuestro officio como de día; ni dexaua cristianos, ni moros, ni judíos, cuyos enterramientos no visitaua; de día los acechaua, de noche los desenterraua. Assí se holgaua con la noche oscura como tú con el día claro; dezía que aquella era capa de pecadores. ¿Pues maña no tenía con todas las otras gracias? Vna cosa te diré, por que veas qué madre perdiste, avnque era para callar, pero contigo todo passa. Siete dientes quitó a vn ahorcado con vnas tenazicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los çapatos. ¿Pues entras en vn cerco mejor que yo e con más esfuerço, avnque yo tenía harta buena fama, más que agora?; que por mis pecados, todo se olvidó con su muerte. ¿Qué más quieres, sino que los mismos diablos la auían miedo?, atemorizados y espantados los tenía con las crudas bozes que les daua. Assí era dellos conocida como tú en tu casa. Tumbando venían vnos sobre otros a su llamado; no la osauan dezir mentira, según la fuerça con que los apremiaua. Después que la perdí jamás les oy verdad.

PÁRMENO. (Aparte) No la medre Dios más a esta vieja, que ella me da plazer con estos loores de sus palabras.

CELESTINA. ¿Qué dizes, mi honrrado Pármeno, mi hijo, e más que hijo?

PÁRMENO. Digo que ¿cómo tenía essa ventaja mi madre, pues las palabras que ella e tú dizíades eran todas unas?

CELESTINA. ¿Cómo?, ¿y desso te marauillas? ¿No sabes que dize el refrán: que mucho va de Pedro a Pedro? Aquella gracia de mi comadre no la alcançáuamos todas. ¿No has visto en los officios vnos buenos y otros mejores? Assí era tu madre, que Dios haya, la prima de nuestro officio, e por tal era de todo el mundo conocida e querida, assí de caualleros como de clérigos, casados, viejos, moços, e niños; pues moças e donzellas, assí rogauan a Dios por su vida como de sus mismos padres. Con todos tenía quehazer, con todos hablaua; si saliémos por la calle, quantos topáuamos eran sus ahijados, que fue su principal officio partera diez y seys años. Assí que, avnque tú no sabías sus secretos por la tierna edad que auías, agora es razón que los sepas, pues ella es finada e tú hombre.

PÁRMENO. Dime, señora; quando la justicia te mandó prender estando yo en tu casa, ¿teníades mucho conocimiento?

CELESTINA. ¿Si teniémos me dizes? Como por burla llo hezimos, juntas nos sintieron, juntas nos prendieron e acusaron; juntas nos dieron la pena essa vez, que creo que fue la primera; pero muy pequeño eras tú; yo me espanto cómo te acuerdas, que es la cosa que más olvidada está en la ciudad. Cosas son que passan por el mundo; cada día verás quien peque e pague, si sales a esse mercado.

PÁRMENO. Verdad es, pero del pecado lo peor es la perseuerançia, que assí como el primer mouimiento no es en mano del hombre, assí el primero yerro, do dizen que: quien yerra e se emienda, a Dios se encomienda.

CELESTINA. (Aparte) Lastimásteme, don loquillo; a las verdades nos andamos; pues espera, que yo te tocaré donde te duela.

PÁRMENO. ¿Qué dizes, madre?

CELESTINA. Hijo, digo que sin aquélla prendieron quatro vezes a tu madre, que Dios aya, sola. E aun la vna le leuataron que era bruxa, porque la hallaron de noche con vnas candelillas cojendo tierra de vna encruçijada, e la touieron medio día en vna escalera en la plaça puesta, vno como rocadero pintado en la cabeza. Pero no fue nada; algo han de suffrir los hombres en este triste mundo para sustentar sus vidas e honrras. E mira en qué tan poco lo tuuo con su buen seso, que ni por esso dexó dende en adelante de vsar mejor su officio. Esto ha venido por lo que dezías del perseuerar en lo que vna vez se yerra. En todo tenía gracia: que en Dios y en mi consciencia, avn en aquella escalera estaua e parecía que a todos los debaxo no tenía en vna blanca, según su meneo e presencia. Assí que los que algo son como ella, e saben e valen son los que más presto yerran. Verás quién fue Virgilio e

qué tanto supo, mas ya aurás oýdo como estouo en cesto colgado de vna torre, mirándolo toda Roma; pero por esso no dejó de ser honrrado, ni perdió el nombre de Virgilio.

PÁRMENO. Verdad es lo que dizes, pero esso no fue por justicia.

CELESTINA. Calla, bouo; poco sabes de achaque de yglesia, e cuánto es mejor por mano de justicia que de otra manera. Sabíalo mejor el cura, que Dios aya, que viniéndola a consolar, dixo que la santa Escripura tenía que bienaventurados eran los que padescían persecución por la justicia y que aquéllos poseerían el reyno de los cielos. Mira si es mucho passar algo en este mundo por gozar de la gloria del otro; e más que según todos dezían, a tuerto e sin razón, e con falsos testigos e rezios tormentos la hizieron aquella vez confessar lo que no era. Pero con su buen esfuerço, e como el coraçón abezado a sufrir haze las cosas más leues de lo que son, todo lo tuuo en nada; que mil vezes le oýa dezir: si me quebré el pie, fue por bien, porque soy más conocida que antes. Assí que todo esto passó tu buena madre acá, deuemos creer que le dará Dios buen pago allá, si es verdad lo que nuestro cura nos dixo, e con esto me consuelo. Pues seýme tú como ella, amigo verdadero, e trabaja por ser bueno, pues tienes a quien parezcas; que lo que tu padre te dexó, a buen seguro lo tienes.

PÁRMENO. Agora dexemos los muertos e las herençias; hablemos en los presentes negocios, que nos va más que en traer los passados a la memoria. Bien se te acordará, no ha mucho que me prometiste que me harías auer a Areúsa, quando en mi casa te dixes cómo moría por sus amores.

CELESTINA. Si te lo prometí, no lo he olvidado, ni creas que he perdido con los años la memoria, que más de tres xaques ha recibido de mí sobre ello en tu ausencia. Ya creo que estará bien madura; vamos de camino por casa, que no se podrá escapar de mate, que esto es lo menos que yo por ti tengo de hazer.

PÁRMENO. Yo ya desconfiaua de la poder alcançar, porque jamás podía acabar con ella que me esperasse a poderle dezir vna palabra. E como dizen, mala señal es de amor huyr e boluer la cara; sentía en mí gran desfiuza desto.

CELESTINA. No tengo en mucho tu desconfiança, no me conociendo ni sabiendo como agora que tienes tan de tu mano la maestra destas lauores. Pues agora verás cuánto por mi causa vales, cuánto con las tales puedo, cuánto sé en casos de amor. Anda, passo, ¿ves aquí su puerta? Entremos quedo; no nos sientan sus vezinos. Atiende, espera debaxo desta escalera, subiré yo a ver qué se podrá hazer sobre lo hablado, y por ventura haremos más que tú ni yo traemos pensado.

.....

AREÚSA. ¿Quién anda aý? ¿Quién sube a tal hora en mi cámara?

CELESTINA. Quien no te quiere mal, por cierto; quien nunca da passo que no piense en tu prouecho; quien tiene más memoria de ti que de sí misma; vna enamorada tuya, avnque vieja.

AREÚSA. (Aparte: Válala el diablo a esta vieja, con qué viene como estantigua a tal hora).

Tía señora, ¿qué buena venida es ésta tan tarde? Ya me desnudaua para acostar.

CELESTINA. ¿Con las gallinas, hija? Assí se hará la hazienda. Andar; passe; otro es el que ha de llorar las necesidades que no tú; yerua paze quien lo cumple; tal vida quienquiera se la querría.

AREÚSA. ¡Jesú!, quiérome tornar a vestir, que he frío.

CELESTINA. No harás, por mi vida, sino éstrate en la cama, que desde allí hablaremos.

AREÚSSA. Assí goze de mí, pues que lo he bien menester, que me siento mala hoy todo el día. Assí que necesidad más que vicio me hizo tomar con tiempo las sáuanas por faldetas.

CELESTINA. Pues no estés assentada; acuéstate y métete debaxo de la ropa, que pareces serena. ¡Ay cómo huele toda la ropa en bulléndote! A osadas, que está todo a punto; siempre me pagué de tus cosas e hechos, e de tu limpieza e atauío. ¡Fresca que estás; bendígate Dios! ¡Qué sáuanas e colcha; qué almohadas e qué blancura! Tal sea mi vejez, qual todo me parece perla de oro. Verás si te quiere bien quien te visita a tales horas; déxame mirarte toda a mi voluntad, que me huelgo.

AREÚSA. Passo, madre, no llegues a mí, que me hazes coxquillas y provócasme a reýr, e la risa acresciéntame el dolor.

CELESTINA. ¿Qué dolor, mis amores? ¿Búrlaste, por mi vida, conmigo?

AREÚSA. Mal gozo vea de mí si burlo, sino que ha quatro horas que muero de la madre, que la tengo sobida en los pechos, que me quiere sacar del mundo; que no soy tan vieja como piensas.

CELESTINA. Pues dame lugar, tentaré, que avn algo sé yo deste mal, por mi pecado, que cada vna se tiene su madre, y çoçobras della.

AREÚSA. Más arriba la siento, sobre el estómago.

CELESTINA. Bendígate Dios y el señor Sant Miguel, ángel; ¡e qué gorda e fresca que estás! ¡qué pechos e qué gentileza! Por hermosa te tenía hasta agora, viendo lo que todos podían ver; pero agora te digo que no hay en la ciudad tres cuerpos tales como el tuyo, en quanto yo conozco. No parece que hayas quinze años. ¡O quién fuera hombre e tanta parte alcançara de ti para gozar tal vista! Por Dios, pecado ganas en no dar parte destas gracias a

todos los que bien te quieren; que no te las dio Dios para que pasassen en balde por la frescor de tu juventud debaxo de seys dobles de paño e lienço. Cata que no seas auarienta de lo que poco te costó; no atesores tu gentileza, pues es de su natura tan comunicable como el dinero; no seas el perro del ortolano. E pues tú no puedes de ti propia gozar, goze quien puede; que no creas que en balde fuiste criada, que quando nasce ella nasce él; e quando él, ella. Ninguna cosa ay criada al mundo superflua, ni que con acordada razón no proueyesse della natura. Mira que es pecado fatigar e dar pena a los hombres, pudiéndolos remediar.

AREÚSA. A la he agora, madre, e no me quiere ninguno; dame algún remedio para mi mal e no estés burlando de mí.

CELESTINA. Deste tan común dolor todas somos, mal pecado, maestras. Lo que he visto a muchas hazer e lo que a mí siempre aprouecha, te diré; porque como las calidades de las personas son diuersas, assí las melezinas hazen diuersas sus operaciones e diferentes. Todo olor fuerte es bueno, assí como poleo, ruda, axienjos, humo de plumas de perdiz, de romero, de moxquete, de encienço recebida con mucha dilingencia aprouecha e afloxa el dolor, e buelue poco a poco la madre a su lugar. Pero otra cosa hallaua yo siempre mejor que todas, y ésta no te quiero dezir, pues tan santa te me hazes.

AREÚSA. ¿Qué, por mi vida, madre? Vesme penada ¿y encúbresme la salud?

CELESTINA. Anda, que bien me entiendes, no te hagas boua.

AREÚSA. Ya, ya, mala landre me mate si te entendía. Pero ¿qué quieres que haga? Sabes que se partió ayer aquel mi amigo con su capitán a la guerra; ¿auía de fazerle ruyndad?

CELESTINA. ¡Verás y qué daño, e qué gran ruyndad!

AREÚSA. Por cierto, sí sería, que me da todo lo que he menester; tiéneme honrrada; fauoréceme e trátame como si fuesse su señora.

CELESTINA. Pero avnque todo esso sea, mientras no parieres, nunca te faltará este mal de agora, de lo qual él deue ser causa. E si no crees en dolor, cree en color, e verás lo que viene de su sola compañía.

AREÚSA. No es sino mi mala dicha; maledición mala que mis padres me echaron, ¿qué no está ya por prouar todo esso? Pero dexemos esso, que es tarde, e dime a qué fue tu buena venida.

CELESTINA. Ya sabes lo que de Pármeno te oue dicho; quéxaseme que avn verle no quieres. No sé por qué, sino porque sabes que le quiero yo bien y le tengo por hijo. Pues por cierto de otra manera miro yo tus cosas, que hasta tus vezinas me parecen bien, e se me alegra el coraçón cada vez que las veo, porque sé que hablan contigo.

AREÚSA. No biues, tía señora, engañada.

CELESTINA. No lo sé; a las obras creo, que las palabras de balde las venden dondequiera. Pero el amor nunca se paga sino con puro amor, e las obras con obras. Ya sabes el deudo que ay entre ti e Elicia, la qual tiene Sempronio en mi casa. Pármemo y él son compañeros, siruen a este señor que tú conoces, e por quien tanto fauor podrás tener. No niegues lo que tan poco hazer te cuesta. Vosotras parientas, ellos compañeros; mira cómo viene mejor medido que lo queremos; aquí viene conmigo; verás si quieres que suba.

AREÚSA. ¡Amarga de mí, si nos ha oído!

CELESTINA. No, que abaxo queda; quiérole hazer subir; reciba tanta gracia que le conozcas e hables, e muestres buena cara. E si tal pareciere, goze él de ti e tú dél, que aunque él gane mucho, tú no pierdes nada.

AREÚSA. Bien tengo, señora, conoscimiento cómo todas tus razones, éstas y las passadas, se endereçan en mi prouecho, pero ¿cómo quieres que haga tal cosa, que tengo a quien dar cuenta, como has oído?, e si soy sentida, matarme ha. Tengo vezinas embidiosas; luego lo dirán. Assí que, aunque no aya más mal de perderlo, será más que ganaré en agradar al que me mandas.

CELESTINA. Eso que temes yo lo proueyé primero, que muy passo entramos.

AREÚSA. No lo digo por esta noche, sino por otras muchas.

CELESTINA. ¿Cómo, déssas eres? ¿Dessa manera te tratas? Nunca tú harás casa con sobrado. Absente le has miedo; ¿qué harías si estouiesse en la ciudad? En dicha me cabe, que jamás cesso de dar consejos a bouos, e todavía ay quien yerre; pero no me marauillo, que es grande el mundo e pocos los experimentados. ¡Ay, ay! Hija, si viesses el saber de tu prima, e que tanto le ha aprouechado mi criança e consejos, e qué gran maestra está; e aunque no se halla ella mal con mis castigos, que vno en la cama e otro en la puerta, e otro que sospira por ella en su casa se precia de tener; e con todos cumple, e a todos muestra buena cara, e todos piensan que son muy queridos; e cada vno piensa que no ay otro, e que él solo es el priuado, y él solo es el que le da lo que ha menester. ¿E tú temes que con dos que tengas las tablas de la cama lo han de descubrir? ¿De vna sola gotera te mantienes? No te sobrarán muchos manjares; no quiero arrendar tus excamochos. Nunca vno me agradó; nunca en vno puse toda mi affición. Más pueden dos, e más quatro, e más dan e más tienen, y más ay en qué escoger. No ay cosa más perdida, hija, que el mur que no sabe sino vn horado. Si aquél le tapan no aurá donde se esconda del gato. Quien no tiene sino vn ojo, mira a cuánto peligro anda. Vna alma sola ni canta ni llora. vn solo acto no haze hábito. vn frayle solo pocas vezes le encontrarás por la calle; vna perdiz sola por marauilla buela; vn manjar solo continuo presto pone hastío; vna golondrina no haze verano; vn testigo solo no es entera fe; quien sola vna ropa tiene presto la enuegece. ¿Qué quieres, hija, deste número de uno? Más inconvenientes te diré dél, que años tengo acuestas. Ten siquiera dos, que es compañía loable, como tienes dos orejas, dos pies e dos manos, dos sáuanas en la cama, como dos camisas para remudar. E si más quieres, mejor te yrá, que mientras más moros, más ganancia, que honrra sin prouecho no es sino como anillo en el dedo. E pues entramos no caben en vn saco, acoge la ganancia. Sube, hijo Pármemo.

AREÚSA. No suba; landre me mate, que me fino de empacho, que no le conozco; siempre oue vergüença dél.

CELESTINA. Aquí estoy yo que te la quitaré e cubriré e hablaré por entrambos; que otro tan empachado es él.

PÁRMENO. Señora, Dios salue tu graciosa presencia.

AREÚSA. Gentil hombre, buena sea tu venida.

CELESTINA. Llégate acá; asno. ¿Adónde te vas allá assentar al rincón? No seas empachado, que al hombre vergonçoso el diablo lo traxo a palacio. Oýdme entrambos lo que digo. Ya sabes tú, Pármeno amigo, lo que yo te prometí, e tú, hija mía, lo que te tengo rogado. Dexada aparte la dificultad con que me lo has concedido, pocas razones son necessarias, porque el tiempo no lo padisce. Él ha siempre biuido penado por ti; pues viendo su pena, sé que no lo querrás matar, e avn conozco que él te paresce tal, que no será malo para quedarse acá esta noche en casa.

AREÚSA. Por mi vida, madre, que tal no se haga. ¡Jesú!, no me lo mandes.

PÁRMENO. (Aparte) Madre mía, por amor de Dios, que no salga yo de aquí sin buen concierto, que me ha muerto de amores su vista. Ofrécele quanto mi padre te dexó para mí; dile que le daré quanto tengo. Ea, díselo, que me parece que no me quiere mirar.

AREÚSA. ¿Qué te dize: esse señor a la oreja? ¿Piensa que tengo de hazer nada de lo que pides?

CELESTINA. No dize, hija, sino que se huelga mucho con tu amistad, porque eres persona tan honrrada, en quien qualquier beneficio cabrá bien. Llégate acá, negligente, vergonçoso, que quiero ver para cuánto eres ante que me vaya; retóçala en esta cama.

AREÚSA. No será él tan descortés que entre en lo vedado sin licencia.

CELESTINA. ¿En cortesías y licencias estás? No espero más aquí; yo fiadora que tú amanezcas sin dolor y él sin color; mas como es vn putillo, gallillo, baruiponiente, entiendo que en tres noches no se le demude la cresta. Déstos me mandauan a mí comer en mi tiempo los médicos de mi tierra quando tenía mejores dientes.

AREÚSA. Ay, señor mío, no me trates de tal manera; ten mesura por cortesía, mira las canas de aquella vieja honrrada que están presentes; quítate allá, que no soy de aquellas que piensas; no soy de las que públicamente están a vender sus cuerpos por dinero. Assí goze de mí, de casa me salga si fasta que Celestina mi tía sea yda a mi ropa tocas.

CELESTINA. ¿Qué es esto, Areúsa? ¿Qué son estas estrañezas y esquiuedad?, ¿estas nouedades e retraymiento? Paresce, hija, que no sé yo qué cosa es esto, que nunca vi estar

vn hombre con vna muger juntos, e que jamás passé por ello, ni gozé de lo que gozas, e que no sé lo que passan, e lo que dizen e hazen. ¡Guay de quien tal oye como yo! Pues auísote de tanto que fuy errada como tú y tuue amigos, pero nunca el viejo ni la vieja echaua de mi lado, ni su consejo en público, ni en mis secretos. Para la muerte que a Dios deuo, más quisiera vna gran bofetada en mitad de mi cara; parece que ayer nascí según tu encubrimiento. Por hazerte a ti honesta me hazes a mí necia e vergonçosa, e de poco secreto e sin experiencia, e me amenguas en mi officio por alçar a ti en el tuyo. Pues de cossario a cossario no se pierden sino los barriles; más te alabo yo detrás que tú te estimas delante.

AREÚSA. Madre, si erré, aya perdón, e llégate más acá, y él haga lo que quisiere, que más quiero tener a ti contenta que no a mí; antes me quebraré vn ojo que enojarte.

CELESTINA. No tengo ya enojo, pero dígotelo para adelante. Quedaos, adiós, que voyme solo porque me hazes dentera con vuestro besar e retoçar, que avn el sabor en las enzías me quedó; no lo perdí con las muelas.

AREÚSA. Dios vaya contigo.

PÁRMENO. Madre, ¿mandas que te acompañe?

CELESTINA. Sería quitar a vn santo por poner en otro; acompañeos Dios, que yo vieja soy; no he temor que me fuercen en la calle.

.....

ELICIA. El perro ladra, ¿si viene este diablo de vieja?

CELESTINA. Tha, tha, tha.

ELICIA. ¿Quién es? ¿Quién llama?

CELESTINA. Báxame abrir, hija.

ELICIA. ¿Éstas son tus venidas? Andar de noche es tu plazer; ¿por qué lo hazes?, que larga estada fue ésta, madre. Nunca sales para boluer a casa, por costumbre lo tienes. Cumpliendo con uno, dexas ciento descontentos; que as seydo hoy buscada del padre de la desposada que lleuaste el día de pasqua al racionero, que la quiere casar daquí a tres días, y es menester que la remedies, pues que se lo prometiste, para que no sienta su marido la falta de la virginidad.

CELESTINA. No me acuerdo, hija, por quién dizes.

ELICIA. ¿Cómo no te acuerdas? Desacordada eres, cierto. ¡O cómo caduca la memoria! Pues por cierto tú me dixiste quando la llevauas, que la auías renouado siete vezes.

CELESTINA. No te maravilles, hija, que quien en muchas partes derrama su memoria en ninguna la puede tener. Pero dime si tornará.

ELICIA. Mira si tornará. Tiénete dado vn manilla de oro en prendas de tu trabajo ¿e no auía de venir?

CELESTINA. ¿La de la manilla es? Ya sé por quién dizes. ¿Por qué tú no tomauas el aparejo e començauas a hazer algo? Pues en aquellas tales te auías de abezar e de prouar, de quantas vezes me lo has visto fazer. Si no, ay te estarás toda tu vida, fecha bestia sin officio ni renta. E quando seas de mi edad, llorarás la folgura de agora, que la mocedad ociosa acarrea la vejez arrepentida e trabajosa. Hazíalo yo mejor quando tu abuela, que Dios haya, me mostraua este officio, que a cabo de vn año sabía más que ella.

ELICIA. No me maravillo, que muchas veces, como dizen, al maestre sobrepuja el buen discípulo. E no va esto sino en la gana con que se aprende; ninguna sciencia es bien empleada en el que no le tiene affición. Yo le tengo a este officio odio; tú mueres tras ello.

CELESTINA. Tú te lo dirás todo. Pobre vejez quieres; ¿piensas que nunca has de salir de mi lado?

ELICIA. Por Dios, dexemos enojo, y al tiempo el consejo; ayamos mucho plazer. Mientras hoy touiéremos de comer, no pensemos en mañana. También se muere el que mucho allega como el que pobremente biue, y el doctor como el pastor, y el papa como el sacristán, y el señor como el sieruo, y el de alto linaje como el baxo, e tú con tu officio como yo sin ninguno; no auemos de biuir para siempre. Gozemos y holguemos, que la vejez pocos la veen, e de los que la veen, ninguno murió de hambre. No quiero en este mundo sino día e victo, e parte en paraíso; avnque los ricos tienen mejor aparejo para ganar la gloria que quien poco tiene; no ay ninguno contento, no ay quien diga; harto tengo, no hay ninguno que no trocasse mi plazer por sus dineros. Dexemos cuydados agenos, e acostémonos, que es hora; que más me engordará vn buen sueño sin temor que quanto thesoro ay en Venecia.

El octauo aucto

Argumento del octauo aucto

La mañana viene. Despierta Pármeno. Despedido de Areúsa, va para casa de Calisto, su señor. Halló a la puerta a Sempronio; conciertan su amistad. Van juntos a la cámara de Calisto; hállanle hablando consigo mismo; leuantado, va a la yglesia.

SEMPRONIO, PÁRMENO, AREÚSA, CALISTO

PÁRMENO. ¿Amanesce, o qué es esto, que tanta claridad está en esta cámara?

AREÚSA. ¿Qué amanecer? Duerme, señor, que avn agora nos acostamos. No he yo pegado bien los ojos, ¿ya auía de ser de día? Abre, por Dios, essa ventana de tu cabecera, e verlo has.

PÁRMENO. En mi seso estó yo señora, que es de día claro, en ver entrar luz entre las puertas. ¡O traydor de mí!, ¡en qué gran falta he caydo con mi amo! De mucha pena soy digno. ¡O qué tarde que es!

AREÚSA. ¿Tarde?

PÁRMENO. E muy tarde.

AREÚSA. Pues assí goze de mi ánima, no se me ha quitado el mal de la madre. No sé cómo pueda ser.

PÁRMENO. ¿Pues qué quieres, mi vida?

AREÚSA. Que hablemos en mi mal.

PÁRMENO. Señora mía, si lo hablado no basta, lo que más es necessario me perdona, porque es ya mediodía. Si voy más tarde no seré bien recebido de mi amo. Yo verné mañana e quantas vezes después mandares; que por esso hizo Dios vn día tras otro, porque lo que el vno no bastasse, se cumpliesse en otro; e aun porque más nos veamos, resciba de ti esta gracia, que te vayas oy a las doze del día a comer con nosotros a su casa de Celestina.

AREÚSA. Que me plaze de buen grado. Ve con Dios, junta tras ti la puerta.

PÁRMENO. A Dios te quedes.

.....

PÁRMENO. ¡O plazer singular, o singular alegría! ¿Quál hombre es ni ha sido más bienaventurado que yo?, ¿quál más dichoso e bienandante?, ¡Que vn tan excelente don sea por mí posseýdo, e quan presto pedido tan presto alcançado! Por cierto, si las trayciones desta vieja con mi coraçón yo pudiesse sufrir, de rodillas auía de andar a la complazer. ¿Con qué pagaré yo esto? ¡O alto Dios!, ¿A quién contaría yo este gozo? ¿A quién descubriría tan gran secreto? ¿A quién daré parte de mi gloria? Bien me dezía la vieja que de ninguna prosperidad es buena la possessión sin compañía. El plazer no comunicado no es plazer. ¿Quién sentiría esta mi dicha como yo la siento? A Sempronio veo a la puerta de casa. Mucho ha madrugado; trabajo tengo con mi amo si es salido fuera. No será, que no es acostumbrado, pero como agora no anda en su seso, no me marauillo que ha peruertido su costumbre.

.....

SEMPRONIO. Pármeno, hermano, si yo supiese aquella tierra donde se gana el sueldo dormiendo, mucho faría por yr allá, que no daría uentaja a ninguno; tanto ganaría como otro qualquiera. ¿E cómo, folgazán, descuydado, fueste para no tomar? No sé qué crea de tu tardança, sino que quedaste a escalentar la vieja esta noche, o a rascarle los pies como quando chiquito.

PÁRMENO. ¡O Sempronio, amigo e más que hermano! Por Dios, no corrompas mi plazer, no mezcles tu yra con mi soffrimiento, no rebueluas tu descontentamiento con mi descanso, no agües con tan turuía agua el claro liquor del pensamiento que traygo, no enturuíes con tus embidiosos castigos e odiosas reprehensiones mi plazer. Recíbeme con alegría e contarte he marauillas de mi buena andança passada.

SEMPRONIO. Dilo, dilo. ¿Es algo de Melibea? ¿hasla visto?

PÁRMENO. ¿Qué de Melibea? Es de otra que yo más quiero; e avn tal que si no estoy engañado, puedo biuir con ella en gracia y hermosura. Sí, que no se encerró el mundo e todas sus gracias en ella.

SEMPRONIO. ¿Qué es esto, desuariado? Reýrme querría, sino que no puedo. Ya todos amamos; el mundo se va a perder; Calisto a Melibea, yo a Elicia; tú de enbidia as buscado con quien perder esse poco de seso que tienes.

PÁRMENO. ¿Luego locura es amar, e yo soy loco e sin seso? Pues si la locura fuesse dolores, en cada casa auría bozes.

SEMPRONIO. Según tu opinión, sí eres; que yo te he oýdo dar consejos vanos a Calisto, e contradezir a Celestina en quanto habla; e por impedir mi prouecho y el suyo huelgas de no gozar tu parte. Pues a las manos me has venido donde te podré dañar, e lo haré.

PÁRMENO. No es, Sempronio, verdadera fuerça ni poderío dañar y empecer, mas aprouechar e guarecer, e muy mayor quererlo fazer. Yo siempre te tuue por hermano; no se cumpla, por Dios, en ti lo que se dize: que pequeña causa departe conformes amigos. Muy mal me tratas; no sé donde nasce este rencor. No me indignes, Sempronio, con tan lastimeras razones. Cata que es muy rara la paciencia que agudo baldón no penetre e traspasse.

SEMPRONIO. No digo mal en esto, sino que se eche otra sardina para el moço de cauallos, pues tú tienes amiga.

PÁRMENO. Estás enojado; quiérote sufrir; avnque más mal me trates; pues dizen que ninguna humana passión es perpetua ni durable.

SEMPRONIO. Más maltratas tú a Calisto; aconsejando a él lo que para ti huyes, diciendo que se aparte de amar a Melibea, hecho tablilla de mesón, que para sí no tiene abrigo, e dalo a todos. ¡O Pármeno!, agora podrás ver quán fácil cosa es reprehender vida ajena, y quán duro guardar cada qual la suya. No digo más, pues tú eres testigo; e de aquí adelante veremos cómo te has, pues ya tienes tu escudilla como cada qual. Si tú mi amigo fueras, en la necesidad que de ti tuue me auías de fauorecer, e ayudar a Celestina en mi prouecho, que no hincar vn clauo de malicia a cada palabra. Sabe que como la hez de la tauerna despide a los borrachos, assí la aduersidad o necesidad al fingido amigo, luego se descubre el falso metal, dorado por encima.

PÁRMENO. Oýdolo auía dezir, e por esperiencia lo veo, nunca venir plazer sin contraria çoçobra en esta triste vida; a los alegres serenos e claros soles, ñublados oscuros e pluuias vemos suceder; a los solazes e plazer, dolores e muertes los ocupan; a las risas e deleytes, llantos e lloros e passiones mortales los siguen. Finalmente, a mucho descanso e sossiego, mucho pesar e tristeza. ¿Quién podrá tan alegre venir como yo agora? ¿Quién tan triste recibimiento padecer? ¿Quién verse como yo me vi con tanta gloria alcançada con mi querida Areúsa? ¿Quién caer della, siendo tan maltratado tan presto como yo de ti? Que no me has dado lugar a poder dezir quánto soy tuyo, quánto te he de fauorecer en todo, quánto soy arrepiado de lo passado, quántos consejos e castigos buenos he rescebido de Celestina en tu fauor e prouecho, e de todos; cómo, pues este juego de nuestro amo e Melibea está entre las manos, podemos agora medrar, o nunca.

SEMPRONIO. Bien me agradan tus palabras, si tales touieses las obras, a las quales espero para auerte de creer. Pero, por Dios, me digas qué es esso que dixiste de Areúsa. Paresce que conoces tú a Areúsa su prima de Elicia.

PÁRMENO. ¿Pues qué es todo el plazer que traygo, sino auerla alcançado?

SEMPRONIO. ¡Cómo se lo dize el bouo! De risa no puede hablar. ¿A qué llamas auerla alcançado; estaua a alguna ventana, o qué es esso?

PÁRMENO. A ponerla en dubda si queda preñada o no.

SEMPRONIO. Espantado me tienes; mucho puede el continuo trabajo; vna continua gotera horada vna piedra.

PÁRMENO. Verás tú tan continuo, que ayer lo pensé, ya la tengo por mía.

SEMPRONIO. La vieja anda por ay.

PÁRMENO. ¿En qué lo vees?

SEMPRONIO. Que ella me auía dicho que te quería mucho e que te la haría auer. Dichoso fueste; no feziste sino llegar e recabdar. Por esto dizen: más vale a quien Dios ayuda que quien mucho madruga. Pero tal padrino touiste.

PÁRMENO. Di madrina, que es más cierto; assí que, quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. Tarde fue, pero temprano recabde. ¡O hermano!, ¿qué te contaría de sus gracias de aquella muger, de su habla y hermosura de cuerpo? Pero quédese para más oportunidad.

SEMPRONIO. ¿Puede ser sino prima de Elicia? No me dirás tanto, quanto estotra no tenga más; todo lo creo. Pero ¿qué te cuesta? ¿hasle dado algo?

PÁRMENO. No, cierto, mas avnque ouiera, era bien empleado; de todo bien es capaz. En tanto son las tales tenidas, quanto caras son compradas; tanto valen quanto cuestan; nunca mucho costó poco, sino a mí esta señora. Aa comer la combidé para casa de Celestina, e si te plaze, vamos todos allá.

SEMPRONIO. ¿Quién, hermano?

PÁRMENO. Tú y ella, y allá está la vieja y Elicia; auremos plazer.

SEMPRONIO. ¡O Dios!, e cómo me has alegrado. Franco eres, nunca te faltaré. Como te tengo por hombre, como creo que Dios te ha de hazer bien, todo el enojo que de tus passadas hablas tenía se me ha tornado en amor. No dubdo ya tu confederación con nosotros ser la que deue; abraçarte quiero; seamos como hermanos, vaya el diablo para ruyn; sea lo passado cuestión de Sant Juan, e assí paz para todo el año, que las yras de los amigos siempre suelen ser reintegración del amor. Comamos e holguemos, que nuestro amo ayunará por todos.

PÁRMENO. ¿E qué haze el desesperado?

SEMPRONIO. Allí está tendido en el estrado cabe la cama donde le dexaste anoche; que ni ha dormido, ni está despierto. Si allá entro, ronca; si me salgo, canta o deuanea. No le tomo tiento, si con aquello pena o descansa.

PÁRMENO. ¿Qué dizes? ¿E nunca me ha llamado, ni ha tenido memoria de mí?

SEMPRONIO. No se acuerda de sí, ¿acordarse ha de ti?

PÁRMENO. Aun hasta en esto me ha corrido buen tiempo; pues assí es, mientras recuerda, quiero embiar la comida a que la aderecen.

SEMPRONIO. ¿Qué has pensado embiar, para que aquellas loquillas te tengan por hombre complido, bien criado e franco?

PÁRMENO. En casa llena presto se adereça cena; de lo que ay en la despensa basta para no caer en falta. Pan blanco, vino de Monuiedro, vn pernil de toçino, e más seys pares de pollos que traxieron estotro día los renteros de nuestro amo; que si los pidiere, harele creer que los ha comido; e las tórtolas que mandó para hoy guardar, diré que hedían. Tú serás testigo; ternemos manera cómo a él no haga mal lo que dellas comiere, e nuestra mesa esté

como es razón. E allá hablaremos más largamente en su daño e nuestro prouecho con la vieja cerca destes amores.

SEMPRONIO. Más, dolores; que por fe tengo que de muerto o loco no escapa desta vez. Pues que assí es, despacha, subamos a uer qué haze.

.....

CALISTO. En gran peligro me veo,
En mi muerte no ay tardança,
Pues que me pide el desseo
Lo que me niega esperança.

PÁRMENO. (Aparte) Escucha, escucha, Sempronio; trobando está nuestro amo.

SEMPRONIO. (Aparte.) ¡O hydeputa el trobador! El gran Antípater Sidonio, el gran poeta Ovidio, los quales de improuiso se les venían las razones metrificadas a la boca. Sí sí, dessos es; trobará el diablo; está deuaneando entre sueños.

CALISTO. Coraçón, bien se te emplea,
Que penes y bivas triste,
Pues tan presto te venciste
Del amor de Melibea.

PÁRMENO. (Aparte) ¿No digo yo que troba?

CALISTO. ¿Quién habla en la sala? ¡Moços!

PÁRMENO. ¿Señor?

CALISTO. ¿Es muy noche? ¿Es hora de acostar?

PÁRMENO. Mas ya es, señor, tarde para leuantar.

CALISTO. ¿Qué dizes, loco; toda la noche es passada?

PÁRMENO. E avn harta parte del día.

CALISTO. Di, Sempronio, ¿miente este desuariado? Que me haze creer que es de día, me haze creer que es de día?

SEMPRONIO. Oluida, señor, vn poco a Melibea, e verás la claridad; que con la mucha que en su gesto contemplas, no puedes ver de encandelado, como perdiz con la calderuela.

CALISTO. Agora lo creo, que tañen a missa. Dacá mis ropas; yré a la Madalena; rogaré a Dios aderece a Celestina, e ponga en corazón a Melibea mi remedio, o dé fin en breue a mis tristes días.

SEMPRONIO. No te fatigues tanto; no lo quieras todo en vna hora, que no es de discretos dessear con grande efficacia lo que puede tristemente acabar. Si tú pides que se concluya en vn día lo que en vn año sería harto, no es mucha tu vida.

CALISTO. ¿Quieres dezir que soy como el moço del escudero gallego?

SEMPRONIO. No mande Dios que tal cosa yo diga, que eres mi señor; y demás desto, sé que, como me galardonas el buen consejo e me castigarías lo mal hablado avnque dizen que no es ygual la alabança del servicio o buen habla con la reprehensión e pena de lo mal hecho o hablado.

CALISTO. No sé quién te abezó tanta filosofía, Sempronio.

SEMPRONIO. Señor, no es todo blanco aquello que de negro no tiene semejança, ni es todo oro quanto amarillo reluze. Tus acelerados desseos no medidos por razón hazen parecer claros mis consejos. Quisieras tú ayer que te traxieran a la primera habla amanojada e embuelta en su cordón a Melibea, como si ouieras embiado por otra qualquiera mercaduría a la plaça, en que no ouiera más trabajo de llegar e pagalla. Da, señor, aliuio al corazón, que en poco espacio de tiempo no cabe gran bienaventurança. vn solo golpe no derriba vn roble. Apercíbete con sufrimiento, porque la prudencia es cosa loable e el apercibimiento resiste el fuerte combate.

CALISTO. Bien has dicho, si la qualidad de mi mal lo consintiesse.

SEMPRONIO. ¿Para qué, señor, es el seso, si la voluntad priua a la razón?

CALISTO. ¡O loco, loco! Dize el sano al doliente: Dios te dé salud. No quiero consejo, ni esperarte más razones, que más abiuas e enciendes las llamas que me consumen. Yo me voy solo a missa e no tornaré a casa hasta que me llaméys, pidiéndome albricias de mi gozo con la buena venida de Celestina; ni comeré hasta entonce, avnque primero sean los caballos de Febo apascentados en aquellos verdes prados que suelen, quando han dado fin a su jornada.

SEMPRONIO. Dexa, señor, esos rodeos, dexa essas poesías, que no es habla conueniente la que a todos no es común, la que todos no participan, la que pocos entienden. Di, avnque se ponga el sol, e sabrán todos lo que dizes; e come alguna conserua, con que tanto spacio de tiempo te sostengas.

CALISTO. Sempronio, mi fiel criado, mi buen consejero, mi leal seruidor, sea como a ti te parece, porque cierto tengo, según tu limpieza de seruicio, quieres tanto mi vida como la tuya.

SEMPRONIO. (Aparte) ¿Creeslo tú, Pármeno? Bien sé que no lo jurarías; acuérdate, si fueres por conserua, apañes vn bote para aquella gentezilla, que nos va más; e a buen entendedor... En la bragueta cabrá.

CALISTO. ¿Qué dizes, Sempronio?

SEMPRONIO. Dixe, señor, a Pármeno que fuesse por vna tajada de diacitrón.

PÁRMENO. Hela aquí, señor.

CALISTO. Dacá.

SEMPRONIO. (Aparte) Verás qué engullir haze el diablo; entero lo quiere tragar por más apriessa hazer.

CALISTO. El alma me ha tomado; quedaos con Dios, hijos. Esperad la vieja, e yd por buenas albricias.

PÁRMENO. (Aparte) Allá yrás con el diablo tú e malos años; e en tal hora comiesses el diacitrón, como Apuleyo el veneno que le conuertió en asno.

El aucto noueno

Argumento del noueno aucto

Sempronio y Pármeno van a casa de Celestina entre sí hablando. Llegados allá, hallan a Elicia y Areúsa. Pónense a comer; entre comer riñe Elicia con Sempronio. Leuántase de la mesa; tórnanla apaziguar. Estando ellos todos entre sí razonando, viene Lucrecia, criada de Melibea, a llamar a Celestina, que vaya a estar con Melibea.

SEMPRONIO, PÁRMENO, ELICIA, CELESTINA, AREÚSA, LUCRECIA

SEMPRONIO. Baxa, Pármeno, nuestras capas y spadas, si te parece que es hora que vamos a comer.

PÁRMENO. Vamos presto; ya creo que se quejarán de nuestra tardança. No por essa calle, sino que estotra, porque nos entremos por la yglesia y veremos si ouiere acabado Celestina sus deuociones. Lleuarla hemos de camino.

SEMPRONIO. A donosa hora ha destar rezando.

PÁRMENO. No se puede dezir sin tiempo hecho lo que en todo tiempo se puede hazer.

SEMPRONIO. Verdad es, pero mal conoces a Celestina. Quando ella tiene que hazer, no se acuerda de Dios, ni cura de santidades; quando ay que roer en casa, sanos están los santos; quando va a la yglesia con sus cuentas en la mano, no sobra el comer en casa, avnque ella te crió, mejor conozco yo sus proprietas que tú. Lo que en sus cuentas reza es los virgos que tiene a cargo, e cuántos enamorados ay en la ciudad, e cuántas moças tiene encomendadas, e qué dispenseros le dan ración, e cuál mejor, e cómo les llaman por nombre, porque quando los encontrare no hable como estraña; y qué canónigo es más moço e franco. Quando menea los labios es fengir mentiras, ordenar cautelas para auer dinero: Por aquí le entraré, esto me responderá, esto replicaré. Assí biue ésta que nosotros mucho honrramos.

PÁRMENO. Más que esso sé yo, sino porque te enojaste estotro día, no quiero hablar; quando lo dixé a Calisto.

SEMPRONIO. Avnque lo sepamos para nuestro prouecho, no lo publiquemos para nuestro daño. Saberlo nuestro amo es echalla por quien es e no curar della. Dexándola, verná forçado otra de cuyo trabajo no esperemos parte, como ésta, que de grado o por fuerça nos dará de lo que le diere.

PÁRMENO. Bien has dicho. Calla, que está abierta la puerta; en casa está. Llama antes que entres, que por ventura están rebueltas e no querrán ser assí vistas.

SEMPRONIO. Entra, no cures, que todos somos de casa; ya ponen la mesa.

CELESTINA. ¡O mis enamorados, mis perlas de oro!, tal me venga el año qual me parece vuestra venida.

PÁRMENO. (Aparte) ¡Qué palabras tiene la noble! Bien ves, hermano, estos halagos fingidos.

SEMPRONIO. Déxala, que desso biue; que no sé quién diablos le mostró tanta ruyndad.

PÁRMENO. La necessidad e pobreza, la hambre, que no ay mejor maestra en el mundo; no ay mejor despertadora e abiadora de ingenios. ¿Quién mostró a las picaças e papagayos ymitar nuestra propia habla con sus harpadas lenguas, nuestro órgano e boz, sino ésta?.

CELESTINA. Mochachas, mochachas, bouas, andad acá baxo presto, que están aquí dos hombres que me quieren forçar.

ELICIA. Mas nunca acá vinieran; e mucho combidar con tiempo, que ha tres horas que está aquí mi prima. Este perezoso de Sempronio aurá sido causa de la tardança, que no ha ojos por do verme.

SEMPRONIO. Calla, mi señora, mi vida, mis amores, que quien a otro sirue no es libre; assí que subjeción me relieua de culpa. No ayamos enojo; assentémonos a comer.

ELICIA. Assí; para assentar a comer muy diligente; a mesa puesta con tus manos lauadas e poca vergüença.

SEMPRONIO. Después reñiremos; comamos agora. Asséntate, madre Celestina, tú primero.

CELESTINA. Assentaos vosotros, mis hijos, que harto lugar ay para todos, a Dios gracias; tanto nos diessen del paraíso quando allá vamos. Poneos en orden, cada vno cabe la suya; yo que estoy sola porné cabe mí este jarro e taça, que no es más mi vida de quanto con ello hablo. Después que me fui haziendo vieja no sé mejor officio a la mesa que escanciar, porque quien la miel trata siempre se le pega della. Pues de noche en inuierno no ay tal escalentador de cama; que con dos jarrillos destos que beua, quando me quiero acostar no siento frío en toda la noche. Desto afforro todos mis vestidos quando viene la Nauidad; esto me calienta la sangre; esto me sostiene contino en vn ser; esto me haze andar siempre alegre; esto me para fresca. Desto vea yo sobrado en casa que nunca temeré el mal año, que vn cortezón de pan ratonado me basta para tres días. Esto quita la tristeza del corazón más que el oro ni el coral. Esto da esfuerço al moço, e al viejo fuerça; pone color al descolorido, coraje al couarde, al floxo diligencia, conforta los celebros, saca el frío del estómago, quita el hedor del anélito, haze potentes los fríos, haze sufrir los afanes de las labranças, a los cansados segadores, haze sudar toda agua mala, sana el romadizo e las muelas, sostiene sin heder en la mar, lo qual no haze el agua. Más propiedades te diría dello, que todos tenéys cabellos. Assí que no sé quien no se goze en mentarlo; no tiene sino vna tacha, que lo bueno vale caro e lo malo hace daño. Assí que con lo que sana el hígado, enferma la bolsa. Pero todavía con mi fatiga busco lo mejor para esso poco que beuo. Vna sola dozena de vezes a cada comida; no me harán passar de allí saluo si no soy combidada como agora.

PÁRMENO. Madre, pues tres vezes dizen que es lo bueno e honesto todos los que escriuieron.

CELESTINA. Hijo, estará corrupta la letra; por treze, tres.

SEMPRONIO. Tía señora, a todos nos sabe bien comiendo e hablando, porque después no aurá tiempo para entender en los amores deste perdido de nuestro amo y de aquella graciosa e gentil Melibea.

ELICIA. Apártateme allá, dessabrido, enojoso; mal prouecho te haga lo que comes, tal comida me has dado. Por mi alma, reuessar quiero quanto tengo en el cuerpo de asco de oírte llamar a aquélla gentil. ¡Mirad quién gentil! ¡Jesú, Jesú!, ¡y qué hastío e enojo es ver tu poca vergüença! ¿A quién gentil? Mal me haga Dios si ella lo es ni tiene parte dello; sino que ay ojos que de lagañas se agradan. Santiguarme quiero de tu necedad e poco conocimiento. ¡O quién estouiesse de gana para disputar contigo su hermosura y gentileza! ¿Gentil es Melibea? Entonces lo es, entonces acertarán quando andan a pares los diez mandamientos. Aquella hermosura por vna moneda se compra de la tienda. Por cierto que conosco yo en la calle donde ella biue, quatro donzellas en quien Dios más repartió su gracia que no en Melibea, que si algo tiene de hermosura es por buenos atauíos que trae.

Ponelos a vn palo, también dirés que es gentil. Por mi vida, que no lo digo por alabarme, mas creo que soy tan hermosa como vuestra Melibea.

AREÚSA. Pues no la has tú visto como yo, hermana mía. Dios me lo demande si en ayunas la topasses, si aquel día pudiesses comer de asco. Todo el año se está encerrada con mudas de mill suziedades. Por vna vez que haya de salir donde pueda ser vista, enuiste su cara con hiel y miel, con vnas tostadas e higos passados, e con otras cosas que por reuerencia de la mesa dexo de dezir. Las riquezas las hazen a éstas hermosas e ser alabadas, que no las gracias de su cuerpo; que assí goze de mí, vnas tetas tiene para ser donzella como si tres vezes ouiesse parido; no parecen sino dos grandes calabças. El vientre no se le he visto, pero juzgando por lo otro creo que le tiene tan floxo como vieja de cinquenta años. No sé qué se ha visto Calisto porque dexa de amar otras que más ligeramente podría auer, e con quien más él holgasse, sino que el gusto dañado muchas vezes juzga por dulce lo amargo.

SEMPRONIO. Hermana, parésceme aquí que cada bohonero alaba sus agujas; que el contrario desso se suena por la ciudad.

AREÚSA. Ninguna cosa es más lexos de la verdad que la vulgar opinión; nunca alegre biuirás si por voluntad de muchos te riges. Porque éstas son conclusiones verdaderas, que qualquier cosa que el vulgo piensa es vanidad, lo que habla falsedad, lo que reprueua es bondad, lo que apprueua, maldad. E pues éste es su más ciertovuso e costumbre, no juzgues la bondad e hermosura de Melibea por esso ser la que affirmas.

SEMPRONIO. Señora, el vulgo parlero no perdona las tachas de sus señores; ey assí yo creo que si alguna touiesse Melibea, ya sería descubierta de los que con ella más que nosotros tratan. E avnque lo que dizes concediesse, Calisto es cauallero, Melibea hijadalgo; assí que los nascidos por linaje escogido búscanse vnos a otros. Por ende no es de marauillar que ame antes a ésta que a otra.

AREÚSA. Ruyn sea quien por ruyn se tiene; las obras hazen linaje, que al fin todos somos hijos de Adán y Eua. Procure de ser cada vno bueno por sí, e no vaya a buscar en la nobleza de sus passados la virtud.

CELESTINA. Hijos, por mi vida, que cessen essas razones de enojo; e tú Elicia, que te tornes a la mesa y dexes esos enojos.

ELICIA. Con tal que mala pro me hiziesse; con tal que rebentasse en comiéndolo. ¿Auía yo de comer con esse maluado que en mi cara me ha porfiado que es más gentil su handrajo de Melibea que yo?

SEMPRONIO. Calla, mi vida, que tú la comparaste; toda comparación es odiosa. Tú tienes la culpa, e no yo.

AREÚSA. Ven, hermana, a comer; no hagas agora esse plazer a estos locos porfiados; si no, leuantarme he yo de la mesa.

ELICIA. Necesidad de complazerte me haze contentar a esse enemigo mío, e vsar de virtudes con todos.

SEMPRONIO. He, he, he.

ELICIA. ¿De qué te ríes? De mala cãnçer sea comida essa boca desgraciada y enojosa.

CELESTINA. No la respondas, hijo, si no, nunca acabaremos; entendamos en lo que haze a nuestro caso. Dezidme; ¿cómo quedó Calisto? ¿Cómo le dexastes? ¿Cómo os podistes entrambos descabullir dél?

PÁRMENO. Allá fue a la maldición, echando huego, desesperado, perdido, medio loco, a missa a la Magdalena a rogar a Dios que te dé gracia, que puedas bien roer los huessos destos pollos, e protestando de no boluer a casa hasta oýr que eres venida con Melibea en tu arremango. Tu saya e manto e avn mi sayo cierto está; lo otro vaya e venga; el cuándo lo dará no lo sé.

CELESTINA. Sea quando fuere; buenas son mangas passada la pascua. Todo aquello alegra que con poco trabajo se gana, mayormente viniendo de parte donde tan poca mella haze; de hombre tan rico que con los saluados de su casa podría yo salir de lazería, según lo mucho le sobra. No les duele a los tales lo que gastan, e según la causa por que lo dan; no lo sienten con el embeuecimiento del amor, no les pena, no veen, no oyen, lo qual yo juzgo por otros que he conoçido menos apassionados e metidos en este huego de amor que a Calisto veo. Que ni comen, ni beuen, ni ríen, ni lloran, ni duermen, ni velan, ni hablan, ni callan, ni penan, ni descansan, ni están contentos, ni se quexan, según la perplexidad de aquella dulce e fiera llaga de sus coraçones; e si alguna cosa déstas la natural necesidad les fuerça a hazer, están en el acto tan olvidados que comiendo se olvida la mano de llevar la vianda a la boca. Pues si con ellos hablan, jamás conueniente respuesta bueluen. Allí tienen los cuerpos; con sus amigas los coraçones u sentidos. Mucha fuerça tiene el amor; no sólo la tierra, mas avn las mares traspasa según su poder. Ygual mando tiene en todo género de hombres; todas las dificultades quiebra. Anxiosa cosa es, temerosa e solícita; todas las cosas mira en derredor. Assí que si vosotros buenos enamorados auéys sido, juzgaréys yo dezir verdad.

SEMPRONIO. Señora, en todo concedo con tu razón, que aquí está quien me causó algún tiempo andar fecho otro Calisto, perdido el sentido, cansado el cuerpo, la cabeça vana, los días mal dormiendo, las noches todas velando, dando aluoradas, haziendo momos, saltando paredes, poniendo cada día la vida al tablero, esperando toros, corriendo caualllos, tirando barra, echando lança, cansando amigos, quebrando espadas, haziendo escalas, vistiendo armas, e otros mill atos de enamorado; haziendo coplas, pintando motes, sacando inuenciones. Pero todo lo doy por bien empleado, pues tal joya gané.

ELICIA. Mucho piensas que me tienes ganada; pues hágote cierto que no has tú buuelto la cabeça quando está en casa otro que más quiero, más gracioso que tú, e avn que no ande buscando cómo me dar enojo; a cabo de vn año que me vienes a uer, tarde e con mal.

CELESTINA. Hijo, déxala dezir, que de uanea; mientras más de esso la oyeres, más se confirma en su amor. Todo es porque auéys aquí alabado a Melibea; no sabe en otra cosa que os lo pagar sino en dezir esso; e creo que no vee la hora que auer comido para lo que yo me sé. Pues essotra su prima yo la conozco; gozad vuestras frescas moçedades, que quien tiempo tiene e mejor le espera, tiempo viene que se arrepiente, como yo hago agora por algunas horas que dexé perder quando moça, quando me preciaua, quando me querían; que ya, mal pecado, caducado he; nadie no me quiere, ¡que sabe Dios mi buen desseo! Besaos e abraços, que a mí no me queda otra cosa sino gozarme de vello. Mientras a la mesa estáys, de la cinta arriba todo se perdona; quando seáys aparte, no quiero poner tassa, pues que el rey no la pone, que yo sé por las mochachas que nunca de importunos os acusen; e la vieja Celestina maxcará de dentera con sus botas enzías las migajas de los manteles. Bendígaos Dios ¡como lo reys y holgáys, putillos, loquillos, trauiessos! En esto auía de parar el ñublado de las questioncillas que auéys tenido; mira no derribéys la mesa.

ELICIA. Madre, a la puerta llaman; el solaz es derramado.

CELESTINA. Mira, hija, quién es; por ventura será quien lo acreciente e allegue.

ELICIA. O la boz me engaña, o es mi prima Lucrecia.

CELESTINA. Ábrele, e entre ella, e buenos años, que avn a ella algo se le entiende desto que aquí hablamos, avnque su mucho encerramiento le impide el gozo de su moçedad.

AREÚSA. Assí goçe de mí, que es verdad; que éstas que siruen a señoras ni gozan deleyte ni conocen los dulces premios de amor. Nunca tratan con parientes, con yguales a quien pueden hablar tú por tú, con quien digan: ¿qué cenaste?; ¿estás preñada?; ¿quántas gallinas crías?; lléuame a merendar a tu casa; muéstrame tu enamorado; ¿quánto ha que no te vido?; ¿cómo te va con él?; ¿quién son tus vezinas?; e otras cosas de ygualdad semejantes. ¡O tía, y qué duro nombre, e qué graue e sobervio es «señora» contino en la boca. Por esto me biuo sobre mí, desde que me sé conocer, que jamás me precié de llamar de otre, sino mía. Mayormente destas señoras que agora se vsan, gástase con ellas lo mejor del tiempo, e con vna saya rota de las que ellas desechan, pagan servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen, contino sojuzgadas, que fablar delante ellas no osan. E quando veen cerca el tiempo de la obligación de casallas, leuántales vn caramillo que se echan con el moço o con el hijo, o pidenles çelos del marido, o que meten hombres en casa, o que hurtó la taça, o perdió el anillo; danles vn ciento de açotes y échanlas la puerta fuera, las haldas en la cabeça, diciendo: Allá yrás, ladrona, puta, no destruyrás mi casa e honrra. Assí que esperan galardón, sacan baldón, esperan salir casadas, salen amenguadas; esperan vestidos e joyas de boda, salen desnudas e denostadas. Éstos son sus premios, éstos son sus beneficios e pagos. Oblíganse a darles marido, quítanles el vestido; la mejor honrra que en sus casas tienen es andar hechas callejeras, de dueña en dueña, con sus mensajes acuestas. Nunca oyen su nombre propio, de la boca dellas, sino puta acá, puta acullá. ¿A dó vas, tiñosa? ¿Qué heziste, vellaca? ¿Por qué comiste esto, golosa? ¿Cómo fregaste la sartén, puerca? ¿Por qué no limpiaste el manto, suzia? ¿Cómo dixiste esto, necia? ¿Quién perdió el plato, desaliñada? ¿Cómo faltó el paño de manos, ladrona? A tu rufián le aurás dado. Ven acá, mala mujer, la gallina hauada no paresce; pues búscala presto; si no, en la primera

blanca de tu soldada la contaré. E tras esto mil chapinazos e pellizcos, palos e açotes. No hay quien las sepa contentar, no quien puede sofrirlas; su plazer es dar bozes, su gloria es reñir; de lo mejor hecho, menos contentamiento muestran. Por esto, madre, he querido más biuir en mi pequeña casa, esenta e señora, que no en sus ricos palacios sojuzgada e catiua.

CELESTINA. En tu seso has estado; bien sabes lo que hazes. Que los sabios dizen que: uale más vna migaja de pan con paz, que toda la casa llena de viandas con renzilla. Mas agora cesse esta razón, que entra Lucrecia.

.....

LUCRECIA. Buena pro os haga, tía, e la compañía. Dios bendiga tanta gente e tan honrrada.

CELESTINA. ¿Tanta, hija? ¿Por mucha has ésta? Bien parece que no me conociste en mi prosperidad, hoy ha veynte años. ¡Ay, quien me vido e quien me vee agora, no sé cómo no quiebra su corazón de dolor! Yo vi, mi amor, a esta mesa donde agora están tus primas assentadas, nueue moças de tus días, que la mayor no passaua de deziocho años, e ninguna auía menor de quatorze. Mundo es, passe, ande su rueda, rodee sus alcaduces, vnos llenos, otros vazíos. Ley es de fortuna que ninguna cosa en vn ser mucho tiempo permanesce; su orden es mudanças. No puedo dezir sin lágrimas la mucha honrra que entonces tenía, avnque por mis pecados e mala dicha, poco a poco ha venido en disminución. Como declinauan mis días, assí se disminuía e menguaua mi prouecho. Prouerbio es antiguo que quanto al mundo es, o crece o decrece. Todo tiene sus límites, todo tiene sus grados. Mi honrra llegó a la cumbre según quien yo era; de necessidad es que desmengüe e se abaxe. Cerca ando de mi fin; en esto veo que me queda poca vida.; pero bien sé que sobí para descender, florecí para secarme, gozé para entristecerme, nascí para biuir, biuí para crecer, crecí para enuejeçer, enuejecí para morirme. E pues esto antes de agora me consta, sofriré con menos pena mi mal, avnque del todo no pueda despedir el sentimiento, como sea de carne sensible formada.

LUCRECIA. Trabajo tenías, madre, con tantas moças, que es ganado muy penoso de guardar.

CELESTINA. ¿Trabajo, mi amor? Antes descanso e aliuiio. Todas me obedescían, todas me honrrauan, de todas era acatada; ninguna salía de mi querer; lo que yo dezía era lo bueno; a cada qual daua cobro; no escogían más de lo que les mandaua; coxo o tuerto o manco, aquél auían por sano que más dinero me daua. Mío era el prouecho, suyo el afán. Pues seruidores ¿no tenía por su causa dellas? Caualleros viejos e moços, abades de todas dignidades, desde obispos hasta sacristanes. En entrando por la yglesia vía derrocar bonetes en mi honor como si yo fuera vna duquesa. El que menos auía que negociar conmigo, por más ruyn se tenía. De media legua que me viessen dexauan las horas; vno a vno, dos a dos venían a donde yo estaua, a uer si mandaua algo, a preguntarme cada vno por la suya. En viéndome entrar se turbauan, que no hazían ni dezían cosa a derechas. Vnos me llamauan señora, otros tía, otros enamorada, otros vieja honrrada. Assí se concertauan sus venidas a mi casa, allí las ydas a la suya; allí se me offrescían dineros, allí promessas, allí otras

dádiuas, besando el cabo de mi manto, e avn algunos en la cara por me tener más contenta. Agora hame traýdo la fortuna a tal estado que me digas: Buena pro hagan las çapatas.

SEMPRONIO. Espantados nos tienes con tales cosas como nos cuentas de essa religiosa gente a benditas coronas. Sí, que no serían todos.

CELESTINA. No, hijo, ni Dios lo mande que yo tal cosa leuante; que muchos viejos deuotos auía con quien yo poco medraua, e avn que no me podían ver; pero creo que de embidia de los otros que me fablauan. Como la clerecía era grande, auía de todos, vnos muy castos, otros que tenían cargo de mantener a las de mi officio; e avn todavía creo que no faltan. Y embiauan sus escuderos e moços a que me acompañassen, e apenas era llegada a mi casa quando entrauan por mi puerta muchos pollos e gallinas, anserones, anadones, perdizes, tórtolas, perniles de tocino, tortas de trigo, lechones. Cada qual como lo recibía de aquellos diezmos de Dios, assí lo venían luego a registrar para que comiesse yo e aquellas sus deuotas. Pues vino, ¿no me sobraua de lo mejor que se beuía en la ciudad, venido de diuersas partes: de Monuiedro, de Luque, de Toro, de Madrigal, de San Martín, e de otros muchos lugares?, e tantos que avnque tengo la diferencia de los gustos e sabor en la boca, no tengo la diuersidad de sus tierras en la memoria, que harto es que vna vieja como yo, en oliendo qualquiera vino, diga de dónde es. Pues otros curas sin renta, no era ofrecido el bodigo, quando en besando el feligrés la estola era de primero boleó en mi casa. Espessos como piedras a tablado entrauan mochachos cargados de prouisiones por mi puerta. No sé cómo me puedo biuir cayendo de tal estado.

AREÚSA. Por Dios, pues somos venidas a auer plazer, no llores, madre, ni te fatigues; que Dios lo remediará todo.

CELESTINA. Harto tengo, hija, que llorar, acordándome de tan alegre tiempo e tal vida como yo tenía, e quán seruida era de todo el mundo, que jamás houo fruta nueva de que yo primero no gozasse, que otros supiesen si era nascida. En mi casa se auía de allar, si para alguna preñada se buscasse.

SEMPRONIO. Madre, ningún prouecho trae la memoria del buen tiempo si cobrar no se puede, antes tristeza; como a ti agora, que nos has sacado el plazer dentre las manos. Álcese la mesa; yrnos hemos a holgar, y tú darás respuesta a esta donzella que aquí es venida.

.....

CELESTINA. Hija Lucrecia, dexadas essas razones, querría que me dixiesses qué fue agora tu buena venida.

LUCRECIA. Por cierto, ya se me auía olvidado mi principal demanda e mensaje con la memoria de esse tan alegre tiempo como has contado; ey assí me estuuiera vn año sin comer, escuchándote e pensando en aquella vida buena que aquellas moças gozarían, que me parece e semeja que está yo agora en ella. Mi venida, señora, es lo que tú sabrás: pedirte el ceñidero e demás desto, te ruega mi señora sea de ti visitada, e muy presto, porque se siente muy fatigada de desmayos e de dolor del coraçón.

CELESTINA. Hija, destes dolorçillos tales, más es el ruydo que las nuezes. Marauillada estoy sentirse del coraçón muger tan moça.

LUCRECIA. (Aparte) Assí te arrastren, traydora. ¿Tú no sabes qué es? Haze la vieja falsa sus hechizos e vase; después fázese de nuevas.

CELESTINA. ¿Qué dizes, hija?

LUCRECIA. Madre, que vamos presto e me des el cordón.

CELESTINA. Vamos, que yo le lleuo.

El décimo aucto

Argumento del décimo aucto

Mientras andan Celestina e Lucrecia por camino, stá hablando Melibea consigo misma. Llegan a la puerta; entra Lucrecia primero; haze entrar a Celestina. Melibea, después de muchas razones, descubre a Celestina arder en amor de Calisto. Veen venir a Alisa, madre de Melibea; despídense de en vno. Pregunta Alisa a Melibea, su hija, de los negocios de Celestina. Defendíole su mucha conversación.

MELIBEA, CELESTINA, LUCRECIA, ALISA

MELIBEA. ¡O lastimada de mí; o mal proueída donzella! ¿E no me fuera mejor conceder su petición e demanda ayer a Celestina quando de parte de aquel señor, cuya vista me catiuó, me fue rogado, e contentarle a él, e sanar a mí, que no venir por fuerça a descubrir mi llaga quando no me sea agradescido, quando ya desconfiando de mi buena respuesta aya puesto sus ojos en amor de otra? ¡Quánta más ventaja touiera mi prometimiento rogado que mi offrescimiento forçoso! ¡O mi fiel criada Lucrecia! ¿Qué dirás de mí? ¿qué pensarás de mi seso, quando me veas publicar lo que a ti jamás he querido descubrir? ¡Cómo te spantarás del rompimiento de mi honestidad e vergüença, que siempre como encerrada donzella acostubrè tener! No sé si aurás barruntado de dónde proceda mi dolor. ¡O, si ya viniesses con aquella medianera de mi salud! ¡O soberano Dios! A ti que todos los atribulados llaman, los apassionados piden remedio, los llagados medicina; a ti que los cielos, mar, tierra, con los infernales centros obedescen; a ti, el qual todas las cosas a los hombres sojuzgaste, humildemente suplico des a mi herido coraçón sufrimiento e paciencia, con que mi terrible passión pueda dissimular. No se desdore aquella hoja de castidad que tengo assentada sobre este amoroso desseo, publicando ser otro mi dolor que no el que me atormenta. Pero ¿cómo lo podré hazer, lastimándome tan

cruelmente el ponçoñoso bocado que la vista de su presencia de aquel cauallero me dio? ¡O género femíneo, encogido e frágile! ¿Por qué no fue también a las hembras concedido poder descubrir su congoxoso e ardiente amor, como a los varones? Que ni Calisto biuiera quexoso, ni yo penada.

.....

LUCRECIA. Tía, detente vn poquito cabe esta puerta; entraré a uer con quién está hablando mi señora. Entra, entra, que consigo lo ha.

MELIBEA. Lucrecia, echa essa antipuerta. ¡O vieja sabia e honrrada, tú seas bienvenida! ¿Qué te parece cómo ha quesido mi dicha e la fortuna ha rodeado que yo tuuiesse de tu saber necesidad para que tan presto me houiesse de pagar en la misma moneda el beneficio que por ti me fue demandado para esse gentilhomme que curauas con la virtud de mi cordón?

CELESTINA. ¿Qué es, señora, tu mal, que assí muestra las señas de su tormento en las coloradas colores de tu gesto?

MELIBEA. Madre mía, que me comen este corazón serpientes dentro de mi cuerpo.

CELESTINA. (Aparte.) Bien está; assí lo quería yo. Tú me pagarás, doña loca, la sobra de tu yra.

MELIBEA. ¿Qué dizes? ¿Has sentido en verme alguna causa, de donde mi mal proceda?

CELESTINA. No me has, señora, declarado la calidad del mal. ¿Quieres que adeuine la causa? Lo que yo digo es que recibo mucha pena de ver triste tu graciosa presencia.

MELIBEA. Vieja honrrada, alégramela tú, que grandes nuevas me an dado de tu saber.

CELESTINA. Señora, el sabidor sólo Dios es. Pero como para salud e remedio de las enfermedades fueron repartidas las gracias en las gentes de hallar las melezinas, dellas por esperiencia, dellas por arte, dellas por natural instinto, alguna partezilla alcanzó a esta pobre vieja, de la qual al presente podrás ser seruida.

MELIBEA. ¡O qué gracioso e agradable me es oírte! Saludable es al enfermo la alegre cara del que le visita. Paréceme que veo mi corazón entre tus manos hecho pedaços, el qual, si tú quisiesse, con muy poco trabajo juntarías con la virtud de tu lengua, no de otra manera que quando vio en sueños aquel grande Alexandre, rey de Macedonia, en la boca del dragón la saludable raíz con que sanó a su criado Tolomeo del bocado de la bíuora. Pues, por amor de Dios, te despojes para más diligente entender en mi mal e me des algún remedio.

CELESTINA. Gran parte de la salud es dessearla; por lo qual creo menos peligroso ser tu dolor. Pero para yo dar mediante Dios congrua e saludable melezina es necessario saber

de ti tres cosas. La primera, a qué parte de tu cuerpo más declina e aquexa el sentimiento. Otra, si es nueuamente por ti sentido, porque más presto se curan las tiernas enfermedades en sus principios que quando han hecho curso en la perseueración de su officio. Mejor se doman los animales en su primera edad que quando ya es su cuero endurecido, para venir mansos a la melena; mejor crecen las plantas que tiernas e nueuas se trasponen, que las que fructificando ya se mudan; muy mejor se despide el nueuo pecado, que aquel que por costumbre antigua cometemos cada día. La tercera, si procedió de algún cruel pensamiento que assentó en aquel lugar. Y esto sabido, verás obrar mi cura. Por ende cumple que al médico como al confessor se hable toda verdad abiertamente.

MELIBEA. Amiga Celestina, muger bien sabia e maestra grande, mucho has abierto el camino por donde mi mal te pueda especificar. Por cierto, tú lo pides como mujer bien esperta en curar tales enfermedades. Mi mal es de corazón; la yzquierda teta es su aposentamiento; tiende sus rayos a todas partes. Lo segundo, es nueuamente nascido en mi cuerpo, que no pensé jamás que podía dolor priuar el seso como éste haze; túrbame la cara; quítame el comer; no puedo dormir; ningún género de risa querría ver. La causa o pensamiento, que es la final cosa por ti preguntada de mi mal, ésta no sabré dezirte, porque ni muerte de deudo, ni pérdida de temporales bienes, ni sobresalto de visión, ni sueño desuariado, ni otra cosa puedo sentir que fuesse, saluo alteración que tú me causaste con la demanda que sospeché de parte de aquel cauallero, Calisto, quando me pediste la oración.

CELESTINA. ¿Cómo, señora, tan mal hombre es aquél? ¿tan mal nombre es el suyo que en sólo ser nombrado trae consigo ponçoña su sonido? No creas que sea éssa la causa de tu sentimiento, antes otra que yo barrunto; e pues que así es, si tú licencia me das, yo, señora, te la diré.

MELIBEA. ¿Cómo, Celestina, qué es esse nuevo salario que pides? ¿De licencia tienes tú necesidad para me dar la salud? ¿Quál médico jamás pidió tal seguro para curar al paciente? Di, di, que siempre la tienes de mí, tal que mi honrra no dañes con tus palabras.

CELESTINA. Véote, señora, por vna parte quejar el dolor, por otra temer la melezina. Tu temor me pone miedo, el miedo silencio, el silencio tregua entre tu llaga e mi melezina. Assí que será causa que ni tu dolor cesse, ni mi venida aproueche.

MELIBEA. Quanto más dilatas la cura, tanto más me acrescientas e multiplicas la pena e pasión. O tus melezinas son de poluos de infamia e licor de corrupción, confacionados con otro más crudo dolor que el que de parte del paciente se siente, o no es ninguno tu saber. Porque si lo vno o lo otro no te impidiesse qualquiera remedio otro darías sin temor; pues te pido le muestres, quedando libre mi honrra.

CELESTINA. Señora, no tengas por nueuo ser más fuerte de sufrir al herido la ardiente trementina, e los ásperos puntos que lastiman lo llagado, doblan la pasión, que no la primera lisión que dio sobre sano. Pues si tú quieres ser sana, e que te descubra la punta de mi sutil aguja sin temor, haz para tus manos e pies vna ligadura de sosiego, para tus ojos vna cobertura de piedad, para tu lengua vn freno de silencio, para tus oídos vnos algodones de sofrimiento e paciencia, e verás obrar a la antigua maestra destas llagas.

MELIBEA. ¡O cómo me muero con tu dilatar! Di, por Dios, lo que quisieres, haz lo que supieres, que no podrá ser tu remedio tan áspero que yguale con mi pena e tormento. Agora toque en mi honrra, agora dañe mi fama, agora lastime mi cuerpo, avnque sea romper mis carnes para sacar mi dolorido coraçón, te doy mi fe ser segura, e si siento aliuio, bien galardonada.

LUCRECIA. (Aparte.) El seso tiene perdido mi señora. Gran mal es éste; catiuádola ha esta hechizera.

CELESTINA. (Aparte.) Nunca me ha de faltar vn diablo acá e acullá; escapóme Dios de Pármeno; topóme con Lucrecia.

MELIBEA. ¿Qué dizes, amada maestra? ¿Qué te hablaua essa moça?

CELESTINA. No le oy nada, pero diga lo que dixere, sabe que no ay cosa más contraria en las grandes curas delante los animosos çurujanos que los flacos coraçones, los quales con su gran lástima, con sus doloriosas hablas, con sus sentibles meneos, ponen temor al enfermo, hazen que desconfíe de la salud, e al médico enojan e turban, e la turbación altera la mano; rige sin orden la aguja. Por donde se puede conocer claro, que es muy necessario para tu salud que no esté persona delante, e assí que la deues mandar salir; e tú, hija Lucrecia, perdona.

MELIBEA. Salte fuera, presto.

LUCRECIA. Ya, ya, todo es perdido. Ya me salgo, señora.

.....

CELESTINA. También me da osadía tu gran pena, como ver que con tu sospecha has ya tragado alguna parte de mi cura. Pero todavía es necessario traer más clara melezina e más saludable descanso de casa de aquel cauallero Calisto.

MELIBEA. Calla, por Dios, madre; no traygan de su casa cosa para mi prouecho, ni le nombres aquí.

CELESTINA. Sufre, señora, con paciencia, que es el primer punto e principal. No se quiebre, si no, todo nuestro trabajo es perdido. Tu llaga es grande, tiene necesidad de áspera cura. E lo duro con duro se ablanda más efficazmente; e dizen los sabios que la cura del lastimero médico dexa mayor señal, e que nunca peligro sin peligro se vence. Ten paciencia, que pocas vezes lo molesto sin molestia se cura; e vn clavo con otro se expele, e vn dolor con otro. No concibas odio ni desamor, ni consientas a tu lengua dezir mal de persona tan virtuosa como Calisto, que si conocido fuesse...

MELIBEA. ¡O por Dios, que me matas! ¿E no tengo dicho que no me alabes esse hombre, ni me le nombres en bueno ni en malo?

CELESTINA. Señora, éste es otro y segundo punto, el qual si tú con tu mal sofrimiento no consientes, poco aprouechará mi venida, e si como prometiste lo sufres, tú quedarás sana e sin deuda, e Calisto sin quexa e pagado. Primero te auisé de mi cura e desta invisible aguja que sin llegar a ti sientes en solo mentarla en mi boca.

MELIBEA. Tantas vezes me nombrarás esse tu cauallero que ni mi promessa baste, ni la fe que te di a sufrir tus dichos. ¿De qué ha de quedar pagado? ¿Qué le deuo yo a él? ¿Qué le soy en cargo? ¿Qué ha fecho por mí? ¿Qué necessario es él aquí para el propósito de mi mal? Más agradable me sería que rasgasses mis carnes e sacasses mi corazón, que no traer essas palabras aquí.

CELESTINA. Sin te romper las vistiduras se lançó en tu pecho el amor; no rasgaré yo tus carnes para le curar.

MELIBEA. ¿Cómo, dizes que llaman a este mi dolor, que assí se ha enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo?

CELESTINA. Amor dulce.

MELIBEA. Eso me declara qué es, que en sólo oýrlo me alegre.

CELESTINA. Es vn fuego escondido, vna agradable llaga, vn sabroso veneno, vna dulce amargura, vna delectable dolencia, vn alegre tormento, vna dulce e fiera herida, vna blanda muerte.

MELIBEA. ¡Ay, mezquina de mí! Que si verdad es tu relación, dudosa será mi salud, porque según la contrariedad que estos nombres entre sí muestran, lo que al vno fuere prouechoso acarreará al otro más pasión.

CELESTINA. No desconfíe, señora, tu noble juventud de salud; quando el alto Dios da la llaga, tras ella embía el remedio. Mayormente que sé yo al mundo nacida vna flor que de todo esto te dé libre.

MELIBEA. ¿Cómo se llama?

CELESTINA. No te lo oso dezir.

MELIBEA. Di, no temas.

CELESTINA. Calisto. ¡O por Dios, señora Melibea!, ¿qué poco esfuerço es éste? ¿Qué descaezimiento? ¡O mezquina yo! Alça la cabeça. ¡O malaumenturada vieja! ¡En esto han de parar mis passos! Si muere, matarme han; avnque biua, seré sentida, que ya no podrá soffrir de no publicar su mal e mi cura. Señora mía, Melibea, ángel mío, ¿qué has sentido? ¿qué es de tu habla graciosa? ¿qué es de tu color alegre? Abre tus claros ojos. ¡Lucrecia, Lucrecia, entra presto acá!, verás amortescida a tu señora entre mis manos; baxa presto por vn jarro de agua.

MELIBEA. Passo, passo, que yo me esforçaré; no escandalizes la casa.

CELESTINA. ¡O cuytada de mí! No te descaezcas; señora, háblame como sueles.

MELIBEA. E muy mejor, calla, no me fatigues.

CELESTINA. Pues ¿qué me mandas que haga, perla preciosa? ¿Qué ha sido este tu sentimiento? Creo que se van quebrando mis puntos.

MELIBEA. Quebrose mi honestidad, quebrose mi empacho, afloxó mi mucha vergüença. E como muy naturales, como muy domésticos, no pudieran tan liuiamente despedirse de mi cara que no lleuassen consigo su color por algún poco de espacio, mi fuerça, mi lengua, e gran parte de mi sentido. ¡O! pues ya, mi nueua maestra, mi fiel secretaria, lo que tú tan abiertamente conoces, en vano trabajo por te lo encobrir. Muchos e muchos días son passados que esse noble cauallero me habló en amor; tanto me fue entonces su habla enojosa quanto después que tú me lo tornaste a nombrar, alegre. Cerrado han tus puntos mi lliga, venida soy en tu querer. En mi cordón le lleuaste embuelta la possessión de mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento, su pena era la mayor mía. Alabo e loo tu buen sufrimiento, tu cuerda osadía, tu liberal trabajo, tus solícitos e fieles passos, tu agradable habla, tu buen saber, tu demasiada solicitud, tu prouechosa importunidad. Mucho te deue esse señor e más yo, que jamás pudieron mis reproches aflacar tu esfuerço e perseverar, confiando en tu mucha astucia. Antes, como fiel servidora, quando más denostada, más diligente, quando más disfauor, más esfuerço, quando peor respuesta, mejor cara, quando yo más ayrada, tú más humilde. Postpuesto todo temor, has sacado de mi pecho lo que jamás a ti ni a otro pensé descubrir.

CELESTINA. Amiga e señora mía, no te marauilles, porque estos fines con effeto me dan osadía a sufrir los ásperos e scrupulosos desuíos de las encerradas donzellas como tú. Verdad es que ante que me determinasse, assí por el camino, como en tu casa, estuue en grandes dubdas si te descubriría mi petición. Visto el gran poder de tu padre, temía; mirando la gentileza de Calisto, osaua; vista tu discreción, me reçelaua; mirando tu virtud e humanidad, me esforçaua. En lo vno hallaua el miedo, en lo otro la seguridad. E pues assí, señora, has quesido descubrir la gran merced que nos has hecho; declara tu voluntad, echa tus secretos en mi regaçõ. Pon en mis manos el concierto deste concierto; yo daré forma cómo tu desseo y el de Calisto sean en breue complidos.

MELIBEA. ¡O mi Calisto e mi señor! ¡mi dulce e suaue alegría! Si tu coraçõ siente lo que agora el mío, marauillada estoy cómo la ausencia te consiente biuir. ¡O mi madre e mi señora!, haz de manera como luego le pueda ver, si mi vida quieres!

CELESTINA. Ver e hablar.

MELIBEA.. ¿Hablar? Es impossible.

CELESTINA. Ninguna cosa a los hombres que quieren hazerla es impossible.

MELIBEA. Dime. ¿Cómo?

CELESTINA. Yo lo tengo pensado, y te lo diré: por entre las puertas de tu casa.

MELIBEA. ¿Cuándo?

CELESTINA. Esta noche.

MELIBEA. Gloriosa me serás si lo ordenas. Di a qué hora.

CELESTINA. A las doze.

MELIBEA. Pues ve, mi señora, mi leal amiga, e habla con aquel señor e que venga muy passo, e de allí se dará concierto, según su voluntad, a la hora que has ordenado.

CELESTINA. Adiós, que viene hazia acá tu madre.

.....

MELIBEA. Amiga Lucrecia, mi leal criada e fiel secretaria; ya has visto cómo no ha sido más en mi mano. Catiuóme el amor de aquel cauallero; ruégote, por Dios, se cubra con secreto sello porque yo goze de tan suaue amor. Tú serás de mí tenida en aquel grado que merece tu fiel seruicio.

LUCRECIA. Señora, mucho antes de agora tengo sentida tu llaga e callado tu desseo. Hame fuertemente dolido tu perdición. Quanto tú más me querías encobrir y celar el fuego que te quemaua, tanto más sus llamas se manifestauan en la color de tu cara, en el poco sossiego del corazón, en el meneo de tus miembros, en comer sin gana, en el no dormir. Assí que contino se te caían, como de entre las manos, señales muy claras de pena. Pero como en los tiempos que la voluntad reyna en los señores, o desmedido apetito, cumple a los seruidores obedecer con diligencia corporal, e no con artificiales consejos de lengua, sufría con pena, callaua con temor, encobría con fieltad; de manera que fuera mejor el áspero consejo que la blanda lisonja. Pero, pues ya no tiene tu merced otro medio sino morir o amar, mucha razón es que se escoja por mejor aquello que en sí lo es.

.....

ALISA. ¿En qué andas acá, vezina, cada día?

CELESTINA. Señora, faltó ayer vn poco de hilado al peso, e vínelo a complir, porque di mi palabra; e traýdo, voyme; quede Dios contigo.

ALISA. Y contigo vaya.

.....

ALISA. Hija Melibea, ¿qué quería la vieja?

MELIBEA. Venderme vn poquito de solimán.

ALISA. Eso creo yo más, que lo que la vieja ruyn dixo. Pensó que recibiría yo pena dello e mintióme. Guárdate, hija, della, que es gran traydora, que el sutil ladrón siempre rodea las ricas moradas. Sabe ésta con sus trayciones, con sus falsas mercadurías, mudar los propósitos castos; daña la fama; a tres vezes que entra en vna casa, engendra sospecha.

LUCRECIA. (Aparte.) Tarde acuerda nuestra ama.

ALISA. Por amor mío, hija, que si acá tornare sin verla yo, que no hayas por bien su venida ni la recibas con plazer. Halle en ti honestidad en tu respuesta e jamás boluerá; que la verdadera virtud más se teme que espada.

MELIBEA. ¿Déssas es? Nunca más; bien huelgo, señora, de ser ausada, por saber de quién me tengo de guardar.

Aucto onzeno

Argumento del onzeno aucto

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle sola hablando. Vee a Sempronio e a Pármeno que van a la Magdalena por su señor. Sempronio habla con Calisto. Sobreuiene Celestina; van a casa de Calisto; declárale Celestina su mensaje e negocio recaudado con Melibea. Mientras ellos en essas razones están, Pármeno e Sempronio entre sí hablan. Despídese Celestina de Calisto, va para su casa, llama a la puerta. Elicia le viene a abrir, cenan e vanse a dormir.

CALISTO, CELESTINA, PÁRMENO, SEMPRONIO, ELICIA

CELESTINA. ¡Ay Dios, si llegasse a mi casa con mi mucha alegría acuestas! A Pármeno e a Sempronio veo yr a la Magdalena; tras ellos me voy; e si ay estouiere Calisto passaremos a su casa a pedirle albricias de su gran gozo.

SEMPRONIO. Señor, mira que tu estada es dar a todo el mundo qué decir. Por Dios, que huygas de ser traýdo en lenguas, que al muy devoto llaman ypócrita. ¿Qué dirán sino que andas royendo los santos? Si pasión tienes, súfrela en tu casa; no te sienta la tierra; no descubras tu pena a los estraños, pues está en manos el pandero que le sabrá bien tañer.

CALISTO. ¿En qué manos?

SEMPRONIO. De Celestina.

CELESTINA. ¿Qué nombráys a Celestina? ¿qué dezís desta esclaua de Calisto? Toda la calle del Arcediano vengo a más andar tras vosotros por alcançaros, e jamás he podido con mis luengas haldas.

CALISTO. ¡O joya del mundo, acerro de mis passiones, espejo de mi vista! El coraçón se me alegra en ver essa honrrada presencia, essa noble senetud. Dime ¿con qué vienes? ¿Qué nuevas traes? Que te veo alegre e no sé en qué está mi vida.

CELESTINA. En mi lengua.

CALISTO. ¿Qué dizes, gloria e descanso mío? Declárame más lo dicho.

CELESTINA. Salgamos, señor, de la yglesia, e de aquí a la casa te contaré algo con que te alegres de verdad.

PÁRMENO. (Aparte.) Buena viene la vieja, hermano; recabdado deue de auer.

SEMPRONIO. (Aparte.) Escucha.

CELESTINA. Todo este día, señor, he trabajado en tu negocio, y he dexado perder otros en que harto me yua. Muchos tengo quexosos por tener a ti contento. Más he dexado de ganar que piensas, pero todo vaya en buena hora, pues tan buen recaudo traygo. E óyeme, que en pocas palabras te lo diré, que soy corta de razón. A Melibea dexo a tu seruicio.

CALISTO. ¿Qué es esto que oygo?

CELESTINA. Que es más tuya que de sí mesma; más está a tu mandado e querer, que de su padre Pleberio.

CALISTO. Habla cortés, madre, no digas tal cosa, que dirán estos moços que estás loca. Melibea es mi señora, Melibea es mi dios, Melibea es mi vida, yo su catiuo, yo su sieruo.

SEMPRONIO. (Aparte.) Con tu desconfiança, señor, con tu poco preciarte, con tenerte en poco, hablas essas cosas con que atajas su razón. A todo el mundo turbas diziendo desconciertos. ¿De qué te santiguas? Dale algo por su trabajo; harás mejor, que esso esperan essas palabras.

CALISTO. (Aparte: Bien has dicho) Madre mía, yo sé cierto que jamás ygualaré tu trabajo e mi liuiano gualardón. En lugar de manto e saya, porque no se dé parte a oficiales, toma esta cadenilla; ponla al cuello, e procede en tu razón e mi alegría.

PÁRMENO. (Aparte.) ¿Cadenilla la llama? ¿No lo oyes, Sempronio? No estima el gasto. Pues yo te certifico no diesse mi parte por medio marco de oro, por mal que la vieja la reparta.

SEMPRONIO. (Aparte.) Oírte ha nuestro amo; ternemos en él que amansar, y en ti que sanar, según está hinchado de tu mucho murmurar. Por mi amor, hermano, que oygas e calles, que por esso te dio Dios dos oídos, e vna lengua sola.

PÁRMENO. (Aparte.) ¡Oyrá el diablo! Está colgado de la boca de la vieja, sordo e mudo e ciego, hecho personaje sin son, que avnque le diéssemos higas, diría que alçáuamos las manos a Dios, rogando por buen fin de sus amores.

SEMPRONIO. (Aparte.) Calla, oye, escucha bien a Celestina; en mi alma, todo lo mereçe e más que le diesse; mucho dize.

CELESTINA. Señor Calisto, para tan flaca vieja como yo, de mucha franqueza vsaste, pero como todo don o dádiua se juzgue grande o chica respecto del que lo da, no quiero traer a consecuencia mi poco merecer, ante quien sobra en qualidad e en cantidad. Mas medirse ha con tu magnificencia, ante quien no es nada. En pago de la qual te restituyo tu salud que yua perdida; tu corazón que faltaua, tu seso que se alteraua. Melibea pena por ti más que tú por ella; Melibea te ama e dessea ver; Melibea piensa más horas en tu persona que en la suya, Melibea se llama tuya, e esto tiene por título de libertad, e con esto amansa el fuego que más que a ti le quema.

CALISTO. Moços, ¿estó yo aquí? Moços, ¿oygo yo esto? Moços, mirad si estoy despierto. ¿Es de día o de noche? ¡O Señor Dios, Padre celestial, ruégote que esto no sea sueño! Despierto, pues estoy. Si burlas, señora, de mí por me pagar en palabras, no temas, di verdad, que para lo que tú de mí has rescebido, más mereçen tus passos.

CELESTINA. Nunca el corazón lastimado de desseo toma la buena nueva por cierta, ni la mala por dudosas. Pero si burlo o si no, verlo has, yendo esta noche según el concierto dexo con ella, a su casa, en dando el relox doze, a la hablar por entre las puertas; de cuya boca sabrás más por entero mi solicitud e su desseo, e el amor que te tiene e quién lo ha causado.

CALISTO. Ya, ya, ¿tal cosa espero? ¿tal cosa es possible auer de passar por mí? Muerto soy de aquí allá; no soy capaz de tanta gloria, no merecedor de tan gran merced, no dignos de hablar con tal señora de su voluntad e grado.

CELESTINA. Siempre lo oý dezir que es más difícil de sufrir la próspera fortuna que la aduersa, que la vna no tiene sossiego e la otra tiene consuelo. ¿Cómo, señor Calisto, e no mirarías quién tú eres? ¿e no mirarías el tiempo que has gastado en su seruicio? ¿e no mirarías a quién has puesto entremedias? E assimismo que hasta agora siempre as estado dubdoso de la alcançar e tenías suffrimiento. Agora que te certifico el fin de tu penar, ¿quieres poner fin a tu vida? Mira, mira, que está Celestina de tu parte; que avnque todo te faltasse lo que en vn enamorado se requiere, te vendería por el más acabado galán del

mundo, que haría llanas las peñas para andar; que te haría las más crecidas aguas corrientes passar sin mojarte. Mal conoces a quien tú das dinero.

CALISTO. Cata, señora, ¿qué me dizes? ¿Que verná de su grado?

CELESTINA. E avn de rodillas.

SEMPRONIO. No sea ruydo hechizo, que nos quieren tomar a manos a todos; cata, madre, que assí se suelen dar las çaraças en pan embueltas, porque no las sienta el gusto.

PÁRMENO. Nunca te oý dezir mejor cosa; mucha sospecha me pone el presto conceder de aquella señora, e venir tan aýna en todo su querer de Celestina, engañando nuestra voluntad con sus palabras dulces e prestas, por hurtar por otra parte, como hazen los de Egipto quando el signo nos catan en la mano. Pues a la he, madre, con dulces palabras están muchas injurias vengadas. El manso boyzuelo con su blando cencerrar trae las perdizes a la red; el canto de la serena engaña los simples marineros con su dulçor. Assí ésta con su mansedumbre e concessión presta querrá tomar vna manada de nosotros a su saluo. Purgará la inocencia con la honrra de Calisto, e con nuestra muerte; assí como corderita mansa que mama su madre e la ajena, ella con su segurar tomará la vengança de Calisto en todos nosotros; de manera que, con la mucha gente que tiene, podrá caçar padres e hijos en vna nidada, e tú estarte has rascando a tu huego, diziendo: A saluo está el que repica.

CALISTO. Callad, locos, vellacos, sospechosos; parece que days a entender que los ángeles sepan hazer mal. Sí que Melibea ángel dissimulado es, que biue entre nosotros.

SEMPRONIO. (Aparte.) ¿Todavía te buelues a tus heregías? Escúchale, Pármeno, no te pene nada, que si fuere trato doble, él lo pagará, que nosotros buenos pies tenemos.

CELESTINA. Señor, tú estás en lo cierto; vosotros cargados de sospechas vanas; yo he hecho todo lo que a mí era a cargo. Alegre te dexo; Dios te libre e aderece; pártome muy contenta. Si fuere menester para esto o para más, allí estoy muy aparejada a tu seruicio.

PÁRMENO. (Aparte.) Hy, hy, hy.

SEMPRONIO. (Aparte.) ¿De qué te rýes, por tu vida?

PÁRMENO. (Aparte.) De la priessa que la vieja tiene por yrse; no vee la hora que haver despegado la cadena de casa; no puede creer que la tenga en su poder, ni que se la han dado de verdad; no se halla digna de tal don; tan poco como Calisto de Melibea.

SEMPRONIO. (Aparte.) ¿Qué quieres que haga vna puta vieja alcahueta, que sabe y entiende lo que nosotros callamos e suele hazer siete virgos por dos monedas, después de verse cargada de oro, sino ponerse en salvo con la possessión, con temor no se la tornen a tomar, después que ha cumplido de su parte aquello para que era menester. Pues guárdese del diablo, que sobre el partir no le saquemos el alma!

CALISTO. Dios vaya contigo, madre. Yo quiero dormir y reposar vn rato para satisfacer a las passadas noches, e cumplir con la por venir.

.....
CELESTINA. Tha, tha, tha, tha.

ELICIA. ¿Quién llama?

CELESTINA. Abre, hija Elicia.

ELICIA. ¿Cómo vienes tan tarde? No lo deues hazer, que eres vieja; tropezarás donde caygas e mueras.

CELESTINA. No temo esso, que de día me auiso por do venga de noche, que jamás me subo por poyo ni calçada, si no por medio de la calle. Porque como dizen: no da passo seguro quien corre por el muro; e que aquél va más sano que anda por llano. Más quiero ensuziar mis çapatos con el lodo que ensangrentar las tocas e los cantos. Pero no te duele a ti en esse lugar.

ELICIA. Pues, ¿qué me ha de doler?

CELESTINA. Que se fue la compañía que te dexé, e quedaste sola.

ELICIA. Son passadas quatro horas después; ¿e auíaseme de acordar desso?

CELESTINA. Quanto más presto te dexaron, más con razón lo sentiste. Pero dexemos su yda e mi tardança; entendamos en cenar e dormir.

El aucto dozeno

Argumento del dozeno aucto

Llegando medianoche, Calisto, Sempronio e Pármene, armados, van para casa de Melibea. Lucrecia y Melibea están cabe la puerta, aguardando a Calisto. Viene Calisto; háblale primero Lucrecia; llama a Melibea; apártase Lucrecia; háblanse por entre las puertas Melibea e Calisto. Pármene e Sempronio de su cabo departen. Oyen gentes por la calle; apercíbense para huyr. Despídese Calisto de Melibea, dexando concertada la tornada para la noche siguiente. Pleberio, al son del ruydo que hauía en la calle, despierta, llama a su muger, Alisa; pregunta a Melibea quién da patadas en su cámara; responde Melibea a su padre fingendo que tenía sed. Calisto con sus criados va para su casa hablando; échase a dormir. Pármene e Sempronio van a casa de Celestina; demandan su parte de la ganancia; dissimula Celestina; vienen a reñir; échanle mano a Celestina; mátanla; da bozes Elicia; viene la justicia e prende a ambos.

CALISTO, LUCRECIA, MELIBEA, SEMPRONIO, PÁRMENO, PLEBERIO, ALISA, CELESTINA, ELICIA

CALISTO. Moços, ¿qué hora da el reloj?

SEMPRONIO. Las diez.

CALISTO. ¡O cómo me descontenta el olvido en los moços! De mi mucho acuerdo en esta noche e tu descuydar e olvido se haría vna razonable memoria e cuydado. ¿Cómo, desatinado, sabiendo cuánto me va en ser diez o onze, me respondías a tienta lo que más aýna se te vino a la boca? ¡O cuytado de mí! Si por caso me ouiera dormido e colgara mi pregunta de la respuesta de Sempronio para hazer de onze diez, e assí de doze onze, saliera Melibea, yo no fuera ydo, tornárase; de manera que ni mi mal ouiera fin ni mi desseo execución. No se dize embalde que mal ageno de pelo cuelga.

SEMPRONIO. Tanto yerro me parece sabiendo preguntar como ignorando responder. Mejor sería, señor, que se gastasse esta hora que queda en adereçar armas que en buscar questiones.

CALISTO. Bien me dize este necio; no quiero en tal tiempo recibir enojo, ni quiero pensar en lo que pudiera venir, sino en lo que fue; no en el daño que resultara de su negligencia, sino en el prouecho que verná de mi solicitud. Quiero dar espacio a la yra, que o se me quitará o se me ablandará. Descuelga, Pármeno, mis coraças e armaos vosotros; e assí yremos a buen recaudo; porque, como dizen: el hombre apercebido, medio combatido.

PÁRMENO. Helas aquí, señor.

CALISTO. Ayúdame aquí a vestirlas. Mira tú, Sempronio, si parece alguno por la calle.

SEMPRONIO. Señor, ninguna gente parece; e avnque la ouiesse, la mucha escuridad priuaría el viso e conoscimiento a los que nos encontrassen.

CALISTO. Pues andemos por esta calle, avnque se rodee alguna cosa, porque más encubiertos vamos. Las doze da ya; buena hora es.

PÁRMENO. Cerca estamos.

CALISTO. A buen tiempo llegamos. Párate tú, Pármeno, a uer si es venida aquella señora por entre las puertas.

PÁRMENO. ¿Yo, señor? Nunca Dios mande que sea en dañar lo que no concerté; mejor será que tu presencia sea su primer encuentro, porque viéndome a mí no se turbe de ver que

de tantos es sabido lo que tan ocultamente quería hazer, y con tanto temor haze, o porque quiçá pensará que la burlaste.

CALISTO. ¡O qué bien has dicho!; la vida me has dado con tu sutil auiso; pues no era más menester para me lleuar muerto a casa que boluere ella por mi mala prouidencia. Yo me llego allá; quedaos vosotros en esse lugar.

PÁRMENO. ¿Qué te parece, Sempronio, cómo el necio de nuestro amo pensaua tomarme por broquel para el encuentro del primer peligro? ¿Qué sé yo quién está tras las puertas cerradas? ¿Qué sé yo si ay alguna trayción? ¿Qué sé yo si Melibea anda por que le pague nuestro amo su mucho atreuimiento desta manera? E más, avn no somos muy ciertos dezir verdad la vieja. No sepas hablar, Pármeno; sacarte han el alma sin saber quién; no seas lisonjero como tu amo quiere e jamás llorarás duelos ajenos; no tomes en lo que te cumple el consejo de Celestina e hallarte has ascuras. Ándate ay con tus consejos e amonestaciones fieles, darte han de palos; no bueluas la hoja, e quedarte has a buenas noches. Quiero hazer cuenta que hoy me nací, pues de tal peligro me escapé.

SEMPRONIO. Passo, passo, Pármeno, no saltes ni fagas esse bollicio de plazer, que darás causa que seas sentido.

PÁRMENO. Calla, hermano, que no me hallo de alegría; ¡cómo le hize creer que por lo que a él cumplía dexaua de yr e era por mi seguridad! ¿Quién supiera assí rodear su prouecho como yo? Muchas cosas me verás hazer, si estás aquí adelante atento, que no las sientan todas personas, assí con Calisto como con quantos en este negocio suyo se entremetieren; porque soy cierto que esta donzella ha de ser para él ceuo de anzuelo o carne de buytrera, que suelen pagar bien el escote los que a comerla vienen.

SEMPRONIO. Anda, no te penen a ti essas sospechas, avnque salgan verdaderas. Apercíbete, a la primera boz que oyeres, tomar calças de Villadiego.

PÁRMENO. Leydo has donde yo; en vn coraçón estamos; calgas traygo, e avn borzegués de esos ligeros que tú dizes para mejor huyr que otro. Plázeme que me has, hermano, auisado de lo que yo no hiziera de vergüença de ti; que nuestro amo si es sentido, no temo que se escapará de manos de esta gente de Pleberio, para podernos después demandar cómo lo hezimos e incusarnos el huyr.

SEMPRONIO. ¡O Pármeno, amigo!, quán alegre e prouechosa es la conformidad en los compañeros; avnque por otra cosa no nos fuera buena Celestina, era harta utilidad la que por su causa nos ha venido.

PÁRMENO. Ninguno podrá negar lo que por sí se muestra. Manifiesto es que con vergüença el vno del otro, por no ser odiosamente acusado de couarde, esperaríamos aquí la muerte con nuestro amo, no siendo más de él merecedor della.

SEMPRONIO. Salido deue auer Melibea; escucha, que hablan quedito.

PÁRMENO. ¡O cómo temo que no sea ella, sino alguno que finja su boz!

SEMPRONIO. Dios nos libre de traydores; no nos ayan tomado la calle por do tenemos de huyr, que de otra cosa no tengo temor.

.....

CALISTO. Este bullicio más de vna persona lo haze; quiero hablar, sea quien fuere. ¡Ce, señora mía!

LUCRECIA. La boz de Calisto es ésta; quiero llegar. ¿Quién habla? ¿quién está fuera?

CALISTO. Aquel que viene a cumplir tu mandado.

LUCRECIA. ¿Por qué no llegas, señora? Llega sin temor acá, que aquel cauallero está aquí.

MELIBEA. Loca, habla, passo; mira bien si es él.

LUCRECIA. Allégate, señora, que sí es, que yo le conozco en la boz.

CALISTO. Cierto soy burlado. No era Melibea la que me habló. Bullicio oygo; perdido soy; pues biua o muera, que no he de yr de aquí.

MELIBEA. Vete, Lucrecia, acostar vn poco. Ce, señor, ¿cómo es tu nombre? ¿Quién es el que te mandó ay venir?

CALISTO. Es la que tiene merecimiento de mandar a todo el mundo, la que dignamente seruir yo no merezco. No tema tu merced de se descubrir a este catiuo de su gentileza, que el dulce sonido de tu habla que jamás de mis oídos se cae, me certifica ser tú mi señora Melibea. Yo soy tu sieruo Calisto.

MELIBEA. La sobrada osadía de tus mensajes me ha forçado a auerte de hablar, señor Calisto, que auiendo auido de mí la passada respuesta a tus razones, no sé qué piensas más sacar de mi amor de lo que entonces te mostré. Desuía estos vanos e locos pensamientos de ti, por que mi honrra e persona estén sin detrimento de mala sospecha seguras. A esto fue aquí mi venida, a dar concierto en tu despedida e mi reposo. No quieras poner mi fama en la balança de las lenguas maldizientes.

CALISTO. A los coraçones aparejados con apercibimiento rezió contra las aduersidades, ninguna puede venir que passe de claro en claro la fuerça de su muro. Pero el triste que, desarmado e sin proueer los engaños e celadas, se vino a meter por las puertas de tu seguridad, qualquiera cosa que en contrario vea, es razón que me atormente e passe, rompiendo todos los almagas en que la dulce nueva estaua aposentada. ¡O malaventurado Calisto! ¡O quán burlado has sido de tus sirvientes! ¡O engañosa mujer, Celestina, dexárasme acabar de morir, e no tornarás a biuificar mi esperança para que tuviesse más

que gastar el fuego que ya me aquexa! ¿Por qué falsaste la palabra desta mi señora? ¿Por qué has assí dado con tu lengua causa a mi desesperación? ¿A qué me mandaste aquí venir para que me fuesse mostrado el disfauor, el entredicho, la desconfiança, el odio por la mesma boca desta que tiene las llaues de mi perdición e gloria? ¡O enemiga!, ¿e tú no me dixiste que esta mi señora me era fauorable? ¿no me dixiste que de su grado mandaua venir este su cativo al presente lugar, no para me desterrar nueuamente de su presencia, pero para alçar el destierro, ya por otro su mandamiento puesto ante de agora? ¿en quién hallaré yo fe? ¿adónde ay verdad? ¿quién careçe de engaño? ¿adónde no moran falsarios? ¿quién es claro enemigo? ¿quién es verdadero amigo? ¿dónde no se fabrican trayciones? ¿quién osó darme tan cruda esperança de perdición?

MELIBEA. Cessen, señor mío, tus verdaderas querellas, que ni mi coraçón basta para las sufrir, ni mis ojos para lo dissimular. Tú lloras de tristeza juzgándome cruel; yo lloro de plazer viéndote tan fiel. ¡O mi señor e mi bien todo! ¡quánto más alegre me fuera poder veer tu faz que oír tu boz! Pero pues no se puede al presente más hazer, toma la firma y sello de las razones que te embié scritas en la lengua de aquella solícita mensajera. Todo lo que te dixo confirmo; todo he por bueno; limpia, señor, tus ojos; ordena de mí a tu voluntad.

CALISTO. ¡O señora mía, esperança de mi gloria, descanso e aliuio de mi pena, alegría de mi coraçón! ¿Qué lengua será bastante para te dar yguales gracias a la sobrada e incomparable merced que en este punto, de tanta congoxa para mí, me has querido fazer en querer que vn tan flaco e indigno hombre pueda gozar de tu suauíssimo amor? Del qual, avnque muy desseoso, siempre me juzgaua indigno, mirando tu grandeza, considerando tu estado, remirando tu perfición, contemplando tu gentileza, acatando mi poco merecer e tu alto merecimiento, tus estremadas gracias, tus loadas e manifiestas virtudes. Pues, ¡o alto Dios!, ¿cómo te podré ser ingrato, que tan milagrosamente as obrado conmigo tus singulares marauillas? ¡O cuántos días antes de agora passados me fue venido esse pensamiento a mi coraçón! por imposible le rechaçaua de mi memoria, hasta que ya los rayos illustrantes de tu muy claro gesto dieron luz en mis ojos, encendieron mi coraçón, despertaron mi lengua, estendieron mi merecer, acortaron mi couardía, destorcieron mi incogimiento, doblaron mis fuerças, desadormescieron mis pies e manos; finalmente me dieron tal osadía que me han traýdo con su mucho poder a este sublimado estado en que agora me veo, oyendo de grado tu suave boz, la qual si ante de agora no conociesse e no sintiesse tus saludables olores, no podría creer que careciesen de engaño tus palabras. Pero como soy cierto de tu limpieza de sangre y hechos, me estoy remirando si soy yo Calisto a quien tanto bien se haze.

MELIBEA. Señor Calisto, tu mucho merecer, tus stremadas gracias, tu alto nascimiento han obrado que, después que de ti oue entera noticia, ningún momento de mi coraçón te partiesses, e avnque muchos días he pugnado por lo dissimular, no he podido tanto que, en tornándome aquella muger tu dulce nombre a la memoria, no descubriesse mi desseo e viniessse a este lugar e tiempo donde te suplico ordenes e dispongas de mi persona según querrás. Las puertas impiden nuestro gozo, las cuales yo maldigo e sus fuertes cerrojos e mis flacas fuerças, que ni tú estarías quexoso ni yo descontenta.

CALISTO. ¿Cómo, señora mía, e mandas que consienta a vn palo impedir nuestro gozo? Nunca yo pensé que demás de tu voluntad, lo podiera cosa estoruar. ¡O molestas e enojosas puertas, ruego a Dios que tal fuego os abrase como a mí da guerra, que con la tercia parte seríades en vn punto quemadas! Pues por Dios, señora mía, permite que llame a mis criados para que las quiebren.

PÁRMENO. (Aparte.) ¿No oyes, no oyes, Sempronio? A buscarnos quiere venir para que nos den mal año; no me agrada cosa esta venida; en mal punto creo que se empezaron estos amores. Yo no espero más aquí.

SEMPRONIO. (Aparte.) Calla, calla, escucha, que ella no consiente que vamos allá.

MELIBEA. ¿Quieres, amor mío, perderme a mí e dañar mi fama? No sueltes las riendas a la voluntad. Lae speranza es cierta, el tiempo breue, quanto tú ordenares. E pues tú sientes tu pena sencilla e yo la de entrambos; tu solo dolor, yo el tuyo e el mío, conténtate con venir mañana a esta hora por las paredes de mi huerto; que si agora quebrasses las crueles puertas, avnque al presente no fuésemos sentidos, amanecería en casa de mi padre terrible sospecha de mi yerro. E pues sabes que tanto mayor es el yerro quanto mayor es el que yerra, en vn punto será por la ciudad publicado.

SEMPRONIO. (Aparte.) En hora mala acá esta noche venimos; aquí nos ha de amanecer, según del espacio que nuestro amo lo toma. Que avnque más la dicha nos ayude, nos han en tanto tiempo de sentir de su casa o vezinos.

PÁRMENO. (Aparte.) Ya ha dos horas que te requiero que nos vamos, que no faltará vn achaque.

CALISTO. ¡O mi señora e mi bien todo, ¿por qué llamas yerro a aquello que por los santos de Dios me fue concedido? Rezando hoy ante el altar de la Magdalena me vino con tu mensaje alegre aquella solícita muger.

PÁRMENO. Desuariat, Calisto, desuariat. Por fe tengo, hermano, que no es cristiano. Lo que la vieja traydora con sus pestíferos hechizos ha rodeado e hecho, dize que los santos de Dios se lo han concedido e impetrado. E con esta confiança quiere quebrar las puertas, e no aurá dado el primer golpe quando sea sentido e tomado por los criados de su padre, que duermen cerca.

SEMPRONIO. Ya no temas, Pármeno, que harto desuizados estamos; en sintiendo bollicio el buen huyr nos ha de valer. Déxale hazer, que si mal hiziere él lo pagará.

PÁRMENO. Bien hablas; en mi coraçón estás; assí se haga. Huygamos la muerte, que somos moços, que no querer morir ni matar no es couardía sino buen natural. Estos escuderos de Pleberio son locos; no dessean tanto comer ni dormir como questiones e ruydos, pues más locura sería esperar pelea con enemigo que no ama tanto la victoria e vincimiento como la continua guerra e contienda. ¡O si me viesses, hermano, cómo estoy, plazer aurías! A medio lado, abiertas las piernas, el pie izquierdo adelante puesto en huyda,

las faldas en la cinta, la darga arrollada, e so el sobaco, porque no me empache, que por Dios, que creo huyesse como vn gamo, según el temor tengo de estar aquí.

SEMPRONIO. Mejor estoy yo, que tengo liado el broquel y el spada con las correas, porque no se caygan al correr y el caxquete en la capilla.

PÁRMENO. ¿E las piedras que traýas en ella?

SEMPRONIO. Todas las vertí por yr más liuiano, que harto tengo que llevar en estas coraças que me heziste vestir por importunidad, que bien las rehusaua de traer, porque me parecían para huyr muy pesadas. Escucha, escucha; ¿oyes, Pármeno? A malas andan; muertos somos. Bota presto; echa hazia casa de Celestina; no nos atajen por nuestra casa.

PÁRMENO. Huye, huye, que corres poco. ¡O pecador de mí! Si nos han de alcançar; dexa broquel e todo.

SEMPRONIO. ¿Si han muerto ya a nuestro amo?

PÁRMENO. No sé; no me digas nada; corre e calla, que el menor cuydado mío es ésse.

SEMPRONIO. Çe, çe, Pármeno, torna, torna callando, que no es sino la gente del alguazil, que passaua haziendo estruendo por la otra calle.

PÁRMENO. Míralo bien; no te fíes en los ojos, que se antoja muchas vezes vno por otro. No me hauían dexado gota de sangre; tragada tenía ya la muerte, que me parecía que me yuan dando en estas spaldas golpes. En mi vida me acuerdo aver tan gran temor, ni verme en tal afrenta, avnque he andado por casas ajenas harto tiempo y en lugares de harto trabajo; que nueue años seruí a los frayles de Guadalupe, que mill vezes nos apuñeáuamos yo e otros, pero nunca como esta vez oue miedo de morir.

SEMPRONIO. ¿E yo no seruí al cura de Sant Miguel, e al mesonero de la plaça, e a Mollejar el ortelano? E también yo tenía mis quistiones con los que tirauan piedras a los páxaros que assentauan en vn álamo grande que tenía, porque dañauan la ortaliza. Pero guárdate Dios de verte con armas, que aquél es el verdadero temor. No en balde dizen: cargado de hierro e cargado de miedo. Buelue, buelue, que el alguazil es cierto.

MELIBEA. Señor Calisto, ¿qué es esso que en la calle suena? Parecen bozes de gente que van en huyda. Por Dios, mírate, que estás a peligro.

CALISTO. Señora, no temas, que a buen seguro vengo; los míos deuen de ser, que son vnos locos e desarman a quantos passan, e huyríales alguno.

MELIBEA. ¿Son muchos los que traeys?

CALISTO. No, sino dos, pero avnque sean seys sus contrarios, no recibirán mucha pena para les quitar las armas e hazerlos huyr, según su esfuerço. Escogidos son, señora, que no

vengo a lumbre de pajas. Si no fuesse por lo que a tu honra toca, pedaços harían estas puertas. E si sentidos fuéssemos, a ti y a mí librarían de toda la gente de tu padre.

MELIBEA. ¡O, por Dios, no se cometa tal cosa! Pero mucho plazer tengo que de tan fiel gente andas acompañado; bien empleado es el pan que tan esforçados seruietes comen. Por mi amor, señor, pues tal gracia la natura les quiso dar, sean de ti bien tratados e galardonados, porque en todo te guarden secreto, e quando sus osadías e atreuimientos les corrigieres, a bueltas del castigo mezcla fauor, porque los ánimos esforçados no sean con encogimiento diminutos e yrritados en el osar a sus tiempos.

PÁRMENO. Ce, ce, señor, señor, quítate presto dende, que viene mucha gente con achas, e serás visto e conocido, que no hay donde te metas.

CALISTO. ¡O mezquino yo, e cómo es forçado, señora, partirme de ti! Por cierto, temor de la muerte no obrara tanto como el de tu honrra. Pues que ansí es, los ángeles queden con tu presencia; mi venida será, como ordenaste, por el huerto.

MELIBEA. Assí sea, e vaya Dios contigo.

.....

PLEBERIO. Señora muger, ¿duermes?

ALISA. Señor, no.

PLEBERIO. ¿No oyes bullicio en el retraymiento de tu hija?

ALISA. Sí, oygo. Melibea, Melibea.

PLEBERIO. No te oye; yo la llamaré más rezio. Hija mía, Melibea.

MELIBEA. Señor.

PLEBERIO. ¿Quién da patadas e haze bullicio en tu cámara?

MELIBEA. Señor, Lucrecia es, que salió por vn jarro de agua para mí, que auía sed.

PLEBERIO. Duerme, hija, que pensé que era otra cosa.

LUCRECIA. Poco estruendo los despertó; con pauor hablauan.

MELIBEA. No hay tan manso animal que con amor o temor de sus hijos no aspere. Pues ¿qué harían si mi cierta salida supiesen?

.....

CALISTO. Cerrad essa puerta, hijos, e tú, Pármeno, sube vna vela arriba.

SEMPRONIO. Deues, señor, reposar e dormir esso que queda daquí al día.

CALISTO. Plázeme, que bien lo he menester. ¿Qué te parece, Pármeno, de la vieja que tú me desalabauas qué obra ha salido de sus manos? ¿Qué fuera fecho sin ella?

PÁRMENO. Ni yo sentía tu gran pena, ni conocía la gentileza e merescimiento de Melibea; e assí no tengo culpa. Conoscía a Celestina e sus mañas; auisáuate como a señor. Pero ya me parece que es otra; todas las ha mudado.

CALISTO. ¿E cómo mudado?

PÁRMENO. Tanto, que si no lo ouiesse visto, no lo creería; mas assí biuas tú como es verdad.

CALISTO. Pues ¿aués oýdo lo que con aquella mi señora he passado? ¿Qué hazíades? ¿Teníades temor?

SEMPRONIO. ¿Temor, señor, o qué? Por cierto, todo el mundo no nos le hiziera tener. Hallado auías los temerosos; allí estuuimos esperándote muy aparejados, e nuestras armas muy a mano.

CALISTO. ¿Auéys dormido algún rato?

SEMPRONIO. ¿Dormir, señor? Dormilones son los moços; nunca me assenté, ni avn junté por Dios los pies, mirando a todas partes, para en sintiendo, poder saltar presto, e hazer todo lo que mis fuerças me ayudaran. Pues Pármeno, avnque parecía que no te seruí a hasta aquí de buena gana, assí se holgó quando vido los de las hachas, como lobo quando siente poluo de ganado, pensando poder quitárselas, hasta que vido que eran muchos.

CALISTO. No te marauilles, que procede de su natural ser osado, e avnque no fuesse por mí, hazíalo porque no pueden los tales venir contra su vso, que avnque muda el pelo la raposa, su natural no despoja. Por cierto, yo dixé a mi señora Melibea lo que en vosotros ay, e quan seguras tenía mis espaldas con vuestra ayuda e guarda. Hijos, en mucho cargo vos soy; rogad a Dios por salud, que yo os galardonaré más complidamente vuestro buen seruicio. Id con Dios a reposar.

.....

PÁRMENO. ¿Adónde yremos, Sempronio? ¿A la cama a dormir, o a la cocina a almorzar?

SEMPRONIO. Vete tú donde quisieres, que antes que venga el día quiero yo yr a Celestina a cobrar mi parte de la cadena; que es vna puta vieja; no le quiero dar tiempo en que fabrique alguna ruyndad con que nos escluya.

PÁRMENO. Bien dizes; oluidado lo auía. Vamos entrambos, e si en esso se pone, spantémosla de manera que le pese; que sobre dinero no ay amistad.

.....

SEMPRONIO. Ce, ce, calla, que duerme cabe esta ventanilla. Tha, tha; señora Celestina, ábrenos.

CELESTINA. ¿Quién llama?

SEMPRONIO. Abre, que son tus hijos.

CELESTINA. No tengo yo hijos que anden a tal hora.

SEMPRONIO. Ábrenos a Pármeno e a Sempronio, que nos venimos acá almorzar contigo.

CELESTINA. ¡O locos, trauiosos! ¡entrad, entrad! ¿Cómo venís a tal hora, que ya amanesce? ¿Qué auéys fecho? ¿qué os ha passado? ¿Dispidióse la esperança de Calisto, o biue todavía con ella, o cómo queda?

SEMPRONIO. ¿Cómo, madre? Si por nosotros no fuera, ya anduuiera su alma buscando posada para siempre; que si estimarse pudiesse a lo que de allí nos queda obligado, no sería su hazienda bastante a complir la deuda, si verdad es lo que dizes, que la vida e persona es más digna e de más valor que otra cosa ninguna.

CELESTINA. ¡Jesú! ¿qué en tanta afrenta os auéus visto? Cuéntamelo, por Dios.

SEMPRONIO. Mira qué tanta, que por mi vida la sangre me hierue en el cuerpo en tornarlo a pensar.

CELESTINA. Reposa, por Dios, e dímelo.

PÁRMENO. Cosa larga le pides según venimos alterados e cansados del enojo que auemos hauido; harías mejor en aparejarnos a él e a mí de almorzar; quiçá nos amansaría algo la alteración que traemos; que cierto te digo que no querría ya topar hombre que paz quisiesse. Mi gloria sería agora hallar en quien vengar la yra, que no pude en los que nos la causaron por su mucho huyr.

CELESTINA. Landre me mate si no me espanto en verte tan fiero; creo que burlas. Dímelo agora, Sempronio, tú, por mi vida; ¿qué os ha passado?

SEMPRONIO. Por Dios, sin seso vengo, desesperado, avnque para contigo por demás es no templar la yra e todo enojo e mostrar otro semblante que con los hombres. Jamás me mostré poder mucho con los que poco pueden. Traygo, señora, todas las armas despedaçadas, el broquel sin aro, la espada como sierra, el caxquete abollado en la capilla, que no tengo con qué salir vn passo con mi amo quando menester me aya, que quedó concertado de yr esta noche que uiene a verse por el huerto; ¿pues comprarlo de nueuo? no mandó vn maravedí avnque cayga muerto.

CELESTINA. Pídelo, hijo, a tu amo, pues en su servicio se gastó y quebró. Pues sabes que es persona que luego lo cumplirá, que no es de los que dizen: Biue conmigo e busca quien te mantenga. Él es tan franco que te dará para esso e para más.

SEMPRONIO. ¡Ha! Trae también Pármeno perdidas las tuyas; a este cuento en armas se le yrá su hazienda. ¿Cómo quieres que le sea tan importuno en pedirle más de lo que él de su propio grado haze, pues es farto? No digan por mí que dándome vn palmo pido quatro. Dionos las cient monedas; dionos después la cadena; a tres tales agujones no terná cera en el oýdo. Caro le costaría este negocio; contentémonos con lo razonable, no lo perdamos todo por querer más de la razón, que quien mucho abarca, poco suele apretar.

CELESTINA. Gracioso es el asno; por mi vejez que si sobre comer fuera, que dixiera que auíamos todos cargado demasiado. ¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿Qué tiene que hazer tu galardón con mi salario, tu soldada con mis mercedes? ¿So yo obligada a soldar vuestras armas, a cumplir vuestras faltas? A osadas que me maten, si no te as asido a vna palabrilla que te dixen el otro día viniendo por la calle, que quanto yo tenía era tuyo e que en quanto pudiesse con mis pocas fuerças, jamás te faltaría, e que si Dios me diesse buena manderecha con tu amo, que tú no perderías nada. Pues ya sabes, Sempronio, que estos ofrecimientos, estas palabras de buen amor, no obligan. No ha de ser oro quanto reluze, si no más barato valdría. Dime, ¿estó en tu corazón, Sempronio? Verás si, avnque soy vieja, si acierto lo que tú puedes pensar. Tengo, hijo, en buena fe, más pesar que se me quiere salir esta alma de enojo; di a esta loca de Elicia, como vine de tu casa, la cadenilla que traxe para que se holgasse con ella e no se puede acordar dónde la puso, que en toda esta noche ella ni yo no auemos dormido sueño de pesar, no por su valor de la cadenilla, que no era mucho; pero por su mal cobro della e de mi mala dicha, entraron vnos conosciados e familiares míos en aquella sazón aquí, temo no la ayan lleuado, diziendo: Si te vi, burléme, etc.. Assí que, hijos, agora que quiero hablar con entrambos, si algo vuestro amo a mí me dio, deuéys mirar que es mío; que de tu jubón de brocado no te pedí yo parte ni la quiero. Siruamos todos, que a todos dará según viere que lo merescen; que si me ha dado algo, dos vezes he puesto por él mi vida al tablero. Más herramienta se me ha embotado en su servicio que a vosotros, más materiales he gastado. Pues auéys de pensar, hijos, que todo me cuesta dinero, e avn mi saber, que no lo he alcançado holgando, de lo qual fuera buen testigo su madre de Pármeno, Dios aya su alma. Estó trabajé yo; a vosotros se os deue essotro. Esto tengo yo por officio e trabajo, vosotros por recreación e deleyte. Pues assí no auéys vosotros de aver yqual gualardón de holgar, que yo de penar. Pero avn con todo lo que he dicho, no os despidáys, si mi cadena parece, de sendos pares de calças de grana, que es el ábito que mejor en los mancebos parece. E si no, recibid la voluntad, que yo me callaré con mi pérdida. E todo esso de buen amor, porque holgastes que ouiesse yo antes el prouecho destos passos que otra. E si no os contentardes, de vuestro daño haréys.

SEMPRONIO. No es esta la primera vez que yo he dicho cuánto en los viejos reyna este vicio de cobdicia; quando pobre, franca; quando rica, auarienta. Assí que adquiriendo, crece la cobdicia, e la pobreza cobdiciando, e ninguna cosa haze pobre al auariento sino la riqueza. ¡O Dios, e cómo crece la necesidad con la abundancia! ¿Quién la oyó esta vieja dezir que me lleuasse yo todo el prouecho, si quisiesse, deste negocio, pensando que sería poco? Agora que lo vee crecido, no quiere dar nada, por cumplir el refrán de los niños que dizen: De lo poco, poco; de lo mucho, nada.

PÁRMENO. Dete lo que te prometió o tomémosselo todo. Harto te dezía yo quién era esta vieja, si tú me creyeras.

CELESTINA. Si mucho enojo traes con vosotros o con vuestro amo o armas, no lo quebréys en mí, que bien sé dónde nasce esto; bien sé e barrunto de qué pie coxqueáys. No cierto de la necesidad que tenéys de lo que pedís, ni avn por la mucha cobdicia que lo tenéys, sino pensando que os he de tener toda vuestra vida atados e cativos con Elicia e Areúsa, sin quereros buscar otras. Movéysme estas amenazas de dinero; ponéysme estos temores de la partición. Pues callad, que quien éstas os supo acarrear os dará otras diez, agora que ay más conoscimiento e más razón e más merescido de vuestra parte. E si sé cumplir lo que prometo en este caso, dígalo Pármeno. Dilo, dilo, no hayas empacho de contar cómo nos passó quando a la otra dolía la madre.

SEMPRONIO. Yo dígole que se vaya y abáxasse las bragas; no ando por lo que piensas; no entremetas burlas a nuestra demanda, que con esse galgo no tomarás, si yo puedo, más liebres. Déxate conmigo de razones; a perro viejo no cuz cuz. Danos las dos partes por cuenta de quanto de Calisto has recebido; no quieras que se descubra quién tú eres. A los otros, a los otros con esos halagos, vieja.

CELESTINA. ¿Quién so yo, Sempronio? ¿Quitásteme de la putería? Calla tu lengua; no amengües mis canas, que soy vna vieja qual Dios me hizo, no peor que todas. Biuo de mi officio como cada qual official del suyo, muy limpiamente. A quien no me quiere, no le busco; de mi casa me vienen a sacar, en mi casa me ruegan. Si bien o mal biuo, Dios es el testigo de mi corazón; e no pienses con tu yra maltratarme, que justicia ay para todos e a todos es ygual. También seré oyda, avnque mujer, como vosotros muy peynados. Déxame en mi casa con mi fortuna. E tú, Pármeno, no pienses que soy tu catiua por saber mis secretos e mi vida passada e los casos que nos acaescieron a mí e a la desdichada de tu madre. Avn assí me trataua ella, quando Dios quería.

PÁRMENO. No me hanches las narizes con essas memorias; si no, embiarte he con nueuas a ella, donde mejor te puedas quejar.

CELESTINA. Elicia, Elicia, leuántate dessa cama, daca mi manto presto, que por los santos de Dios, para aquella justicia me vaya bramando como vna loca. ¿Qué es esto? ¿Qué quieren dezir tales amenazas en mi casa? ¿Con vna oueja mansa tenéys vosotros manos e braueza? ¿con vna gallina atada? ¿con vna vieja de sesenta años? Allá, allá, con los hombres como vosotros, contra los que ciñen espada mostrad vuestras yras, no contra mi flaca rueca. Señal es de gran couardía acometer a los menores e a los que poco pueden. Las

suzias moxcas nunca pican sino los bueyes magros e flacos; los guzques ladradores a los pobres peregrinos aquexan con mayor ímpetu. Si aquella que allí está en aquella cama me ouiesse a mi creydo, jamás quedaría esta casa de noche sin varón, ni dormiriémos a lumbre de pajas; pero por aguardarte, por serte fiel padescemos esta soledad, e como nos veys mugeres, habláys e pedís demasías, lo qual si hombre sintiéssedes en la posada, no hariades, que como dizen: el duro aduersario entibia las yras e sañas.

SEMPRONIO. ¡O vieja auarienta, muerta de sed por dinero!, ¿no serás contenta con la tercera parte de lo ganado?

CELESTINA. ¿Qué tercia parte? Vete con Dios de mi casa tú y estotro, no dé bozes, no allegue la vezindad. No me hagáys salir de seso; no queráys que salgan a plaça las cosas de Calisto e vuestras.

SEMPRONIO. Da bozes, o gritos, que tú complirás lo que prometiste o complirás hoy tus días.

ELICIA. Mete, por Dios, el espada. Tenle, Pármeno, tenle; no la mate esse desuariado.

CELESTINA. Justicia, justicia, señores vezinos, justicia, que me matan en mi casa estos rufianes.

SEMPRONIO. ¿Rufianes o qué? Espera, doña hechizera, que yo te haré yr al infierno con cartas.

CELESTINA. ¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay, ay, confesión confesión!

PÁRMENO. ¡Dale, dale, acábala, pues començaste; que nos sentirán; muera, muera, de los enemigos los menos.

CELESTINA. ¡Confesión!

ELICIA. ¡O crueles enemigos! ¡En mal poder os veáys! ¡e para quién touistes manos! Muerta es mi madre e mi bien todo.

SEMPRONIO. Huye, huye, Pármeno, que carga mucha gente. Guarte, guarte, que viene el alguazil.

PÁRMENO. ¡O pecador de mí, que no ay por do nos vamos, que está tomada la puerta!

SEMPRONIO. Saltemos destas ventanas; no muramos en poder de justicia.

PÁRMENO. Salta, que yo tras ti voy.

Aucto trezeno
Argumento del trezeno aucto

Despertado Calisto de dormir, está hablando consigo mismo; dende a vn poco stá llamando a Tristán e a otros sus criados. Torna dormir Calisto. Pónese Tristán a la puerta; viene Sosia llorando; preguntado de Tristán, Sosia cuéntale la muerte de Sempronio e Pármeno. Van a dezyr las nueuas a Calisto, el qual, sabiendo la verdad, haze grande lamentación.

CALISTO, TRISTÁN, SOSIA

CALISTO. ¡O cómo he dormido tan a mi plazer después de aquel açucarado rato, después de aquel angélico razonamiento! Gran reposo he tenido; el sossiego e descanso ¿proceden de mi alegría, o lo causó el trabajo corporal, mi mucho dormir, o la gloria e plazer del ánimo?; e no me marauillo que lo vno e lo otro se juntassen a cerrar los candados de mis ojos; pues trabajé con el cuerpo e persona e holgué con el espíritu e sentido la passada noche. Muy cierto es que la tristeza acarrea pensamiento e el mucho pensar impide el sueño, como a mí estos días es acaescido con la desconfianza que tenía de la mayor gloria que ya poseo. ¡O señora e amor mío Melibea!, ¿qué piensas agora? ¿si duermes o estás despierta? ¿si piensas en mí o en otro? ¿si estás leuantada o acostada? ¡O dichoso e bien andante Calisto, si verdad es que no ha sido sueño lo passado! ¿Soñélo o no? ¿Fue fantaseado o passó en verdad? Pues no estuue solo; mis criados me acompañaron; dos eran; si ellos dizen que passó en verdad, creerlo he según derecho. Quiero mandarlos llamar para más confirmar mi gozo. Tristanico, moços, Tristanico, leuanta de ay.

TRISTÁN. Señor, leuantado estoy.

CALISTO. Corre, llámame a Sempronio e a Pármeno.

TRISTÁN. Ya voy, señor.

CALISTO. Duerme e descança penado,
Desde agora,
Pues te ama tu señora
De su grado.
Vença plazer al cuydado
E no le vea,
Pues te ha hecho su priuado
Melibea.

TRISTÁN. Señor, no hay ningún moço en casa.

CALISTO. Pues abre essas ventanas, verás qué hora es.

TRISTÁN. Señor, bien de día.

CALISTO. Pues tórnalas a cerrar y déxame dormir hasta que sea hora de comer.

.....

TRISTÁN. Quiero baxarme a la puerta por que duerma mi amo sin que ninguno le impida, e a quantos le buscaren se le negaré. ¡O qué grita suena en el mercado! ¿Qué es esto? Alguna justicia se haze o madrugaron a correr toros. No sé qué me diga de tan grandes bozes como se dan. De allá viene Sosia el moço despuelas; él me dirá qué es esto. Desgreñado viene el vellaco; en alguna tauerna se deue auer rebolcado, e si mi amo le cae en el rastro mandarle ha dar dos mill palos, que avnque es algo loco la pena le hará cuerdo. Paresce que viene llorando. ¿Qué es esto, Sosia? ¿Por qué lloras? ¿De dó vienes?

SOSIA. ¡O malauenturado yo, e qué pérdida tan grande! ¡O deshonrra de la casa de mi amo! ¡O qué mal día amanesció éste! ¡O desdichados mancebos!

TRISTÁN. ¿Qué es? ¿qué has? ¿por qué te matas? ¿qué mal es éste?

SOSIA. Sempronio e Pármeno...

TRISTÁN. ¿Qué dizes, Sempronio e Pármeno? ¿Qué es esto, loco? Aclárate más, que me turbas.

SOSIA. Nuestros compañeros, nuestros hermanos...

TRISTÁN. O tú estás borracho o has perdido el seso, o traes alguna mala nueva. ¿No me dizes qué es esto que dizes dessos moços?

SOSIA. Que quedan degollados en la plaça.

TRISTÁN. ¡O mala fortuna nuestra si es verdad! ¿Vístelos cierto o hablaronte?

SOSIA. Ya sin sentido yuan, pero el vno con harta difficultad, como me sintió que con lloro le miraua, hincó los ojos en mí, alçando las manos al cielo, quasi dando gracias a Dios, e como preguntando si me sentía de su morir; y en señal de triste despedida abaxó su cabeça con lágrimas en los ojos, dando bien a entender que no me auía de ver más hasta el día del gran juyzio.

TRISTÁN. No sentiste bien, que sería preguntarte si estaua presente Calisto. E pues tan claras señas traes deste cruel dolor, vamos presto con las tristes nuevas a nuestro amo.

.....

SOSIA. Señor, señor.

CALISTO. ¿Qué es eso, locos? ¿No os mandé que no me recordásedes?

SOSIA. Recuerda e leuanta, que si tú no buelues por los tuyos, de caýda vamos. Sempronio e Pármeno quedan descabeçados en la plaças como públicos malhechores, con pregones que manifestauan su delito.

CALISTO. ¡O válasme Dios! ¿y qué es esto que me dizes? No sé si te crea tan acelerada e triste nueua. ¿Vístelos tú?

SOSIA. Yo los vi.

CALISTO. Cata, mira qué dizes, que esta noche han estado conmigo.

SOSIA. Pues madrugaron a morir.

CALISTO. ¡O mis leales criados! ¡O mis grandes seruidores! ¡O mis fieles secretarios e consejeros! ¿Puede ser tal cosa verdad? ¡O amenguado Calisto! deshorrado quedas para toda tu vida. ¿Qué será de ti, muertos tal par de criados? Dime por Dios, Sosia, ¿qué fue la causa? ¿Qué dezía el pregón? ¿Dónde los tomaron? ¿Qué justicia lo hizo?

SOSIA. Señor, la causa de su muerte publicaua el cruel verdugo a bozes diziendo: Manda la justicia mueran los violentos matadores.

CALISTO. ¿A quién mataron tan presto? ¿Qué puede ser esto? No ha quatro horas que de mí se despidieron. ¿Cómo se llamaua el muerto?

SOSIA. Señor, vna mujer que se llamaua Celestina.

CALISTO. ¿Qué me dizes?

SOSIA. Esto que oyes.

CALISTO. Pues si esso es verdad, máta tú a mí; yo te perdono; que más mal ay que viste ni puedes pensar si Celestina, la de la cuchillada, es la muerta.

SOSIA. Ella mesma es; de más de treynta estocadas la vi llagada, tendida en su casa, llorándola vna su criada.

CALISTO. ¡O tristes moços! ¿cómo yuan? ¿viéronte? ¿habláronte?

SOSIA. ¡O señor! que si los vieras, quebraras el coraçón de dolor. El vno lleuaua todos los sesos de la cabeça de fuera sin ningún sentido; el otro quebrados entrambos braços e la cara magullada; todos llenos de sangre, que saltaron de vnas ventanas muy altas por huyr del aguazil. E assí quasi muertos les cortaron las cabeças, que creo que ya no sintieron nada.

CALISTO. Pues yo bien siento mi honrra. Pluguiera a Dios que fuera yo ellos e perdiera la vida e no la honrra, e no la esperança de conseguir mi començado propósito, que es lo que más en este caso desastrado siento. ¡O mi triste nombre e fama, cómo andas al tablero de boca en boca! ¡O mis secretos más secretos, quán públicos andaréys por las plaças e mercados! ¿Qué será de mí? ¿adónde yré? ¿que salga allá? a los muertos no puedo ya remediar; ¿que me esté aquí? parecerá couardía. ¿Qué consejo tomaré? Dime, Sosia, ¿qué era la causa por que la mataron?

SOSIA. Señor, aquella su criada, dando bozes llorando su muerte, la publicaua a quantos la querían oír, diziendo: que porque no quiso partir con ellos vna cadena de oro que tú le diste.

.....

CALISTO. ¡O día de congoxa! ¡O fuerte tribulación, e en que anda mi hazienda de mano en mano, e mi nombre de lengua en lengua! Todo será público, quanto con ella e con ellos hablaua, quanto de mí sabían, el negocio en que andauan. No osaré salir ante gentes. ¡O pecadores de mancebos, padecer por tan súbito desastre! ¡O mi gozo, cómo te vas disminuyendo! Prouerbio es antiguo que de muy alto grandes caídas se dan. Mucho auía anoche alcançado; mucho tengo hoy perdido. Rara es la bonança en el piélagos. Yo estaua en título de alegre si mi ventura quisiera tener quedos los ondosos vientos de mi perdición. ¡O fortuna, quánto e por quántas partes me has combatido! Pues por más que sigas mi morada e seas contraria a mi persona, las aduersidades con yqual ánimo se han de sufrir, e en ellas se prueua el coraçón rezio o flaco. No ay mejor toque para conoçer qué quilates de virtud o esfuerço tiene el hombre; pues por más mal e daño que me venga, no dexaré de complir el mandado de aquella por quien todo esto se ha causado; que más me va en conseguir la ganancia de la gloria que espero, que en la pérdida de morir los que morieron. Ellos eran sobrados o esforçados, agora o en otro tiempo de pagar auían. La vieja era mala e falsa, según parece que hazía trato con ellos, e assí que riñeron sobre la capa del justo. Permisión fue diuina que assí acabasse, en pago de muchos adulterios que por su intercessión o causa son cometidos. Quiero hazer adereçar a Sosia e a Tristanico; yrán conmigo este tan esperado camino; lleuarán escalas, que son altas las paredes. Mañana haré que vengo de fuera, si pudiere vengar estas muertes; si no, purgaré mi inocencia con mi fingida ausencia, o me fingiré loco por mejor gozar deste sabroso deleyte de mis amores, como hizo aquel gran capitán Ulixes por euitar la batalla troyana, e holgar con Penélope su mujer.

Aucto quatorzeno

Argumento del quatorzeno aucto

Está Melibea muy affligida hablando con Lucrecia sobre la tardança de Calisto, el qual le auía hecho voto de venir en aquella noche a visitalla, lo qual cumplió; e con él vinieron

Sosia e Tristán. E después que cumplió su voluntad, boluieron todos a la posada, e Calisto se retrae en su palacio e quéxase por auer estado tan poca cantidad de tiempo con Melibea, e ruega a Febo que cierre sus rayos, para hauer de restaurar su desseo.

MELIBEA, LUCRECIA, SOSIA, TRISTÁN, CALISTO

MELIBEA. Mucho se tarda aquel cauallero que esperamos. ¿Qué crees tú o sospechas de su stada, Lucrecia?

LUCRECIA. Señora, que tiene justo impedimento e que no es en su mano venir más presto.

MELIBEA. Los ángeles sean en su guarda, su persona esté sin peligro; que su tardança, no me da pena. Mas cuytada, pienso muchas cosas que desde su casa acá le podrían acaescer. ¿Quién sabe si él con voluntad de venir al prometido plazo en la forma que los tales mançebos a las tales horas suelen andar, fue topado de los alguaziles nocturnos, e sin le conocer le han acometido, el qual por se defender los offendió o es dellos offendido? ¿O si por caso los ladrones perros con sus crueles dientes que ninguna diferencia saben hazer ni acatamiento de personas, le hayan mordido, o si ha cayódo en alguna calçada o hoyo donde algún daño le viniessse? Mas, ¡o mezquina de mí!, ¿qué son estos inconuenientes que el concebido amor me pone delante e los atribulados ymaginamientos me acarrear? No plega a Dios que ninguna destas cosas sea, antes esté quanto le plazerá sin verme. Mas oye, oye, que passos suenan en la calle e avn parece que hablan destotra parte del huerto.

.....

SOSIA. Arrima essa escala, Tristán, que éste es el mejor lugar, avnque alto.

TRISTÁN. Sube, señor; yo yré contigo, porque no sabemos quién está dentro; hablando están.

CALISTO. Quedados, locos, que yo entraré solo, que a mi señora oygo.

MELIBEA. Es tu sierua, es tu catiua, es la que más tu vida que la suya estima. ¡O mi señor! No saltes de tan alto, que me moriré en verlo; baxa, baxa poco a poco por el scala; no vengas con tanta pressura.

CALISTO. ¡O angélica ymagen! ¡O preciosa perla, ante quien el mundo es feo! ¡O mi señora e mi gloria! En mis braços te tengo e no lo creo. Mora en mi persona tanta turbación de plazer, que me haze no sentir todo el gozo que posseo.

MELIBEA. Señor mío, pues me fié en tus manos, pues quise cumplir tu voluntad, no sea de peor condición, por ser piadosa, que si fuera esquiuva e sin misericordia; no quieras perderme por tan breue deleyte e en tan poco espacio, que las mal hechas cosas, después de cometidas, más presto se pueden reprehender que emendar. Goza de lo que yo gozo, que es ver y llegar a tu persona; no pidas ni tomes aquello que, tomado, no será en tu mano boluer. Guarte, señor, de dañar lo que con todos thesoros del mundo no se restaura.

CALISTO. Señora, pues por conseguir esta merced toda mi vida he gastado, ¿qué sería, quando me la diessen, desechalla? Ni tú, señora, me lo mandarás, ni yo podría acabarlo conmigo. No me pides tal couardía; no es hazer tal cosa de ninguno que hombre sea, mayormente amando como yo, nadando por este huego de tu desseo toda mi vida. ¿No quieres que me arrime al dulce puerto a descansar de mis passados trabajos?

MELIBEA. Por mi vida, que avnque hable tu lengua quanto quisiere, no obren las manos quanto pueden. Está quedo, señor mío. Bástete, pues ya soy tuya, gozar de lo exterior, desto que es propio fruto de amadores; no me quieras robar el mayor don que la natura me ha dado. Cata que del buen pastor es proprio tresquilar sus ouejas e ganado, pero no destruyrlo y estragallo.

CALISTO. ¿Para qué, señora? ¿Para que no esté queda mi pasión? ¿para penar de nueuo? ¿para tornar el juego de comienço? Perdona, señora, a mis desuergonçadas manos, que jamás pensaron de tocar tu ropa, con su indignidad e poco merecer; agora gozan de llegar a tu gentil cuerpo, e lindas e delicadas carnes.

MELIBEA. Apártate allá, Lucrecia.

CALISTO. ¿Por qué, mi señora? Bien me huelgo que estén semejantes testigos de mi gloria.

MELIBEA. Yo no los quiero de mi yerro. Si pensara que tan desmesuradamente te auías de auer conmigo, no fiara mi persona de tu cruel conuersación.

.....

SOSIA. Tristán, bien oyes lo que passa; ¿en qué términos anda el negocio!

TRISTÁN. Oygo tanto que juzgo a mi amo por el más bienauenturado hombre que nasció; e por mi vida, que avnque soy mochacho, que diesse tan buena cuenta como mi amo.

SOSIA. Para con tal joya quienquiera se ternía manos, pero con su pan se la coma, que bien caro le cuesta; dos moços entraron en la salsa destos amores.

TRISTÁN. Ya los tiene olvidados. Dexaos morir siruiendo a ruynes, haze locuras en confiança de su defensión. Biuiendo con el conde, que no matasse al hombre, me daua mi

madre por consejo. Veslos a ellos alegres e abraçados, e sus seruidores con harta mengua degollados.

.....

MELIBEA. ¡O mi vida e mi señor! ¿cómo has quesido que pierda el nombre e corona de virgen por tan breve deleyte? ¡O pecadora de ti, mi madre! Si de tal cosa fuesses sabidora, ¿cómo tomarías de grado tu muerte e me la darías a mí por fuerça! ¡Cómo serías cruel verdugo de tu propia sangre! ¡Cómo sería yo fin quexosa de tus días! ¡O mi padre honrrado! ¡Cómo he dañado tu fama e dado causa e lugar a quebrantar tu casa! ¡O traydora de mí, cómo no miré primero el gran yerro que se seguía de tu entrada, el gran peligro que esperaua!

.....

SOSIA. (Aparte.) Ante quisiera yo oýrte esos milagros; todas sabéys essa oración después que no puede dexar de ser hecho; y el bouo de Calisto que se lo escucha.

.....

CALISTO. Ya quiere amanecer. ¿Qué es esto? No parece que ha vna hora que estamos aquí e da el relox las tres.

MELIBEA. Señor, por Dios, pues ya todo queda por ti, pues ya soy tu dueña, pues ya no puedes negar mi amor, no me niegues tu vista y las más las noches que ordenares sea tu venida por este secreto lugar a la mesma hora, por que siempre te spere aperçibida del gozo con que quedo, esperando las venidas noches. E por el presente vete con Dios, que no serás visto, que haze muy escuro, ni yo en casa sentida, que avn no amanece.

.....

CALISTO. Moços, poned el escala.

SOSIA. Señor, vesla aquí, baxa.

.....

MELIBEA. Lucrecia, vente acá, que stoy sola; aquel señor mío es ydo; conmigo dexa su coraçón, consigo lleua el mío. ¿Hasnos oýdo?

LUCRECIA. No, señora, que durmiendo he estado.

.....

SOSIA. Tristán, deuemos yr muy callando, porque suelen leuantarse a esta hora los ricos, los cobdiciosos de temporales bienes, los deuotos de templos, monasterios e yglesias, los enamorados como nuestro amo, los trabajadores de los campos e labranças, e los pastores que en este tiempo traen las ouejas a estos apriscos a ordeñar; e podría ser que cogiessen de pasada alguna razón por do toda su honrra e la de Melibea se turbasse.

TRISTÁN. ¡O simple rasca-cauallos! ¡Dizes que callemos e nombras su nombre della! Bueno eres para adalid, o para regir gente en tierra de moros de noche; assí que prohibiendo permites; encubriendo, descubres; assegurando, offendes; callando, bozeas o pregonas; preguntando, respondes. Pues tan sutil e discreto eres, no me dirás en qué mes cae Santa María de agosto, por que sepamos si ay harta paja en casa que comas ogaño.

CALISTO. Mis cuydados e los de vosotros no son todos vnos. Entrad callando, no nos sientan en casa; cerrad essa puerta e vamos a reposar, que yo me quiero sobir solo a mi cámara; yo me desarmaré. Yd vosotros a vuestras camas.

.....

CALISTO. ¡O mezquino yo! cuánto me es agradable de mi natural la soledad e silencio e escuridad. No sé si lo causa que me vino a la memoria la trayción que hize en me despartir de aquella señora que tanto amo, hasta que más fuera de día, o el dolor de mi deshonrra. ¡Ay, ay! que esto es, esta herida es la que siento agora que se ha resfriado, agora que está elada la sangre que ayer heruía, agora que veo la mengua de mi casa, la falta de mi seruicio, la perdición de mi patrimonio, la infamia que a mi persona de la muerte de mis criados se ha seguido. ¿Qué hize? ¿En qué me detuue? ¿Cómo me puedo soffrir, que no me mostré luego presente como hombre injuriado, vengador, soberuio e acelerado de la manifiesta injusticia que me fue hecha? ¡O mísera suauidad desta breuíssima vida! ¿Quién es de ti tan cobdicioso que no quiera más morir luego que gozar de vn año de vida denostado e prorogarle con deshonrra, corrompiendo la buena fama de los passados? Mayormente que no ay hora cierta ni limitada, ni avn vn solo momento; debdores somos sin tiempo; contino estamos obligados a pagar luego. ¿Por qué no salí a inquerir siquiera la verdad de la secreta causa de mi manifiesta perdición? ¡O breue deleyte mundano! ¡Cómo duran poco e cuestan mucho tus dulçores! No se compra tan caro el arrepentir. ¡O triste yo! ¿Quándo se restaurará tan gran pérdida? ¿Qué haré? ¿Qué consejo tomaré? ¿A quién descubriré mi mengua? ¿Por qué lo celo a los otros mis seruidores e parientes? Tresquílanme en consejo, e no lo saben en mi casa. Salir quiero, pero si salgo para dezir que he estado presente es tarde; si absente, es temprano; e para proueer amigos e criados antiguos, parientes e allegados, es menester tiempo, e para buscar armas e otros aparejos de vengança. ¡O cruel juez, e qué mal pago me has dado del pan que de mi padre comiste! Yo pensaua que pudiera con tu fauor matar mil hombres sin temor de castigo, iniquo falsario, perseguidor de verdad, hombre de baxo suelo. Bien dirán por ti que te hizo alcalde mengua de hombres buenos. Miraras que tú e los que mataste en seruir a mis passados e a mí, érades compañeros. Mas quando el vil está rico, ni tiene pariente ni amigo. ¿Quién pensara que tú

me auías de destruir? No hay, cierto, cosa más empecible que el incogitado enemigo. ¿Por qué quesistes que dixiessen: del monte sale con que se arde; e que crié cueruo que me sacasse el ojo? Tú eres público delinquente e mataste a los que son priuados, e pues sabe que menor delito es el priuado que el público; menor su vtilidad, según las leyes de Atenas disponen. Las quales no son escritas con sangre, antes muestran que es menos yerro no condenar los malhechores que punir los inocentes. ¡O cuán peligroso es seguir justa causa delante injusto juez! cuánto más este exceso de mis criados, que no carecía de culpa. Pues mira, si mal has hecho, que ay sindicado en el cielo y en la tierra; assí que a Dios e al rey serás reo, e a mí capital enemigo. ¿Qué pecó el vno por lo que hizo el otro, que por sólo ser su compañero los mataste a entrambos? Pero, ¿qué digo? ¿con quién hablo? ¿estoy en mi seso? ¿Qué es esto, Calisto? ¿soñauas; duermes o velas? ¿estás en pie o acostado? Cata que estás en tu cámara. ¿No vees que el offendedor no está presente? ¿Con quién lo has? Torna en ti; mira que nunca los absentes se hallaron justos; oye entrambas partes para sentenciar; ¿no ves que por executar justicia no auía de mirar amistad ni debdo ni criança? ¿No miras que la ley tiene de ser ygual a todos? Mira que Rómulo, el primer cimentador de Roma, mató a su propio hermano porque la ordenada ley traspasó. Mira a Torcato romano cómo mató a su hijo porque excedió la tribunicia constitución; otros muchos hizieron lo mesmo. Considera que si aquí presente él estouiesse, respondería que hazientes e consintientes merecen ygual pena, avnque a entrambos matasse por lo que el vno pecó; e que si se aceleró en su muerte, que era crimen notorio, e no eran necessarias muchas prueuas, e que fueron tomados en el acto del matar; que ya estaua el vno muerto de la cayóda que dio; e también se deue creer que aquella lloradera moça que Celestina tenía en su casa, le dio rezia priessa con su triste llanto, e él por no hazer bullicio, por no me disfamar, por no esperar a que la gente se levantasse e oyessen el pregón, del qual gran infamia se me seguía, los mandó justiciar tan de mañana. Pues era forçoso verdugo bozeador para la execución e su descargo; lo qual, todo assí como creo es hecho; antes le quedo deudor e obligado para quanto biua, no como a criado de mi padre, pero como a verdadero hermano. E puesto caso que assí no fuesse, puesto caso que no echasse lo passado a la mejor parte. Acuérdate, Calisto, al gran gozo passado; acuérdate a tu señora e tu bien todo, e pues tu vida no tienes en nada por su seruicio, no has de tener las muertes de otros, pues ningún dolor ygualará con el rescebido plazer.

¡O mi señora e mi vida! Que jamás pensé en ausencia offenderte, que parece que tengo en poca estima la merced que me as hecho. No quiero pensar en enojo, no quiero tener ya con la tristeza amistad. ¡O bien sin comparación! ¡O insaciable contentamiento! ¿E cuándo pidiera yo más a Dios por premio de mis méritos, si algunos son en esta vida, de lo que alcançado tengo? ¿Por qué no estoy contento? Pues no es razón ser ingrato a quien tanto bien me ha dado ¡quíerolo conoser; no quiero con enojo perder mi seso, porque perdido no cayga de tan alta possession! No quiero otra honrra, otra gloria, no otras riquezas, no otro padre ni madre, no otros deudos ni parientes; de día estaré en mi cámara, de noche en aquel paraíso dulce, en aquel alegre vergel entre aquellas suaues plantas e fresca verdura. ¡O noche de mi descanso, si fuesses ya tornada! ¡O luziente Febo, date priessa a tu acostumbrado camino! ¡O deleytosas estrellas, apareceos ante de la continua orden! ¡O espacioso relox, avn te vea yo arder en biuo fuego de amor, que si tú esperasses lo que yo quando des doze, jamás estarías arrendado a la voluntad del maestro que te compuso! Pues vosotros, invernales meses, que agora estáys escondidos ¡viniéssedes con vuestras muy complidas noches a trocarlas por estos prolixos días! Ya me parece hauer vn año que no he

visto aquel suaue descanso, aquel deleytoso refrigerio de mis trabajos. Pero ¿qué es lo que demando? ¿Qué pido, loco sin sufrimiento? Lo que jamás fue ni puede ser. No aprenden los cursos naturales a rodearse sin orden, que a todos es vn yqual curso, a todos vn mesmo espacio para muerte e vida; vn limitado término a los secretos mouimientos del alto firmamento celestial, de los planetas y norte, de los crescimientos e mengua de la menstrua luna. Todo se rige con vn freno yqual, todo se mueue con yqual espuela: cielo, tierra, mar, fuego, viento, calor, frío. ¿Qué me aprouecha a mí que dé doze horas el relox de hierro si no las ha dado el del cielo? Pues por mucho que madrugue no amanesce más ayña. Pero tú, dulce ymaginación, tú que puedes me acorre; trae a mi fantasía la presencia angélica de aquella ymagen luziente; buelue a mis oýdos el suaue son de sus palabras, aquellos desuíos sin gana, aquel apártate allá, señor, no llegues a mí, aquel no seas descortés, que con sus rubicundos labrios vía asonar, aquel no quieras mi perdición, que de rato en rato proponía; aquellos amorosos abraços entre palabra e palabra; aquel soltarme e prenderme; aquel huyr e llegarse; aquellos açucarados besos; aquella final salutación con que se me despidió ¡con cuánta pena salió por su boca! ¡con cuántos desperezos! ¡con cuántas lágrimas, que parecían granos de aljófar, que sin sentir se le caían de aquellos claros e resplandecientes ojos!

.....

SOSIA. Tristán, ¿qué te parece de Calisto, qué dormir ha hecho?, que ya son las quatro de la tarde e no nos ha llamado ni ha comido.

TRISTÁN. Calla, que el dormir no quiere priessa; demás desto, aquéxale por vna parte la tristeza de aquellos moços, por otra le alegra el muy gran plazer de lo que con su Melibea ha alcançado. Assí que, dos tan rezios contrarios verás que tal pararán vn flaco subjecto, donde estuuieran aposentados.

SOSIA. ¿Piénsaste tú que le penan a él mucho los muertos? Si no penasse más a aquella que desde esta ventana yo veo yr por la calle, no lleuaría las tocas de tal color.

TRISTÁN. ¿Quién es, hermano?

SOSIA. Llégate acá e verla has antes que trasponga; mira aquella lutosa que se limpia agora las lágrimas de los ojos; aquélla es Elicia, criada de Celestina e amiga de Sempronio, vna muy bonita moça, avnque queda agora perdida la pecadora, porque tenía a Celestina por madre e a Sempronio por el principal de sus amigos; e aquella casa donde entra, allí mora vna hermosa mujer muy graciosa e fresca, enamorada, medio ramera, pero no se tiene por poco dichoso quien la alcança a tener por amiga sin grande escote, e llámase Areúsa, por la qual sé yo que ouo el triste de Pármeno más de tres noches malas, e avn que no le plaze a ella con su muerte.

Aucto dézimoquinto

Argumento del dézimoquinto aucto

Areúsa dize palabras injuriosas a vn rufián, llamado Centurio, el qual se despide della por la venida de Elicia, la qual cuenta a Areúsa las muertes que sobre los amores de Calisto e Melibea se auían ordenado, e concertan Areúsa y Elicia que Centurio aya de vengar las muertes de los tres en los dos enamorados. En fin, despídese Elicia de Areúsa, no consintiendo en lo que le ruega, por no perder el buen tiempo que se daua, estando en su asueta casa.

AREÚSA, CENTURIO, ELICIA

ELICIA. ¿Qué bozear es éste de mi prima? Si ha sabido las tristes nueuas que yo le traygo, no auré yo las albricias de dolor que por tal mensaje se ganan. Llore, llore, vierta lágrimas, pues no se hallan tales hombres a cada rincón; plázeme que assí lo siente; messe aquellos cabellos como yo, triste, he fecho; sepa que es perder buena vida más trabajo que la misma muerte. ¡O cuánto más la quiero que hasta aquí, por el gran sentimiento que muestra!

AREÚSA. Vete de mi casa, rufián, vellaco, mentiroso, burlador, que me traes engañada, boua, con tus offertas vanas, con tus ronces e halagos hasme robado quanto tengo. Yo te di, vellaco, sayo e capa, espada e broquel, camisas de dos en dos a las mill marauillas labradas; yo te di armas e cauallo, púsete con señor que no le merecías descalçar. Agora vna cosa que te pido que por mí hagas, pónesme mill achaques.

CENTURIO. Hermana mía, mándame tú matar con diez hombres por tu seruicio, e no que ande vna legua de camino a pie.

AREÚSA. ¿Por qué jugaste tú el cauallo, tahúr, vellaco? Que si por mí no ouiesse sido, estarías tú ya ahorcado. Tres veces te he librado de la justicia; quatro vezes desempeñado en los tableros. ¿Por qué lo hago? ¿Por qué soy loca? ¿Por qué tengo fe con este couarde? ¿Por qué creo sus mentiras? ¿Por qué le consiento entrar por mis puertas? ¿Qué tiene bueno? Los cabellos crespos, la cara acuchillada, dos vezes açotado; manco de la mano del espada, treynta mugeres en la putería. Salta luego de ay; no te vea yo más; no me hables ni digas que me conoces; sino por los huessos del padre que me hizo e de la madre que me parió, yo te haga dar mill palos en esas espaldas de molinero, que ya sabes que tengo quien lo sepa hazer, y hecho, salirse con ello.

CENTURIO. Loquear, bouilla; pues si yo me ensaño, alguna lloraré; más quiero yrme e çofrirte que no sé quién entra; no nos oyan.

.....

ELICIA. Quiero entrar, que no es son de buen llanto donde ay amenazas e denuestos.

.....

AREÚSA. ¡Ay, triste yo! ¿Eres tú mi Elicia? ¡Jesú, Jesú! No lo puedo creer! ¿Qué es esto? ¿Quién te me cubrió de dolor? ¿Qué manto de tristeza es éste? Cata que me espantas, hermana mía. Dime presto qué cosa es, que estoy sin tiento; ninguna gota de sangre has dexado en mi cuerpo.

ELICIA. ¡Gran dolor, gran pérdida! Poco es lo que muestro con lo que siento y encubro; más negro traigo el corazón que el manto, las entrañas que las tocas. ¡Ay hermana, hermana, que no puedo hablar! No puedo de ronca sacar la boz del pecho.

AREÚSA. ¡Ay triste! ¿qué me tienes suspensa? Dímelo, no te messes, no te rascuñes ni maltrates. ¿Es común de entrambas este mal? ¿Tócame a mí?

ELICIA. ¡Ay prima mía e mi amor! Sempronio e Pármeno ya no bien; ya no son en el mundo; sus ánimas ya están purgando su yerro; ya son libres desta triste vida.

AREÚSA. ¿Qué me cuentas? No me lo digas; calla, por Dios, que me caeré muerta.

ELICIA. Pues más mal ay que suena; oye a la triste, que te contará más quejas. Celestina, aquella que tú bien conociste, aquella que yo tenía por madre, aquella que me regalaua, aquella que me encubría, aquella con quien yo me honrraua entre mis yguales, aquella por quien yo era conocida en toda la ciudad y arrabales, ya está dando cuenta de sus obras. Mill cuchilladas le vi dar a mis ojos; en mi regaço me la mataron.

AREÚSSA. ¡O fuerte tribulación! ¡O dolorosas nuevas, dignas de mortal lloro! ¡O acelerados desastres! ¡O pérdida incurable! ¿Cómo ha rodeado tan presto la fortuna su rueda? ¿Quién los mató? ¿Cómo murieron? Que estoy enuelesada, sin tiento, como quien cosa imposible oye; no ha ocho días que los vide biuos, e ya podemos dezir: perdónelos Dios. Cuéntame, amiga mía, cómo es acaescido tan cruel e desastrado caso.

ELICIA. Tú lo sabrás. Ya oýste dezir, hermana, los amores de Calisto e la loca de Melibea; bien verías cómo Celestina auía tomado el cargo, por intercessión de Sempronio, de ser medianera, pagándole su trabajo; la qual puso tanta diligencia e solicitud que a la segunda açadonada sacó agua. Pues como Calisto tan presto vido buen concierto en cosa que jamás la esperaua, a bueltas de otras cosas dio a la desdichada de mi tía vna cadena de oro; e como sea de tal calidad aquel metal, que mientras más beuemos dello, más sed nos pone, con sacrílega hambre, quando se vido tan rica, alçose con su ganancia e no quiso dar parte a Sempronio ni a Pármeno dello, lo qual auía quedado entre ellos que partiessen lo que Calisto diesse. Pues como ellos viniessen cansados vna mañana de acompañar a su amo toda la noche, muy ayrados de no sé qué questionnes que dizen que auían auido, pidieron su parte a Celestina de la cadena para remediarse; ella púsose en negarles la conuención e promesa, e dezir que todo era suyo lo ganado, e avn descubriendo otras cosillas de secretos, que, como dizen: riñen las comadres porque dicen las verdades. Assí que ellos muy enojados, por vna parte los aquexaua la necessidad que priua todo amor, por otra el enojo grande e cansacio que traían que acarrea alteración, por otra auían la fe quebrada de su mayor esperança, no sabían qué hazer. Estuuieron gran rato en palabras; al fin, viéndola tan

cobdiciosa, perseuerando en su negar, echaron manos a sus espadas e diéronle mill cuchilladas.

AREÚSA. ¡O desdichada de muger! ¡Y en esto auía su vejez de fenecer! E dellos ¿qué me dizes? ¿en qué pararon?

ELICIA. Ellos, como ouieron hecho el delicto, por huyr de la justicia, que acaso passaua por allí, saltaron de las ventanas e quasi muertos los prendieron, e sin más dilación los degollaron.

AREÚSA. ¡O mi Pármeno e mi amor! ¡Y cuánto dolor me pone su muerte! Pésame del grande amor que con él tan poco tiempo auía puesto, pues no me auía más de durar. Pero pues ya este mal recabdo es hecho, pues ya esta desdicha es acaescida, pues ya no se pueden por lágrimas comprar ni restaurar sus vidas; no te fatigues tú tanto, que cegarás llorando, que creo que poca ventaja me lleuas en sentimiento, y verás con cuánta paciencia lo çuffro y passo.

ELICIA. ¡Ay qué rauio! ¡Ay mesquina, que salgo de seso! ¡Ay que no hallo quien lo sienta como yo! No ay quien pierda lo que yo pierdo. ¡O cuánto mejores y más honestas fueran mis lágrimas en pasión ajena que en la propia mía! ¿Adónde yré, que pierdo madre, manto y abrigo, pierdo amigo y tal que nunca faltaua de mi marido? ¡O Celestina, sabia, honrrada y autorizada, cuántas faltas me encobrías con tu buen saber! Tú trabajauas, yo olgaua; tú salías fuera, yo estaua encerrada; tú rota, yo vestida; tú entrauas contino como abeja por casa, yo destruía; que otra cosa no sabía hazer. ¡O bien y gozo mundano, que mientras eres posseýdo eres menospreciado, y jamás te consientes conoscer hasta que te perdemos! ¡O Calisto e Melibea, causadores de tantas muertes! Mal fin hayan vuestros amores, en mal sabor se conuiertan vuestros dulçes plazerer; tómese lloro vuestra gloria, trabajo vuestro descanso; las yeruas deleytosas donde tomáys los hurtados solazes, se conuiertan en culebras; los cantares se os tornen lloro; los sombrosos árboles del huerto se sequen con vuestra vista, sus flores olorosas se tornen de negra color.

AREÚSA. Calla, por Dios, hermana, pon silencio a tus quexas, ataja tus lágrimas, limpia tus ojos, toma sobre tu vida, que quando vna puerta se cierra, otra suele abrir la fortuna, y este mal, avnque duro, se soldará, e muchas cosas se pueden vengar, que es imposible remediar, y ésta tiene el remedio dudoso e la vengança en la mano.

ELICIA. ¿De quién se ha de auer enmienda, que la muerta y los matadores me han acarreado esta cuyta? No menos me fatiga la punición de los delinquentes que el yerro cometido. ¿Qué mandas que haga que todo carga sobre mí? Pluguiera a Dios que fuera yo con ellos e no quedara para llorar a todos. Y de lo que más dolor siento es ver que por esso no dexa aquel vil de poco sentimiento de ver y visitar festejando cada noche a su estiércol de Melibea; y ella muy vfana en ver sangre vertida por su seruicio.

AREÚSA. Si esso es verdad ¿de quién mejor se puede tomar vengança? De manera que quien lo comió, aquél lo escote. Déxame tú, que si yo les caygo en el rastro, cuándo se veen e cómo, por dónde e a qué hora, no me hayas tú por hija de la pastellera vieja, que bien conociste, si no hago que les amarguen los amores. E si pongo en ello a aquel con quien

me viste que reñía quando entrauas, si no sea él peor verdugo para Calisto que Sempronio de Celestina. Pues, ¡qué gozo auría agora él en que te pusiesse yo en algo por mi seruicio, que se fue muy triste de verme que le traté mal! E vería él los cielos abiertos en tornalle yo a hablar e mandar. Por ende, hermana, dime tú de quién pueda yo saber el negocio cómo pasa, que yo le haré armar vn lazo con que Melibea llore quanto agora goza.

ELICIA. Yo conozco, amiga, otro compañero de Pármeno, moço de cauallos, que se llama Sosia, que le acompaña cada noche; quiero trabajar de se lo sacar todo el secreto; e éste será buen camino para lo que dizes.

AREÚSA. Mas hazme este plazer que me embíes acá esse Sosia; yo le halagaré e diré mill lisonjas e offrescimientos, hasta que no le dexé en el cuerpo cosa de lo hecho por hazer. Después a él e a su amo haré revesar el plazer comido. E tú, Elicia, alma mía, no recibas pena; passa a mi casa tu ropa e alhajas, e vente a mi compañía, que estarás muy sola, e la tristeza es amiga de la soledad. Con nueuo amor olvidarás los viejos. Vn hijo que nasce restaura la falta de tres finados; con nueuo sucessor se pierde la alegre memoria e plazeres perdidos del passado. De vn pan que yo tenga, ternás tú la meytad. Más lástima tengo de tu fatiga que de los que te la ponen. Verdad sea, que cierto duele más la pérdida de lo que hombre tiene que da plazer la esperança de otra tal, avnque sea cierta. Pero ya lo hecho es sin remedio, e los muertos irrecuperables. E como dizen: mueran e biuamos. A los biuos me dexa a cargo, que yo te les daré tan amargo xarope a beuer qual ellos a ti han dado. ¡Ay prima, prima, cómo sé yo, quando me ensaño, reboluer estas tramas, avnque soy moça! E de al me vengue Dios, que de Calisto, Centurio me vengará.

ELICIA. Cata que creo, que avnque llame el que mandas, no aurá effecto lo que quieres, porque la pena de los que murieron por descubrir el secreto porná silencio al biuo para guardarle. Lo que me dizes de mi venida a tu casa te agradezco mucho; e Dios te ampare e alegre en tus necessidades, que bien muestras el parentesco e hermandad no seruir de viento, antes en las aduersidades aprouechar; pero avnque lo quiera hazer, por gozar de tu dulce compañía, no podrá ser por el daño que me vernía. La causa no es necessario dezir, pues hablo con quien me entiende; que allí, hermana, soy conocida, allí estoy aperrochada; jamás perderá aquella casa el nombre de Celestina, que Dios aya; siempre acuden allí moças conocidas e allegadas, medio parientas de las que ella crió; allí hazen sus conciertos, de donde se me seguirá algún prouecho; e también esos pocos amigos que me quedan no me saben otra morada, pues ya sabes quán duro es dexar lo vsado, e que mudar costumbre es a par de muerte, e piedra mouediza que nunca moho la cobija. Allí quiero estar, siquiera porque el alquiler de la casa, que está pagado por ogaño, no se vaya en balde. Assí que, avnque cada cosa no abastesse por sí, juntas aprouechan e ayudan. Ya me parece que es hora de yrme; de lo dicho me lleuo el cargo; Dios quede contigo, que me voy.

Aucto décimosesto
Argumento del décimosesto aucto

Pensando Pleberio y Alisa tener su hija Melibea el don de la virginidad conservado, lo qual, según ha parecido, está en contrario, y están razonando sobre el casamiento de Melibea; e en tan gran cantidad le dan pena las palabras que de sus padres oye, que embía a Lucrecia para que sea causa de su silencio en aquel propósito.

PLEBERIO, ALISA, LUCRECIA, MELIBEA

PLEBERIO. Alisa, amiga, el tiempo, según me parece, se nos va, como dizen, dentre las manos; corren los días como agua de río. No ay cosa tan ligera a huyr como la vida; la muerte nos sigue e rodea, de la qual somos vezinos e hacia su vadera nos acostamos, según natura. Esto vemos muy claro si miramos nuestros yguales, nuestros hermanos e parientes en derredor; todos los come ya la tierra; todos están en sus perpetuas moradas. E pues somos inciertos cuándo auemos de ser llamados, viendo tan ciertas señales, deuemos echar nuestras baruas en remojo e aparejar nuestros fardeles para andar este forçoso camino; no nos tome improuisos ni de salto aquella cruel boz de la muerte. Ordenemos nuestras ánimas con tiempo; que más vale preuenir que ser preuenidos. Demos nuestra hazienda a dulce successor, acompañemos nuestra vnica hija con marido, cual nuestro estado requiere, por que vamos descansados e sin dolor deste mundo. Lo qual con mucha diligencia deuemos poner desde agora por obra, e lo que otras vezes auemos principiado en este caso agora haya excusión. No quede por nuestra negligencia nuestra hija en manos de tutores, pues parescerá ya mejor en su propria casa que en la nuestra. Quitarla hemos de lenguas de vulgo, porque ninguna virtud ay tan perfecta que no tenga vituperadores e maldizientes. Nno ay cosa con que mejor se conserue la limpia fama en las vírgenes que con temprano casamiento. ¿Quién rehuyría nuestro parentesco en toda la cibdad? ¿Quién no se hallará gozoso de tomar tal joya en su compañía? En quien caben las quatro principales cosas que en los casamientos se demandan, conuiene a saber: lo primero discrición, honestidad e virginidad; segundo, hermosura; lo terçero, el alto origen e parientes; lo final, riquezas. De todo esto la dotó natura; qualquiera cosa que nos pidan hallarán bien cumplido.

ALISA. Dios la conserue, mi señor Pleberio, porque nuestros desseos veamos cumplidos en nuestra vida, que antes pienso que faltará ygual a nuestra hija, según virtud e tu noble sangre, que no sobrarán muchos que la merezcan. Pero como esto sea officio de los padres e muy ajeno a las mugeres, como tú lo ordenares, seré yo alegre, e nuestra hija obedecerá, según su casto biuir e honesta vida y humildad.

LUCRECIA. Avn si bien lo supieses, rebentarías; ya, ya, perdido es lo mejor; mal año se os apareja a la vejez. Lo mejor, Calisto lo lleua; no ay quien ponga virgos, que ya es muerta Celestina; tarde acordáys y más auíades de madrugar. Escucha, escucha, señora Melibea.

MELIBEA. ¿Qué hazes ay escondida, loca?

LUCRECIA. Llégate aquí, señora; oyrás a tus padres la priessa que traen por te casar.

MELIBEA. Calla, por Dios, que te oyrán; déxalos hablar, déxalos deuanee; vn mes ha que otra cosa no hazen ni en otra cosa entienden. No parece sino que les dize el corazón el gran amor que a Calisto tengo, e todo lo que con él vn mes ha he pasada; no sé si me han sentido; no sé qué se sea aquexarles más agora este cuydado que nunca. Pues mándoles yo trabajar en vano, que por demás es la cítola en el molino. ¿Quién es el que me ha de quitar mi gloria? ¿Quién apartarme mis plazerres? Calisto es mi ánima, mi vida, mi señor, en quien yo tengo toda mi speranza; conozco dél que no biuo engañada. Pues él me ama, ¿con qué otra cosa le puedo pagar? Todas las debdas del mundo resciben compensación en diuerso género; el amor no admite sino sólo amor por paga. En pensar en él me alegro, en verle me gozo; en oýrle me glorifico. Haga e ordene de mí a su voluntad. Si passar quisiere la mar, con él yré; si rodear el mundo, lléueme consigo; si venderme en tierra de enemigos, no rehuyré su querer. Déxenme mis padres gozar dél si ellos quieren gozar de mí; no piensen en estas vanidades ni en estos casamientos, que más vale ser buena amiga que mala casada. Déxenme gozar mi mocedad alegre si quieren gozar su vejez cansada; si no, presto podrán aparejar mi perdición e su sepultura. No tengo otra lástima sino por el tiempo que perdí de no gozarle, de no conoscerlo, después que a mí me sé conoscer. No quiero marido, no quiero ensuziar los ñudos del matrimonio, no las maritales pisadas de ageno hombre repisar, como muchas hallo en los antiguos libros que leý, o que hizieron más discretas que yo, más subidas en estado e linaje; las quales algunas eran de la gentilidad tenidas por diosas, assí como Venus madre de Eneas e de Cupido, el dios de amor, que siendo casada, corrompió la prometida fe marital. E avn otras de mayores fuegos encendidas cometieron nefarios e incestuosos yerros, como Mirra con su padre, Semíramis con su hijo, Cánasce con su hermano, e avn aquella forçada Tamar, hija del rey Daud. Otras avn más cruelmente traspasaron las leyes de natura, como Pasiphe, muger del rey Minos, con el toro. Pues reynas eran e grandes señoras, debaxo de cuyas culpas la razonable mía podrá passar sin denuesto; mi amor fue con justa causa; requerida e rogada, catiuada de su merescimiento, aquexada por tan astuta maestra como Celestina, seruida de muy peligrosas visitaciones, antes que concediesse por entero en su amor. Y después vn mes ha, como has visto, que jamás noche ha faltado sin ser nuestro huerto escalado como fortaleza, e muchas auer venido embalde. E por esso no me mostrar más pena ni trabajo; muertos por mí sus seruidores; perdiéndose su hazienda; fingiendo ausencia con todos los de la ciudad; todos los días encerrado en casa con esperanza de verme a la noche. Afuera, afuera la ingratitude, afuera las lisonjas e el engaño con tan verdadero amator, que ni quiero marido, ni quiero padre, ni parientes. Faltándome Calisto, me falte la vida, la qual, por que él de mí goze, me aplaze.

LUCRECIA. Calla, señora, que todavía perseueran.

.....

PLEBERIO. Pues ¿qué te parece, señora muger? ¿deuemos hablarlo a nuestra hija? ¿deuemos darle parte de tantos como me la piden, para que de su voluntad venga, para que diga cuál le agrada? Pues en esto las leyes dan libertad a los hombres e mugeres, avnque estén so el paterno poder, para elegir.

ALISA. ¿Qué dizes? ¿En qué gastas tiempo? ¿Quién ha de yrle con tan grande nouedad a nuestra Melibea, que no la espante? Cómo ¿e piensas que sabe ella qué cosa sean hombres? ¿Si se casan o qué es casar? ¿O que del ayuntamiento de marido e mujer se procreen los hijos? ¿Piensas que su virginidad simple le acarrea torpe desseo de lo que no conosce ni ha entendido jamás? ¿Piensas que sabe errar avn con el pensamiento? No lo creas, señor Pleberio, que si alto o baxo de sangre, o feo o gentil de gesto le mandaremos tomar, aquello será su plazer, aquello aurá por bueno; que yo sé bien lo que tengo criado en mi guardada hija.

.....

MELIBEA. Lucrecia, Lucrecia, corre presto, entra por el postigo en la sala y estóruales su hablar; interúmpeles sus alabanças con algún fingido mensaje, si no quieres que vaya yo dando bozes como loca, según estoy enojada del concepto engañoso que tienen de mi ignorancia.

LUCRECIA. Ya voy, señora.

Aucto decimoséptimo

Argumento del decimoséptimo aucto

Elicia, careciendo de la castimonia de Penélope, determina de despedir el pesar e luto que por causa de los muertos trae, alabando el consejo de Areúsa en este propósito; la qual va a casa de Areúsa, adonde viene Sosia, al qual Areúsa con palabras fictas saca todo el secreto que está entre Calisto e Melibea.

ELICIA, AREÚSA, SOSIA

ELICIA. Mal me va con este luto; poco se visita mi casa, poco se pasea mi calle; ya no veo las músicas de la aluorada; ya no las canciones de mis amigos, ya no las cuchilladas ni ruydos de noche por mi causa; e lo que peor siento, que ni blanca ni presente veo entrar por mi puerta. De todo esto me tengo yo la culpa, que si tomara el consejo de aquella que bien me quiere, de aquella verdadera hermana, quando el otro día le llevé las nuevas deste triste negocio que esta mi mengua ha acarreado, no me viera agora entre dos paredes sola, que de asco ya no ay quien me vea. El diablo me da tener dolor por quien no sé si, yo muerta, lo tuuiera. Aosadas que me dixo ella a mí lo cierto; nunca, hermana, traigas ni muestres más pena por el mal ni muerte de otro que él hiziera por ti. Sempronio holgara, yo muerta; pues ¿por qué, loca, me peno yo por él, degollado? ¿e qué sé si me matara a mí, como era acelerado e loco, como hizo a aquella vieja que tenía por madre? Quiero en todo seguir su consejo de Areúsa, que sabe más del mundo que yo, e verla muchas vezes e traer materia cómo biua. ¡O qué participación tan suaue, qué conuersación tan gozosa y dulce! No embalde se dize que vale más vn día del hombre discreto que toda la vida del necio e

simple. Quiero, pues, deponer el luto, dexar tristeza, despedir las lágrimas que tan aparejadas han estado a salir. Pero como sea el primer officio que en nasciendo hazemos llorar, no me marauillo ser más ligero de començar e de dexar más duro. Mas para esto es el buen seso, viendo la pérdida al ojo, viendo que los atauíos hazen la muger hermosa, avnque no lo sea; tornan de vieja moça, e a la moça más. No es otra cosa la color e aluayalde sino pegajosa liga en que se trauan los hombres; anden pues mi espejo e alcohol, que tengo dañados estos ojos. Anden mis tocas blancas, mis gorgueras labradas, mis ropas de plazer. Quiero adereçar lexía para estos cabellos que perdían ya la ruuia color; y esto hecho, contaré mis gallinas, haré mi cama, porque la limpieza alegra el corazón; barreré mi puerta e regaré la calle por que los que passaren vean que es ya desterrado el dolor. Mas primero quiero yr a visitar mi prima por preguntarle si ha ydo allá Sosia e lo que con él ha passado, que no le he visto después que le dixé cómo le querría hablar Areúsa. Quiera Dios que la halle sola, que jamás está desacompañada de galanes, como buena tauerna de borrachos.

.....

AREÚSA. Cerrada está la puerta; no deue destar allá hombre; quiero llamar. Tha, tha.

.....

AREÚSA. ¿Quién es?

ELICIA. Ábreme, amiga; Elicia soy.

AREÚSA. Entra, hermana mía, véate Dios, que tanto plazer me hazes en venir como vienes, mudado el hábito de tristeza. Agora nos gozaremos juntas; agora te visitaré; vernos hemos en mi casa y en la tuya; quiçá por bien fue para entrambas la muerte de Celestina, que yo ya siento la mejoría más que antes. Por esto se dize que los muertos abren los ojos de los que bien, a vnos con haciendas, a otros con libertad, como a ti.

ELICIA. A tu puerta llaman; poco espacio nos dan para hablar; que te quería preguntar si auía venido acá Sosia.

AREÚSA. No ha venido; después hablaremos. ¡Qué porradas que dan! Quiero yr abrir, que o es loco o priuado quien llama.

SOSIA. Ábreme, señora; Sosia soy, criado de Calisto.

AREÚSA. (Aparte.) Por los santos de Dios, el lobo es en la conseja; escóndete, hermana, tras esse paramento, e verás quál te lo paro, lleno de viento de lisonjas, que piense quando se parta de mí que es él e otro no; e sacarle he lo suyo e lo ageno del buche con halagos, como él saca el poluo con la almohaça a los cauallos.

.....

AREÚSA. ¿Es mi Sosia, mi secreto amigo? ¿el que yo me quiero bien sin que él lo sepa? ¿el que desseo conoçer por su buena fama? ¿el fiel a su amo? ¿el buen amigo de sus compañeros? Abraçarte quiero, amor, que agora que te veo, creo que ay más virtudes en ti que todos me dezían. Andacá, entremos a assentarnos. que me gozo en mirarte, que me representas la figura del desdichado de Pármeno. Con esto haze hoy tan claro día que auías tú de venir a uerme. Dime, señor, ¿conoscíasme antes de agora?

SOSIA. Señora, la fama de tu gentileza, de tus gracias e saber, buela tan alto por esta ciudad que no deues tener en mucho ser de más conocida que conosciendo; porque ninguno habla en loor de hermosas que primero no se acuerde de ti que de quantas son.

ELICIA. (Aparte, escondida.) ¡O hydeputa el pelón, e cómo se desasna! ¡Quién le ve yr al agua con sus cauallos en cerro e sus piernas de fuera, en sayo; e agora en verse medrado con calças e capa, sálenle alas e lengua!

AREÚSA. Ya me correría con tu razón, si alguno estuuiesse delante, en oírte tanta burla como de mí hazes; pero como todos los hombres traygáys proveýdas essas razones, essas engañosas alabanças tan comunes para todas, hechas de molde, no me quiero de ti espantar. Pero hágote cierto, Sosia, que no tienes dellas necessidad; sin que me alabes te amo y sin que me ganes de nuevo me tienes ganada. Para lo que te embié a rogar que me viesses, son dos cosas, las quales sin más lisonja o engaño en ti conozco, te dexaré de dezir, avnque sean de tu prouecho.

SOSIA. Señora mía, no quiera Dios que yo te haga cautela; muy seguro venía de la gran merced que me piensas hazer e hazes; no me sentía digno para descalçarte. Guía tú mi lengua, responde por mí a tus razones, que todo lo auré por rato e firme.

AREÚSA. Amor mío, ya sabes cuánto quise a Pármeno, e como dizen: quien bien quiere a Beltrán... A todas sus cosas ama. Todos sus amigos me agradan; el buen seruido de su amo, como a él mismo, me plazía; donde vía su daño de Calisto le apartaua. Pues como esto assí sea, acordé dezirte, lo uno, que conozcas el amor que te tengo, e quanto contigo e con tu visitación siempre me alegrarás, e que en esto no perderás nada, si yo pudiere, antes te verná prouecho. Lo otro e segundo, que pues yo pongo mis ojos en ti, e mi amor e querer, auisarte que te guardes de peligros e más de descubrir tu secreto a ninguno, pues ves cuánto daño vino a Pármeno e a Sempronio de lo que supo Celestina, porque no querría verte morir mal logrado como a tu compañero. Harto me basta auer llorado al uno; porque has de saber que vino a mí vna persona e me dixo que le auías tú descubierto los amores de Calisto e Melíbea, e cómo la auía alcançado e cómo yuas cada noche a le acompañar, e otras muchas cosas que no sabría relatar. Cata, amigo, que no guardar secreto es propio de las mugeres; no de todas, sino de las baxas e de los niños. Cata que te puede venir gran daño, que para esto te dio Dios dos oýdos e dos ojos; e no más de vna lengua, por que sea doblado lo que vieres e oyeres que no el hablar. Cata no confíes que tu amigo te ha de tener secreto de lo que le dixieres, pues tú no le sabes a ti mismo tener. Quando ouieres de yr con tu amo Calisto a casa de aquella señora, no hagas bullicio, no te sienta la tierra; que otros me dixieron que yuas cada noche dando bozes como loco de plazer.

SOSIA. ¡O cómo son sin tiento, e personas desacordadas las que tales nuevas, señora, te acarrear! Quien te dixo que de mi boca la hauía oýdo no dize verdad; los otros de verme yr con la luna de noche a dar agua a mis cauallos, holgando e auiendo plazer, diziendo cantares por olvidar el trabajo e desechar enojo; y esto antes de las diez, sospechan mal, y de la sospecha hazen certidumbre; affirman lo que barruntan. Sí, que no estaua Calisto loco, que a tal hora auía de yr a negocio de tanta affrenta sin esperar que repose la gente, que descansen todos en el dulçor del primer sueño; ni menos auía de yr cada noche, que aquel officio no çufre cotidiana visitación. Y si más clara quieres, señora, ver su falsedad, como dizen, que toman antes al mintroso que al que coxquea, en vn mes no auemos ydo ocho vezes, y dicen los falsarios reboluedores que cada noche.

AREÚSA. Pues por mi vida, amor mío, por que yo los acuse y tome en el lazo del falso testimonio, me dexes en la memoria los días que auéys concertado de salir; e si yerran, estaré segura de tu secreto y cierta de su leuantar. Porque no siendo su mensaje verdadero, será tu persona segura de peligro e yo sin sobresalto de tu vida; pues tengo esperança de gozarme contigo largo tiempo.

SOSIA. Señora, no alarguemos los testigos; para esta noche en dando el reloj las doze, está hecho el concierto de su visitación por el huerto. Mañana preguntarás lo que han sabido, de lo qual si alguno te diere señas, que me tresquilen a mí a cruces.

AREÚSA. ¿E por qué parte, alma mía, por que mejor los pueda contradzir, si anduieren errados vacilando?

SOSIA. Por la calle del vicario gordo, a las espaldas de su casa.

ELICIA. (Aparte, escondida.) Tiénete, don handrajoso, no es más menester. Maldito sea el que en manos de tal azemilero se confía, que desgoznarse haze el badajo.

AREÚSA. Hermano Sosia, esto hablado basta para que tome cargo de saber tu inocencia e la maldad de tus aduersarios. Vete con Dios, que estoy ocupada en otro negocio y heme detenido mucho contigo.

ELICIA. (Aparte.) ¡O sabia muger! ¡o despediente propio qual le meresce el asno que ha vaziado su secreto tan de ligero.

SOSIA. Graciosa e suaue señora, perdóname si te he enojado con mi tardança; mientras holgares con mi seruiçio, jamás hallarás quien tan de grado auenture en él su vida; e queden los ángeles contigo.

.....

AREÚSA. Dios te guíe. Allá yrás, azemillero, muy ufano vas por tu vida. Pues toma para tu enojo, vellaco, e perdona que te la doy de espaldas. ¿A quién digo? Hermana, sal acá. ¿Qué te parece qual le embío? Assí sé yo tratar los tales, assí salen de mis manos los

asnos apaleados como éste e los locos corridos e los discretos espantados, e los deuotos alterados, e los castos encendidos. Pues prima, aprende, que otra arte es ésta que la de Celestina; avnque ella me tenía por boua porque me quería yo serlo. E pues ya tenemos deste hecho sabido quanto desseáuamos, deuemos yr a casa de aquellotro cara de ahorcado, que el jueues echó delante de ti baldonado de mi casa, e haz tú como que nos quieres hazer amigos e que rogaste que fuesse a verle.

Aucto décimooctauo

Argumento del décimooctauo aucto

Elicia determina de fazer las amistades entre Areúsa e Centurio por precepto de Areúsa, e van a casa de Centurio, onde ellas le ruegan que aya de vengar las muertes en Calisto e Melibea; el qual lo prometió delante dellas. E como sea natural a éstos no hazer lo que prometen, escúsase como en el processo paresce.

CENTURIO, ELICIA, AREÚSA

ELICIA. ¿Quién está en su casa?

CENTURIO. Mochacho, corre; verás quién osa entrar sin llamar a la puerta. Torna, torna acá, que ya he visto quién es. No te cubras con el manto, señora; ya no te puedes esconder, que quando vi adelante entrar a Elicia, vi que no podía traer consigo mala compañía, ni nueuas que me pesassen, sino que me auía de dar plazer.

AREÚSA. No entremos, por mi vida, más adentro, que se estiende ya el vellaco, pensando que le vengo a rogar, que más holgara con la vista de otras como él, que con la nuestra; boluamos por Dios, que me fino en ver tan mal gesto. ¿Paréscete, hermana, que me traes por buenas estaciones, e que es cosa justa venir de bísperas y entrarnos a uer vn deshuellacaras que ay está?

ELICIA. Torna por mi amor, no te vayas; si no, en mis manos dexarás el medio manto.

CENTURIO. Tenla, por Dios, señora, tenla; no se te suelte.

ELICIA. Marauillada estoy, prima, de tu buen seso; ¿quál hombre ay tan loco e fuera de razón que no huelgue de ser visitado, mayormente de mugeres? Llégate acá, señor Centurio, que en cargo de mi alma por fuerça haga que te abrace, que yo pagaré la fruta.

AREÚSA. Mejor lo vea yo en poder de justicia e morir a manos de sus enemigos que yo tal gozo le dé. Ya, ya, hecho ha conmigo para quanto biua. ¿E por cuál carga de agua le tengo de abraçar ni ver a esse enemigo? Porque le rogué essotro día que fuesse vna jornada de aquí en que me yua la vida, e dixo de no.

CENTURIO. Mándame tú, señora, cosa que yo sepa hazer, cosa que sea de mi officio; vn desafío con tres juntos, e si más vinieren que no huya por tu amor; matar vn hombre, cortar vna pierna o braço, harpar el gesto de alguna que se aya ygalado contigo, estas tales cosas antes serán hechas que encomendadas. No me pidas que ande camino ni que te dé dinero, que bien sabes que no dura conmigo, que tres saltos daré sin que se me cayga blanca; ninguno da lo que no tiene; en vna casa biuo qual ves, que rodará el majadero por toda ella sin que tropiece. Las alhajas que tengo es el axuar de la frontera; vn jarro desbocado, vn assador sin punta; la cama en que me acuesto está armada sobre aros de broqueles; vn rimero de malla rota por colchones; vna talega de dados por almohada, que avnque quiera dar collación, no tengo qué empeñar, sino esta capa harpada que traygo acuestas.

ELICIA. Assí goze, que sus razones me contentan a marauilla; como vn santo está obediente, como ángel te habla, a toda razón se allega, ¿qué más le pides? Por mi vida que le hables e pierdas enojo, pues tan de grado se te offresce con su persona.

CENTURIO. Offrescer, dizes, señora. Yo te juro por el sancto martilogio de pé a pá el braço me tiembla de lo que por ella entiendo hazer, que contino pienso cómo la tenga contenta e jamás acierto. La noche passada soñaua que hazía armas en vn desafío por su seruicio con quatro hombres que ella bien conosce, e maté al uno; e de los otros que huyeron, el que más sano se libró me dexó a los pies vn braço ysquierdo. Pues muy mejor lo haré despierto de día quando alguno tocara en su chapín.

AREÚSA. Pues aquí te tengo; a tiempo somos; ya te perdono con condición que me vengues de vn cauallero que se llama Calisto, que nos ha enojado a mí e a mi prima.

CENTURIO. ¡O! reñego de la condición; dime luego si está confessado.

AREÚSA. No seas tú cura de su ánima.

CENTURIO. Pues sea assí, embiémosle a comer al infierno sin confessión.

AREÚSA. Escucha, no atajes mi razón; esta noche lo tomarás.

CENTURIO. No me digas más; al cabo estoy; todo el negocio de sus amores sé, e los que por su causa ay muertos, e lo que os tocaua a vosotras, por dónde va e a qué hora, e con quién es. Pero dime, ¿quántos son los que le acompañan?

AREÚSA. Dos moços.

CENTURIO. Pequeña presa es éssa; por ceuo tiene, ay mi espada. Mejor ceuara ella en otra parte esta noche, que estaua concertada.

AREÚSA. Por escusarte lo hazes; a otro perro con esse hueso; no es para mí essa dilación; aquí quiero ver si dezir e hazer si comen juntos a tu mesa.

CENTURIO. Si mi espada dixiesse lo que haze, tiempo le faltaría para hablar. ¿Quién sino ella puebla los más cimiterios? ¿quién haze ricos los cirujanos desta tierra? ¿quién da contino que hazer a los armeros? ¿quién destroça la malla de muy fina? ¿quién haze rica de los broqueles de Barcelona? ¿quién reuana los capacetes de Calatayud sino ella? Que los caxquetes de Almazén assí los corta, como si fuessen hechos de melón. Veynte años ha que me da de comer; por ella soy temido, de hombres e querido de mugeres, sino de ti; por ella me dieron Centurio por nombre, a mi abuelo, e Centurio se llamó mi padre, e Centurio me llamo yo.

ELICIA. Pues ¿qué hizo el espada por que ganó tu abuelo esse nombre? Dime, ¿por ventura fue por ellas capitán de cient hombres?

CENTURIO. No, pero fue rufián de cient mugeres.

AREÚSA. No curemos de linaje ni hazañas viejas; si has de hazer lo que te digo, sin dilación determina, porque nos queremos yr.

CENTURIO. Más desseo ya la noche por tenerte contenta, que tú por verte vengada, e por que más se haga todo a tu voluntad, escoge qué muerte quieres que le dé. Allí te mostraré vn reportorio en que ay sietecientas e setenta species de muertes; verás cuál más te agradare.

ELICIA. Areúsa, por mi amor, que no se ponga este hecho en manos de tan fiero hombre; más vale que se quede por hazer, que no escandalizar la ciudad, por donde nos venga más daño de lo passado.

AREÚSA. Calla, hermana. Díganos alguna que no sea de mucho bullicio.

CENTURIO. Las que agora estos días yo vso e más traygo entre manos son espaldarazos sin sangre o porradas de pomo de espada, o reués mañoso; a otros agujereo como harnero a puñaladas, tajo largo, estocada temerosa, tiro mortal. Algún día doy palos por dexar holgar mi espada.

ELICIA. No passe, por Dios, adelante; dele palos por que quede castigado e no muerto.

CENTURIO. Juro por el cuerpo santo de la letanía, no es más en mi braço derecho dar palos sin matar, que en el sol dexar de dar bueltas al cielo.

AREÚSA. Hermana, no seamos nosotras lastimeras; haga lo que quisiere; mátele como se le antojare. Llore Melibea como tú has hecho; dexémosle. Centurio, da buena cuenta de lo encomendado; de qualquier muerte holgaremos. Mira que no se escape sin alguna paga de su yerro.

CENTURIO. Perdónele Dios, si por pies no se me va. Muy alegre quedo, señora mía, que se ha ofrecido caso, avnque pequeño, en que conozcas lo que yo sé hazer por tu amor.

AREÚSA. Pues Dios te dé buena manderecha, e a él, te encomiendo, que nos vamos.

CENTURIO. Él te guíe e te dé más paciencia con los tuyos.

.....

CENTURIO. Allá yrán estas putas atestadas de razones. Agora quiero pensar cómo me escusaré de lo prometido, de manera que piensen que puse diligencia con ánimo de executar lo dicho, e no negligencia, por no me poner en peligro. Quiérome hazer doliente; pero ¿qué aprouecha?, que no se apartarán de la demanda quando sane. Pues si digo que fuy allá y que le hize huyr, pedirme han señas de quién eran e cuántos yuan, y en qué lugar los tomé, e qué vestidos lleuauan. Yo no las sabré dar, helo todo perdido. Pues ¿qué consejo tomaré que cumpla con mi seguridad e su demanda? Quiero embiar a llamar a Traso el coxo e a sus dos compañeros, e dezirles que, porque yo estoy ocupado esta noche en otro negocio, vaya dar vn repiquete de broquel a manera de leuada para oxear vnos garçones, que me fue encomendado, que todo esto es passos seguros, e donde no conseguirán ningún daño, mas de hazerlos huyr e bolurse a dormir.

Aucto décimonono
Argumento del décimono aucto

Yendo Calisto con Sosia e Tristán al huerto de Pleberio a visitar a Melibea, que lo estaua esperando, e con ella Lucrecia, cuenta Sosia lo que le aconteció con Areúsa. Estando Calisto dentro del huerto con Melibea, viene Traso e otros por mandado de Centurio a complir lo que auía prometido a Areúsa y a Elicia, a los quales sale Sosia; e oyendo Calisto desde el huerto, onde estaua con Melibea, el ruydo que traían, quiso salir fuera, la qual salida fue causa que sus días peresciessen, porque los tales este don resciben por galardón; e por esto han de saber desamar los amadores.

SOSIA, TRISTÁN, CALISTO, MELIBEA, LUCRECIA

SOSIA. Muy quedo, para que no seamos sentidos. Desde aquí al huerto de Pleberio te contaré, hermano Tristán, lo que con Areúsa me ha passado oy, que estoy el más alegre hombre del mundo. Sabrás que ella, por las buenas nuevas que de mí auía oýdo, estaua presa de amor, y embióme a Elicia, rogándome que la visitasse; e dexando aparte otras razones de buen consejo que passamos, mostró al presente ser tanto mía, quanto algún tiempo fue de Pármeno. Rogóme que la visitasse siempre, que ella pensaua gozar de mi amor por tiempo. Pero yo te juro por el peligroso camino en que vamos, hermano, e assí goze de mí, que estuue dos o tres vezes por me arremeter a ella, sino que me empachaba la vergüença de verla tan hermosa e arreada, e a mí con vna capa vieja ratonada. Echaua de sí en bulliendo vn olor de almizque; yo hedía al estiércol que lleuaua dentro en los çapatos; tenía vnas manos como la nieue, que quando las sacaua de rato en rato de vn guante parecía que se derramaua azahar por casa; assí por esto como porque tenía vn poco ella de hazer, se

quedó mi atreuer para otro día. E avn porque a la primera vista todas las cosas no son bien tratables, e quanto más se comunican mejor se entienden en su participación.

TRISTÁN. Sosia, amigo, otro seso más maduro y experimentado que no el mío era necesario para darte consejo en este negocio; pero lo que con mi tierna edad e mediano natural alcanço al presente te diré. Esta muger es marcada ramera, según tú me dixiste; quanto con ella te passó has de creer que no carece de engaño. Sus ofrecimientos fueron falsos, e no sé yo a qué fin, porque amarte por gentil hombre ¿quántos más terná ella desechados? Si por rico, bien sabe que no tienes más del poluo que se te pega del almohaça; si por hombre de linaje, ya sabrá que te llaman Sosia e a tu padre llamaron Sosia, nascido e criado en vna aldea quebrando terrones con vn arado, para lo qual eres tú más dispuesto que para enamorado. Mira, Sosia, e acuérdate bien si te quería sacar algún punto del secreto deste camino que agora vamos para con que lo supiesse reboluer a Calisto e Pleberio, de embidia del plazer de Melibea. Cata que la embidia es vna incurable enfermedad donde assienta; huésped que fatiga la posada; en lugar de galardón, siempre goza del mal ajeno. Pues si esto es assí, ¡o cómo te quiere aquella maluada hembra engañar con su alto nombre, del qual todas se arrean! Con su vicio ponçoñoso, quería condennar el ánima por complir su apetito, reboluer tales cosas por contentar su dañada voluntad. ¡O arrufianada muger, e con qué blanco pan te daua çaraças! Quería vender su cuerpo a trueco de contienda. Óyeme, e si assí presumes que sea, ármale trato doble qual yo te diré, que quien engaña al engañador... ya me entiendes. E si sabe mucho la raposa, más el que la toma. Contramínale sus malos pensamientos; escala sus ruyndades quando más segura la tengas, e cantarás después en tu establo; vno piensa el vayo, e otro el que lo ensilla.

SOSIA. ¡O Tristán, discreto mançebo! Mucho más has dicho que tu edad demanda; astuta sospecha has remontado, e creo que verdadera. Pero porque ya llegamos al huerto e nuestro amo se nos acerca, dexemos este cuento, que es muy largo, para otro día.

.....

CALISTO. Poned, moços, la escala e callad, que me parece que está hablando mi señora de dentro. Sobiré encima de la pared y en ella estaré escuchando por ver si oyré alguna buena señal de mi amor en ausencia.

.....

MELIBEA. Canta más, por mi vida, Lucrecia, que me huelgo en oírte, mientras viene aquel señor; e muy passo entre estas verduricas, que no nos oyan los que passaren.

LUCRECIA. ¡O quién fuesse la ortelana
de aquestas viciosas flores
por prender cada mañana
al partir a tus amores!
Vístanse nuevas colores
los lirios y el açucena;

derramen frescos olores,
quando entre por estrena.

MELIBEA. ¡O cuán dulce me es oírte! De gozo me deshago; no cesses, por mi amor.

LUCRECIA. Alegre es la fuente clara
a quien con gran sed la vea;
mas muy más dulce es la cara
de Calisto a Melibea.

Pues avnque más noche sea
con su vista gozará.

¡O quando saltar la vea,
qué de abraços le dará!

Saltos de gozo infinitos
da el lobo viendo ganado
con las tetas, los cabritos,
Melibea con su amado.

Nunca fue más desseado
amador de su amiga,
ni huerto más visitado,
ni noche más sin fatiga.

MELIBEA. Quanto dizes, amiga Lucrecia, se me representa delante; todo me parece que lo veo con mis ojos. Procede, que a muy buen son lo dizes, e ayudarte he yo.

LUCRECIA y MELIBEA.

Dulces árboles sombrosos,
humillaos quando veáys
aquellos ojos graciosos
del que tanto desseáys.

Estrellas que relumbráys,
norte e luzero del día,
¿por qué no le despertáys
si duerme mi alegría?

MELIBEA. Óyeme tú, por mi vida; que yo quiero cantar sola.

Papagayos, ruyseñores
que cantáys al aluorada;
lleuad nueua a mis amores,
cómo espero aquí asentada.
La media noche es passada
e no viene.

Sabedme si ay otra amada
que lo detiene.

.....

CALISTO. Vencido me tiene el dulçor de tu suaue canto; no puedo más sufrir tu penado esperar. ¡O mi señora e mi bien todo! ¿Quál mujer podría auer nascida, que despriuasse tu gran merecimiento? ¡O salteada melodía! ¡O gozoso rato! ¡O corazón mío! ¿e cómo no podiste más tiempo sufrir sin interrumper tu gozo e complir el desseo de entrambos?

MELIBEA. ¡O sabrosa trayción! ¡O dulçe sobresalto! ¿Es mi señor de mi alma? ¿es él? No lo puedo creer. ¿Dónde estauas, luziente sol? ¿Dónde me tenías tu claridad escondida? ¿Auía rato que escuchauas? ¿Por qué me dexauas echar palabras sin seso al ayre con mi ronca boz de cisne? Todo se goza este huerto con tu venida. Mira la luna, quán clara se nos muestra; mira las nuues, cómo huyen. Oye la corriente agua desta fontesica, ¡quánto más suaue murmurio e ruido lleua por entre las frescas yeruas! Escucha los altos cipreses, ¡cómo se dan paz vnos ramos con otros por intercessión de vn templadico viento que los menea! Mira sus quietas sombras, ¡quán oscuras están e aparejadas para encobrir nuestro deleyte! Lucrecia, ¿qué sientes, amiga? ¿Tórnaste loca de plazer? Déxamele, no me le despedaces, no le trabajes sus miembros con tus pesados abraços; déxame gozar lo que es mío; no me ocupes mi plazer.

CALISTO. Pues, señora e gloria mía, si mi vida quieres, no cesse tu suaue canto; no sea de peor condición mi presentia con que te alegras que mi absentia que te fatiga.

MELIBEA. ¿Qué quieres que cante, amor mío? Cómo cantaré, que tu desseo era el que regía mi son e hazía sonar mi canto. Pues conseguida tu venida, desapareciose el desseo; destemplese el tono de mi boz. Y pues tú, señor, eres el dechado de cortesía e buena criança, ¿cómo mandas a mi lengua hablar e no a tus manos que estén quedas? ¿Por qué no olvidas estas mañas? Mándalas estar sossegadas e dexar su enojoso vso e conuersación incomportable. Cata, ángel mío, que assí como me es agradable tu vista sossegada, me es enojoso tu riguroso trato; tus honestas burlas me dan plazer, tus deshonestas manos me fatigan quando passan de la razón. Dexa estar mis ropas en su lugar, e si quieres ver si es el hábito de encima de seda o de paño ¿para qué me tocas en la camisa? Pues cierto es de lienço. Holguemos e burlemos de otros mill modos que yo te mostraré; no me destroces ni maltrates como sueles. ¿Qué prouecho te trae dañar mis vestiduras?

CALISTO. Señora, el que quiere comer el aue, quita primero las plumas.

LUCRECIA. (Aparte.) Mala landre me mate si más los escucho. ¿Vida es ésta? Que me esté yo deshaziendo de dentera, y ella esquiuiándose por que la rueguen. Ya, ya, apaziguado es el ruydo; no ouieron menester despartidores. Pero también me lo haría yo, si estos necios de sus criados me fablassen entre día, pero esperan que los tengo de yr a buscar.

MELIBEA. Señor mío, ¿quieres que mande a Lucrecia traer alguna colación?

CALISTO. No ay otra colación para mí sino tener tu cuerpo e belleza en mi poder; comer e beuer donde quiera se da por dinero e cada tiempo se puede auer, e qualquiera lo puede alcançar, pero lo no vendible, lo que en toda la tierra no ay ygal que en este huerto, ¿cómo mandas que se me passe ningún momento que no goze?

LUCRECIA. (Aparte.) Ya me duele a mí la cabeza descuchar, e no a ellos de hablar, ni los braços de retoçar, ni las bocas de besar. Andar, ya callan; a tres me parece que va la vencida.

CALISTO. Jamás querría, señora, que amanesciese, según la gloria e descanso que mi sentido recibe de la noble conuersación de tus delicados miembros.

MELIBEA. Señor, yo soy la que gozo, yo la que gano; tú, señor, el que me hazes con tu visitación incomparable merced.

.....

SOSIA. ¿Assí vellacos, rufianes, veníades a asombrar a los que no os temen? Pues yo juro que si esperárades que yo os hiziera yr como merecíades.

.....

CALISTO. Señora, Sosia es aquel que da bozes; déxame yr a valerle, no le maten; que no está sino vn pajezico con él. Dame presto mi capa que está debaxo de ti.

MELIBEA. ¡ O triste de mi ventura! No vayas allá sin tus coraças; tórnate a armar.

CALISTO. Señora, lo que no haze espada e capa e coraçón, no lo hazen coraças e capaçete e couardía.

.....

SOSIA. ¿Aún tornáys? Esperadme; quiçá venís por lana...

CALISTO. Déxame, por Dios, señora, que puesta está el escala.

.....

MELIBEA. ¡O desdichada yo! ¿e cómo vas tan rezio e con tanta priessa e desarmado a meterte entre quien no conosces? Lucrecia, ven presto acá, que es ydo Calisto a vn ruydo; echémosle sus coraças por la pared, que se quedan acá.

.....

TRISTÁN. Tente, señor, no baxes, que ydos son; que no era sino Traso el coxo e otros vellacos que passauan bozeando, que ya se torna Sosia. Tente, tente, señor, con las manos al escala.

CALISTO. ¡O! ¡válame Santa María! Muerto soy; confesión.

TRISTÁN. Llégate presto, Sosia, que el triste de nuestro amo es caído del escala e no habla ni se bulle.

SOSIA. Señor, señor. A essotra puerta; tan muerto es como mi abuelo. ¡O gran desventura!

.....

LUCRECIA. Escucha, escucha, gran mal es éste.

MELIBEA. ¿Qué es esto? ¿qué oygo? ¡Amarga de mí!

.....

TRISTÁN. ¡O mi señor e mi bien muerto! ¡O mi señor despeñado! ¡O triste muerte sin confesión! Coge, Sosia, esos sesos de esos cantos, júntalos con la cabeça del desdichado amo nuestro. ¡O día de aziago! ¡O arrebatado fin!

.....

MELIBEA. ¡O desconsolada de mí! ¿Qué es esto? ¿qué puede ser tan áspero acontecimiento como oygo? Ayúdame a sobir, Lucrecia, por estas paredes; veré mi dolor; si no, hundiré con alaridos la casa de mi padre. Mi bien e plazer todo es ydo en humo; mi alegría es perdida; consumiose mi gloria.

.....

LUCRECIA. Tristán, ¿qué dizes, mi amor? ¿Qué es esso que lloras tan sin mesura?

TRISTÁN. Lloro mi gran mal, lloro mis muchos dolores; cayó mi señor Calisto del escala y es muerto; su cabeça está en tres partes; sin confesión pereció. Díselo a la triste e nueva amiga que no espere más su penado amador. Toma tú, Sosia, dessos pies; lleuemos el cuerpo de nuestro querido amo donde no padezca su honrra detrimiento; avnque sea muerto en este lugar. Vaya con nosotros llanto; acompañenos soledad; síganos desconsuelo; vístanos tristeza; cúbranos luto e dolorosa xerga.

.....

MELIBEA. ¡O la más de las tristes, triste! ¡Tan poco tiempo poseydo el placer, tan presto venido el dolor!

LUCRECIA. Señora, no rasgues tu cara ni messes tus cabellos; agora en placer, agora en tristeza. ¿qué planeta ouo que tan presto contrarió su operación? ¡Qué poco corazón es éste! Leuanta, por Dios, no seas hallada de tu padre en tan sospechoso lugar, que serás sentida. Señora, señora, ¿no me oyes? No te amortescas, por Dios, ten esfuerço para sufrir la pena, pues touiste osadía para el placer.

MELIBEA. ¿Oyes lo que aquellos moços van hablando? ¿oyes sus tristes cantares? Rezando lleuan con responso mi bien todo; muerta lleuan mi alegría. No es tiempo de yo biuir. ¿Cómo no gozé más del gozo? ¿Cómo toue en tan poco la gloria que entre mis manos toue? ¡O ingratos mortales! Jamás conocéys vuestros bienes sino quando dellos carescéys.

LUCRECIA. Abúate, abiuia, que mayor mengua será hallarte en el huerto, que placer sentiste con la venida, ni pena con ver que es muerto. Entremos en la cámara; acostarte as; llamaré a tu padre e fingiremos otro mal, pues éste no es para se poder encobrir.

El veynteno aucto

Argumento del veynteno aucto

Lucrecia llama a la puerta de la cámara de Pleberio. Pregúntale Pleberio lo que quiere. Lucrecia le da priessa que vaya a uer a su hija Melibea. Leuantado Pleberio, va a la cámara de Melibea; consuélala, preguntándole qué mal tiene. Finge Melibea dolor del corazón. Embía Melibea a su padre por algunos instrumentos músicos; sube ella e Lucrecia en vna torre; embía de sí a Lucrecia; cierra tras ella la puerta. Llegasse su padre al pie de la torre; descubriole Melibea todo el negocio que auía passado. En fin, déxase caer de la torre abaxo.

PLEBERIO, LUCRECIA, MELIBEA

PLEBERIO. ¿Qué quieres, Lucrecia? ¿Qué quieres tan presurosa? ¿Qué pides con tanta importunidad e poco sossiego? ¿Qué es lo que mi hija ha sentido? ¿Qué mal tan arrebatado puede ser, que no aya yo tiempo de me vestir, ni me des avn espacio a me leuantar?

LUCRECIA. Señor, apressúrate mucho si la quieres ver biua; que ni su mal conozco de fuerte ni a ella ya de desfigurada.

PLEBERIO. Vamos presto; anda allá, entra adelante, alça esta antepuerta e abre bien essa ventana, por que le pueda ver el gesto con claridad. ¿Qué es esto, hija mía? ¿Qué dolor

e sentimiento es el tuyo? ¿Qué novedad es ésta? ¿Qué poco esfuerzo es éste? Mírame, que soy tu padre; háblame por Dios; dime la razón de tu dolor, por que presto sea remediado; no quieras embiarme con triste postrimería al sepulcro. Ya sabes que no tengo otro bien sino a ti. Abre esos alegres ojos e mírame.

MELIBEA. ¡Ay, dolor!

PLEBERIO. ¿Qué dolor puede ser, que yguale con ver yo el tuyo? Tu madre está sin seso en oír tu mal; no pudo venir a verte de turbada. Esfuerça tu fuerça, abiuva tu corazón, arréziate de manera que puedas tú conmigo yr a visitar a ella. Dime, ánima mía, la causa de tu sentimiento.

MELIBEA. Pereció mi remedio.

PLEBERIO. Hija, mi bien amada e querida del viejo padre; por Dios no te ponga desesperación el cruel tormento desta tu enfermedad e pasión, que a los flacos corazones el dolor los arguye. Si tú me cuentas tu mal, luego será remediado; que ni faltarán medicinas, ni médicos, ni siruientes para buscar tu salud, agora consista en yeruas, o en piedras, o palabras, o esté secreta en cuerpos de animales. Pues no me fatigues más; no me atormentes; no me hagas salir de mi seso; e dime ¿qué sientes?

MELIBEA. Vna mortal llaga en medio del corazón que no me consiente hablar. No es ygual a los otros males; menester es sacarle para ser curada, que está en lo más secreto dél.

PLEBERIO. Temprano cobraste los sentimientos de la vejez. La moçedad toda suele ser plazer e alegría, enemiga de enojo. Levántate de ay; vamos a ver los frescos ayres de la ribera; y alegrarte as con tu madre; descansará tu pena. Cata, si huyes de plazer, no ay cosa más contraria a tu mal.

MELIBEA. Vamos donde mandares; subamos, señor, al açotea alta, por que desde allí goze de la deleytosa vista de los nauíos; por ventura afloxará algo mi congoxa.

PLEBERIO. Subamos, e Lucrecia con nosotros.

MELIBEA. Mas, si a ti plazerá, padre mío, mandar traer algún instrumento de cuerdas con que se sufra mi dolor, o tañiendo, o cantando; de manera que, avnque aquexe por vna parte la fuerça de su accidente, mitigarlo han por otra los dulces sones e alegre armonía.

PLEBERIO. Eso, hija mía, luego es hecho; yo lo voy a mandar aparejar.

MELIBEA. Lucrecia, amiga, muy alto es esto. Ya me pesa por dexar la compañía de mi padre; baxa a él e dile que se pare al pie desta torre, que le quiero dezir vna palabra que se me olvidó que hablasse a mi madre.

LUCRECIA. Ya voy, señora.

.....

MELIBEA. De todos soy dexada; bien se ha adereçado la manera de mi morir; algún aliuio siento en ver que tan presto seremos juntos yo e aquel mi querido e amado Calisto. Quiero cerrar la puerta, por que ninguno suba a me estoruar mi muerte; no me impidan la partida; no me atajen el camino por el qual en breue tiempo podré visitar en este día al que me visitó la passada noche. Todo se ha hecho a mi voluntad; buen tiempo terné para contar a Pleberio mi señor la causa de mi ya acordado fin. Gran sinrazón hago a sus canas; gran offensa a su vejez; gran fatiga le acarreo con mi falta; en gran soledad le dexo. E caso por mi morir a mis queridos padres sus días se diminuyessen, ¿quién dubda que no aya auido otros más crueles contra sus padres? Bursia, rey de Bitinia, sin ninguna razón, no aquexándole pena como a mí, mató su proprio padre; Tolomeo, rey de Egipto, a su padre e madre, e hermanos e muger, por gozar de vna mançeba; Orestes, a su madre Clistenestra; el cruel emperador Nero a su madre Agripina por sólo su plazer hizo matar. Éstos son dignos de culpa, éstos son verdaderos parricidas, que no yo; que con mi pena, con mi muerte, purgo la culpa que de su dolor se me puede poner. Otros muchos crueles ouo que mataron hijos e hermanos, debaxo de cuyos yerros el mío no parescerá grande. Philipo, rey de Macedonia; Herodes, rey de Judea; Constantino, emperador de Roma; Laodice, Reyna de Capadocia; e Medea, la nigromantesa. Todos estos mataron hijos queridos y amados sin ninguna razón, quedando sus personas a saluo. Finalmente me ocurre aquella gran crueldad de Phrates, rey de los Phartos, que por que no quedasse sucessor después dél, mató a Orode, su viejo padre, e a su vnico hijo, e treynta hermanos suyos. Éstos fueron delictos dignos de culpable culpa, que guardando sus personas de peligro, matauan sus mayores, e descendientes e hermanos. Verdad es que, avnque todo esto assí sea, no auía de remedarlos en los que mal hizieron; pero no es más en mi mano. Tú, Señor, que de mi fabla eres testigo, vees mi poco poder, vees quán catiua tengo mi libertad, quán presos mis sentidos de tan poderoso amor del muerto cauallero, que priua al que tengo con los biuos padres.

.....

PLEBERIO. Hija mía Melibea, ¿qué hazes sola? ¿Qué es tu voluntad dezirme? ¿Quieres que suba allá?

MELIBEA. Padre mío, no pugnes ni trabajes por venir donde yo estó, que estoruarás la presente habla que te quiero hazer. Lastimado serás breuemente con la muerte de tu única hija. Mi fin es llegado; llegado es mi descanso e tu pasión; llegado es mi aliuio e tu pena; llegada es mi acompañada hora e tu tiempo de soledad. No aurás, honrrado padre, menester instrumentos para aplacar mi dolor, sino campanas para sepultar mi cuerpo. Si me escuchas sin lágrimas, oyrás la causa desesperada de mi forçada e alegre partida. No la interrumpas con lloro ni palabras; si no, quedarás más quexoso en no saber por qué me mato, que doloroso por verme muerta. Ninguna cosa me preguntes ni respondas más de lo que de mi grado dezirte quisiere, porque quando el coraçón está embargado de pasión, están cerrados los oýdos al consejo; y en tal tiempo las fructuosas palabras, en lugar de amansar, acrescientan la saña. Oye, padre mío, mis vltimas palabras, e si como yo espero, las recibes, no culparás mi yerro. Bien vees e oyes este triste e doloroso sentimiento que toda la ciudad haze. Bien oyes este clamor de campanas, este alarido de gentes, este aullido de canes, este

strépito de armas. De todo esto fuy yo causa. Yo cobré de luto e xergas en este día quasi la mayor parte de la ciudadana cauallería; yo dexé muchos siruientes descubiertos de señor; yo quité muchas raciones e limosnas a pobres e enuergonçantes; yo fui ocasión que los muertos touiessen compañía del más acabado hombre que en gracias nasció; yo quité a los biuos el dechado de gentileza, de inuenciones galanas, de atauíos e bordaduras, de habla, de andar, de cortesía, de virtud; yo fuy causa que la tierra goze sin tiempo el más noble cuerpo e más fresca juventud que al mundo era en nuestra edad criada. E porque estarás espantado con el son de mis no acostumbrados delitos, te quiero más aclarar el hecho. Muchos días son passados, padre mío, que penaua por mi amor vn cauallero que se llamava Calisto, el qual tú bien conociste. Conociste assimismo sus padres e claro linaje; sus virtudes e bondad a todos eran manifiestas. Era tanta su pena de amor e tan poco el lugar para hablarme, que descubrió su pasión a vna astuta e sagaz muger que llamauan Celestina; la qual, de su parte venida a mí, sacó mi secreto amor de mi pecho. Descubrí a ella lo que a mi querida madre encobría; touo manera cómo ganó mi querer; ordenó cómo su desseo y el mío ouiessen effeto. Si él mucho me amaua, no biuió engañado. Concertó el triste concierto de la dulce e desdichada execución de su voluntad. Vencida de su amor, dile entrada en tu casa; quebrantó con escalas las paredes de tu huerto; quebrantó mi propósito; perdí mi virginidad. Del qual deleytoso yerro de amor gozamos quasi vn mes, e como esta passada noche viniessse según era acostumbrado, a la buelta de su venida, como de la fortuna mudable estuuiessse dispuesto e ordenado según su desordenada costumbre; como las paredes eran altas, la noche oscura, la escala delgada, los siruientes que traía no diestros en aquel género de seruicio, e él baxaua pressuroso a uer vn ruydo que con sus criados sonaua en la calle; con el gran ímpetu que leuaua no vido bien los passos, puso el pie en vazío e cayó, e de la triste caída sus más escondidos sesos quedaron repartidos por las piedras e paredes. Cortaron las hadas sus hilos; cortáronle sin confessión su vida; cortaron mi esperança; cortaron mi gloria; cortaron mi compañía. Pues ¿qué crueldad sería, padre mío, muriendo él despeñado, que biuiessse yo penada? Su muerte combida a la mía; combídame, e fuerça que sea presto, sin dilación; muéstrame que ha de ser despeñada por seguille en todo. No digan por mí a muertos e a ydos... E assí contentarle he en la muerte, pues no toue tiempo en la vida. ¡O mi amor e señor, Calisto! Espérame, ya voy; detente, si me esperas; no me incuses la tardança que hago, dando esta última cuenta a mi viejo padre, pues le deuo mucho más. ¡O padre mío muy amado! Ruégote, si amor en esta passada e penosa vida me has tenido, que sean juntas nuestras sepulturas; juntas nos hagan nuestras obsequias. Algunas consolatorias palabras te diría antes de mi agradable fin, collegidas e sacadas de aquellos antigos libros que por más aclarar mi ingenio me mandauas leer, sino que ya la dañada memoria con la gran turbación me las ha perdido, e avn porque veo tus lágrimas mal soffridas descender por tu arrugada faz. Salúdame a mi cara e amada madre; sepa de ti largamente la triste razón porque muero. ¡Gran plazer llevo de no la ver presente! Toma, padre viejo, los dones de tu vegez, que en largos días largas se suffren tristezas; rescibe las arras de tu senectud antigua; rescibe allá tu amada hija. Gran dolor lleuo de mí, mayor de tí, muy mayor de mi vieja madre. Dios quede contigo e con ella; a Él offrezco mi alma. Pon tú en cobro este cuerpo que allá baxa.

Veynte e vn aucto

Argumento del veynte e vn aucto

Pleberio, tornado a su cámara con grandísimo llanto, pregúntale Alisa, su muger, la causa de tan súpito mal. Cuéntale la muerte de su hija Melibea, mostrándole el cuerpo della todo hecho pedaços, e haziendo su planto, concluye.

ALISA, PLEBERIO

ALISA. ¿Qué es esto, señor Pleberio? ¿Por qué son tus fuertes alaridos? Sin seso estaua adormida del pesar que oue quando oý dezir que sentía dolor nuestra hija. Agora oyendo tus gemidos, tus bozes tan altas, tus queexas no acostumbradas, tu llanto e congoxa de tanto sentimiento, en tal manera penetraron mis entrañas, en tal manera traspasaron mi corazón, assí abiuaron mis turbados sentidos, que el ya rescebido pesar alcancé de mí. Vn dolor sacó otro, vn sentimiento otro. Dime la causa de tus queexas. ¿Por qué maldizes tu honrrada vejez? ¿por qué pides la muerte? ¿por qué arrancas tus blancos cabellos? ¿por qué hieres tu honrrada cara? ¿Es algún mal de Melibea? Por Dios, que me lo digas, porque si ella pena, no quiero yo biuir.

PLEBERIO. ¡Ay, ay, noble muger! Nuestro gozo en el pozo; nuestro bien todo es perdido; no queramos más biuir; e por que el incogitado dolor te dé más pena, todo junto sin pensarlo, por que más presto vayas al sepulcro, por que no lllore yo solo la pérdida dolorida de entrambos. Ves allí a la que tú pariste e yo engendré, hecha pedaços. La causa supe della, más la he sabido por estenso desta su triste siruienta. Ayúdame a llorar nuestra llagada postremería. ¡O gentes que venís a mi dolor! ¡o amigos e señores, ayudadme a sentir mi pena! ¡O mi hija e mi bien todo! Crueldad sería que biua yo sobre ti. Más dignos eran mis sesenta años de la sepultura, que tus veynte. Turbose la orden del morir con la tristeza que te aquexaua. ¡O mis canas, salidas para auer pesar! Mejor gozara de vosotras la tierra que de aquellos ruuios cabellos que presentes veo. Fuertes días me sobran para biuir ¿quexarme he de la muerte? ¿incusarla he su dilación? Quanto tiempo me dexare solo después de ti; fáltame la vida, pues me faltó tu agradable compañía. ¡O muger mía! Leuántate de sobre ella, e si alguna vida te queda, gástala conmigo en tristes gemidos, en quebrantamiento e sospirar. E si por caso tu espíritu reposa con el suyo, si ya has dexado esta vida de dolor, ¿por qué quesiste que lo passe yo todo? En esto tenéys ventaja las hembras a los varones, que puede vn gran dolor sacaros del mundo sin lo sentir, o a lo menos perdéys el sentido, que es parte de descanso. ¡O duro corazón de padre! ¿cómo no te quiebras de dolor, que ya quedas sin tu amada heredera? ¿Para quién edificué torres? ¿para quién adquirí honrras? ¿para quién planté árboles? ¿para quién fabriqué navíos? ¡O tierra dura! ¿cómo me sostienes? ¿Adónde hallará abrigo mi desconsolada vejez? ¡O fortuna variable, ministra e mayordoma de los temporales bienes! ¿Por qué no executaste tu cruel yra, tus mudables ondas, en aquello que a ti es sujeto? ¿Por qué no destruíste mi patrimonio? ¿por qué no quemaste mi morada? ¿por qué no asolaste mis grandes heredamientos? Dexárasme aquella florida planta en quien tú poder no tenías; diérasme, fortuna flutuosa, triste la mocedad con vejez alegre; no peruertieras la orden. Mejor sufriera

persecuciones de tus engaños en la rezia e robusta edad que no en la flaca postremería. ¡O vida de congoxas llena, de miserias acompañada! ¡O mundo, mundo! Muchos mucho de ti dixieron, muchos en tus qualidades metieron la mano, a diuersas cosas por oýdas te compararon. Yo por triste experiencia lo contaré, como a quien las ventas e compras de tu engañosa feria no prósperamente sucedieron. Como aquel que mucho ha hasta agora callado tus falsas propiedades por no encender con odio tu yra, por que no me secasses sin tiempo esta flor que este día echaste de tu poder. Pues agora sin temor, como quien no tiene qué perder, como aquel a quien tu compañía es ya enojosa, como caminante pobre que sin temor de los crueles salteadores va cantando en alta boz; yo pensaua en mi más tierna edad que eras y eran tus hechos regidos por alguna orden. Agora, visto el pro e la contra de tus bienandanças, me pareces vn laberinto de errores, vn desierto spantable, vna morada de fieras, juego de hombres que andan en corro, laguna llena de cieno, región llena de spinas, monte alto, campo pedregoso, prado lleno de serpientes, huerto florido e sin fruto, fuente de cuydados, río de lágrimas, mar de miserias, trabajo sin prouecho, dulce ponçoña, vana esperança, falsa alegría, verdadero dolor. Céuarnos, mundo falso, con el manjar de tus deleytes; al mejor sabor nos descubres el anzuelo; no lo podemos huyr, que nos tiene ya caçadas las voluntades. Prometes mucho, nada no cumples. Écharnos de ti, porque no te podamos pedir que mantengas tus vanos prometimientos. Corremos por los prados de tus viciosos vicios, muy descuydados, a rienda suelta; descúbrenos la celada quando ya no ay lugar de boluer. Muchos te dexaron con temor de tu arrebatado dexar; bienauenturados se llamarán quando vean el gulardón que a este triste viejo as dado en pago de tan largo seruicio. Quiébranos el ojo e vntanos con consuelo el caxco; hazes mal a todos por que ningún triste se halle solo en ninguna aduersidad, diziendo que es aliuió a los míseros, como yo, tener compañeros en la pena. Pues desconsolado viejo, ¡qué solo estoy! Yo fuy lastimado sin auer ygual compañero de semejante dolor, avnque más en mi fatigada memoria rebueluo presentes e passados. Que si aquella seueridad e paciencia de Paulo Emilio me viniere a consolar con pérdida de dos hijos muertos en siete días, diziendo que su animosidad obró que consolasse él al pueblo romano e no el pueblo a él; no me satisfaze, que otros dos hijos le quedauan dados en adopción. ¿Qué compañía me ternán en mi dolor aquel Pericles capitán atheniense, ni el fuerte Xenofón, pues sus pérdidas fueron de hijos absentes de sus tierras? Ni fue mucho no mudar su frente e tenerla serena, y el otro responder al mensajero que las tristes albricias de la muerte de su hijo le venía a pedir, que no rescibiesse él pena, que él no sentía pesar; que todo esto bien diferente es a mi mal.

Pues menos podrás dezir, mundo lleno de males, que fuimos semejantes en pérdida aquel Anaxágoras e yo, que seamos yguales en sentir e que responda yo, muerta mi amada hija, lo que él su vnico hijo, que dijo: Como yo fuesse mortal, sabía que auía de morir el que yo engendraua; porque mi Melibea mató a sí misma de su voluntad, a mis ojos, con la gran fatiga de amor que le aquexava. El otro matáronle en muy lícita batalla. ¡O incomparable pérdida! ¡O lastimado viejo! Que quanto más busco consuelos, menos razón hallo para me consolar; que si el profeta e rey Daud al hijo que enfermo lloraua, muerto no quiso llorar, diziendo que era quasi locura llorar lo irrecuperable, quedáuanle otros muchos con que soldasse su llaga. E yo no lloro triste a ella muerta pero la causa desastrada de su morir. Agora perderé contigo, mi desdichada hija, los miedos e temores que cada día me espauorecían. Sola tu muerte es la que a mí me haze seguro de sospecha. ¿Qué haré quando entre en tu cámara e retraymiento, e la halle sola? ¿Qué haré de que no me respondas si te llamo? ¿Quién me podrá cobrir la gran falta que tú me hazes? Ninguno perdió lo que yo el

día de oy, avnque algo conforme parecía la fuerte animosidad de Lambas de Auria, duque de los athenienses, que a su hijo herido con sus braços desde la nao echó en la mar; porque todas éstas son muertes que, si roban la vida, es forçado de cumplir con la fama. Pero ¿quién forçó a mi hija morir, sino la fuerte fuerça de amor? Pues, mundo halaguero, ¿qué remedio das a mi fatigada vejez? ¿Cómo me mandas quedar en ti conociendo tus falsías, tus lazos, tus cadenas e redes, con que pescas nuestras flacas voluntades? ¿A dó me pones mi hija? ¿Quién acompañará mi desacompañada morada? ¿Quién terná en regalos mis años que caducan? ¡O amor, amor! ¡Que no pensé que tenías fuerça ni poder de matar a tus sujetos! Herida fue de ti mi juuentud; por medio de tus brasas passé ¿cómo me soltaste para me dar la paga de la huida en mi vejez? Bien pensé que de tus lazos me auía librado quando los quarenta años toqué; quando fuy contento con mi conyugal compañera; quando me vi con el fruto que me cortaste el día de hoy. No pensé que tomauas en los hijos la vengança de los padres; ni sé si hieres con hierro, ni si quemas con huego; sana dexas la ropa; lastimas el coraçón. Hazes que feo ame e hermoso les parezca. ¿Quién te dio tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conuiene? Si amor fuesses, amarías a tus siruientes; si los amasses, no les darías pena; si alegres biuiesen, no se matarían como agora mi amada hija. ¿En qué pararon tus siruientes e sus ministros? La falsa alcahueta Celestina murió a manos de los más fieles compañeros que ella para tu seruicio emponçoñado jamás halló; ellos murieron degollados; Calisto despeñado; mi triste hija quiso tomar la misma muerte por seguirle. Esto todo causas. Dulce nombre te dieron, amargos hechos hazes. No das yguales galardones; iniqua es la ley que a todos ygual no es. Alegra tu sonido, entristece tu trato. Bienaventurados los que no conociste o de los que no te curaste. Dios te llamaron otros, no sé con qué error de su sentido traydos. Cata que Dios mata los que crió; tú matas los que te siguen. Enemigo de toda razón, a los que menos te siruen das mayores dones, hasta tenerlos metidos en tu congoxosa dança. Enemigo de amigos, amigo de enemigos, ¿por qué te riges sin orden ni concierto? Ciego te pintan, pobre y moço; pónente vn arco en la mano con que tires a tiento; más ciegos son tus ministros que jamás sienten ni veen el desabrido galardón que se saca de tu seruicio. Tu fuego es ardiente rayo que jamás haze señal do llega. La leña que gasta tu llama son almas e vidas de humanas criaturas, las quales son tantas que de quién començar pueda apenas me ocurre; no sólo de cristianos, mas de gentiles e judíos, e todo en pago de buenos seruicios. ¿Qué me dirás de aquel Macías de nuestro tiempo, cómo acabó amando, cuyo triste fin tú fuiste la causa? ¿Qué hizo por ti Paris? ¿qué Helena? ¿qué hizo Impermestra? ¿qué Egisto? Todo el mundo lo sabe. Pues a Sapho, Ariadna, Leandro ¿qué pago les diste? Hasta Daud e Salomón no quesiste dexar sin pena. Por tu amistad Sansón pagó lo que mereció por creerse de quien tú le forçaste a darle fe. Otros muchos que callo porque tengo harto que contar en mi mal. Del mundo me quexo porque en sí me crió, porque no me dando vida no engendrara en él a Melibea; no nascida, no amara; no amando, cessara mi quexosa e desconsolada postremería. ¡O mi compañera buena e mi hija despedaçada! ¿por qué no quesiste que estoruasse tu muerte? ¿Por qué no ouiste lástima de tu querida e amada madre? ¿Por qué te mostraste tan cruel con tu viejo padre? ¿Por qué me dexaste penado? ¿Por qué me dexaste triste e solo in hac lachrymarum valle?

Concluye el auctor

aplicando la obra al propósito por que la acabó

Pues aquí vemos quán mal fenescieron
Aquestos amantes, huygamos su dança,
Amemos a aquel que espinas y lança,
Açotes y clauos su sangre vertieron.
Los falsos judíos su haz escupieron,
Vinagre con hiel fue su potación;
Por que nos lleue con el buen ladrón,
De dos que a sus santos lados pusieron.

No dudes ni ayas vergüença, lector,
Narrar lo lasciuo que aquí se te muestra;
Que siendo discreto, verás ques la muestra
Por donde se vende la honesta lauor.
De nuestra vil massa con tal lamedor;
Consiente coxquillas de alto consejo,
Con motes e trufas del tiempo más viejo
Esriptas a bueltas le ponen sabor.

Y assí no me juzgues por esso liuiano;
Mas antes zeloso de limpio biuir;
Zeloso de amar, temer y seruir
Al alto Señor y Dios soberano.
Por ende si vieres turuada mi mano,
Turuias con claras mezclando razones,
Dexa las burlas, qu'es paja e grançones,
Sacando muy limpio d'entrellas el grano.

Alonso de Proaza
corrector de la impresión, al lector

La harpa de Orpheo e dulce armonía
Forçaua las piedras venir a su son;
Abrié los palacios del triste Plutón;
Las rápidas aguas parar las hazía.
Ni ave bolaua ni bruto pascía;
Ella assentaua en los muros troyanos,
Las piedras y traía sin fuerça de manos,
Según la dulce con que se tañía.

Prosigue e aplica

Pues mucho más puede tu lengua hazer

Lector, con la obra que aquí te refiero,
Que a vn corazón más duro que azero
Bien la leyendo harás liquescer,
Harás al que ama amar no querer,
Harás no ser triste al triste penado;
Al ques sin auiso harás avisado;
Assí que no es tanto las piedras mouer.

Prosigue

No debuxó la cómica mano
de Neuio ni Plauto, varones prudentes,
Tan bien los engaños de falsos siruientes
Y malas mugeres en metro romano,
Cratino y Menandro, y Magnes anciano
Esta materia supieron apenas
Pintar en estilo primero de Athenas
Como este poeta en su castellano.

Dize el modo que se ha de tener leyendo esta tragicomedia

Si amas y quieres a mucha atención
Leyendo a Calisto mouer los oyentes,
Cumple que sepas hablar entre dientes,
A vezes con gozo, esperança y passión;
A vezes ayrado con gran turbación.
Finge leyendo mil artes y modos,
Pregunta y responde por boca de todos,
Llorando y riyendo en tiempo y sazón.

Declara vn secreto que el autor encubrió en los metros que puso al principio del libro

Ni quiere mi pluma ni manda razón,
Que quede la fama de aqueste gran hombre
Ni su digna gloria ni su claro nombre
Cubierto de oluido por nuestra ocasión.
Por ende juntemos de cada renglón
De sus onze copias la letra primera,
Las quales descubren por sabia manera
Su nombre, su tierra, su clara nación.

Toca como se deuía la obra llamar; tragicomedia e no comedia

Penados amantes jamás conseguieron
Dempressa tan alta tan prompta victoria,
Como éstos de quien recuenta la hystoria,
Ni sus grandes penas tan bien sucedieron.

Mas como firmeza nunca touieron
Los gozos de aqueste mundo traydor,
Supplico que llores, discreto lector,
El trágico fin que todos ouieron.

Describe el tiempo y lugar en que la obra primeramente se imprimió acabada

El carro de Phebeo después de auer dado
Mill e quinientas bueltas en rueda,
Ambos entonces los hijos de Leda
A Phebo en su casa tenién possentado,
Quando este muy dulce y breue tratado
Después de reuisto e bien corregido
Con gran vigilancia puntado e leýdo
Fue en Salamanca impresso acabado.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

